

LEOPLÁN

REVISTA POPULAR ARGENTINO



En este número:

PORT-TARASCON

TEXTO INTEGRÓ de la famosa obra de ALFONSO DAUDET.

LA CAZA DEL TESORO

novela policií de ELLERY QUEEN.

6 octubre 1943

30

centros de
venta en país



UNA GRAN OBRA

IMPORTE DE LOS CURSOS. PAGADERO EN PEQUEÑAS CUOTAS MENSUALES.

Tenedor de Libros.....	\$ 60
Contador General.....	\$ 190
Contador Mercantil.....	\$ 130
Jefe Oficina.....	\$ 100
Empleado Bancario.....	\$ 105
Cajero.....	\$ 40
Emp. de Comercio.....	\$ 40
Corresponsal.....	\$ 40
Secretariado.....	\$ 95
Mecanografía.....	\$ 18
Taquiografía.....	\$ 42
Téc. Arg. Cinem.....	\$ 175
Taqui-mecanógrafo.....	\$ 50
Caligrafía.....	\$ 30
Aritmética Comercial..	\$ 28
Redac. y Ortografía.....	\$ 37
Marillero Público.....	\$ 54
Procuración.....	\$ 150
Prep. p/Id. Farmacia..	\$ 130
Química Industrial.....	\$ 125
Técnico en	
Vinos y Licores \$ 100	
Jabones y Perfumes... \$ 100	
Telegrafía (c. discos).. \$ 110	
Técnico en Pinturas,	
Barnices y Materias	
Colorantes.....	\$ 60
Aceites y Grasas.....	\$ 70
Dibujo Artístico.....	\$ 100
Dibujo Ind y Com.....	\$ 105
Adminis. de Hoteles... \$ 100	
Radiotelefonía.....	\$ 170
Electrotécnica.....	\$ 100
Construcción.....	\$ 170
Arquitectura.....	\$ 185
Mecánico Automóvil... \$ 140	
Mecánico Aviación..... \$ 160	
Motores a Explosión... \$ 140	
Perito Agrónomo..... \$ 195	
Adm. de Estancias..... \$ 100	
Técnico Tintero..... \$ 60	
Mecánico Agrícola..... \$ 65	
Avicultura..... \$ 45	
Jard. y Arboricultura.. \$ 78	
Motores Diesel..... \$ 160	
Corte y Confección..... \$ 39	
Radiotelegrafía..... \$ 165	
Inglés (c. discos)..... \$ 150	

exige
UN GRAN ARQUITECTO



Transformar su existencia en la de un triunfador, es la obra más grande e importante que usted puede emprender!

Para estar seguro del éxito, Ud. debe ser exigente y elegir con cuidado a aquellos de cuya pericia dependerá su futuro!

La UNIVERSIDAD POPULAR SUDAMERICANA le ofrece la sólida garantía de su prestigio, cimentado en más de 3 lustros de abnegada labor, llevando conocimientos prácticos a los rincones más apartados y guiando hacia el éxito a más de 40.000 alumnos!

Nuestro sistema de enseñanza por correo es tan moderno como seguro: lo comprueba el que hasta ahora, TODOS los que confiaron en su eficacia, han triunfado!

UNIVERSIDAD POPULAR SUDAMERICANA

RIVADAVIA 2465 Buenos Aires

REPRESENTANTES EN:

BOLIVIA

Calle Belisario Díaz Romero (Miraflores) 411, Casilla de Correo 1307, La Paz

PARAGUAY

Ramón Ortiz Cabrera Brasil 142, Asunción

COLOMBIA

Alfonso Fernández Quintero Edificio Olano, Medellín

Mándenos este cupón y recibirá GRATIS y sin compromiso el importante libro "HACIA ADELANTE" que le enseñará a triunfar en la vida.

Sr. Ing. B. Margulién, Director de la "Universidad Popular Sudamericana" RIVADAVIA 2465 - Buenos Aires.

NOMBRE

DIRECCION

LOCALIDAD

Sumario

	Págs.		Págs.		Págs.
PORT-TARASCON, texto íntegro de la famosa novela de Alfonso Daudet.....	56	ELISHKA Y ELLOS, cuento trágico, por Josef Kopta.....	28	"EL BICHO ENJAUBLAU", cuento gauchesco, por Alejandro J. Lerena.....	50
LA CAZA DEL TESORO, texto íntegro de la novela policial de Elly Quest.....	90	MADELINE OZERAY, LA ACTRIZ DE LOS PIES DESCALZOS, reportaje a la famosa artista francesa, por Carlos Duclou.....	32	DON NICOLAS SALMERON, una nueva colaboración del ex jefe del Estado español, don Niceto Alcalá Zamora.....	52
EL ESCUDO DE CARLOWAGNO, otro episodio de "Escenas de la vida bohemia", la popular obra de Enrique Murger.....	4	LAS VIBORAS, cuento campero, por Abelardo F. Barrera.....	36	ACTUALIDADES GRAFICAS.....	53
LOS FANTASMAS DEL COLON, entre bastidores de nuestro primer coliseo, por Regina Monsalvo.....	8	TENGRIN DE OMAHAN, POETA Y QUIROMANTICO, nota local, por Carmen Pomés.....	38	LA ULTIMA AVENTURA DE TARTARIN DE TARASCON, a manera de prólogo de la novela de Daudet, por Emilio Pérez Fernández.....	54
EL REGRESO, cuento histórico, por Verner von Heidenstam.....	12	LA MAGIA DEL CANTO, en torno al cancionero criollo, por José Luis Lanera.....	40	PARA MATAR EL TIEMPO, palabras cruzadas, problemas, jeroglíficos, etc.....	98
TRADICION Y MISTERIO DE LA QUEBRADA DE HUAMAHUACA, de Argentina adentro, por Marcos Cattaneo Díaz.....	16	UNA NOCHE CON EL PESIOSAURIO, cuento de misterio, por Pedro Gombandé.....	42	AQUI LE CONTESTAMOS, correo de LEOPLÁN.....	98
EL CEMENTERIO DEL DIABLO, cuento fantástico, por Jacinto Octavio Picón.....	20	CINE, por Amelia Monti.....	44		
HISTORIA EN DOS FOTOGRAFIAS. IRIS MARGA Y LYDIA DENIS.....	24	NINERA, A QUIEN LE GUSTEN LOS CHICOS, SE NECESITA..., vida y milagros de Plácido Bético, por Carlos V. Warnes.....	46		
RICARDO PALMA Y GONZALEZ PRADA EN LA BIBLIOTECA DE LIMA, nota de actualidad americana, por Valentín de Pedro.....	26	SIN COMPAS NI RITMO, sección recreativa.....	48		

Ilustraciones de: Artech, Raúl Valencia, Fairhurst, Paul Valentín, Villafañe, Rechaim, Valdivia y Mariano Alfaro. Historietas de: Cao, Villafañe, J. Christie M., González Fosset, Tim, Berto, Toonder, etc. Fotos y chistes de diversos autores.

En el próximo número:

VALLE NEGRO

TEXTO INTEGRO de la famosa novela de HUGO WAST
CON FOTOGRAFIAS DE LA PELICULA HOMONIMA, INTERPRETADA POR MARIA DUVAL

Y trabajos de:

JUAN EUGENIO HARTZENBUSCH ♦ JAN HERUDA ♦ EDUARDO MALLEA ♦ GIOVANNI VERGA ♦ ENRIQUE MURGER ♦ MARIA ALICIA DOMINGUEZ, ♦ ETC.

LEOPLÁN aparece el 20 de octubre ♦ Treinta centavos en todo el país



Maria Duval y Carlos Cores son los protagonistas de "Valle Negro", la película de Argentina Sono Film, dirigida por Carlos Borcosque y hecha en base a la famosa novela homónima de Hugo Wast, cuyo texto íntegro publicará LEOPLÁN en su próximo número.

A

fin del mes de diciembre los repartidores de la empresa Bidault recibieron el encargo de distribuir unos cien ejemplares de una escuela de invitación que vamos a reproducir, certificando sinceramente su exactitud.

"Señor..."

"Los señores Rodolfo y Marcelo ruegan a usted les haga el honor de venir a pasar la velada en su casa el sábado próximo, víspera de Navidad. Se reirá."

"P. D. ¡Sólo se vive una vez!"

Programa de la fiesta

"A las siete, apertura de los salones. Conversación viva y animada. "A las ocho, entrada y paseo por los salones de los ingeniosos autores de "El parto de los montes", comedia rechazada por el teatro del Odeón.

"A las ocho y media, el señor Alejandro Schaubard, artista distinguido, ejecutará al piano la "Influencia del azul en las artes", sinfonía imitativa.

"A las nueve, primera lectura de la Memoria sobre la abolición de la pena de tragedia.

"A las nueve y media, el señor Gustavo Colline, filósofo hiperfísico y el señor Schaubard entablarán una polémica de filosofía y de metapolítica comparada. A fin de evitar toda colisión entre los dos anta-

gonistas, estarán atados uno y otro.

"A las diez, el señor Tristán, cultor de las letras, referirá sus primeros amores. El señor Alejandro Schaubard le acompañará al piano.

"A las diez y media, segunda lectura de la Memoria sobre la abolición de la pena de tragedia.

"A las once, relato de una cacería de casuario por un príncipe extranjero.

Segunda parte

"A medianoche, el señor Marcelo, pintor de asuntos históricos, se dejará vender los ojos e improvisará, con lápiz blanco, la entrevista de Napoleón y Voltaire en los campos Elíseos. El señor Rodolfo improvisará asimismo un paralelo entre el autor de *Zaira* y el autor de la *Batalla de Austerlitz*.

"A las doce y media, el señor Gustavo Colline, modestamente desnudo, imitará los juegos atléticos de la cuarta olimpiada.

"A la una de la mañana, tercera lectura de la Memoria sobre la abolición de la pena de tragedia y colecta a beneficio de los autores trágicos que puedan encontrarse un día sin empleo.

"A las dos, apertura de los juegos y organización de cuadros de baile que se prolongará hasta la madrugada.

"A las seis, salida del sol y coro final.

"Durante la fiesta funcionarán los ventiladores.



EL ESCUDO DE



CARLOMAGNO

Otro episodio de
"ESCENAS DE LA VIDA BOHEMIA"
la popular obra de
ENRIQUE MURGER

ILUSTRACIONES DE ARTECHE

ECHE

tenía un tono en cuarto de Bayle; un tratado de las facultades heréticas en tres volúmenes; un tomo de Condillac; dos volúmenes de Suendeborg y el "Ensayo sobre el hombre", de Pope. Cuando sacó la levita aqueja biblioteca, permitió a Rodolfo que se la pusiera. — ¡Mira! — dijo éste —. El bolsillo izquierdo pesa mucho todavía. Te he dejado algo aun.

— Es verdad — repuso Colline —. Me he olvidado de vaciar el bolsillo de las lenguas extranjeras. Y diciendo eso sacó de él dos gramáticas árabes, un diccionario árabe y un "Perfecto bebedor" en chino, su lección predilecta. Cuando Rodolfo regresó a su casa encontró a Marcelo que estaba arrojando al refo con monedas de cinco francos en número de tres. En el primer momento, Rodolfo rechazó la mano que le tendía su amigo, creyendo en un delito.

— ¡Dichosa presa, dichosa presa — dijo Marcelo —. Tenemos los cinco francos pedidos. Voy a explicarte cómo. He encontrado un escribano en casa de Médici. Al ver mi moneda, por poco casi desmayó. Era la única que faltaba en su colección numismática. Había escrito a todos los países para colmar esta laguna. Había perdido ya toda esperanza. Así que no bien hubo examinado mi escudo de Cartomagno, no vació un instante en ofrecirme cinco francos. Médici me dio con el colito y con la mirada me acabó de explicar lo demás. Quería decir: "¡gracias al beneficio de la venta, voy a jugar!". Hemos llegado hasta treinta francos. He dado quince al judío y aquí tienes el resto. Ahora pueden venir los invitados. Estamos en condiciones de deslucirlos... ¡Hola! ¿Tienes un traje de etiqueta?

— ¡Sí — contestó Rodolfo —. El de Colline. Y al hurgar en el bolsillo para sacar su pañuelo, Rodolfo dejó caer un tomito de "Manchú", perteneciente a las lenguas extranjeras.

En el acto los dos amigos procedieron a los preparativos. Acondicionaron el taller, encendieron la estufa, Colgaron del techo, a guisa de una alfombra de tela, provisto de burbujas. En el centro de la habitación pusieron una mesa de trabajo para que sirviese de tribuna a los señores. Colocaron delante de la mesa el único sillón que habían reservado para el crítico influente. Y en otra mesa reunieron todos los volúmenes, novelas, poemas, folletines, cuyos autores debían honrar la velada con su presencia. Para evitar todo género de colisión entre los diferentes grupos de escritores, dividieron en cuatro compartimientos el cuarto, a la entrada de cada uno de los cuales, sobre cuatro cartelones, fabricados a toda prisa, se leía:

*Lado de los poetas. Románticos.
Lado de los prosadores. Clásicos.*

Las señoras debían ocupar un espacio reservado en el centro. — ¡Ah! pero faltan las sillas — observó Rodolfo.

— Vaya — repuso Marcelo —. Hay en el descansillo de la escalera muchas que están adosadas a lo largo de la pared. Si las tomásemos... Naturalmente que hay que traerlas — replicó Rodolfo viendo a su pesar de las sillas que pertenecían a algún vecino.

Dieron las seis. Ambos amigos fueron a coquetear a toda prisa y volvieron al poco rato a proceder a la iluminación de los salones. Ellos mismos quedaron deslucidos. A las siete se presentó Schanuard acompañado de tres señoras. Una de ellas llevaba un chal entonado con motas negras. Schanuard la recomendó especialmente a Rodolfo.

— Es una mujer distinguidísima — dijo —, una inglesa a quien la caída de los Estuardos ha obligado al destierro. Vive modestamente dando lecciones de inglés. Su padre ha sido canceller en tiempo de Cromwell, según ella me ha dicho. Hay que ser muy cortés con ella. Oyeron numerosos pasos en la escalera. Eran los invitados que llegaban. Precisión sorprendente de ver lumbre en la estufa.

La levita de Rodolfo salió al encuentro de las señoras, besándolas la mano con elegancia propia de la época de la Regencia. Cuando hubo una veintena de personas preguntó Schanuard si no servían algo.

— En seguida — contestó Marcelo —. Estamos esperando el crítico influente para calentar el ponche.

A las ocho estaban reunidos ya todos los invitados, y comenzó la ejecución del programa. Cada diversión era alternada con una ronda de alcohol. Nunca se ha sabido qué. A eso de las diez apareció el chagoso blanco del crítico influente. No estuvo más de una hora y fue muy sobrio en el consumo.

A las doce, como no había más leña y hacía mucho frío, los invitados que tenían asiento, echaron a suerte quien arrojara su silla al fuego. A la una todo el mundo estaba de pie.

No cesó de reír un instante la más bulliciosa alegría entre los invitados. No hubo ningún incidente que lamentar, salvo un desgarrón en el bolsillo de las lenguas extranjeras de la levita de Colline y una bofetada que Schanuard aplicó a la hija del canceller de Cromwell. Aquella memorable velada fue por espacio de ocho días la comidilla de las conversaciones del barrio. Y Fenia, la tintorera, que había sido reina de la fiesta, solía decir de ella, hablando con sus amigas:

— Estuvo estupendamente magnífica... Con decirte, querida, que había... ¡hasta velas!

LA ESMERALDA

(La más grande y mejor peluquería de Señoras en Sudamérica).

Con sus grandes reservas de aceites y líquidos de primera calidad, está siempre en condiciones de brindar en cada uno de sus casos sus maravillosas peinadas e inigualables permanentes y en especial los permanentes de gran moda



Pluma Colegiada y Pompadour



PERMANENTES PLUMA

SUAVES O SEDOSAS

PERMANENTES CORONITA

MAGNÍFICAS Y PERFECTAS

PERMANENTES PLUMA

PARA PEINADOS

PERMANENTES

PERMANENTES

PERMANENTES

PERMANENTES

PERMANENTES

PERMANENTES

PERMANENTES

PERMANENTES

PERMANENTES

PERMANENTES

PERMANENTES

PERMANENTES

PERMANENTES

PERMANENTES

PERMANENTES

PERMANENTES

PERMANENTES

PERMANENTES

PERMANENTES

PERMANENTES

PERMANENTES

PERMANENTES

PERMANENTES

PERMANENTES

PERMANENTES

PERMANENTES

PERMANENTES

PERMANENTES

PERMANENTES

PERMANENTES

PERMANENTES

PERMANENTES

PERMANENTES

PERMANENTES

PERMANENTES

PERMANENTES

PERMANENTES

PERMANENTES

PERMANENTES

PERMANENTES



Nuestra Casa Central
Huesos Pellegrini 425

LA ESMERALDA

(LA MEJOR Y MAS GRANDE PELUQUERIA DE SEÑORAS EN SUDAMERICA)

Casa Matriz: PIEDRAS 79 - U. T. 34 - 1019

Casa Central: C. PELLEGRINI 425 - U. T. 35 6645 - 1231

Suc. CENTRO: Suc. FLORES: Suc. ONCE: Suc. BELGRANO:

LAVALLE 735 RIVADAVIA 7150 RIVADAVIA 2579 CABILDO 2342

U. T. 31 - 5720 U. T. 66 - 0030 U. T. 48 - 2267 U. T. 76 - 4017

PRODUCTOS DE BELLEZA "LA ESMERALDA"

Creaciones nobles GUILLERMINA SCHWARTZ

ARRUGAS Las CANAS Envejecen

Acite de Flores Tinturas "POLICROM"

CUTINET

a base de bálsamos y aceites de flores.

Un leve masaje alrededor de los ojos demuestra su bondad en las

arrugas. Frasco de Gallo o Bolas de los Ojos. Precios de \$ 2, 3 y \$ 5.

Al interior contra envoltorios.

Estos productos se hallan en venta en los Laboratorios "La Esmeralda", Carlos Pellegrini 425, y en los principales Farmacias y Perfumerías.

Consultas sobre Estética y Belleza dirigirse a GUILLERMINA SCHWARTZ,

directora del Instituto de Belleza "La Esmeralda".

En el próximo número: "LA SEÑORITA MUSETTE"



LOS FANTASMAS

LOS COMPARSAS DE NUESTRO PRIMER COLISEO, VISTOS ENTRE BASTIDORES

ESPECIAL PARA "LEOPLÁN"

Por Regina Monsalvo

FOTOGRAFÍAS DE J. PODESTÁ Y M. BORELLI

Vida subterránea

"El fantasma de la Ópera", que con sus terroríficas sugestiones hizo las delicias de nuestra niñez, no es del todo una leyenda. En realidad, no sólo la Ópera de París, sino todos los grandes teatros líricos del mundo, tienen sus fantasmas.

La diferencia está en que los fantasmas que existen no siempre son espectros aterradorizantes y malignos, sino todo lo contrario. Los fantasmas de los grandes coliseos se parecen a los duendes serviciales de los buenos cuentos de hadas. Viven una vida invisible, oculta, subterránea. Pero aparecen en el preciso instante en que se los necesita. Ellos constituyen esa inmensa falange de servidores que resuelven en el mo-

El director de la comparsa eligiendo a un grupo de figurantes preparados para actuar en las "Bodas de Figaro".



DEL COLON



Ya los fantasmas del Colón están preparados para intervenir, y sólo esperan que los llamen a escena. Están caracterizados para actuar en "El gallo de oro", el conocido ballet de Rimsky Korsakov. Entretanto, para omeñizar la espera, comentan música y festejan algún chiste.

En la intimidad del camarín, dos comparsas reproducen alegremente una escena de "Lin Colón", ballet del maestro Spósito. La vocación y la amistad hacia "Angelián" tornan grato su tarea.



Sastres, peluqueros, maquilladores, dando los toques finales a la presentación de la comparsa en una noche de función.



Un maquillador en la difícil y delicada tarea de transformar a un buen comparsa parten en un exótico guerrero de ballet ruso.

mento oportuno, casi sin que el director tenga que hacer un solo gesto, los detalles más complicados de la *mise en scene*. Son el alma oculta del espectáculo. Y el público que asiste a una representación no imagina siquiera el cúmulo de trabajo, de sacrificio, de desinteresado entusiasmo que estos indispensables colaboradores deben desarrollar para asegurar el éxito de las grandes noches de función.

Nuestro primer coliseo no es una excepción a la regla. El Colón de Buenos Aires, también tiene sus fantasmas. El más poderoso de todos ellos se llama Angel D'Amato, pero los mil y un amigos que lo ayudan en sus tareas lo conocen por "Angiulin"...

Una profesión más que difícil...

Angiulin es el jefe del cuerpo de comparsas del teatro Colón. Lo visitamos en una noche de representación. Hay que verlo trabajar para conocer las proyecciones de su tarea. Angiulin tiene que estar en todo. Hay obras que requieren varios cientos de comparsas. Hay que vestirlos, maquillarlos, proveerlos de todos los admiñculos que exige la escena. Pero antes que nada hay que buscarlos, elegirlos, adiestrarlos en los ensayos...

En medio de esa fiebre teatral, en un entretrato, preguntamos al señor D'Amato.

—¿Cómo hace para atender a todo esto?...

—Experiencia, práctica y amistad... ¡mucha amistad!... — nos contesta con ademanes nerviosos y sonora voz meridional, una voz que parece hecha para sonar entre bastidores...

—¿Mucha amistad? — preguntamos, sin entender del todo.

—Pero sí! Yo soy tal vez el único hombre de Buenos Aires que con un aviso de veinticuatro horas de anticipación puede reunir a quinientos hombres dispuestos a trabajar con entusiasmo. Y todo, ¿por qué? ¿Porque son mis amigos!...

—¿Pero, el trabajo de comparsa no es una profesión? ¿No se paga con dinero?...

—Se paga. Pero son muchos los que ni siquiera se preocupan de cobrar. Después de cada función quedan muchos "vales" que nadie ha

hecho efectivos... El comparsa es hombre de vocación. Trabaja porque le gusta el teatro. Porque así puede oír música, ver actuar, tener una entrada en el paraíso cuando hay función y él no actúa...

Angiulin se entusiasma al hablar. Hay un famoso cuadro de Degas, el gran pintor de los escenarios, que presenta a un profesor de baile ante un grupo de bailarinas. Angiulin es igual a ese profesor. Tiene el cabello blanco como él, un saco claro y unos pantalones ligeramente ajados. Es la figura con más aire de teatro que hayamos visto jamás. Parece que se hubiera criado sobre las tablas.

—¿Hace mucho que actúa como jefe y director de comparsas?...

—Toda mi vida. Casi toda. Vine a Buenos Aires en 1901. Tenía entonces trece años. Me presenté al que entonces era jefe de todas las comparsas de todos los teatros porteños. Este teatro Colón ni siquiera existía aún. Ese señor era el famoso Antonio Vassallo. Me tomó en seguida. Trabajé con él un año, y otro, y otro. Llegué a ser su hombre de confianza. Cuando falleció don Antonio, lo substituí uno de sus hijos. Seguí trabajando con él. Y en 1933, cuando éste a su vez falleció también, yo asumí el cargo de director de la comparsa...

De dónde salen los comparsas

—Pero, en fin, ¿de dónde provienen tantos comparsas?...

—A los comparsas los hace la vocación, y yo los perfecciono. Todos trabajan por amor al teatro. Los hay que "en la vida real", quiero decir fuera de la escena, son médicos, abogados, estudiantes, músicos, ingenieros, cantantes, obreros, empleados... ¡De todo!...

—¿Y siempre hay trabajo para ellos?...

—Yo puedo reunir todos los que necesite, porque todos son amigos míos y gente entusiasta. ¡Pero el teatro es el teatro! Ha habido veces en que por una fatalidad han faltado; otras han sobrado...

—¿Y entonces?...

—Entonces ¡para eso está la cabeza del director!... Una vez, en 1937, se iba a representar "Aída". Cuando los viejos amigos se enteraron, dijéronse: "¡Vamos a darle una manita a Angiulin!"... Y se vinieron



al Colón. La noche de la función me sobriban más de cuarenta hombres. Los mandé a que vieran la función desde el paraiso. Pero ellos dijeron: "Mirá, Angulín, para el primero y tercer acto, bueno, vamos al paraiso. Pero en el segundo acto sálmonos todos..." Querían trabajar en ese acto que es el más "espectaculo" y ¿cómo iba a dejar afuera, nada menos que a cuarenta amigos?... La escena estaba llena; pero los encontré cuarenta rinceones, uno para cada uno. Faltaban cuarenta trajes: pero yo de uno hice dos. ¡Fue la multiplicación de los peces!... digo, de los trajes...

—Y cuando faltan?

—Entonces hay que hacerlos entrar y salir estratégicamente de la escena, cambiándoles un gorro, un escudo, una lanta, una casaca... Cualquier cosa, con tal de que cada vez parezcan otros distintos... Un trabajo de todos los diablos, pero que sale bien!...

"Angulín, ovette fatto un vero mirácolo!"

Cuando Angulín habla de sus comparsas, lo hace con verdadera emoción. Se siente orgulloso por ellos y por sus triunfos. Cuando le preguntamos quienes se destacan en el conjunto, dice:

—No me pregunten nombres! Las comparsas tienen a gran honor trabajar anónimamente. Su éxito es de todos. ¡Solo cuenta el amor al arte y nada más!...

Alguien que está con nosotros, lo interrumpe para contarnos lo siguiente:

—Angulín es un mago, y grandes figuras del arte universal lo han reconocido así. En 1936, durante la representación de la "Ciudad invisible", de Kitch, durante el segundo acto en que 250 comparsas mantienen por sí solos el cuadro en una brillante escena de saqueo, pillaje y caos, realizaron una labor tan bella, que Emilio Kuper, el gran maestro Kuper, no se pudo contener y gritó a Angulín:

—¡Bravo, Angulín! ¡Acette fatto un vero mirácolo!...

En 1937, el maestro Tulio Serafin, después del ensayo del segundo acto de "Aida", al ver aquella espléndida comparsa, dijo a Angulín:

—Dime, Angulín, ¿dove hai preso questa bella gioventù? ¿Sai che hai onore al Teatro Colón?...

En esa ocasión, la escena requería 250 hombres, ochenta mujeres, veinte negros auténticos y treinta niños. Presentar esa masa perfectamente disciplinada, moverla armoniosamente y con oportunidad, es uno de esos milagros que sólo puede hacer Angulín.

En ese sentido, ni el público ni la propia dirección del teatro pueden darse exacta cuenta del valor que tiene para el éxito de tan complicada labor el milagro de entusiasmo, de desinterés y de espíritu de solidaridad que anima a los comparsas...

COSAS Y COSAS DE LA COMPARSERIA

—A veces —añade Angulín—, la comparsaria trabaja fuera del teatro; por ejemplo: cuando la conmemoración de don Pedro de Mendoza, en la vuelta de Rocha, fueron los comparsas quienes animaron los festejos.

A todos les gusta la música, y en los intervalos discuten apasionadamente de partituras y compositores. Wagner, Beethoven, Mozart, Liszt, son nombres que están en todos los labios.

A veces, según la obra, hay que hacer seis o siete ensayos. Cada hombre y cada mujer cambian de lugar, de vestuario, de papel. Hay que aprender a dar pasos de baile, asumir actitudes, moverse a compás, evolucionar en los grandes conjuntos.

A todo sucede Angulín; es el motor oculto de todo ese entusiasmo. Y cuando llega la noche de la función, él mismo se pone un traje, una barba, un gorro. Se maquilla y viste según la escena y junto con sus "muchachos" sale también a escena...

—¡Para eso somos amigos!... —dice—. Los hay que me acompañan desde la época de don Antonio Vassallo. Cuando se inauguró el teatro Colón, en la comparsa de entonces trabajaron algunos que aun lo hacen conmigo. Por ejemplo, ese buen amigo Antimo Ciampitti, que aunque ya se ha jubilado en su trabajo, sigue actuando como comparsa, con el mismo entusiasmo con que trabajó en aquella "Aida" memorable con que se inauguró nuestro gran coliseo lírico...

—¿Y cuenta con ayudantes, para todo ese trabajo?

—Tenemos un peluquero y tres sastres que se refuerzan cuando hace falta; además, un zapatero. Pero ni ellos ni yo ni nadie podría hacer nada si el entusiasmo, la amistad y el amor al arte no movieran esas masas de hombres y mujeres que el público ve actuar sin sospechar tal vez toda la buena voluntad y el sentido artístico que ellos ponen en cada función, en cada escena, en cada detalle... ♦

ENSEÑAR...



ES TAREA RESPONSABLE!

Las profesoras de la UNIVERSIDAD POPULAR DE LA MUJER conocen una sola meta para su tarea: llevar cada alumna al triunfo!

Ellas se responsabilizan del éxito de las que confían en su ayuda, y no se limitan a mandar y corregir las lecciones. Ven en cada alumna una amiga y tratan de revelar su personalidad, infundiéndole confianza en sí misma y cultivando su espíritu de triunfadora.

Esta cariñosa atención individual y la excelencia del sistema — que es el más moderno de enseñanza por correo — han consagrado a nuestra Universidad como LA INSTITUCION que lleva a TODAS sus alumnas hacia el triunfo!

UNIVERSIDAD POPULAR DE LA MUJER

IMPORTE DE LOS CURSOS PAGADERO EN PQUEÑAS CUOTAS MENSUALES

Curso de Compensación... \$ 35 \$ 3 por mes	Secretaría... \$ 15 \$ 3 por mes	Tegua-matunguay... \$ 30 \$ 3 por mes
Labor y... \$ 35 \$ 3 >>>	Comercio General... \$ 170 \$ 3 >>>	Tec. Arg. Coma... \$ 175 \$ 3 >>>
Labor y... \$ 35 \$ 3 >>>	Geografía... \$ 32 \$ 3 >>>	Química Industrial... \$ 120 \$ 3 >>>
Artes Decorativas... \$ 32 \$ 3 >>>	Matemática... \$ 18 \$ 3 >>>	Proy. y Pl. Farmacia... \$ 180 \$ 3 >>>
Grupos... \$ 32 \$ 3 >>>	Idioma Francés... \$ 100 \$ 3 >>>	Idioma Alemán... \$ 115 \$ 3 >>>
Idioma Italiano... \$ 32 \$ 3 >>>	Idioma Inglés... \$ 32 \$ 3 >>>	Idioma Ruso... \$ 100 \$ 3 >>>
Idioma de Libros... \$ 45 \$ 3 >>>	Idioma Francés... \$ 100 \$ 3 >>>	Idioma Alemán... \$ 115 \$ 3 >>>
Comercio General... \$ 140 \$ 3 >>>	Idioma Francés... \$ 100 \$ 3 >>>	Idioma Alemán... \$ 115 \$ 3 >>>
Comercio General... \$ 115 \$ 3 >>>	Idioma Francés... \$ 100 \$ 3 >>>	Idioma Alemán... \$ 115 \$ 3 >>>
Comercio General... \$ 37 \$ 3 >>>	Idioma Francés... \$ 100 \$ 3 >>>	Idioma Alemán... \$ 115 \$ 3 >>>

REPRESENTANTES EN:

COLOMBIA	BOLIVIA	PARAGUAY
Alfonso Fernández Quiroga	Calle Belisario Díaz Romero	Ramón Ortiz Cabrera
Edificio	(Miraflores) 611, Casilla	Brasil 342, Asunción.
Orlando, Medellín	de Correo 1307, La Paz.	

Manuscrito en su
BOLIVIA
GRATIS por correo
pueden ser impo-
rtados como
LIBRERÍA
FORNIER, que
se encarga de uti-
lizar en la

Sra. Directora de la UNIVERSIDAD POPULAR DE LA MUJER
RIVADAVIA 2465 - Buenos Aires.

NOBIS
DIRECCION
IDONADO

MANDE ESTE CUPÓN HOY
Y VIVIRÁ MEJOR MAÑANA



El regreso

Vorner von Heidenstam nació en Olschammar, Suecia, en el año 1859. En su juventud dedicóse a la pintura, pero pronto abandonó los pinceles por la pluma. Cultivó la poesía lírica, revelándose como un profundo psicólogo, y a la vuelta de un largo viaje por distintos países escribió su obra maestra, la novela histórica "Karolinerma (los guerreros de Carlos XII)", por la que se le llamó, a justo título, el escritor sueco por excelencia. Este cuento forma parte de esa obra.

De albergue en albergue, prosiguiendo sin tregua ni reposo el regreso al país lejano, los guerreros de Carlos XII arrastraban sus harapos polvorientos y sus calzados sin suelas. A la cabeza de la tropa traqueteaba una miserable caireta conduciendo a las mujeres finlandesas que el rey había rescatado de los turcos para casarlas con sus soldados. Junto a ellas, sobre la paja, bajo el asiento del conductor, estaba metida la jaula de los camaleones que el ilustre Eneman había hecho buscar en Asia. La carreta con las mujeres fué dejada bien pronto atrás, los camaleones murieron; pero entre los soldados y los palafreneros, bruidos por el sol, Brandklipparen, al caballo del rey, avanzaba siempre, aunque agotado por la edad y arrastrando sus patas tiesas no llevara va sobre su lomo a ningún héroe victorioso.

Algunos pasos delante de los demás marchaba siempre un hombre enjuto, de gran talla, con los ojos cargados de angustia y la frente cubierta de pliegues. Sus mejillas eran del color obscuro de la corteza del pino, pero sus dientes brillaban en medio de una barba encanecida, que él no se tomaba la molestia de hacer cortar y que no podía recortar por sí mismo, faltar de cuchillo o de tijera. Su túnica embarrada no hubiera tentado al vagabundo más miserable, y todo su haber lo llevaba consigo: una mochila y un látigo. Había sido él, sin embargo, quien, antes de la partida, fuera encargado de recoger el dinero necesario para el viaje. Pero hacía mucho tiempo que todo eso habíase esparcido a los cuatro vientos. Para que los extraños no le hicieran avergonzarse de su país y del estado miserable en que se hallaba, decía ser un simple soldado, aunque hubiese pertenecido a la guardia particular del



por **VERNER con HEIDENSTAM**

ILUSTRACIONES DE RAUL VALENCIA



rey y se llamara Ehrenskiöld. En su tumultuosa juventud, y en una oscura noche de octubre, había dado muerte con la espada a su amigo Gyllenstierna y aun ahora conservaba un espíritu tan vagabundo y tan cambiante que, aunque fuera el más alegre ante el jorro de cerveza, a menudo pasaba la noche entera rumiando negras ideas. Pero apenas apuntaba el alba, hacía sonar su látigo contra el piso del albergue para despertar a sus camaradas.

Cuando la tropa fatigada se reunía por la tarde en torno a la mesa del albergue, él permanecía de pie y levantaba su jarro alegremente ante todos los curiosos que, desde afuera, se asomaban a las ventanas.

—Mirad, mirad — murmuraban los espectadores —, cada cicatriz que llevan esos hombres en sus rostros y en sus manos son como relatos de otros tantos hechos de armas. ¡Son los héroes que regresan de Illión!

Y viendo en el patio a Brandklipparen, con las patas tiesas, agregaban:

—Y he ahí el caballo de madera que han traído con ellos.

Pero, entonces, Ehrenskiöld hacía saber que era Brandklipparen, el caballo del rey, y que en su presencia las condesas de raza ilustre descendían de sus carrozas, con pan y azúcar, para poder contar a sus hijos que, en cierta ocasión, Brandklipparen había comido de sus manos. Luego, vaciaba de un solo golpe su jarro y golpeaba contra la mesa en señal de partida.

—En tu prisa por llegar, no nos acuerdas ni sueño ni reposo — protestaban sus camaradas —. Si nos preparan una comida, nos gritas que hay que partir antes de que tengamos tiempo de cortar la carne.

Por eso tomó desconfianza y rabia contra sus antiguos camaradas y una mañana partió furtivamente antes que los otros.

No tenía casi necesidad de consultar los indicadores del camino ni de preguntar por la ruta. Tenía conciencia de ir siempre hacia el Norte y de elegir cada vez el camino más corto.

De año en año su nostalgia había hecho más imperiosa, y ahora, a medida que cada paso le iba aproximando al país, del que no hablaba nunca pero que ocupaba sin cesar su pensamiento, el mal crecía más y más. A veces detenía, con ambas manos apoyadas en el látigo, mirando la ruta, pero pronto, sin darse cuenta, volvía



a emprender la marcha. Si en alguna noche lluviosa era rechazado rudamente de una puerta ante la cual se humillara haciéndose pasar por un pobre conductor suco de equipajes, reducido a mendigar un trozo de pan y un lugar ante el fuego, entonces daba al olvido que no estaba ya en guerra. Si veía en ese momento sobre la mesa, a través de la ventana y a la débil luz de los carbones encendidos, los pastelillos junto a los jarros de leche, no vacilaba en forzar la masilla de los vidrios ni en quitar los ladrillos para apoderarse de lo que podía alcanzar de las golosinas vistas. Pero, ya saciada su sed y repleta la mochila de migas de pan, recordaba que, a pesar de todo, era un bravo guerrero, y antes de partir, pasando su látigo por la ventana, daba tal golpe sobre la mesa que hacía saltar los jarros y los pastelillos. Entonces, la gente que había acudido de todas partes, comprendía que no se trataba de un ladrón vulgar.

Llegó a Stralsund mucho antes que los otros; pero la ciudad habíase rendido al enemigo y los barcos de este bloqueaban el Báltico. Después de correr varias aventuras, halló por fin, en Amsterdam, una goleta holandesa lista para zarpar hacia Bohuslan. Mas para entonces había sufrido tanto con sus tribulaciones que fue necesario acostarlo sobre la paja de la cabina y cubrirlo con la propia manta del capitán. Sin embargo, tan pronto como sintió rechinar el cabrestante, golpeó con su látigo en lo alto de la cabina para llamar a aquel.

—¡Oid, viejo! Es necesario que me aviséis al llegar a la vista de la costa sueca, a fin de que pueda tomar algún cuidado de mi barba y de mis ropas antes de salir al puente.

El viejo capitán le prometió cumplir sus deseos, mas apenas hubo ganado el puente, cuando ya su pasajero golpeaba de nuevo en el techo de la cabina.

—Hacia el país... hacia el país... — balbuceó Ehrenskiöld tomando la mano del capitán. — Vos que habéis recorrido todos los mares y que tenéis tanta experiencia, decidme dónde viene este error de los sentidos que obliga a saberse en tierra propia para recobrar la paz del espíritu. Allí, entre los turcos,

cuando la fiebre se llevó a mi difunto amigo Funcken, y yo fui encargado de mandar la guardia de honor, creedme: apenas pude tener en alto el espadón y recordar las voces de mando... Las piedras eran demasiado blancas...

Los cipreses eran tan indiferentes... Si me hubiese tocado a mí descender a tierra en ese lugar, no habría podido dormir tranquilo. Hubiera levantado los terrones sobre mi cabeza para invocar la misericordia de Nuestro Señor.

El capitán respondió:

—Acaso la misma mano paternal no ha creado cada parcela del Universo, aun las mismas frágiles tablas que en este momento nos sirven de sostén en medio de la tempestad? Volveos de cara al tabique y procurad dormir. Vosotros, los soldados de tierra firme, sois pobres marinos y vamos a tener mar gruesa.

A la mañana siguiente, muy temprano, y en el momento en que el capitán se hallaba junto al timonel, se oyó golpear de nuevo en el interior de la cabina.

—Tengo una bala aquí, metida bajo las costillas — dijo Ehrenskiöld —, y no he sabido jamás si es mi vieja herida o la nostalgia lo que me ha minado mi salud, a tal punto, que ya no puedo tenerme en pie si no con gran pena. Esta hora de la mañana, en la que no es de día sino a medias, y en la cual el sol parece que vacilara en mostrarse, es la hora de los recuerdos.

El viaje fue accidentado; las aguas rugían. Una noche el capitán descendió la escalera de la cabina, llevando en la mano una pequeña linterna de cuerno, con la que alumbró el rostro de Ehrenskiöld. Este permanecía en la paja, de cara hacia la proa, con el látigo a su lado y la mochila bajo la cabeza, a guisa de almohada; sus cabellos eran ahora tan largos que le cubrían completamente las orejas.

—¡Mi buen señor — comenzó a decir el capitán mientras colgaba la linterna de un gancho —, nos aproximamos a la costa sueca, frente a Uddevalla, pero el mar está embravecido. y es la noche negra y brumosa. Haremos de vez de bordo y volver a alta mar, en espera de que aclare.

—¡Sí, haz dar media vuelta a tu urca! — gritó Ehrenskiöld —. ¡No quiero volver! ¡No, no, no! ¿Qué es lo que vengo a hacer a mi país? Mi padre reposa en la iglesia de Calmar y su escudo de armas está colgado en el muro... ¡mi hermano se halla lejos, prisionero en Siberia, mis hermanas se han hecho mujeres... se han casado... son viejas, va... no serán las mismas... Mis hermanas no existen... no existe el hogar paterno.

He aquí la respuesta que dió al capitán; pero cuando éste quiso retirarse lo agarró de la manga de su saco.

—¡No me escuchéis! — exclamó —. ¡Seguid valientemente adelante! Un soldado no debe entrar en el país como un cobarde, después de largos años de servicio probado y leal.

—Y la goleta, mi señor? Es mi único hogar, y dispongo de ella a voluntad. Cierro es que me parece ver, hacia el noreste, la luz de un faral; pero por aquí, la costa es peligrosa, está llena de corsarios y de ladrones de los depósitos del mar, que encienden fuegos engañosos.

Ehrenskiöld no tenía ya nada de enfermo. Estaba erpido, con una pierna fuera de la paja, y retenía al capitán con mano de hierro.

—Si tenéis algún respeto por la voluntad de un oficial — dijo —, prosiguid vuestra ruta. Desgraciadamente, no tengo aquí para ofreceros más que estos harapos miserables que, sin embargo, llevaré con honor cuando desee que; pero cerca de la ciudad de Calmar, sea una pequeña propiedad, si es que no la han tomado. Os la daré como indemnización si la goleta naufraga.

El capitán creyó que la nostalgia acababa de nublar su razón, porque sabía demasiado bien que si no se daba a tiempo un golpe de mano los escollos no tardarían en hacerse sentir. Se fijeó para librarse del soldado. La manga dió en el hombro y entones, con el látigo desnudo, corrió a la escalera.

Una violenta sacudida hizo temblar el barco de tal manera que la buja de la linterna se apagó.

—¡Jesús, Dios mío! ¡Ahí tenéis, mi señor, tenéis la costa sueca!

—Entonces, ¡bendita sea esta hora! Desde que era niño, no hubo mañana en la cual depara el lecho con espíritu más alegre.

Ehrenskjöld ovó disparos de fusil y el ruido de hierros que se cruzaban. Tomando su mochila y su látigo saltó sobre el puente cubierto de hielo. Las olas pasaron por encima de él, pero la luz del alba atravesaba ya la bruma de nieve y vio que el pequeño navío estaba encallado entre unas rocas, y que una banda de hombres se disponía a apoderarse del equipaje.

—Entrega lo que tienes! — le ordenó un mozo osado, de barba roja, apuntándole con su mosquete —. ¡Barco que ha naufragado, pertenece a los ribereños!

Ehrenskjöld enpuñó su látigo y arrojó la mochila a los pies del hombre, con un gesto desdenoso.

—¡Toma, toma! Vuestras balas no pueden arrebatarme la paz del espíritu que acabo de recobrar, pero si no enpuñafarais ese fusil, el fuego que jugáis podría costaros caro... ¡Soy un oficial del rey!

Preso de escrúpulos, el hombre de la barba roja bajó su mosquete.

En lo alto del peñasco, el fuego engañador acababa de consumirse y algo más lejos, detrás de un promontorio, un queche sin pabellón echaba sus amarras. Allí, al lado del farol de popa, apagado, hallábase un joven de rostro amarillento y enfermizo, cubierto con una magnífica peliza de piel de zorro y apoyado en dos muletas.

—¿Qué ocurre, Norcross? — gritó con voz aguda, pero penetrante como un silbato —. ¡Apúrate, apúrate!

El hombre de la barba roja respondió:

—Este hombre dice estar al servicio del rey y quizá sería mejor meterle un poco de plomo en la cabeza antes que dejarlo ganar tierra firme para que nos denuncie... ¡Yamos, viejo, ¡Dinos quién eres! No veo la librea del rey, pero en cambio estoy mirando sus harapos... ¡Has estado ausente tanto tiempo que no has oído hablar nunca de Lasse de la Rue? ¡Helo allá, sobre el queche! Ya sabes... ¡Es el célebre corsario sueco Lars Gatenhjelm!

—Mi nombre — dijo Ehrenskjöld — lo sabrías si me diérais las ropas que corresponden a mi rango; pero me inquieta poco el mal que pueda hacerme, con tal de que nie dejéis... Bien veo que los corsarios sin Dios ni fe, y, en verdad, el país que vuelvo a ver no es el país bello y feliz que dejé... Pero, a pesar de todo, estoy de regreso en casa... en mi país... ¡Estoy en mi patria! Daré con gusto la vida, pero no me refuséis el favor de dejarme desahogar en esta roca sueca.

—Es justo — dijo Gatenhjelm —; ¡pero desahogado, desahogado!

Y con creciente impaciencia golpeó con una de sus muletas en la borda del queche.

Ehrenskjöld arrojó su látigo sobre el puente, como una espada rendida, y descendió a la roca. Avanzó algunos pasos lentamente, tan lentamente que se hubiera creído que el suelo había atrapado los pies. Luego, arrodillóse y comenzó a acariciar la roca fría apoyando su rostro contra ella.

—¡Alabanza y bendición! ¡Gloria a Tí, Padre celestial! — exclamó —. ¡A Ti has traído a tu hijo extraviado desde caminos lejanos! ¡A Tí, sólo a Tí la gloria!

En ese momento, Gatenhjelm hizo una señal a Norcross quien, apoyando el fusil contra la mechilla, hizo fuego desde la borda del queche; el tiro atravesó la cabeza de Ehrenskjöld.

Cuando apareció el sol, los corsarios pusieron prisa hacia la costa de Bohuslan, llevando su botín; pero, tendido en su propia sangre, el guerrero que se hallaba de regreso en su país continuaba abrazando la piedra fría. *

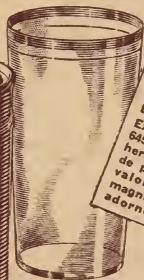


TODDYtas las mujeres prefieren TODDY TODDYtos los días!



La gran ventaja de TODDY es que gusta a TODDYto el mundo. Y muy especialmente a las mujeres y los niños, que lo prefieren porque TODDY es el alimento más rico que se conoce! Y qué bueno es tomar TODDY 3 veces por día TODDYtos los días!

Hágase el gusto en vida! Pida ahora mismo un tarro de TODDY y tómese una taza de TODDY caliente o frío. Verá qué delicioso es y qué bien sienta! Económico, fácil de preparar, TODDY es tan rico que se prueba una vez y se toma TODDYta la vida!



¡GRATIS!
ESTE REGIO VASO
Exija con cada tarro de
645 grs. de TODDY este
hermoso vaso con bor-
do de platinado, de gran
valor, y fómese un
magnífico juego para
adorno de su hogar.

Y TODDY le ofrece también
un atractivo programa de radio
TODDYtos los días, menos domingos,
a las 17 hs. por R. SPLENDID, en ca-
dena con todas sus emisoras del interior.

PRUEBE TODDY UNA VEZ Y LO TOMARA TODDYTA SU VIDA!

ARGENTINA ADENTRO

TRADICION Y MISTERIO DE LA



Una calle del pueblo de Humahuaca, sito en plano quebrado, donde viven hoy gentes sencillas y humildes.

Una historia y un secreto

LUGAR triste, desolado, imponente, es la quebrada de Humahuaca. En violento contraste con la exuberante vegetación que, de lejos, le rodea, las paredes estériles de sus cerros, las grandes rocas que se yerguen junto a los polvorientos caminos en zigzag y sus cactus —gigantescos centinelas de su desolación— parecen hechos para algo grande y magno. Y en verdad, la quebrada de Humahuaca guarda una historia y un secreto.

Su historia es la historia grandiosa de la conquista de América, no ya contra el indio, sino contra la naturaleza misma, que se oponía al paso de los intrusos, con sus montañas de laderas inaccesibles o con sus desiertos resecos. Es también la historia de la independencia de un pueblo, cuyos ejércitos pasaron por la quebrada, victoriosos unas veces y otras veces derrotados. En cuanto al secreto, vislumbreado apenas en una ánfora rota,

en algún recio pucará que aun queda en pie, en una obra de arte destrozada, es el de las civilizaciones que fueron; el de otras razas y otras culturas que parecen sepultadas allí para siempre.

Nicolás de Heredia y los suyos fueron los primeros blancos que penetraron en los dominios de Humahuaca, pues dice la historia que Diego de Almagro y Diego de Rojas tomaron otro camino. Pero Nicolás de Heredia hubo de regresar al Alto Perú, derrotado. Harro de abrir picadas en la selva y de escalar montañas; sin víveres y exhaustos hombres y bestias, tuvo que ceder al empuje del nativo, indómito y bravo, que lo acosaba con la lanza y con la masa. Otras expediciones tuvieron más éxito y por fin los indios de las tribus valerosas y aguerridas debieron someterse al dominio del arcabuz y de la espada. Pero no sin que antes se estremeciera la quebrada con el eco de luchas grandiosas y sangrientas.

La severa majestad del panorama de la quebrada de Humahuaca parece encerrar algo grande y magno. En verdad, entre sus paredes rocosas guarda una historia y un secreto.



QUEBRADA DE HUMAHUACA

Por
Marcos Cattaneo Díaz
ESPECIAL PARA "LEOPLÁN"



Muchos pintores tomaron por temas de sus cuadros aspectos típicos de Humahuaca. Este, titulado "En Semana Santa", pertenece a José A. Terry.



Otro triste paraje de la quebrada histórica. Por aquí habrán pasado los ejércitos patriotas, victoriosos unas veces y otras veces derrotados.

Dos épocas

Por lo que fué antes y por lo que es hoy, constituye la quebrada de Humahuaca el punto de conjunción de dos épocas.

La forman dos cordones del sistema andino que corren casi paralelos de Norte a Sur. El del Este, está formado por sierras que llevan su nombre; el del Oeste, por las de Zenta y Santa Victoria, que culminan con las cumbres nevadas del Chañi, de 6.000 metros de altura. Cada recodo de esas sierras, cada lugar estratégico tiene, de antes, un jirón de historia; de hoy, una huella de obra civilizadora. Por allí pasaron ayer Belgrano, Rondeau, Arias, Paz y otros generales patriotas; por allí corre hoy el ferrocarril a Bolivia, colosal obra de ingeniería que contribuye a la hermandad de dos pueblos de América. Es la obra del ingeniero Miguel Irujo, su realizador, y de don Domingo T. Pérez. En sus pueblos, Volcán, Tumbaya, Mai-mari, Tilcara, asentados en los mismos lugares donde antes dominara el nativo, pasan actualmente gran parte del año muchas familias de las provincias cercanas a Jujuy y de la Capital Federal. Y hoy se vive en la paz y en el progreso donde otrora libraban sus batallas dos civilizaciones.

Futura

Todo es ensueño, sugestión y misterio en la quebrada. Todo

habla de un pasado de gloria en el que se confunden, igualmente altivos, las sombras del indio y del conquistador. De ese conquistador que no vaciló en mezclar su sangre con la del nativo para dar retoños que, como sus progenitores, fueron paladines de la libertad.

La imaginación puede evocar aún, en los estrechos senderos de la quebrada histórica, la partida de hombres que marchaban hacia Potosí llevando los restos de Lavalle, en aquellos días sombríos de 1841.

Pero junto a esas páginas gloriosas de su pasado, Humahuaca tiene también un futuro promisorio, sepultado hoy, como aquel, en las entrañas de la quebrada.

Para entrar en sus dominios, es punto de partida la ciudad de Jujuy, rodeada de una zona de tupida vegetación que surcan numerosos torrentes de agua. Rumbo al Norte, se va ascendiendo paulatinamente hasta llegar a los 3.700 metros de altura. Abajo, en los valles, ha quedado la exuberancia vegetal; pero allí el panorama cobra severa majestad y una imponente que difícilmente encuentra parangón.

Donde en otras épocas habitara el humahuaca, indómito y bravo, viven hoy humildes cuidadores de cabras y de ovejas o tejedoras dedicadas al paciente y laborioso trabajo del telar. Pero la máquina y el hombre no tardarán en perturbar la calma de la quebrada abriendo caminos, tendiendo puentes y horadando las entrañas de la tierra en busca de la riqueza mineral.

Mientras tanto, como para dar la razón a los poetas que le cantaron y a los pinceles que, como el de José A. Terry, estandarizaron en el lienzo sus paisajes severos de singular belleza, pronto se dará término allí al monumento grande del país, el monumento a la Independencia —obra del escultor Soto Avendaño—, dedicado al indio y al gaucho, los protagonistas en el sacrificio por la creación de una patria grande y digna.



Todo es sugestión y misterio en la quebrada. En un recodo del sendero el indio se arrodilla en la nieve, para rendir culto a la Pachamama.

Llegó la PRIMAVERA

Nuestro surtido de artículos especiales para la temporada primaveral ofrece el máximo de ventajas a que puede aspirar la madre: calidad, presentación y precios tentadores. Visite nuestra Exposición

PEDIDOS DEL
INTERIOR SE
REMITE EN EL DÍA.

COCHECITO PLEGADIZO GESELL.
Con ruedas articuladas patentadas.
Chasis esmaltado en negro; caja en
calares de moda. Capota en cuero
artificial. Impecable terminación
\$ 84.-
Otros, desde \$ 45.-

CORRALITO PLEGADIZO. En madera esmaltada, color marfil. Sin piso. Con bolilleros. 90 por 110 centímetros... \$ 34.-
Otros, desde \$ 19.80

COLUMPIO CON SOPORTE. Hamaca en tela desmontable, sobre armazón metálico. Soporte en hierro tubular esmaltado, plegable. Con 4 tacos de goma.
\$ 49.60
Columpios para colgar, desde... \$ 6.90

Acordamos
CREDITOS

COCHE-SILLA GESELL.
Con manija a 2 posiciones.
Extraordinaria suspensión.
Asiento y respaldo acolchados. Semiplegadizo, a pesos
\$ 64.-
Otros, desde \$ 14.90

ACOLCHADITO. En satén linterie, con 2 burletes. Dibuja a rombos. Celeste o rosa. Liviano, de primera rosa terminación. 82 por 62 cm. ... \$ 24.80

GRATIS, solicite el
nuevo CATALOGO
ILUSTRADO.

Casa Gesell

— para el bienestar del bebé

DIAGONAL NORTE 633 - BUENOS AIRES
FLORES: Rivadavia 7137 - BELGRANO: Cabildo 1701
ALAJÓ: Córdoba 1358 - CORDOBA: 9 de Julio 123

DELANTAL. En brin de puro hilo de Irlanda, con bordados tipo broderie.
Tamaños: 2 o 3 años... \$ 16.90

SALIDA DE BAÑO. Tela de algodón lavado. Forrada en género turco. Calares azul o rojo. Diseños exclusivos. Tamaños
\$ 34.-; tamaño 65, \$ 33.-;
tamaño 55... \$ 32.-

PIJAMITA. Modelo exclusivo. Solapa con el cierre automático. En batista inglesa. Cepea. Alegres estampados.
Tamaños, \$ 10.40; 2, \$ 10.- 1 1/2, \$ 9.60

BOLSON PARA PAÑALES. En lona impermeable. Forrada en hilo. Muy manijeros. Manijeros redondos. Aplicaciones para Lenci. Cierres automáticos. Verde, azul marino, bleu y
\$ 19.70

JUEGO DE CAMA. Para cochecito. Incluye batista de algodón. Franjas y aplicaciones en celeste o rosa. Sábana 110 cm.; funda 30 por 110 centímetros... \$ 16.50



Nombre

Calle

Localidad F. C.



I
El antiguo convento de frailes benedictinos que, situado cerca de Ferrara, fue a mediados del siglo XV uno de los más notables monumentos de Italia, es hoy una ruina que apenas da idea de la soberbia morada de aquellos siervos del Señor. Informes murallones, torres vacilantes sobre cimientos poco firmes, arcos rotos, columnas mal seguras, techos hundidos, puertas y ventanas abiertas a los vientos: esto es lo que queda del edificio en otro tiempo destinado a lugar de meditación, holganza y rezo. Las piedras ennegrecidas por el tiempo, los mármoles dorados por el sol, las estatuas mutiladas por el rayo y enterradas entre robustas ortigas y tenaces gramíneas, casi no pueden servir de datos al viajero para restaurar en su imaginación el convento arruinado, la iglesia derruida y el patio abandonado. Tal vez por un capricho de la suerte, ésta es la única parte del monumento que se conserva más entera y que con mayor fuerza ha resistido a las tempestades de la Naturaleza y a la barbarie de los hombres.

CEMENTERIO DEL DIABLO

Por JACINTO OCTAVIO PICON



ILUSTRACIONES DE FAIRHURST

Asidas a las labores de la piedra, rodeando los fustes de las columnas, han trepado las hiedras y las enredaderas; han brotado flores amarillentas entre las hojas del acanto que ornaba los altos capiteles; y do quiera se dirige la vista, encuentra viva la fuerza de la Naturaleza, reposando triunfante sobre las ruinas del esfuerzo del hombre. El tiempo, lento y seguro, revolucionario, ha ido, año tras año y lluvia tras lluvia, trocando en artísticos escombros una de las más hermosas fábricas de Europa: y hoy los ganados que se apacientan en los prados vecinos vienen a protegerse del sol entre aquellas piedras augustas, mientras el pastor duerme a la sombra de las paredes silenciosas que en siglos pasados, a la hora del "Angelus", enviaban al cielo, en cadencioso cántico, un fervoroso himno de adoración a lo infinito.

Luego que las guerras obligaron a los frailes a abandonar su cénico asilo, algunos grandes y poderosos de la ciudad vecina convirtieron el patio en cementerio. Todavía se conserva en pie la mayor parte de los magníficos sepulcros que labraron de consuno, para encerrar a los muertos, la vanidad y el arte de los vivos: que en ninguna parte lucha tanto el hombre contra el sagrado dogma de la igualdad humana como en los campos de la muerte. Allí se graban en duras piedras los títulos y honores de los que fueron; la ciencia, impotente para estudiar el alma, impide por algunos años la putrefacción del cuerpo, y el arte, que no sabe devolver a la forma muerta la belleza, esculpe

el mármol y cincela el bronce para protestar de la invasión espantosa que todo lo destruye y aniquila.

Pero de todos los lugares de descaiso eterno, de todas las tierras en cuvas entrañas se pudren los cuerpos de los muertos, ninguna más hermoseada que aquel rincón del antiguo patio del convento. En las paredes de los claustros, que aun se mantienen firmes y como sostenidas por los vigorosos brazos de las figuras de los frescos medio borrados y confusos, se agrupan hermosos sarcófagos de blanco mármol; las estatuas vacantes oprimen con su peso las losas sepulcrales, pareciendo los frios rostros como orgullosos de los interminables epitafios, y seguros de la inmortalidad; en el piso están enterados de intento los humildes que quisieron ver sus nombres borrados por las plantas de los vivos; y por bajo de los arcos, ávidos de luz y de aire, ceñido el casco y la mano en la espada, reposan los que en otro tiempo pusieron miedo en el corazón de los más esforzados y valientes. Luego, en el patio, construídos al azar, de distinto aspecto, de forma diferente, de épocas diversas, de opuestos gustos, vense tumbas, túmulos y sepulcros que, coronados por los ramos de sol u ocultos en la sombra, ceñidos de verdura u hundidos en la tierra, escudriñados o juntos las labradas piedras, o desquiciada la base al empuje de las raíces de los árboles vecinos, parecen, con sus inscripciones y sus símbolos, con sus letreros y sus fechas, protestar, en nombre de sus habitantes silenciosos, de aquel eterno y forzo-

so quietismo. Allí la arquitectura ha agotado la belleza de la línea y prodigado la escultura el encanto de la forma. Todos los estilos, todas las tendencias están representadas, dándose juntas, como en un museo labrado por muchas generaciones, la sublime sencillez griega, la fastuosa decadencia romana, el pesado estilo románico, la lujosa ornamentación del bizantino, la ojiva gótica del católico, la mundanal arquitectura del árabe soñador e indolente, y luego, a modo de hermosa síntesis de la historia del arte, las maravillas de aquel Renacimiento que casi llegó a la perfección por el estudio de la antigüedad y la naturaleza.

Hacia ya muchos años que el patio convertido en cementerio estaba completamente abandonado; la soledad reinaba sobre la hermosa ruina, que olvidada por el hombre se iba haciendo de más solemne aspecto a medida que las aguas y los vientos oscurecían la piedra, como si en ella se infiltrasen las nieblas que los inviernos engendraban, cuando los aldeanos de la comarca, los pastores y algún que otro viajero a quien la repentina tormenta obligó a guarecerse bajo aquellos muros, observaron que allí vivía un hombre, un ser extraño que, huyendo de los vivos, había buscado la paz entre los muertos. Corrió luego la noticia por los lugares vecinos, y no faltó quien se desviase de la senda que debía seguir para pasar junto a la ruina misteriosa, escudriñándola con curiosa mirada, ávido de saber quién era aquel que de tan medroso sitio viniera a hacerse habitación.



Decíase que era un hombre alto y delgado, seco de carnes y abultado de huesos, largo de piernas y de brazos, de rostro enjuto, pelo rojizo y tieso, cejas muy arqueadas, orejas grandes, desmesurada boca; añadían los mejor enteados que al contacto de su mano se marchitaban las flores, y bajo su pie las hierbas; hubo vez que dio por cosa cierta haberse secado en la pila el agua bendita de la iglesia cuando aquel hombre pasó una vez ante su puerta, y chico que afirmó haberle visto escupir una saliva que parecía hervir y oír a azufre; no faltó quien asegurase que en la oscuridad de la noche brillaban sus ojos con resplandores cárdenos, que eran sus uñas largas y encorvadas como garras de ave de rapaña; hasta se dijo que tenía en forma de rabo, horriblemente prolongada, la columna dorsal. Creyóse, en fin, ver en aquel hombre, si no una encarnación del diablo mismo, al menos un íntimo amigo suyo o un pariente cercano.

II

Fu una noche en que la luna iluminaba de lleno el patio y los claustros que le rodeaban, bañándose con su serena luz el blanco mármol de las estatuas, que aparecían como sombras envueltas en sudarios, esparciendo el fondo oscuro del frondoso ramaje; noche apacible, en que apenas el viento agitaba las hojas de los árboles, y en que se escuchaban claros y distintos todos esos ruidos que únicamente en el seno de la soledad se escuchan, mientras la vista, fija en el cielo, intenta descifrar en vano las misteriosas frases que en el espacio escriben con fugitivos caracteres esas estrellas errantes que caen como piedras desprendidas de la rota corona de los difuses; noche augusta y poética en que lo incierto de los resplandores y lo intenso de las sombras poblaban la fantasía de medrosas visiones, el corazón de vagos e innumrables remores, inspirando al hombre las eternas y sublimes dudas que son toda la vida, toda la gloria y todo el trajío de la humanidad.

Ocultas entre las hierbecillas y brillando en lo más espeso de las tinieblas, como las ideas en el fondo del alma, esparcían las pequeñas lucirnagas su resplandor fosforico; describían en el aire negros círculos los murciélagos; entonaban en las lagunas sus estridentes

coros las desveladas ranas, y mecíendose en la copa de los árboles ensayaban los tiempos y sencillos ruidos el dulce e intrincado gorjeo con que al claror el día habían de saludar al sol y despertar a las dormidas hembras. A tal hora y por tan medroso sitio vagaba el habitante misterioso de la desierta ruina, y al cruzar por entre las anchas calles de sepulcros, más parecía pavoroso fantasma que ser humano y vivo. De cuando en cuando salían de su boca palabras de sonido nictálico, contestadas a intervalos por ecos de cantos subterráneos, y poco a poco su figura comenzaba a iluminarse de un resplandor intensamente rojizo, como si a todas partes le siguiese y en torno suyo flotara una aureola de sangre luminosa.

—«Muertos — decía — enterrados entre los escombros de la destrucción y del olvido, volved a la vida, alzaos del sepulcro y corred al mundo... Sacudid el polvo que cubre los desecrados huesos, hacéd memoria de lo que antes fuisteis, id a continuar el drama o el sinete de vuestra existencia; y si la gloria, el amor o los placeres pueden, con sus coronas, sus triunfos y sus fiebres, daros la felicidad o la dicha, vivid eterna y perdurablemente; pero si os convencéis de que el amor, la juventud y la fe son, cuando huven del corazón, aves que jamás vuelven al nido; si sacáis de los placeres embotada la sensibilidad y envejecido el cuerpo; si el ansia de vuestras almas no se sacia; si el vaso de vuestros deseos no se colma, entonces tornad a la tierra en que reposáis ahora, y aguardad en ella resignados la solución del gran problema.»

Tal dijo, con un acento entre satírico y solemne, y en seguida, por las aristas de los bronce y los perfiles de los mármoles, corrieron llamaradas fosforicas palidamente azules y débilmente violadas, que brotando de entre las junturas de las piedras y las grietas del suelo, iluminaron tristemente los sepulcros, dejando asomar manos huesosas y crispadas, que con el ansia de la vida se agarraban al borde de las tumbas. Como movida por subterráneo empuje hinchábase la tierra, y por entre sus negras hendiduras, asidos a las raíces de los árboles, iban trepando los blancos y pelados esqueletos, ahuyentando unos de las vacías órbitas los tenaces gusanos y

colocando en ellas los ojos re-ogidos del suelo, mientras otros, a tientas, buscaban por los rincones de las tumbas los espardidos miembros. De los nichos del muro bajaban, sujetándose a las labores de las piedras, oculto el calvo cráneo por la cogulla parda, los frailes, antiguos habitantes del recinto; de entre los haces de columnas que sostenían las bóvedas del claustro se levantaban, dejando oír el chocar de las armas con los huesos, los guerreros que, siempre a pelar dispuestos, fueron enterrados, vestida la loriga y enpuñando el mandonbe; las losas, desgastadas por los pies de los vivos, se alzaban silenciosas para dar paso a los muertos que, como volviendo de un desmayo, estiraban los entumecidos miembros, mientras alguno que otro dejaba ver en el prolongado bostezo las desiertas mandíbulas... Por el ambiente, embalsamado con el aroma de la campestre mejorana, esparciéronse los fétidos alientos de las bocas sucias por la mentira; y el hedor de los miasmas que las conciencias despedían, infestó el aire. Quién, revolviendo los escombros de su propio sepulcro, se ceñía los rasgados jirones de un manto que fue rojío; quién trataba de ajustarse en las desvenecadas coyunturas los deformados huesos; éste procuraba hurtar algunos dientes, y aquí andaba a caza de una espina dorsal menos viciada que la suya, en tanto que la voz robusta del diabólico personaje repelía: «Id, respirad de nuevo, ocultéis vuestros huesos entre maderos y cubraos la piel; surquen las venas vuestros cuerpos, vibren los nervios mensajeros de las sensaciones; pensad, amad, aborrecid de nuevo; corred al mundo y encontradlo todos como cada uno lo dejó cuando llegó la hora de su muerte.» Dijo, y entonces, a aquel bullir, a aquella larente y sorda agitación de tantas fuerzas, fué súbitamente creciente y como en invasión tremenda de voces, aves, rezos, suspiros, maldiciones y gritos que asaltan el espacio, la infernal balumba y el ronco hervir de un mundo muerto que despertaba a nueva vida.

Ya vacías las tumbas, solos y abandonados los sepulcros, oyóse primero el ruido que producían en la arena las huesosas plantas y el desmenuzarse de las ramas, dando paso a lo que quedaba entre la maleza y las ortigas; después, libre de tropiezos y vallas, a carrera tendida, la nuechedumbre corrió hacia la puerta de salida, resguardada por una fuerte verja, de la cual sólo un estrecho postigo estaba abierto. Con tal fuerza y tal ímpetu se abalanzaron allí todos, que en cayendo unos, caían otros sobre ellos como oleadas de huesos, como el crujir de los árboles aplastados, el rechinar de los tronchados brazos, los ayes, las voces, las imprecaciones y lamentos detuvieron un momento la violencia de los que iban llegando sin querer darse punto de reposo en el asalto de aquella puerta, que desde el campo de la muerte parecía la brecha de la vida. Los fuertes subían sobre montones de cadáveres, los corpulentos derribaban a su punto de apoyo para los ágiles y astutos; sobre los restos de los viejos encaramábanse los jóvenes; la diana servía de escalón al caballero; en la frente del soberbio apoyaba el humilde la planta ensangrentada; los jirones del manto del magnate quedaban prendidos entre las uñas del envidioso; quedaba la mujer de mala vida y de mala suerte, pugnando por alzarse una en perjuicio de otra; y cubiéndose todos de si propios tan sólo, ni había quien a otro facilitara ayuda, ni quien pensara recibirla, ni amigo que ayudara al amigo, ni ministro de Dios que sostuviese al débil, ni padre que en sus hombros apasase al pequeñuelo. Nadie pensaba sino en la bárbara conquista del reducido espacio de la puerta, casi cegada ya

por la latente masa de vivos sepultados bajo muertos.

Fuera del terrible recinto, los que habían logrado traspasarlo corrían hacia la derecha, y sin volver atrás los ojos, hacia la ciudad inmediata, cuyas altas torres, como gigantes silenciosos, parecían velar por los dormidos habitantes; y conforme andaban, a cada paso que iban dando descubrían la forma que tuvieron en la vida, y juntamente con los accidentes físicos renacían en ellos los defectos y las cualidades morales.

Los altos muros, el oscuro ramaje que como espesa cinta de verdura rodeaba las casas bañadas por la luz de la noche, el gemir de las fuentes entre las apañadas flores de los jardines inmediatos, los casi imperceptibles ruidos que, como respiración difícil, se alzaban de la ciudad dormida, todo contribuía a lo extraño de la escena. Pero si al dejar en tropel el cementerio las turbas de esqueletos presentaban, con sus blancas osamentas y sus despedazadas y carcomidas vestiduras, un aspecto asqueroso, a medida que se iban acercando a las murallas de los vivos, las ropas recordaban sus formas y colores, las armas su brillo, resplandecían los brocados, cruñían las sedas, sonaban las espuelas, los velos de las mujeres y las plumas de los cascos de los hombres se dilataban en el viento, y en carnavalesca caravana, envueltos en el turbión de polvo que en su carrera alaban, juntos corrían damas, pajes, magisteres, soldados, meretrices, frailes, villanos y bufones, tronchando a su paso las zarzas, las flores y las mieses, sin cuidarse de los desgarrones y araños que se hacían en los ajros del camino de la vida.

Por fin llegaron todos a las puertas de la ciudad, y primero en grandes pelotones, después en numerosos grupos, luego en otros menores fueron diseminándose, yendo unos a suspirar ante una reja o vengar una injuria, a buscar aventuras o llorar desgracias, a esperar fortunas o placeres, a refugiarse en su hogar quien lo tenía, y alguno, acurruándose en el umbral de una puerta, a pedir con la líonisa la incierta y vergonzosa renta de mendigo.

El enamorado que, henchida el alma de ilusiones, y con la sonrisa en los labios, murió en un desafío, y que al expirar por la que amaba le envió en el último movimiento de su brazo el último beso de su boca, corrió de nuevo ante los hierros que pretendió ablandar en otro tiempo a fuerza de juramentos y ternezas, y apoyado en los mismos barrotes en que él se reclinaba cuando esperaba impaciente la anhelada cita, topó con otro galanteador y afortunado, a quien la misma voz, cuyos ecos él conservaba en los oídos, decía, enamorada y sumisa: "No he querido a nadie más que a ti."

El avaro que a costa de hambres y desvelos juntó un tesoro y en el huzo del mouro o al extremo del huerto lo ocultó gozoso, teniendo que lo mermanas las miradas del pariente famélico, fué hacia su miserable albergue, y en el mismo sitio halló elevada la lujosa norada del prodigio que disfrutaba su bienes, y a través de los costosos vidrios, por entre las rendijas de las puertas y los agujeros de las llaves, miró furioso la opipara mesa del festín, en cuyo derredor los convidados reían el burlesco brindis que, a la memoria del difunto, consagraba el heredero afortunado.

El esposo que había muerto sintiendo en el llanto de su esposa las ardientes gotas del llanto de la esposa, halló ocupada su parte de cielo por uno que, en segundas nupcias, recibía casi lo mismo que él en las primeras, cuando creía que el amor es un fuego que nadie puede encender dos veces en la vida.

El orgulloso de su estrupe encontró su blasón cubierto por la muestra de un tendero; el envidioso vió el alto puesto blanco de sus tiras, ocupado por quien valía menos; el que había consumido en el estudio sus días y cegado sus ojos, halló sus obras criticadas por necios que habían aprendido en ellas lo poco que sabían; el rey vió a la ensoberbecida muchedumbre asaltar, triufante, su palacio, y vió derribadas sus estatuas por la plebe rastrera que antes le vitoreaba y tenía; el pretrero que murió de ahito predicando el ayuno y hablando de Dios, vió a Dios negado e invadidas las naves de su templo por el populacho amotinado; el que tuvo una duda, la encontró desmentida si era grata, y si era triste, confirmada; el que albrgó una ilusión, de tan perdida no la pudo hallar en parte alguna; el que sintió un deseo, lo vió cominado en su enemigo; el que adoró a una mujer, la halló traidora, y quisierato un amigo se convenció de que era falso.

III

Aun no luchaban con las primeras claridades del alba las últimas sombras de la noche, la ciudad estaba todavía tranquila, cuando los muertos, unos furiosos y a gran paso, lentamente y cabizbajos los más, habían vuelto al cementerio todos.

En las lapidas de los sepulcros acusaban luego la índole de cada cual. Las losas levantadas con fuerza y dejadas caer con rabia, indicaban las tumbas de los irascibles; otras, bien encajadas en sus huecos, mostraban el sitio donde habían tornado a reposar los resignados, y eran muchas las que nadie se había cuidado de remover ni colocar sobre sus huecos, que, amargada el alma por la decepción y el abastimiento, recimadas en la sucia y húmeda tierra, dejaban que la luz indecisa del crepusculo iluminara pálidamente sus cuerpos, nuevamente comidos de gusanos.

Entonces el fantástico engendro, mezcla de hombre y diablo, abarcando con la vista aquel campo de dolores aun vivos y de esperanzas ya muertas, extendió los brazos sobre las tumbas, y dijo sonriendo: "Dormid en paz." Quiso luego alejarse de aquel lugar maldito, cuando a un extremo del claustro, bañado en la indecisa claridad de la mañana, vió con asombro una tumba vacía, y exclamó admirado:

— ¡Uno falta!

Avido de satisfacer su curiosidad, corrió a un registro del cementerio, pasó rápidamente los folios buscando el número correspondiente al del sepulcro vacío, y un momento después lo encontró, unido al nombre del difunto, y seguido al margen de una nota que decía:

"Fué loco".

Al otro día, los que madrugaron en la villa teatro del suceso, hallaron con espanto, tendido sobre las piedras de una calle, el cadáver de un caballero desahogado. Era pobre, único que prefirió a la tranquila podredumbre de la muerte el esplendor y los placeres de la vida.

Hoy las nieblas y las lluvias cubren de verde y de afelpado musgo las solitarias tumbas; el viento del otoño arremolina y amontona sobre ellas las hojas secas, que, en lluvia de oro, ceden de los copudos árboles; sobre la losa sepulcral del orgulloso se gozan con el sol las lagartijas, y en la tierra que cubre los últimos restos del humilde crecen vigorosas y se arraigan lozanas la siempreviva y el rosal silvestre. *

Sea MECÁNICO DENTAL

LE ENSEÑAREMOS EN POCOS MESES, CLASES DIURNAS Y NOCTURNAS. Se otorga diploma. Usted podrá abrir laboratorio propio para atender trabajo de los Dentistas. HAY RÁPIDA DEMANDA.

No hace falta experiencia mecánica previa. ¡ABRASE CAMINO EN LA VIDA! GRATIS.

— Pida inmediatamente el interesante folleto explicativo, a mejor pose o conversar personalmente. — ¡Sabemos, hoy mismo, NO SE DICTAN CLASES POR CORRESPONDENCIA

Escuela de Mecánica Dental de Buenos Aires
2021 - RIVADAVIA - 2021

Nombre _____

Calle _____

Localidad _____ L 275



Profesión lucrativa para ambos sexos.

¡Un centavo por día, y su cocina resplandece!

Vea la página 99. Le interesará.

Trabaje con provecho en su propia casa



Adquiera, sin pérdida de tiempo, la máquina de tejer medias "La Moderna", con la que Ud. puede obtener fácilmente hasta \$ 300.— mensuales. Le compramos las medias bajo contrato y le enseñamos gratis su manejo. AMPLIAS FACILIDADES DE PAGO. Visítenos o solicite folletos ilustrados.

THE KNITTING MACHINE CO.
Salta Nº 482 Buenos Aires

Inigualable!

es la

ROPA INTERIOR

QUINTANA



LA CAMISETA IDEAL

Super-elástica, en algodón retorcido esp. cto, ajuste perfecto. \$ 1.60

EL CALZONCILLO PERFECTO

En poplin importado, tipo sport, corto y amplio de pier. \$ 2.50

AL INTERIOR: Envíe en EL DIA. AGREGAR \$ 0.50 PARA FLETE.

LAVALLE 894

Historia en 2 fotografías

Lydia Denis



Ayer



Lydia Denis, que en esta foto aparece a la edad de dos años, nació en Buenos Aires, en 1924. Hizo los primeros grados de la escuela primaria en la Bartolomé Mitre, y luego ingresó en el colegio Hermanos de la Misericordia... "Cuando era niña — declara la joven estrella — me gustaba mucho el baile, y más de una vez debí aguantar el gesto agrio de mis maestras, las cuales, como es lógico, no veían con agrado que yo dedicara a Terpsícore el tiempo que necesitaba para mis "deberes"... Sin embargo, a pesar de mi precoz inclinación por el baile, pude terminar los estudios, con el general beneplácito de mis parientes, que ya por entonces no mostraban tan decidida resistencia a mis propósitos "artísticos"... Luego pasó algún tiempo. Lydia Denis se convirtió en una buena muchacha que colaboraba con su madre en los quehaceres del hogar, hasta que...

Hoy



... hasta que llegó su oportunidad, pero para debutar no como bailarina, sino en calidad de actriz cinematográfica. "Eso era la meta definitiva a la que yo quería llegar — nos dice —, pero en realidad no tenía muchas esperanzas de conseguirlo; por momentos, el cine me parecía una cosa maravillosa, inalcanzable". En 1941 fue contratada para integrar el reparto de "Papá tiene novia". El resultado de la prueba le fue favorable, y desde entonces filmó tres películas. Ahora es una actriz definitivamente incorporada a las actividades de nuestro cine... Vive en la calle San Juan, al tres mil seiscientos, en compañía de sus padres, en un departamento de sobria elegancia, donde pasa largas horas dedicada a la lectura. Gusta de la música clásica y considera a Gary Cooper como uno de los mejores actores del cine norteamericano...





Ayer

Aquí tenemos a Iris Marga, so-
nadora y meditativa como una
hermana de novela romántica. La
prestigiosa actriz de nuestros
escenarios nació en Italia, cerca de Roma, "en un pue-
blo — declare orgullosa — que fue cuna de la civili-
zación etrusca". Sus padres la trajeron a Buenos Aires
cuando sólo tenía tres años de edad. Aquí cursó sus
estudios, "y ésto es — dice — la ciudad que me despertó
los mayores satisfacciones de mi vida". Por eso, sin
duda, lo quiere tanto". Como estudiante obtuvo siem-
pre el beneplácito de sus maestros, "pero — confie-
sa —, cuando una posible pregunta de algún maestro
me ofrecía dificultades, sabía eludirlo escandiéndome
debajo de los bancos". Iris Marga sonríe, al recordar
la travesura, y luego agrega: "Yo estaba destinada a
ser cantante, y en calidad de tal me presenté en
el teatro Solís de Montevideo. Ese fué mi primer
debut y mi primer triunfo artístico. Mi camino pa-
recía definitivamente trazado... pero después..."

Hoy



Después, las circunstancias
y el sentido de las propias
posibilidades, lo llevaron a
ensayar la interpretación de
algunos personajes escénicos.
El resultado fue promisorio y
coincidente con las aspiraciones artísticas de
Iris Marga. "Desde entonces — declara la
actriz — nunca me aparté de ese mundo
maravilloso, creado por la imaginación de los
poetas. En él me siento cómoda; es, por
así decirlo, la principal razón espiritual de
mi vida". El cine también reclamó el con-
curso de esta actriz que puso toda su juven-
tud y capacidad al servicio del arte. En
"Petróleo" hizo su primer experiencia cine-
matográfica. La crítica y el público le tribu-
toron los elogios que su ajustada interpreta-
ción merecía. Iris Marga está contenta de
todo eso, se declara satisfecha. Ahora es una
mujer de espíritu sutil, activa y entusiasta;
juízo de cosas y los acontecimientos con
una comprensión tolerante; gusta de los li-
bros, y lamenta que las múltiples exigencias
de la profesión no le permitan dedicar más
tiempo a su lectura.



Iris Marga



Ricardo Palma

Ricardo Palma y en la Biblioteca

EL NOMBRE DE LOS DOS ILUSTRES ESCRITORES ESTA INTIMAMENTE LIGADO A LA BIBLIOTECA EN CUYA RECONSTRUCCION COLABORA HOY TODA AMERICA

Por Valentín de Pedro

ESPECIAL PARA "LEOPLAN"

LA constante aportación de libros de nuestro país, para la reconstrucción de la Biblioteca Nacional del Perú, trae con frecuencia, al plano de la actualidad, iluminado por las llamas del incendio que lo destruyó, el sugestivo caserón colonial de Lima donde funcionaba desde que la fundó el general San Martín, para dar testimonio de que sobre la ciudad que acababa de liberar nacía una nueva era.

Por segunda vez el mundo todo de habla castellana, sensible a las pérdidas de la cultura, pone a contribución su esfuerzo para remediar la obra de la fatalidad, que si esta vez fué el incendio, la anterior fué la guerra con Chile, en la que si bien se salvó el histórico edificio, levantado el siglo XVII y en el que estuvo instalado otrora el Colegio de Cacicques del Príncipe, perecieron sus libros.

Ricardo Palma, famoso ya entre los públicos de habla hispana por sus *Tradiciones*, fué designado en aquella ocasión por el gobierno del Perú para rehacer la biblioteca. Patriótica labor, por la cual renunció al goce de una existencia más holgada y tranquila, que se le ofrecía en nuestro país. Desde entonces, el nombre de Ricardo Palma va unido a la Biblioteca Nacional del Perú, que fué a modo de su santuario. Y así, después de visitarlo en ella, Rubén Darío pudo escribir que Lima era "la ciudad de Santa Rosa y de don Ricardo Palma".

En el mismo estilo llano, pero a la vez colorido, ligero y zumbón, que es gala de sus *Tradiciones*, Ricardo Palma escribió a todos sus amigos y admiradores, que eran muchos, aunque no los conociera personalmente, pidiéndoles su contribución de libros para la obra que se había impuesto, y fué para él un honor llamarse el bibliotecario mendicante, especie de hermano limosnero de la congregación de la cultura. Este suceso, especie de ver que su género epistolar alcanzaba tanto éxito como su género literario; y la biblioteca, bajo su dirección, renació su antiguo esplendor, enriqueciéndose con numerosos volúmenes nuevos.

Tuvo la satisfacción de ver que su género epistolar alcanzaba tanto éxito como su género literario; y la biblioteca, bajo su dirección, renació su antiguo esplendor, enriqueciéndose con numerosos volúmenes nuevos. La biblioteca fué, además, su hogar. En el piso alto del caserón vivió Ricardo Palma durante 28 años; allí nacieron varios de sus hijos y allí murió su esposa. Y allí, sin duda, hubiera terminado sus días el insigne tradicionalista si un incidente, derivado de las luchas políticas, no le hubiese obligado a renunciar irrevocablemente a su cargo. Le sucedió en él — esto ocurría en 1912 — otro gran escritor peruano: Manuel González Prada. Cuentan que Palma, al conocer el nombre de su sucesor, exclamó: "La verdad, que el único capaz de reemplazarme es González Prada". Pero el espíritu de comprensión que entra-

voluntad, por la de sus partidarios, tiene una razón profunda, por cuanto había en ellas de representativo y antitético.

Ricardo Palma recoge en sus libros una tradición con la cual González Prada aspira a romper definitivamente. Diez años de diferencia en el nacer los separan más que si hubiesen venido al mundo en siglos distintos. Y es que el uno nace de cara al pasado y el otro de cara al porvenir, siendo lo curioso que quien mira al porvenir es quien más razones tenía para estar identificado con el ayer: González Prada, que llega a exclamar:

*"Dejemos el pasado,
dejémosle dormir en ruinas o en sepulcros;
y vueltas las pupilas a la aurora renaciente,
benidámos el hoy, glorifiquemos el mañana".*

El éxito de las *Tradiciones Peruanas* de Ricardo Palma se debió, principalmente, a lo que ese género literario tuvo de hallazgo, hallazgo de un tesoro de ilusión. Su pluma fué como una varita mágica, que al tocar el papel hacía que se levantara todo un mundo desaparecido con la independencia hispano-americana: el mundo brillante, sensual, gracioso y agradable de los virreyes de Lima. Fué como el hallazgo de un tapado, uno de esos tapados que encandilaban la imaginación de las gentes en el Perú y en el Norte argentino, y que constituyeron una especie de herencia dejada por la guerra libertadora; y también una compensación imaginativa a la pobreza, dejada por aquella, como por todas las guerras. El brillo del tapado descubierto por Ricardo Palma alegró el corazón de infinitos lectores y dio riqueza de popularidad y nombradía, ya que no de dineros, a su autor. Para comprobar su acierto nos bastará con recordar que Próspero Arminio, que sabía muy bien el valor que en literatura tienen estos hallazgos — él, que descubrió al mundo con tanto éxito la España de *Carmen* — tomó una joya del tapado de don Ricardo y la pulió primorosamente, haciéndola lucir en las escenas de *La Carroza del Santísimo*.

El escritor que resucitó ese mundo no puede en realidad considerarse como personaje representativo de él, pues Ricardo Palma procede de una familia de la clase media, que no tuvo figuración alguna en la corte virreinal; todo lo contrario de su sucesor en la dirección de la Biblioteca Nacional del Perú, Manuel González Prada, de rancio abolengo, hijo de una linajuda familia, contaba entre sus antepasados con un Gobernador-Intendente de Lima y un Superintendente General de Hacienda. Había nacido en el seno de un hogar muy realista y muy católico, para el cual la independencia fué un rudo golpe, y que aspiraba a perpetuar en la nueva república el espíritu de la vieja monarquía dominadora. De él había de salir quien mejor representara en el Perú, por su vida y por su obra, el carácter de renovación social que tuvo la guerra de independencia.

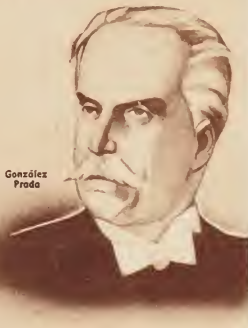
Hay un hecho en la



Por segunda vez, todo el mundo de habla castellana pone a contribución su esfuerzo para reconstruir la Biblioteca de Lima. El embajador del Perú, general Benavides, se reúne en Buenos Aires con los representantes de la Cámara del Libro, que le hacen entrega de 2.000 volúmenes para su plausible fin.

ña esta frase, no impidió que alrededor de su renuncia y del nombramiento del nuevo director se agitaran las pasiones partidistas y se pronunciaran frases de tono muy distinto al de la suya. Con todo, el hecho no pasó de un incidente polémico que el tiempo se encargó de liquidar y del cual sólo quedan, como recuerdo, sendos folletos, aumentando el índice bibliográfico de cada uno de estos autores. Sin embargo, el que estas dos obras aparezcan en un momento frente a frente, más que por propia

González Prada de Lima



González Prada

niñez de González Prada que nos da ya la medida de su espíritu, nos anticipa lo que será luego el hombre: su fuga del Seminario — donde se hallaba internado por voluntad de sus padres, que le soñaban sacerdote — obra de su inteligencia y de su voluntad, pues no se trata de una escapada hacia la aventura, sino que deja el Seminario subrepticamente para dirigirse, maleta en mano, al Colegio de San Carlos, donde se matricula por sí mismo para seguir estudiando, pero de acuerdo a sus gustos y aficiones. Es la reflexión la que lo guía y esta fuga tiene algo de simbólico: su existencia toda sería como una fuga, fuga del pasado hacia el porvenir, de antiguos prejuicios hacia nuevas teorías, de la ciudad al campo, de la popularidad al ostracismo, de las mentiras políticas a las verdades sociales, de lo sonoro y hueco a lo llamado y enjundioso, de lo ficticio a lo verdadero...

Como una demostración de su propósito de desvincularse de toda tradición, cuando publica sus primeros versos, con los cuales entra en la vida literaria, firma suprimiendo la partícula nobiliaria de su apellido, y don Manuel González de Prada aparece en una antología de poetas peruanos simplemente como Manuel G. Prada. Lo que no le impediría mostrar a lo largo de su existencia una ejemplar nobleza en su carácter. Fue en realidad un hidalgo al que no le faltó un grano de locura quiétesca.

Con ser dos espíritus antitéticos, Palma y González Prada son, cada uno a su manera, en el españolismo Perú, exponentes insignes del carácter español, contradictorio y paradójico; representantes de las dos Españas que, desde hace siglos, se debaten sobre la piel de toro peninsular, hasta en la manera de ser designado cada uno: el tradicionalista Ricardo Palma y el revolucionario Manuel González Prada. Remacha la paradoja en este caso el que el revolucionario sea precisamente el aristócrata. Su raíz española es la que une a los dos en la misma devoción por los clásicos españoles, aunque González Prada fuese hombre de lecturas más diversas y de espíritu universalmente disconforme. Estudiando la vida de uno y de otro, nos encontramos con estos dos hechos semejantes: Ricardo Palma, hablando de los años de su juventud en que fue marino, nos cuenta: — "En una larga estación en las islas de China, me leí la Biblioteca de Clásicos Españoles de Rivadeneyra; de ahí mi devoción por los grandes prosistas castellanos". Y también González Prada, en años de su juventud en que vivió, llevado de su inclinación a la misantropía, en una hacienda de su familia, del valle de Mala, según nos cuenta su biógrafo, "devoraba gordos tomos de la colección Rivadeneyra".

Un mismo amor, o si se quiere una misma sed, los acercó a aquella fuente de nuestro idioma, fuente que se halla en el cruce de todos los caudales que un escritor de habla española puede seguir. Y fue su condición de escritores insignes lo que hizo dignos a los dos de ocupar la dirección de la Biblioteca Nacional del Perú, que, con la vista puesta en la gloria futura de los pueblos libertados, fundó San Martín según decreto fechado en Lima el 28 de agosto de 1821.

Que al frente de ella llegaran a sucederse dos figuras de la talla intelectual y moral de Ricardo Palma y Manuel González Prada, confirma la genial previsión del héroe. Las llamas han podido consumir el viejo escaño de la biblioteca y los volúmenes que en él se guardaban; pero el espíritu de estos hombres que la dirigieron, como el de su glorioso fundador, es inmortal. Ese espíritu será el que dé nueva vida a la Biblioteca Nacional del Perú, que volverá sin duda a erigirse muy pronto en la legendaria Lima, de acuerdo con el lema renaciente que hizo suyo, como bandera de esperanza: *Post nubila, Phœbus*. ☼

Un romance oleo shora
el peinado que enamora

Acentúa el encanto de un romance la acción embellecedora de **OLEO SHORA**, que proporcionará nueva vida, suavidad y fulgurante brillo a sus cabellos.

FRASCO DE PRUEBA \$ 0.80

CONSERVA EL CABELLO SEDOSO Y BIEN PEINADO

ESTUDIE POR CORREO

¡Aproveche su tiempo libre! Estudie por correo en estos famosos Escuelas, fundados en 1915. Enseñamos por CORREO: RADIO, AUTOS, DIESEL, DIBUJO, CONSTRUCTOR, CONTADOR, SASTRE, MODISTA, TENEDOR DE LIBROS, SECRETARIO, AGRONOMÍA, ELECTRICIDAD, ORTOGRAFÍA, CALIGRAFÍA, ARITMÉTICA, etc.

Envíenos sólo su nombre y dirección y recibirá informes muy interesantes.

ESCUELAS SUDAMERICANAS
695, Avenida Montes de Oca, 695 - Buenos Aires

Nombre.....

Dirección.....

Localidad..... (6)

Elishka y ellos...

Josef Kopta nació en el año 1894. Luchando en el frente ruso durante años conoció el heroísmo del hombre biond y el silencio martirio de los pequeños e insignificantes.

De sus obras son famosas: "El tercer batallón" y "El tercer batallón ha terminado su labor".

Es uno de los mejores estilistas checos y se revela en sus trabajos como un psicólogo sutil.

—Así que — dijo Voitej hundiendo la cuchara de estuño en la espesa sopa — así que será este mi último almuerzo. — Y se puso a comer como si estuviera participando en una fiesta de casamiento; sonreía, cruzaba las piernas debajo de la mesa y tamborileaba con los dedos de su mano izquierda, todo esto para que el dueño de la fonda pudiera decir luego en un informe fidedigno:

"Estaba extraordinariamente tranquilo, comió con apetito; estaba contentísimo de la bien preparada comida y de las comodidades de mi restaurante."

"Tomó vino mezclado cuidadosamente con agua, en lugar de pedir una botella de coñac, que podría haber evidenciado más su deseo de suicidarse. No hay duda de que se trata de un accidente fatal, de un mal paso en la angosta senda de la montaña. Además, estaba calzado con zapatos de *luck* y sin el equipo de turista necesario en esta región."

—Sí, sí — meditaba Voitej —; así está todo bien arreglado.

Y levantando la cabeza del plato llamó con voz alegre al dueño de la fonda:

—Tío Mijal: ¿querría decime con qué clase de especias han hecho esta sopa tan exquisita?

El dueño, orgulloso por las alabanzas del cliente, vino corriendo para llevarse el plato vacío, y volviendo de la cocina le dijo:

—Una pizca de azafrán, solamente una pizca. Y además de eso, claro está, le hemos puesto un poquito de anís.

Mientras tanto, había puesto delante del cliente un plato blanco y ovalado, en el cual dos truchas flotaban en manteca; eran dos truchas frías, pescadas al amanecer en el arroyo cercano.

—Las truchas son nuestra comida más común — dijo el tío Mijal —; pero para los señores de la ciudad son un plato especial. Yo sé pescarlas con la mano solamente. Pero hay que acostarse a la orilla, en silencio, e hipnotizarse con la llama de una vela. La lámpara eléctrica no sirve para eso. ¿Qué esperanza!

—¡Ah! — pensó Voitej, mientras cortaba la carne blanca y delicada —, aquí me siento casi bien, pero la idea de tener que volver a casa se me hace insuperable.

Mientras tanto, el dueño del restaurante salió, echando una mirada desde la puerta a su cliente. Podía dedicarle a él todas sus atenciones, pues desde hacía tres días era el único

cliente. Cuando él se fuera podría darse por terminada la temporada; se cerrarían las puertas y ventanas y el patrón y su esposa bajarían al pueblo, porque durante el invierno el albergue ofrece una existencia miserable. El camino que asciende serpenteando corre junto a él, pero los esquiadores pasan por allí en automóvil buscando laderas más propicias para ese deporte. Una taza de té que ellos pidieran costaría ocho kronas, y ni siquiera para eso pararían, sabiendo que en el hotel de Bruno Walter, en el kilómetro 41, podrían tomarla lo mismo. Y llegando hasta allí ya se habían salvado todas las curvas peligrosas del camino, a veces cavado en la misma roca; y por lo tanto podían brindar con tranquilidad a su salud, por no encontrarse en el fondo del abismo con la nuca rota.

Voitej terminó de almorzar, y el patrón le trajo una compota de ciruelas. El, aunque ya estaba satisfecho, seguía fingiendo buen apetito para no dar la sensación de que pensaba abandonar un mundo que tiene ciruelas tan jugosas y exquisitas.

Y a pesar de ello, esta tarde todo terminaría para él. Esta tarde saldría a pasear, elegiría las sendas más arriesgadas, subiría a una roca como para escoger un arbusto de pino; pero entonces la piedra cederá bajo sus pies y él se precipitará en el abismo. Y de ninguna manera se olvidará de tener en la mano una ramita de pino recién cortada, pues así se hará más evidente que fué víctima de un accidente fatal por haberse arriesgado demasiado sin preocuparse de que él no era un buen alpinista, y además por subir a la roca con zapatos de *luck*.

Voitej ya iba a levantarse de la mesa y abandonar el comedor, cuando desde fuera se oyó a lo lejos el zumbido de un motor. El automóvil debía estar ascendiendo penosamente la ladera, y el dueño de la fonda, escuchando el ritmo del motor, dijo:

—Debe ser un automóvil de carreras.

Aceróse entonces a la ventana, esperando ver un vehículo rojo o azul, de forma rara, que cruzaba velozmente, como un relámpago, por delante de la casa. Por eso no fué pequeña su sorpresa cuando la *limusine* paró delante de sus puertas.

—¡Una botella de coñac! — oyóse gritar en seguida, y al mismo tiempo se precipitaba en el local un hombre muy alto, vestido con un traje de cuero y enmascarado con una gorra de automovilista y grandes anteojos, que a primera vista le daban el aspecto de un buzo. Sin quitarse su "máscara" se sentó a la mesa de Voitej mirando en derredor con desprecio (aunque esta impresión podían causarla los anteojos cubiertos de polvo); se quitó los guantes.

—Sí, señor — le dijo a Voitej que lo observaba —. Si necesita estar borracho para hacer las cosas de manera extraordinaria.

El patrón le había puesto delante la botella pedida, y él sacó en seguida de su bolsillo interior un puñado de billetes de banco arrugados y los arrojó sobre la mesa.

—¡Mi último dinero! — dijo —. No es necesario que los hombres-buitres lo encuentren al saquear mi cadáver.

Luego bebió directamente de la botella, va-

ciándola ávidamente hasta la mitad.

—¡Y usted sonríe! — gritó a Voitej —. ¡Tiene razón! ¡A su salud, hombre feliz!

Luego llenó la copa, dejándose para él, y ofreció a Voitej el resto de la botella.

—Gracias — dijo éste —; yo estoy por emprender una caminata. Quiero subir muy alto para traer un arbusto de pino de esos que tanto alegran la habitación en invierno. El coñac me restaría seguridad.


El desconocido se puso a reír y dijo con sarcasmo:

—Así que usted volverá a su hogar con alegría, ya que tanto se preocupa de él; en cambio yo, señor, estoy huyendo del mío.

"Yo también", pensó Voitej. Y en su imaginación apareció su habitación



Por
JOSEF KOPTA
ILUSTRACIONES DE PAUL VALENTIN



desierta, a la que nunca más volvería la felicidad. Porque sólo Elishka podría significar su felicidad, y la muchacha se había casado hacia cinco años en una ciudad lejana, habiendo preferido a su amor la riqueza que el otro le ofreciera. Pero en este momento se acordó de su decisión de seguir fingiendo, para dar la impresión de ser un hombre cuya vida — que en realidad estaba plena de anhelos vanos y de preguntas no contestadas sobre su inmensa soledad — hubiera sido arrancada inesperadamente.

—Claro está —dijo sonriendo—, ya de antemano me estov alegrando al pensar en hallar de nuevo las cosas que dejé en mi hogar.

—¡Las cosas! —gritó el enmascarado, y suspiró—. ¡Oh, si yo pudiera hablar de "las cosas" de mi hogar sin pensar en mi esposa! Pero no, señor. El solo pensamiento de ella basta para que me decida a acelerar el cumplimiento de mi decisión.

Se levantó de un salto, dió un empujón a la mesa que se quedó obstaculizando su camino, y con enormes pasos abandonó el local, gritando:

—Obraré con mucho cuidado, ¡ciento veinte kilómetros por hora! Le agradezco la insistencia.

—Espere —exclamó ahora Voitej, al sentir que le echaba encima la responsabilidad, y salió corriendo detrás del automovilista, que ya se encontraba dentro del coche. El desconocido, al verle, pensó que Voitej quería im-

pedirle cumplir su decisión, que tenía meditada desde hacía muchos días, y embriagado por el café puso en marcha el motor.

—Esperé— gritó otra vez Voitej, y de un salto penetró en el vehículo, y se sentó al lado del desconocido.

—¡Bájese— le advirtió el desconocido—. El motor está ya trabajando y no parará hasta el fondo del abismo. Y con las piernas rotas ya no podrá descender.

—Bueno— pensó Voitej, y empezó a gustarle la idea—. Tal vez sea mejor terminar así que fingiendo caer de una roca; por lo menos para esto se necesita más valor que para dejarse llevar simplemente.

—¿Qué ocurre?— exclamó extrañado el tío Mijal, corriendo hacia la puerta de la fonda.

Voitej sonrió para tranquilizarle, y dijo:

—Nada, tío Mijal. Viajaré un rato con él y descenderé en el kilómetro quince para desde allí subir a la roca y buscar el arbusto de pino.

—¿No va a descender?— murmuró el automovilista—. Está bien, ahora me agrada a mí también la idea, ¡nórrrone! los dos.

Por su parte, Voitej pensó:

—Mejor: el tío Mijal será testigo de lo que dije y testificaré que mi intención era sencillamente acompañarle unos kilómetros, y que perdí la vida contra mi voluntad.

Y aun para disimular mejor, Voitej le ordenó al patrón:

—Para cenar me gustaría tener pollos fritos, si es posible.

—Sí— le respondió éste, cuando ya el vehículo emprendía su marcha fulminante.

—Basta— dijo el conductor del coche— ya le dije que para mí empresa basta sólo un "stare". Este coche no va a parar más.

Voitej estaba muy contento.

El solo no sería capaz de llevar a cabo tan rápidamente su propósito, para el cual hasta el vehículo le facilitaban. Clientes de tiribueos le hubieran asaltado durante su larga caminata, y quien sabe si al fin no le habrían desistido antes de cumplir su última etapa. Además, en este caso tenía la ventaja de que no era él quien se suicidaba, sino que el otro iba a matarlo. Lo que él había hecho era simplemente adherirse a alguien a quien podría llamar el "luz final".

Este hombre, para el no tenía nombre, ni siquiera conocía su rostro, pudiera decirse quizá que el hombre era el destino de Voitej, disfrazado de automovilista.

Con la velocidad del relámpago salvaron la primera curva, y la parte posterior del vehículo saltó, como si quisiera anticiparse al vuelo, hasta el abismo. Era agradable para Voitej no saber cuándo llegaría el preciso momento que esto ocurriría. Quizá en ese mismo minuto estaba tocando en este momento en su bolsillo interior; de repente, el Destino enmascarado perdería el control del automóvil, y el crujir de las ruedas lo acompañaría en el vuelo deshecho de la curva a la profundidad. Pero Voitej, sacó la mano del bolsillo. No quería que le encontraran en la actitud de su último abrazo a la que anaba.

—Tiene miedo?— le preguntó el otro al ver el gesto.

—No— contestó Voitej—. Espero convencerle todavía de que abandone su intención.

—Vanás esperanzas— dijo el Destino, a través de grandes carcajadas. —Primero debería convencerla a ella de que me anase.

—¿Usad la fuerza?— preguntó Voitej casi con indiferencia, mientras observaba los saltos del marcador de velocidades que ya en este

momento se aproximaba a los noventa.

—No lo quería confesar— contestó el automovilista con voz amarga. Pero en seguida exclamó: —Ya es la tercera vez que impide el nacimiento de un hijo mío.

—Buen divorciarse entonces— dijo Voitej, cínicamente.

—Estúpido sería— murmuró el desconocido, más bien para sí mismo—. Al tercer día la seguridad azotadilla hasta el mismo infierno, pidiéndole perdón.

Oyóse ahora un suspiro amargo seguido de una blasfemia. Y después de un instante, prosiguió:

—La gente me aconseja así porque nadie conoce su boquita, sus hombros de alabastro, sus graciosas piernas; ni ha conocido el perfume de sus cabellos.

—Ni usted tampoco— incitó Voitej—, porque todo es lo perteneciente a usted, no por amor, sino por deber.

—Así ha sido— respondió el otro, respirando pacientemente—, era como si ella hubiera querido vivir a mi lado haciéndose la ilusión



de que estaba con otro. No abrió los ojos, no me ofreció su boca, no me tendió sus manos, y al despertar y ver mi rostro que derribaba la imagen de su ilusión, hubo de mí. Era imposible comprarla, señor. Aceptó mi riqueza, pero excluyendo a su propietario.

—Usted pensaba— dijo burlescamente Voitej— que todo lo demás vendría después, y creví lo que dicen en los pueblos "ella se acostumbrará".

—Pero yo no lo obligué— defendiéndose el hombre—. Por voluntad propia abandonó al amante pobre y se casó conmigo.

El marcador llegaba al número cien. De repente, por el cerebro de Voitej cruzó una atroz sospecha. Y tocando fuertemente en el hombro de su vecino, exclamó:

—¿De dónde era ella?

—De Praga— contestó el desconocido—. Ahora ya quería el divorcio— continuó a través de sus carcajadas—. Probablemente, porque su amante se habrá enriquecido—. Juntamente aver volví a buscarla, humillándome una vez más; pero ella me dijo: "Ya puedes darte por satisfecho con tal de que no te haga escándalo. Ahora podría marcharme tranquilamente con Voitej y devolvértelo todo lo que me has dado."

—¿Ay!— suspiró Voitej dolorosamente—. Se trata de Elishka.

—Sí, de Elishka— afirmó el desconocido apacientemente. Tengo que devolverle su libertad a un caballero.

Aunque Voitej veía que se estaba descubriendo, quiso tener la certeza. Pero en ese

casos de felicidad, tristeza y horror, no encontré mejor manera para averiguar si se trataba de ella, que sacar el retrato de su bolsillo y se lo puso ante la vista a su vecino, preguntándole:

—¿Es esta Elishka?

El automovilista, insensibilizado por la velocidad de la máquina, y no pudiendo apartar su mirada un solo momento de la carretera, dejó oír un suspiro lento y doloroso:

—¡Voitej!...

Y en el mismo instante, el marcador de velocidad llegó a ciento veinte.

—¿Qué hacer?— era la pregunta que cruzó imperiosamente el cerebro de Voitej, en medio del estado febril en que se encontraba. —¿Lanzarse sobre el cuerpo de su vecino para hacerle parar el coche? Eso no daría resultado. —¿Saltar, tirándose del vehículo? Eso seguramente le causaría la muerte... o por lo menos lo mutilaría. Todo esfuerzo para convenir al desconocido de que se equivocara era ilusorio, pues si antes era capaz de matar a una persona cualquiera, con mucha más razón lo haría ahora sabiendo que él era Voitej.

—Es mi destino— se dijo Voitej—; de todos modos me había de despedazar el cráneo en cualquier parte.

Pero, acordándose de cómo él quería que se ignorase su suicidio, se le ocurrió una idea que se convirtió en su última esperanza, y decidió a hacer el experimento:

—Oiga— gritó en el oído del otro, para poder ser escuchado, a pesar del ruido del motor—, usted hablaba de portarse como un caballero, y sin embargo se está portando tanamente.

—¿Por qué?— preguntó el hombre, también en voz alta—. ¿No he preferido eliminarme para ahorrarme los disgustos y rencores que necesariamente le traería un divorcio? ¿No le estoy ahorrando acaso a Elishka los tormentos de las declaraciones ante los oídos curiosos de vecinas chismosas y hasta de los mismos jueces?

—Pero, para evitarle remordimientos, usted debía de haberle dado el aspecto de un accidente fatal— dijo Voitej en último esfuerzo y disimulando su intención—. Ahora se enterará de todo por la botella de coñac que usted se bebió y por sus palabras alocadas en la fonda de Mijal.

—Verdaderamente tiene usted razón— replicó—; he obrado como un estúpido.

Y en ese momento, apartó la vista del camino, que serpenteaba, teniendo a un lado las rocas fantasmales y al otro un enorme abismo de profundidad infinita, y levantó sus ojos hacia el hombre que le hablaba.

Pasó su vista por el rostro de Voitej, pálido de emoción, y se fijó en el ángulo de los labios donde temblaba algo sediento; algo como la única manifestación de la vida, como la única manifestación del deseo y la esperanza.

—Somos iguales en nuestro deseo— dijo, y descargando la tirantez de sus nervios dejó caer las manos a lo largo de su cuerpo.

Y cuando la máquina voló sobre el borde del camino hacia el abismo, con velocidad de relámpago, en medio de truenos diabólicos, el Destino enmascarado observaba aún el ángulo de los labios de Voitej; y en el último segundo los vio respirar por postrera vez y marchitarse luego. ☞



LA PRODUCCION PARA LA DEFENSA DEMANDA TECNICOS

*"Necesitamos manos expertas
y mentes especializadas"*

LOS JEFES DE LA INDUSTRIA

En las FABRICAS

La industria fabril, tanto en las empresas pequeñas, como en las grandes, se está ensanchando, modernizando y "mecanizando." Esta gran expansión requiere el empleo de miles de técnicos en Fuerza Motriz, Electricidad, Radiofísica, etc., y éstos ocuparán importantes y remunerativos puestos.



En las COMUNICACIONES

El ensanchamiento de las comunicaciones en toda Hispano-América, es asombroso. Las naciones necesitan extensas y eficaces redes de comunicación. Los vastos programas de Defensa exigen una ampliación enorme. En Radiocomunicación, Telégrafos, Teléfonos, Radiodifusión, etc., etc., se acentúa cada día más la demanda de Expertos.

En la AGRICULTURA

Es sorprendente el desarrollo de la producción agrícola moderna y mecanizada. Para la instalación, reparación y manejo de la gran cantidad de maquinaria que se utiliza en los campos, hay urgente necesidad de peritos en Fuerza Motriz y Electricidad, aplicadas a la Agricultura. Los especialistas ganan buenos sueldos.



En la TRANSPORTACION

Importante actividad que ofrece oportunidades sin limite al Experto en Motores de Gasolina y Diesel, Sistemas Diesel-Eléctricos, Aviación, Plantas Motopropulsoras Marinas, Sistemas de Alumbardo Eléctrico, etc. El establecimiento de nuevas vías para la Defensa, pide urgentemente especialistas.

En la MINERIA Y EL PETROLEO

¡Materias primas! Este es el grito de la industria para satisfacer la demanda de producción para la Defensa. Los productos del subsuelo se hallan en todos los países latinoamericanos; pero se necesitan miles de Técnicos que se encarguen de la gran cantidad de maquinaria especial, necesaria para extraerlos.



En la INDUSTRIA FRIGORIFICA

La conservación de todos los productos del Continente, exige ampliación de las plantas. En estos tiempos de acrecentada producción y almacenamiento de comestibles, se necesitan técnicos en Electrotecnia y Refrigeración, especialistas a quienes se les pagan sueldos atractivos.

HAGA USTED ESTUDIOS RAPIDOS DE ESPECIALIZACION

National Schools, con su experiencia de 37 años, le ofrece Enseñanza por correo, teórico-práctica, comprobada en sus propios laboratorios y talleres, en: 1.—Radio, Televisión y Cine Sonoro; 2.—Fuerza Motriz y Diesel; 3.—Aviación; 4.—Electrotecnia, Refrigeración y Acondicionamiento de Aire.

Mi Enseñanza lo hará un Técnico Experto

*Envíe
HOY
ESTE
Cupón*

Cualquiera de estas Enseñanzas convertirá a usted en Técnico Experto, capaz de ocupar envidiables puestos en las industrias. Miles de graduados prósperos comprueban su efectividad. ¡Sea usted uno de ellos! Envíe el cupón al calce, solicitando informes.



FUNDADA EN 1905

Renombrada Institución Educativa, establecida en Los Angeles, California, desde 1905, ofrece a usted las facilidades de su Sucursal en este país.

VICTORIA 1556
Buenos Aires, Arg.

NATIONAL SCHOOLS

PIDA PROSPECTO GRATIS

Dr. J. A. ROSENKRANZ, Presidente:

Dpto. GD 380-10

Mándeme su prospecto con datos para ganar dinero en la industria que marco con una X; así ☒

NOMBRE _____ EDAD _____

DIRECCION _____

LOCALIDAD _____

PROV. _____

Escoja sólo una:

RADIO ☐

DIESEL ☐

AVIACION ☐

ELECTRO-TECNIA ☐

MADELEINE OZERAY, LA ACTRIZ

Huéspedes de América

Madeleine Ozeray, como todos los espíritus sensibles, es amigo de los Homs. La presente fotografía es una buena prueba de ello.

MADELEINE Ozeray puede ser calificada como una de las actrices de más vigoroso temperamento artístico del teatro francés, de ese teatro a cuyo regazo han surgido tantas figuras famosas. En Francia ella *Jeune fille*, la mirada del público. Pues, a pesar de su juventud, Madeleine ha conocido ya todos los halagos, todos los aplausos que fervorosamente le han tributado una y mil veces. Porque cuando ella actúa, poniendo esa delicadeza exquisita tan suya, el espectador llega a "vivir" la ficción, comprende a los personajes... se identifica con ellos. Es entonces cuando el actor o la actriz puede hablar orgulosamente de "su público". Madeleine Ozeray sabe muy bien que tanto en Europa como en América tiene "su público" que la admira y la quiere como se merece. ¡1910! El ruido de los aviones y el tronar de los cañones conmovieron el tinglado. Autores e intérpretes hicieron un alto en su labor. ¿Sería ese el fin de la "Comédie Française"? No, no podía ser. Era preciso seguir trabajando libremente, sin ruidos... Al fin y al cabo aquello no iba a durar toda la vida. ¿A dónde ir? Madeleine pensó de inmediato en la Argentina, en Buenos Aires. Le constaba que sería bien recibida en la gran ciudad "que tiene algo de París". Su corazón no la engañó. El público porteño la acogió como a una cabal representante del arte y el *esprit* de Francia, de la Francia eterna. Así igualmente siguieron su ruta la admirable Ludmila Pitoëff, Rachel Berendt, Louis Jouvet, Squinquel, etc. Se hallan hoy dispersos por América autores ilustres como Louis Vernicelli, Jules Romains, Bernstein y otros muchos. Todos ellos esperan que el humo de pólvora que ensombrece a Europa se disipe. Volverán entonces a reunirse y seguirán actuando unos y escribiendo otros, con renovado ímpetu, todavía con el sabor dulce y amargo de la nostalgia.

Entreacto

Llegamos al domicilio de Madeleine Ozeray. Es ella en persona quien nos recibe, al tiempo que lanza un "¡Ah!" de sorpresa. ¿No está preparada? Sin embargo, cuando al mediodía terminó el ensayo, al pedirle que nos concediera una entrevista, nos dijo:

—Muy bien; los espero esta tarde a las cuatro en punto.

Hemos sido puntuales, pero ella no ha recordado la cita. Lleva un *peignoir* color rosa y... ¡anda descalza, con los pies desnudos, por la casa! Nos introduce en una salita. El sol que entra a raudales por el gran balcón que abarca casi toda la pared, reverbera en la hermosa cabellera de la actriz, que es de un rubio muy platinado. Algunas ondas le caen hacia la frente, dándole un aire de niña frágil y tímida.

—*C'est ennuyeux!* — exclama —. Las gentes de teatro no tenemos noción del tiempo. ¿Van a hacer fotos? — pregunta mirando temerosa a la cámara.

—Unas cuantas, si no tiene inconveniente — respondemos.

—Entonces tengo que arreglarme. Ustedes me disculparán si los hago esperar un ratito, ¿no? En seguida estoy lista. Háganse de cuenta que es un entreacto y que yo voy a mi camarín a cambiarme...

Una obra para Madeleine

En efecto, al cabo de diez minutos aparece la actriz vestida con un traje amarillo en el que se destacan unos vaqueros, estandados con unas levadas en inglés. Observándola ahora se nos antoja más menuda que vista desde la platea. La falda de amplio vuelo acentúa su talle delgado. Tiene una cara infantil con sus gestos espontáneos y su mirada sincera.

Al ver que nos detenemos frente a un retrato suyo admirablemente ejecutado, nos dice:

—¿Verdad que está bien? Me lo hizo Mariette Lydis, por quien siento un sincero afecto. Fue ella también quien me preparó los figurines y decorados de mi último recital.

—¿Qué interpretó? — inquirimos.
—*Le Mystère de la Chaire*, de Jeanne d'Arc, de Charles Peguy, y *L'enfant de la haute mer*, de Jules Supervielle.

—Díganos, Madeleine, ¿con qué pieza teatral ha tenido más éxito en Buenos Aires?

—*"Ondine"*, de Giraudoux, ha sido, sin duda, la obra en que más se me ha aplaudido.

—¿También será la que usted interpreta más a gusto?

Charlando con nuestro colaborador, veía Carlos Durlo, la bella actriz, a quien Buenos Aires encanta y entristece a la vez, recuerda su actuación en el teatro francés.

DE LOS PIES DESCALZOS

Por
Carlos Duo
ESPECIAL PARA "LEOPLAN"

—Sí — afirma —, Giraudoux es mi autor predilecto. Con él me une, además, una gran amistad. Todas sus obras se adaptan a mi temperamento de una manera sorprendente. Esto me recuerda — continúa nuestra interlocutora — que en cierta ocasión Giraudoux estaba presentando "Le Corsaire", de Marcel Achard, en cuya interpretación debía yo salir descalza. Al finalizar me felicitó, y al decirle yo que me encantaba actuar con los pies desnudos, me prometió que escribiría una obra especialmente para que yo trabajara a *mon aise*, es decir, sin medias ni zapatos... Esa obra maestra es "Ondine", que tanto alabó la crítica luego.

—¿Y a qué se debe esa debilidad? — le preguntamos.

—No sé si pensando en el contacto de mis pies con el piso me da una sensación de confianza y de soltura muy grandes. Y según pudieran ver al entrar, siempre que ando por casa y mientras no haya visitas de cumplido, voy descalza...

—Pequeños caprichos de grandes actrices — argüimos.

—Por favor, no hieran mi modestia — dice burlonamente.

Preferencias y nostalgias

—¿Qué autor le agrada interpretar más, después de Giraudoux? — se- guimos preguntando.

—Creo que Jules Supervielle, por lo que se asemeja al primero, "L'enfant de la haute mer" es un cuento tan exquisito.

—¿Va a estar mucho tiempo entre nosotros?

—Éste es, en realidad, mi lugar de residencia. Buenos Aires me encanta y me entusiasma a la vez porque me recuerda mi París querido. Cuando voy de paseo por Palermo me siento que no me he movido del Bois de Boulogne. ¡Es tan bonito! Luego, con tanto compatriota alrededor me siento como en casa.

Al hacerle referencia a la película "Crimen y Castigo", en la cual ella tuviera destacada actuación, Madeleine Ozeray declaró:

—Pierre Chenal es un gran director y me agrada mucho saber lo satisfechos que todos han quedado con su labor en "Todo un hombre", que tan magistralmente dirigió. No me extraña que dicho film tuviera tanta aceptación.

—¿En qué otras películas actuó? — proseguimos.

—En "Los misterios de París", en "Guerra de vales", con Fernand Gravet, en "El fin del día", al lado de Louis Jouvet, y en "Ranuncho", también con Jouvet. François Rosay y Paul Camille. Esta última — nos explica — es una adaptación de la famosa novela de Pierre Loti que lleva el mismo título. Se desarrolla en el país vasco, al que tanto quiero...

—¿Es usted de allí? — interrumpimos.

—No. Yo nací en Bélgica, en Ardenas, a dos kilómetros de la frontera con Francia. Pero mi ascendencia es francesa.

—¿Qué opina del teatro argentino?

—Pues, con toda franqueza, y que conste por lo tanto que no lo digo por compromiso, me parece muy bueno. Fue una oportunidad de ver actuar a Iris Marga y a Lúbia Vechil y les aseguro que quedé encantada. Sin ambas dos grandes valores que nada tienen que envidiar a las mejores actrices europeas.

—¿Qué sale del teatro de Francia en la actualidad? — interrogamos.

—Poco cosa — contesta —. Tengo entendido que últimamente se daba "Olebre" y "Britannicus". Sé que Sacha Guitry, Bourdet, Cocteau y Pagnol siguen allí, pero eso es cuanto puedo decirles.

Evocación

Mientras la actriz posa ante la cámara, nos quedamos un instante meditando. Retrocede nuestra mente hacia aquellos días esplendorosos del teatro francés. Reverdecen por arte de la evocación las épocas gloriosas de la Falconetti, de Ida Rubinstein, de Mlle. Jaimoi. Aquellos estrenos que habían de dar renombre a Bouheliér, a Coquelin, a Lugné Poé, a Barry y a tantos otros que hicieron del "Théâtre Français" un templo de sólida estructura. Hoy vemos a Madeleine como la continuadora de esa "edad de oro" que dio fama universal a la comedia francesa.

Unos cuantos fogonazos ponen punto final a la entrevista. Nos despedimos de Madeleine Ozeray, que con su *charme* y cordialidad tan francesa, ha hecho muy agradable nuestra tarea. Dejamos a la actriz en la tibieza de su *petit appartement*, seguros de que si llega el día en que nos deba abandonar para volver a su tierra, añadirá el *souvenir* de su estadía en Buenos Aires a los muchos y gratos recuerdos que guarda en el diario de su vida. *



"La actriz de los pies descalzos" aparece aquí en una pose sugestiva. Ese "pequeño capricho de gran actriz" fue el origen de "Ondine", la emotiva obra que Giraudoux escribió especialmente para ella.

La juventud de Madeleine Ozeray y su "charme", tan francesa, desbordan a cada paso en actitudes espontáneas y traviesas. He aquí cómo quiso posar en su "petit appartement".

Grandes OFERTAS

LO QUE LA MODA IMPONE PLATAFORMA DE 15 mm.

Art. L-14575. Regio creción, confeccionada en nubuck BLANCO o en goma VERDE. Taca 6 1/2 cm. CON PLATAFORMA 15 mm. Nos.: del 33 al 40, a \$ **1090**

Art. L-14582. Confeccionado en goma calar ARENA con aplic. de cabritilla marrón, a tono en nubuck BLANCO. Taca Carico 6 1/2 cm. CON PLATAFORMA de 15 mm. Nos.: dei 33 al 40, a \$ **1090**

Art. L-14532. Confeccionado en nubuck BLANCO, o en fina goma ROJA con aplic. de cabritilla al tono. Taca 6 1/2 cm. CON PLATAFORMA. Nos.: 33 al 40... \$ **990**

Art. L-14515. Elegante modelito, confeccionado en fino nubuck BLANCO o en goma marrón. Taca 6 1/2 cm. CON PLATAFORMA. Nos.: del 33 al 40, a \$ **990**

L. 14575

L. 14582

L. 14532

L. 14515

L. 14538

L. 14535

L. 14529

L. 14530

ARTICULOS DE
INDUSTRIA ARGENTINA

FABRICACION
Cosidos, Semillados
Cementados

ATRAEN POR SU BELLEZA,
CALIDAD Y BARATURA

INTERIOR:
DESPACHAMOS LOS
PEDIDOS EN EL DIA.
REMITOS CONTRA
REEMBOLSO

Art. L-14535. Original modelito de tiros cruzadas, confeccionado en fina nubuck BLANCO. Taca 6 1/2 cm. CON PLATAFORMA. 33 al 40, \$ **890**

Art. L-14538. Confeccionado en fina nubuck BLANCO con aplic. de cabritilla roja. Taca 6 1/2 cm. CON PLATAFORMA. \$ **890**
Del 33 al 40, a \$

Art. L-14529. Confeccionada en fina nubuck BLANCO. Taca 6 1/2 cm. CON PLATAFORMA. Nos.: del 33 al 40, a \$ **890**

Art. L-14530. Elegante sandalia, confeccionada en fina nubuck BLANCO. Taca 6 1/2 cm. CON PLATAFORMA. Nos.: 33 al 40, \$ **890**

GRANDES ESTABLECIMIENTOS DE CALZADO

La Saula

FLORIDA 350 - AVENIDA DE MAYO 933

Sucursales: Cabildo 2502 - Caseros 2965 - C. Pellegrini 54

\$ 8.90

**SON OFERTAS DE PROPAGANDA,
APROVECHELAS!**

Art. L-1227. Confeccionada en descarte gamuzada MARRON con aplic. de cocodrilo estampada al tono; modelo prusiano. Números: 38 al 45, \$ **1290**

Art. L-1229. Modelo prusiano, confeccionada en becerro MARRON o NEGRO, puntera picada; de gran duración. Números: 38 al 45, \$ **1290**

Art. L-1226. Elegante modelo, confeccionada en descarte gamuzado MARRON, puntera picada. Números: 38 al 45, \$ **1290**

Art. L-1280. Destacado modelo, confeccionada en gum-metal NEGRO o MARRON, con bigotería y picado en la puntera. Doble suela. Números: 38 al 45, \$ **1290**

Modelos de
GRAN MODA



L. 1227

L. 1229

L. 1226

L. 1280

INTERIOR

REMITIMOS CONTRA-EMBOLSO. DESPACHAMOS LOS PEDIDOS EN EL DIA.

1



L. 1224

L. 1228

Art. L-1224. En descarte gamuzado color ARENA, o en descarte gamuzado color MARRON; modelo a la inglesa, puntera picada, doble suela. Nos.: 38 al 45, \$ **1290**

Art. L-1228. Confeccionada en goma gum-metal MARRON PATINADO con aplic. de cocodrilo estampada al tono. Doble suela. Nos.: 38 al 45, \$ **1290**

Art. L-1233. Clásico modelo a la inglesa, con bigotería, confeccionada en gum-metal NEGRO o MARRON PATINADO, doble suela. \$ **1290**
Nos.: 38 al 45, \$ **1290**

L. 1233



L. 1234

Art. L-1234. Confeccionada en gum-metal MARRON PATINADO, doble suela; modelo a la inglesa, con puntera picada. Números: 38 al 45, \$ **1290**



ARTICULOS DE INDUSTRIA ARGENTINA

FABRICACION
Semillados
y Cosidos

"LA SAULA" presenta la amplia y completa selección en calzada para caballeros, al precio más conveniente del país. Hornos y cortes perfectos. Materiales de primera calidad.

GRANDES ESTABLECIMIENTOS DE CALZADO
La Saula

FLORIDA 350 - Avda. DE MAYO 933
Sucursales, Cabildo 2502 - Caseros 2965

GRAN OFERTA
\$12.90



Por **Abelardo F. Barrera**

ESPECIAL PARA "LEOPLÁN"
ILUSTRACIONES DE ARTISTAS RECHAIN

RALMENTE, no se sabe bien cómo, pero una mañana, de golpe, dijérase por arte de magia, el campo avanzó vestido con las inequívocas y bellas galas de la primavera. El campo verde de tréboles y gramíneas, los pajonales están más bravíos, los trigales se mecen en oleadas que dejan ver relámpagos de madurez, los árboles están insolentes de reventonas yemas, y allá lejos, sobre el filo del horizonte, la figura casi alada del jefe de la tropilla es como una estampa de rebelión y de coraje.

Aver todavía era invierno. La majada había sido recogida temprano, en medio del angustioso clamar de los corderos y el acucioso ladrar de los perros. El triste balar se había ido apagando casi insensiblemente, así como sobre el corral se habían ido abatiendo las sombras, y la noche invernal había pasado sobre las cosas para no volver más.

Pero aquella mañana luminosa no tuvo en su alborada la figura difusa de don Anastasio abriendo los "hienos" del corral para que las ovejas se echaran campo afuera. No porque esa mañana, presunta por el fino instinto del paisano, esa mañana, que señalaba el fin de los últimos ramalazos de los vientos invernales, esa mañana, ésa, era la señalada para el comienzo de la esquía.

Los dulces ojos azules de las ovejas rezan esa huida expresión que les infunde el terror de los cambios en su vida siempre igual y se atropellaban en el corral buscando el refugio de la pampa abierta y ulérrima.

En la cocina de la estancia ardía un humoso fuego de leña de oveja, sobre el que se balanceaba, colgada de un travesaño de hierro, una enorme olla de leche.

Un paquete de café molido esperaba el hervor hecho de marfiles del generoso líquido para convertirlo en sabroso desvuno, y la galleta, dura como de piedra, asomaba ventrudos contornos por la boca entreabierta de las bolsas.

En el extremo de la manga don Anastasio agarraba las ovejas y las iba entregando a los esquiladores.

Los hombres, en cuclillas, trabajaban afa-

nosamente. Las agudas puntas de las tijeras se metían en la maraña de la lana, gruesa y con abrojos, descubriendo una piel sonrosada y brillante como si fuera del más puro nácar. De vez en cuando un tijeretazo mal calculado trazaba un surco sanguíneo en la suave piel del animal, que se estremecía asustado y lanzaba un débil y angustioso balido. Echaba entonces el hombre a un lado la tijera, y con un hisopo de lo más primitivo "sobaba" en un tarro de alquitrán y restañaba la herida.

— ¡P's güeno el bleque! — comentaba zumbón alguno.

— ¡Ajá! — aceptaba otro cuclillero.

Y la rarea continuaba febril y silenciosa, mientras el que había errado el tijeretazo aguardaba en silencio las pullas, esperando su turno.

— ¡Lata! — gritaba un paisano que acababa de atar un vellón y lo arrojaba al recidiflor. Este le entregaba una suerte de moneda de latón que llevaba un número o señal que lo hacía inconfundible, con lo que se evitaban posibles filtraciones.

Los animales, pelados y libres de sus ataduras, salían del galpón azorados y sin saber a dónde dirigirse. Daban unos trocéticos cortos y erráticos, balaban un rato lastimeramente y, por fin, se arrojaban a los concheros todavía encerrados, como para exhibirles su dolor y su vergüenza por el despojo de que se los había hecho objeto.

Así pasó la mañana, en medio de gritos de toda lava y del chasquido agudo de las afanosas tijeras. Se almorzó, se durmió la siesta, se volvió a esquilur y, por fin, empezó la calva.

— ¡Tiré vos... — dijo Cleto.

— ¡No, vos... — repuso Polo.

Y al rato, no más, una rueda de paisanos cercaba a los tiradores de laba.

Nadie que no haya contemplado detenidamente a un jugador de laba y estudiado su especial psicología puede representárselo exactamente. Puede ser en su vida diaria peón, donador, quintero, cualquier cosa; pero ya con el hueso en la mano se transfigura y esculiza. Bien afianzado en una pierna, sobre la que equilibra su gravedad, la punta del pie de la otra parece que estuviera tan aligera sobre el suelo que apenas fuese un pun-

to de simple contacto; el ojo avizor se diría con certeros golpes en qué sitio caer la laba, calculando hasta los menores detalles del terreno; un brazo se mueve lentos movimientos de vaivén, ilustra otro, como si fuera el ala tensa de un conejo se niece apenas, en procura del aplomo perfecto. Y la mano, como una lanza, afina, larga, parece que se estremeciera y que comunicara al hueso la volición de su suerte. Diz que fueron los griegos los primeros en jugar con el astrágal, y realmente debe de ser así, porque nada hay que se acerza tanto al estilizado discóbolo como buen tirador de laba.

Polo, de dedos largos y afilados, forma la mano una especie de cuenco eléctrico en el que tiembla la herramienta, poseída por la nerviosidad y del calor del juego.

— ¡Tiré! al tiro! — grita uno.

— ¡Paga! — contesta el "rubio" Mané.

— ¡Dije! al qu' espera! — grita insolente negro gigantesco e impresionante, que del pago ni ha sido visto antes. Es un hombre corpulento y como de metro y noventa; alto; de "nota pegada" y mirada fría, dura, de ojos que tienen el globo amarillado.

— ¡Dije! al qu' espera! — repite uno de sus ojos recorren la concurrencia, y por se detienen en los del que tira.

Este es un paisanito como de dieciocho o veinte años, de ojos verdes y cabellera negra gigantesca e impresionante, que echado el chumbrero a la nada, sobre el frente que es blanquísima hasta el justo en que se luce estar el sombrero, no se inmuta; le echa una mirada como de traída y lanza al aire la laba, vertical, para recogerla de nuevo, acomodarla. Y al tirar su jugueto preparatorio.

— ¡Dije! al qu' espera! — insiste el negro mirándolo fijamente. Polo tiene un momento como de recogerse dentro de sí mismo, mira al negro de hito en hito y leponde tajante.

— ¡Tono!

El negro hace una pila de latas de laba recibida por su tarca de esquilur, y alanza.

El hueso cruza el aire en una parábola de seis metros, mientras va girando, viene en sentido inverso y cae, clavándose en ese triunfadora.

— ¡Suerte! — grita un coro de voces gociadas, y en seguida los jugadores.

y pagan sus apuestas en medio de los comentarios que ha merecido el tiro perfecto de Polo.

—Y qué li' ha parecido esa clavada? — le pregunta socarrón don Anastasio al negro, viendo como éste se rasca las motas de la nuca.

—[Qu' ej' una suerte...., qu' ej' una suerte que no me haiga enojao! — rezonga al negro.

—La pucha que había sabido ser bravo! — exclamaba el "rubio". Mansilla risueñamente, mientras el negro se mete en la enramada, donde colocara su recado y unas canastas que ha traído enhorquetadas en su caballo de tiro.

Dos minutos más tarde nadie se acuerda de él.

• • •

El inmenso galpón en que se había esquilado estaba profusamente regado y barrido y varios candelis estratégicamente distribuidos constituían la iluminación del recinto, cuyo telón de fondo lo formaban la pila de fardos de lana cuidadosamente amontonados en un extremo.

Allí iba a realizarse el baile. Una larga fila de bancos arriñada a la pared ofrecía comodidad a los concurrentes y, contra los fardos, tres sillas de paja representaban el siril de los músicos; dos guitarreros, de esos de acompañar, y el del acordeón, un puestero que cuidaba al tercio una punta como de mil ovejas. Al rato, no más, llegaron los bailarines; peinadas y llenas de moños las mujeres, que las había jóvenes, regulares y hasta viejas; muy lavados y compuestos los hombres, que también los había de todo calibre, encañonado el pelo y acomodado el pañuelo.

Don Anastasio, que era el bastonero, va había dispuesto dos o tres piezas y se preparaba a dar comienzo a una cueca cuando se apareció en esas, recortando su gigantesca figura en la entrada del galpón, el negro esquilador. Su mirada fija y penetrante, que no se dirigía a nadie en particular, parecía estar escudriñando todas las almas de una sola vez y ponía una nerviosa expectación en el ruedo.

—¿Qué quiere, Muleque?— preguntó un poco amoscado don Anastasio. El negro detuvo su mirada alucinante en los ojos del viejo capatza, y hablando lentamente le dijo:

—Quiero que sepan que yo no le tengo

miedo a naides; que no' i venio a bailar porque no gusto, y que si yo quiero hago dentro aquí mismo las viboras...

Un escalofrío corrió por el espinazo de más de uno de los presentes. Hay que saber lo que era hablar de viboras en aquellas latitudes, a veinte o treinta leguas de la más cercana población y a cientos de kilómetros de Bahía Blanca. No eran pocos los casos de hallar viboras de la cruz o de cascabel, cuya mordedura resultaba fatal para la gente que no opta a tiempo por el remedio heroico de allanarse a una ablación de la parte afectada.

La reunión estaba evidentemente sometida. Los músicos, suspensos, los hombres, pálidos y quietos, y las pobres mujeres poco menos que muertas de miedo. Ya el negro Muleque podía empezar su prometedora terrible taumaturgia. Los brazos en cruz, los ojos en blanco, con una especie de epiléptico temblor en sus morados bellos, rojos los ollares, cayó de hinojos. Medio se volvió hacia la oscuridad de la noche y empezó a silbar una tonada de extrañas inflexiones. Y he ahí que la boca inmensa de la noche vomitó al ruedo hasta entonces alegre y bullanguero, ahora desolado y mustio, las ondulantes figuras alargadas de dos serpientes como de tres varas de largo.

Los reptiles avanzaron hacia el negro Muleque despacientemente, como subvugados por el reclamo de su extraño silbo. Ya estaban a su lado, enhiesta y vacilante su alargada cabeza verdosa, de cuya boca inmóvil una lengüeta bifurcada y negruzca entraba y salía con velocidad indescriptible. Ya subían por sus brazos desnudos hasta el codo...

El negro, de pronto, se levantó prestamente y enrollándose los brazos en su negrísimo pescuezo, lanzó una terrible carcajada y se alejó rápidamente en dirección a la enramada. Nadie se movió. Un frío de muerte ha-

biase apoderado de todos. ¿Cuánto tiempo estuvieron así? Nadie sabría decirlo. El hecho es que en una de esas, se oyeron pasos que venían del lado de las casas. Fra don Marcos, el patrón, que, sorprendido, preguntó qué pasaba que no se bailaba. Todos juntos y atropelladamente le fueron contando cómo se habían sucedido las cosas.

Al principio don Marcos se rió de buena gana del susto que la inocente millagería de aquel negro ladino les había pegado a sus peones, pero de golpe se puso serio y dio rápidamente diversas órdenes.

—Este negro sabandija! — exclamó —. ¿A ver! Todo el mundo a revisar sus prendas... ¡Pronto, pues!... ¡Todo el mundo a la enramada!

Pero nadie se animaba a salir paralizado aún todos por el terror.

—¿Pero no ven qu' este bandido los ha robao?... A ver si se mueven, pues...

Pero va era tarde. Desde el fondo de la pampa venía el acompasado tropel de las cabalgaduras del negro Muleque hundándose en la noche, sobre la que parecía flotar aún su siniestra carcajada... ♦



TENGRIH DE OMAHAN, poeta

HACE varios días recibí una invitación que decía: "Recital poético de carácter hispanohindú, a cargo de Tengrih de Omahan, su amigo espiritual. Invitan a esta exhumación poética: María Helena Casals de Tezanos Pinto, Nelly Josefina Agüero Zavaleta, Alicia Tomkinson Gorostiaga, María Isabel Sosa Laurencena, Maida Zavalla, Fanny Zulema Baron de Panfils, Susana Speratti Terán, María Rita Soler Pujol, Argentino Mitre, Floro Lavalle (h), Mariano Zavalla, Armando A. Rodríguez Huergo, Julio Hellman, Luis E. Agüero Zavaleta, Miguel P. Domínguez". En el programa figuraban poesías de García Lorca, Fernández Moreno, Amado Nervo, José Zorrilla, Oscar Castro Z., Rabin-drath Tagore, Santos Chocano y del propio Tengrih de Omahan.

Como yo también tengo más veleidades de poeta y recitadora, acudí al recital aguijonada por la curiosidad de conocer a un nuevo artista.

Encontré más público del que imaginaba, pues había ocupado más de media platea y casi todos los palcos. El auditorio era fino y elegante.

Tengrih de Omahan es delgado, de regular estatura, con un gesto triste y un poco cansado. Su barba y sus ojos negriscos se destacan en la palidez del rostro.

Salí vestido correctamente de frac y se toca con un gran turbante blanco. El público aplaudía y el programa se deslizaba placidamente cuando, al llegar el segundo entreacto, todos quedamos sorprendidos. Tengrih de Omahan bajaba a la platea acompañado por otros dos jóvenes también enturbantados. El poeta traía en sus manos una esfera de cristal de regular tamaño. Y se fué acercando a todos los espectadores — uno por uno —, para leerles la palma de la mano con ayuda de aquella "bola mágica".

Como todos los que estaban cerca de mí dijeron que les había acertado plenamente, sentí curiosidad de entrevistarlo para LEOPLÁN.

Fino, amable, cortés, muy simpático. He aquí las características de Tengrih de Omahan. Quizá esto es lo que ha hecho que en los pocos meses que tiene de residencia en Buenos Aires, haya conquistado ya muchas amistades.

Apenas he cambiado con él unas palabras, lanzo la pregunta indiscreta:

—Pero... ¿usted es hindú?

Se me queda mirando con sus ojos tristes y calla un momento.

—No me vaya usted a mentir, porque le castigaré Dios —le digo sonriendo.

Entonces se decide y responde:

—Soy de ascendencia hindú... Pero he nacido en la Argentina.

—¿Ha viajado usted por el extranjero?

—¡Mucho! He recorrido casi toda Europa y parte de Asia, París, Inglaterra, Alemania, Turquía y la maravillosa España.

—¿Dice que también viajó por Asia?...

—Sí. Estuve en Arabia, en la India: Beiruth, Damasco, Bombay, el Líbano... He permanecido allí mucho tiempo.

—¿Y dónde aprendió quimancia?

Tacada con un gran turbante blanco y llevanda en sus manos una esfera de cristal, Tengrih de Omahan ejerció su arte de quiromántico. El arte que estudió en Bombay.



y quiromántico

Por Carmen Pomés

ESPECIAL PARA "LEOPLAN"

—En Bombay. Allí hay escuelas especializadas en el estudio de la quiromancia y la psicometría. Yo estudié ambas cosas durante cuatro años.

—La psicometría se basa en la psicología, ¿no es cierto?

—Así es. Pero también se estudia algo de astrología, sobre todo en lo que se refiere

a la luna, que es un planeta que tiene gran influencia en nuestro carácter y hasta en nuestros destinos.

—¿Cree usted?...?

—¡Naturalmente! Si la luna mueve el mar produciendo los cambios de las mareas, ¿por qué no puede hacernos cambiar a nosotros, tan débiles, al lado del océano?

—¿Ejerce usted la quiromancia como una profesión?

—Es simplemente un placer para mí. Sería incapaz de ganar un centavo explotando mis conocimientos quirománticos. Me gusta hacerlo. Veo las manos a mis amigos y a todos los que lo solicitan. Por eso, en mis recitales, bajo a la platea a leer las del público.

—¿Ha dado usted recitales anteriormente?

—En Buenos Aires, no. Los he dado con buen éxito en Corrientes. Allí también se han estrenado algunas obras mías. Píccietas, sainetes, y una comedia en tres actos. También estrené en el teatro Vera un drama basado en la guerra del Chaco y que se titula: "Marta, la loca".

—¿Ha publicado algún libro de versos?

—No, pero tengo uno en preparación que saldrá enseguida.

—¿Cuáles son sus poetas preferidos?

—Lope de Vega y García Lorca. También, naturalmente, Rabindranath Tagore.

—¿Y de los argentinos?

—Son mis compatriotas y los admiro a todos... Pero recito especialmente a Belisario Roldán y a Arturo Capdevila. Hace poco he conocido a una señorita porteña que me ha dado a leer algunos de sus poemas. Son muy hermosos y pienso estrenarlos en mis recitales.

—¿Cómo se llama esa nueva poetisa?

—Marta Mosquera Easman.

—¿Va usted a seguir dando recitales?

—Desde luego. He estudiado declaración en el Nacional de Comedia. Mi

maestra fué Alfonsina Storni. Me perfeccioné en Milán, con un profesor italiano. Allí aprendí poesías de Ada Negri y del gran Gabriel D'Annunzio.

—Una última pregunta, dedicada al público femenino. Usted, poeta y admirador de la poesía, ¿qué opina del amor?

—¡Que es lo mejor que existe! — exclama entusiasmado —. Por eso no me he casado.

—¿Por aquello de que el matrimonio es la tumba del amor?

—No solamente por eso, sino porque yo sería muy mal marido. ¡Me gustan demasiado las mujeres! La última que veo me parece siempre más bonita que la anterior... ¡Son deliciosas!

Y la mirada de Tengrih de Omaha queda vagando en el espacio. *



La cronista, con curiosidad puramente femenina, no ha podido resistir a la tentación. Y Tengrih de Omaha lee, complacido, en la palma de su mano, con ayuda de la "bola mágica".

Lléne hoy el CUPÓN

para recibir gratis y sin compromiso de su parte el LIBRO de LAS VOCACIONES, conteniendo un tesoro de sugerencias, que le permitirá elevar su nivel de vida.

CLAUDIO ARELLANO



Enseñamos POR CORREO:

CURSO DE PROCURADOR. Para conseguir el Título Oficial en el Uruguay (sin Bochile-rotal) y revalidar luego en la Argentina.

CURSOS COMERCIALES: CONTABILIDAD MODERNA; Ingreso a Bancos y Empleos; Ortografía y Redacción; Taquigrafía; Inglés; Francés; Reforma de letra en 20 lecciones; Curso Completo de Comercio.

CURSOS TÉCNICOS: Ayudante de Ingeniería; Mecánica; Electricidad; Motores a Explosión y Diesel; Dibujo Técnico, Comercial y Arquitectural.

FOTO-OLEO: para ganar dinero (fotografía y aficiones) produciendo copias en colores, con un trabajo de pocos minutos. Equipo de colores, gratis.

CURSOS ESPECIALES PARA LA MUJER MODERNA. Corte y Confección (Diploma en 6 meses); Contabilidad; Dibujo Artístico e Industrial; Taquigrafía; Cultura Femenina; FOTO-OLEO, arte menor ideal para la mujer.

Escriba HOY MISMO marcando con una X el Curso que le interesa; recibirá el LIBRO DE LAS VOCACIONES y LECCIÓN DE PRUEBA GRATIS para comprobar nuestro enseñanza MODERNA y RÁPIDA.

CUPÓN

NOMBRE

DIRECCIÓN

LICEO ARIEL

EL LICEO COMERCIAL Y TÉCNICO DE PRIMER ORDEN
ATENDIDO POR PROFESIONALES UNIVERSITARIOS

SARANDI 540
MONTEVIDEO

SARMIENTO 1357
BUENOS AIRES

Si desea recibir, ADEMÁS, un ejemplar del conocido DICCIONARIO ORTOGRÁFICO (15.000 palabras de escritura dudosa), incluya en la carta \$ 0.20 en estampillas para franqueo.

CONCURSO HIPICO



Brillante actuación cupo a los hermanos Pedro y Jorge Mayorga Equior, en la competición organizada recientemente por el Club Hípico Argentino y en la que intervinieron destacados jinetes de nuestro medio. En ella, el subteniente Pedro Mayorga Equior obtuvo en lucido forma el primero y segundo premios de saltos variados. Por su parte, Jorge Mayorga Equior logró, tras reñido lucha, el premio de menores, en salto de valles. Las presuntas fotos muestran a ambos ganadores en sendos momentos de su actuación.

AL MARGEN DEL CANCIONERO CRIOLLO

La magia

No siempre se contenta el poeta con escuchar e interpretar la música y las voces del mundo. Sabiéndose en comunicación con fuerzas ocultas, a veces intenta imponer su imperio sobre las cosas de la creación. En sus orígenes, el poeta fué un poco brujo. Con su canto podía violentar las leyes naturales. Calmar o desatar tempestades. Amansar a las fieras. Orfeo, antes que San Francisco, convocaba a su alrededor un milagroso auditorio de bestias extáticas. Los viejos romances castellanos, a pesar de su tono, casi siempre realista, describen a veces ese poder mágico del canto. Tal el cantar del conde Niño:

*Mientras el caballo bebe,
él canta dulce cantar;
todas las aves del cielo
se paraban a escuchar,
caminante que camina
olvida su caminar,
navegante que navega
la nave vuelve hacia allá.*

¿Y la canción que oyó el infante Arnaldo — otra mañana de San Juan — al marinero que gulaba una galera?

*Marinero que la guía
diciendo viene un cantar
que la mar ponía en calma,
los vientos hace amainar;
los peces que andan al fondo
arriba los hace andar;
las aves que van volando
al mástil vienen posar.*

El cantor suele tener conciencia del poder mágico de su canto. En todo cantor popular perdura un poco el brujo primitivo. Cree que la naturaleza le obedece. El mismo gaucho Martín Fierro, tan despabilado de embelecados, tan realista y sobrador de experiencia, de pronto — ¿quién lo iba a pensar? — cae en la tentación de creer-se medio brujo y dominador de la naturaleza. Dice que cuando se sienta a cantar en el plan de un bajo y su pensamiento baraja imágenes diversas y coloreadas como las figuras de un naipe, entonces la naturaleza se conmueve y es como si se levantaran un viento fuerte y temblaran los pastos.

*Me siento en el plan de un bajo
a cantar un argumento;
como si soplara el viento
hago tiritar los pastos.
Con oros, copas y bastos
juega allí mi pensamiento.*

El cantor popular tiene fe en la virtud sobrenatural de su canción. Sabe que puede ir con ella alegrando al mundo. A su paso correrá el agua de los ríos y los árboles reverdecerán.

*Vamos cantando y bailando,
alegrando esta ribera,
y verán correr las aguas
y brotar las arboledas.*

La belleza del mundo se vuelve patente por las palabras del can-

tor. A veces, basta acertar con los nombres exactos de las cosas para que la belleza se cree, milagrosamente. Tal vez hemos visto la luna reflejada en el agua y hemos pasado de largo. Pero el poeta la nombra y la colorea, y es como si el mundo se pintara de nuevo. Así en esta copla santiagueña:

*Cuatro colores tiene
la luna en agua:
amarilla, celeste,
blanca y rosada.*

El poeta pinta al mundo y el mundo queda mejorado. Compite en este mágico oficio con el sol. (Apolo era el dios del sol y de los poetas.) Las coplas lo saben:



del canto

Por **José Luis Lanuza**

ESPECIAL PARA "LEOPLÁN"
DIBUJOS DE VILLAFARÉ



Ya viene el sol naciendo,
dicen las flores,
ya viene el que nos pinta
con sus colores.

Cuando el cantor se pone braco-
n y desafiante, suele sacar de
los más hondos pozos de su memo-
ria ancestral las alharacas del brujo
primitivo:

Yo soy el que pinta la uva
y la vuelve a despintrar,
al palo verde lo seco
y al seco lo hago brotar.

Yo soy como el nase de agento,
traigo viento y remolino,
hi rodado la vuelta al mundo
como la piedra el molujo.

Yo soy como el nublado,
vuelo al alto y vuelo al bajo,

por el verano en la puna,
por el invierno pa abajo.

Y no se contenta con colorear los
rácimos de las vendimias, hacer
florecer los árboles y sentirse de
la familia de los vientos y de los
nublados. A veces espera que los
astros detengan su carrera para
escucharlo:

Cuando me pongo a cantar
templando bien mi instrumento,
los astros del firmamento
se han de parar a escuchar.

El canto lo ha de salvar hasta
de la vejez, y después de muerto.
lo ha de proteger en la otra vida.
A ratos es panacea de eterna ju-
ventud:

Yo juré no cantar más,
y canto y canto otra vez,
pues si dejo de cantar
me ha de apretar la vejez.

A ratos, salvoconducto para el
cielo:

Oigan señores, escuchen
lo que dice un guitarrero,
el que se muere cantando
derechito sube al cielo.

Son numerosísimas las coplas re-
ferentes a la salvación por el canto.
Ya Martín Fierro había brabuco-
neado con la seguridad de pasar
con guitarra y todo al otro mundo:

Cantando me he de morir,
cantando me han de enterrar,
y cantando he de llegar
al pie del Eterno Padre...

Y los versos se acomodan en co-
pilas... como ésta, recogida por Furt
en Catamarca:

Cantando mi he de morir,
cantando mi han de enterrar,
cantando mi he de ir al cielo,
cantando cuenta hi de dar.

Morirse cantando es como tener
indulgencia plenaria. Y más aún si
el cantor está divertido, curado,
o machado.

Echale chicha a la copa,
roviúdala a la cantora;
mujer que muere cantando
con macha se va a la gloria.

En las coplas del Norte se tras-
luce un paganismo antiguo, en esa
certidumbre de bienaventuranza
que va implícita en morirse en me-
dio del festín. Vayan como final
estas dos coplas del cancionero ju-
jeño:

Cuando muera un divertido
no le recen oración,
que le canten cuatro coplas
hasta pa su salvación.

Todos los que se mueren
en días de carnaval,
San Pedro les abre el cielo
porque mueren sin pecar.

Para el cantor, para el antiguo
brujo de la tribu, la canción vio-
lenta las leyes del mundo. Y aun-
las del otro mundo. Orfeo, que
amansaba las fieras con su música,
violó las puertas del infierno. En
las coplas populares sobreviven re-
síduos de creencias muy viejas. *



SERÍAN las tres de la tarde cuando, con el camión cargado de materiales para el pozo petrolífero, llegamos a una hondonada desierta. Era esta un enorme embudo natural, cerrado por un círculo de montañas escarpadas, sin vegetación alguna; sus laderas de piedra, desnudas y lúridas por los vientos, daban un aspecto fantástico, cual si fuera el inmenso coloso de un mundo muerto. No se veía un alma, ni siquiera un pájaro. Solamente el ruido del motor rompía el silencio con fragor salvaje.

—Aquí es — dijo el capataz deteniendo la marcha —. Esta es la marca del geólogo.

Al borde del camino había enterada una barra de hierro, en cuya parte superior llevaba una chapa, en forma de T, que decía: "Exploración, Pozo A 189". Bajamos del camión, después de cuatro horas de viaje por el desierto de Nequiqui, y, sin decir palabra, cobhidos por la pesadez de la quietud, empezamos a descargar los elementos de la torre metálica que pronto levantaríamos allí. Yo era el más lego de la cuadrilla: hacía un mes que me había "conchabado" en esa empresa petrolífera. A las cinco y media de la tarde, de aquel 14 de julio de 1928, ya estaban depositadas, sobre el pedregal, las piezas que traíamos para la perforación.

Ladislao Maljowiecz, el capataz, era un poco extraño. Taciturno siempre, hablaba poco y era muy exigente. Estaba continuamente encolerizado y no admitía que se le hicieran preguntas. Cuando daba una orden había que entenderla o "adivinarla"... En esos instantes miró el sol, que desaparecía tras las murallas que nos circundaban, y dijo:

—"Planten" la carpa!...

Un extraño presentimiento me invadió. "Planten la carpa..." No dije una palabra y, como mis compañeros, un extremo de la lona, mientras para mis adentros me decía: "Si armamos la carpa, es porque alguno se quedará. Y los otros se irán..." ¿Quién? ¿Quién tendrá que vivir aquí, solo, un tiempo, en medio de esta inmensidad sombría que parece aplastarnos por su imponente espantable?... Pocos minutos más tarde la carpa estaba lista. Pusimos en su interior un catre, algunas mantas, dos cueros de oveja, utensilios de cocina, un farol a kerosene, un calentador, una botella de aguardiente, una lata de café, otra de tabaco, además de galleta, carne, sal y una damajuana de agua potable que traíamos del río Linay. Todos nos observábamos en silencio, haciéndonos la misma pregunta con la mirada: "¿Para qué aquí era todo eso? ¿Quién era el "sentenciado"?"

Ladislao, siempre hurfido, sin decir palabra subió al camión y lo puso en marcha. Los peones lo miraban, esperando una orden.

—¡Arriba! — rezongó.

Todos subieron antes de que terminara de decirlo. Yo estaba haciendo lo mismo, cuando...

—¡Quédese ahí! — me gritó —. Tenga el farol encendido por si viene "el".

Permanecí pasmado de asombro y disgusto. Los demás peones, de pie sobre el camión, me miraban con lástima.

—¿Yo?... No tengo armas... — atiné a decir balbuceando.

—No precisa... ¡Bandidos no hay... A veces, algún "bicho" — dijo con una sonrisa casi imperceptible; la primera que le sorprendía —. Y venga el farol encendido... Ya sabe... Por si aparece "el".

Todos, menos el capataz, me saludaron levantando la mano, compasivamente, sin desplegar los labios. El camión arrancó con gran estrépito por las explosiones del motor, que reambulaban en ese anfitrión de piedra, y, después de maniobrar, enfilió hacia el Norte. Lo se-



EL CUENTO DE MISTERIO

UNA NOCHE CON EL PLESIOSAURIO...

Por **Pedro Gambandé**

ESPECIAL PARA "LEOPLAN"
ILUSTRACIÓN DE VALDIVIA



gui con la vista hasta que se perdió en las sombras de un desfiladero. Quedé inmóvil largo rato, con la mano tendida hacia arriba a modo de saludo, mirando, sin ver, la escotadura de la montaña por donde el camión había desaparecido. No sé cuánto tiempo estuvo así, arguyendo como una estatua, en medio de la grandiosidad del paisaje. Miré en torno: todo allí era imponente y rétrico. En vano escudriñaba el fondo negro de las quebradas, con la esperanza de encontrar alguna manifestación de vida. Nada. No se adivinaba la menor expresión de movimiento. Las laderas mostraban sus aristas, con alguno que otro arbolito retorcido y raquítico que parecía espantapájaros.

Levanté los ojos al cielo. Nubes bajas y rojizas por la luz del crepúsculo cruzaban el firmamento, arrastradas por el viento del sudeste. Algunos picos de las montañas, a medida que se ponía el sol, se poblaban de sombras, semeando capuchones de monjes que oraban mirándose; otros, en cambio, al darles el último resplandor en sus cimas más altas, parecían enormes cabezas calvas, relucientes. Abajo, dentro de la periferia de aquel escenario, se veían enormes manchas negras que formaban las bocas de las cavernas y grutas.

Y aquí observé algo que me llamó la atención: a unos cien metros de distancia, sobre la ladera a pique, se abrió un hueque que tendría veinte metros de diámetro. Pensé que sería un túnel natural, que acaso comunicara con el exterior de la hondonada, e intenté acercarme, cuando, de pronto, me pareció oír ruido en su interior y, al punto, divisé dos luces fosforescentes en el fondo oscuro. Eran dos lucas, separadas entre sí por un muro de distancia en línea horizontal, y brillaban como las pupilas de los gatos en la noche... Fui cosa de un segundo, tal como si un animal enorme, somnoliento, hubiera abierto los ojos para mirarme desde su guarida. Quedé inmóvil, si poder dar crédito a lo que había visto, esperando que se repitiera el fenómeno. Pasaron unos minutos y todo permaneció inmutado. Por fin, convencido de que se trataba de una visión fantástica, que me quitó el deseo de explorar la caverna, me alejé de ese lugar sin pensar más en eso.

Una profunda sensación de tristeza se fue apoderando de mí, contagiado por el hálito fúnebre que impregnaba el ambiente. Me ahorré que yo era el único ser vivo, el único testigo de aquel ardecer austral, cientos de kilómetros de la civilización. Un pequeño grupo, pensante frente a las fuerzas imponderables de la naturaleza. Y sentí angustia. Angustia de la soledad, del silencio, de las sombras que avanzaban lentamente, a sentirme "vivir" ante el gran misterio, como deben sentir angustia aquellos que se ven frente a frentes al gran arcano que es la muerte.

Y al verme solo, débil, merced a destino, notando que las fuerzas me faltaban, que me ahogaba, sentí impulsos de hablar y empujar a gritar, con frenesí demente, hasta aturdirme con los ecos de las propias palabras, que se repetían miles de veces entre los muros de ese claustro de granito. Al fin, después de un raro, más tranquilizado, volví lentamente sobre mis pasos, encaminándome hacia la carpa que me servía de refugio.

En vano trataba de hacer composición de lugar al soliloquio que me estaba pasando... ¿Quién soy yo? ¿Qué hago yo aquí...? ¿Qué me preguntaba?... Ladislao Maljowiecz ha dejado solo en un paraje desierto y braseado con objeto? ¿Para cuidar esas pesadas piezas de acero? ¿Por qué? ¿Quién podría hablar?

Encendí el farol y el calentador, preparé fé, en una jarra de lata, que luego bebí de

sorbo. Llé un cigarrillo, y sin desvestirme, pues hacía mucho frío, me tiré sobre el catre. Hacía pocos meses había abandonado mis estudios en el Colegio Nacional de Córdoba, para largarme a la gran aventura de la Patagonia. Y ahora estaba ahí, perdido entre montañas abruptas y desoladas, haciendo de "seteno" en una compañía explotadora de petróleo. ¡Ah, qué gran distancia crecía entre los sueños y la realidad! El frío me iba entumeciendo. Busqué con la mano la botella de aguardiente y empuñé el codo hasta quemarme la garganta. La bebida no era mala y mejos para un mozo bohemo, aventurero y atrevido de frío. Volví a tomar varios tragos y a sentirme más reanimado... Ahora yo no me parecía la vida tan mala. ¡Había que tener fe! Abandonaría esa empresa. Iría a "lo-buen" a las ruinas de Tierra del Fuego, o bien lavaría oro en Los Mares, en la Bahía de Sluggott o donde fuera. Si no obtenía éxito, cambiaría talaco y alcohol por cueros de zorros y chulengos a los indios onas... Ya verían... Yo pensaba en eso, mientras en la botella, el aguardiente merriaba cada vez más... Puse el farol en el suelo; acomodé los cueros de oveja sobre el catre y me disponía a sacarme las botas, para acostarme, cuando, de súbito, ocurrió lo más extraordinario que me sucedió en mi vida...

En el silencio sepulcral de la noche, me pareció oír un rumor de profundas pisadas. Asomé la cara por la abertura de la carpa; nada se oía ni se divisaba en la oscuridad. Arriba, la Cruz del Sur y la Vía Láctea, lucían esplendorosas... Volví a sentarme en el catre, algo preocupado, cuando empezaron a oírse unos violentos ruidos que me llenaron de pavor. Aquellos ruidos resonaban cada vez más intensos, como truenos, entre esos paredones. Traté de serenarme, y salí raudamente fuera de la carpa, tambaleando de paso el farol que, por suerte, se apagó. Con terribles escalofríos, dando diente con diente, examiné a tientas entre las piedras, en medio de la oscuridad... Nada pude ver. Todo había vuelto a sumergirse en el silencio. Estaba a punto de volver sobre mis pasos, atribuyendo, otra vez, lo ocurrido a mi imaginación, cuando, de pronto, oyóse un grito desgarrador, lejano, ululante...

—¡Uéééééh!...

El mismo alarido salvaje se repetía con intermitencias, rompiéndose en mil ecos. La idea de que un animal prehistórico estuviera ahí cerca, se coló en mi cerebro. Hacia poco había leído en los diarios que, en la Patagonia, una expedición científica dirigida por don Clemente Onelli, director del Jardín Zoológico de Buenos Aires, trataba de apresar vivo a un enorme reptil saurio, con cabeza de lagarto, cuello desmesurado y de unos nueve metros de largo... Volví entonces a ver aquellos ojos fosforescentes que había sorprendido en el fondo negro de una caverna. Recordaba ahora las palabras de Malajowicz: "Bandidos no hay... A veces, algún "bicho" sí". Tenga el farol encendido por si viene "él", y a vida retirada entre su sonrisa hipocrita. Ladislau era un hombre perverso... Seguramente me odiaba. Y por eso me había preparado esa trampa... De nuevo el grito aterrador se dejó oír...

—¡Uéééééh!...

El impulso de huir se apoderó de mí, pero no podía hacerlo por la oscuridad. Quise volver a mi tienda, caminando entre las sombras; ¡propecé y caí de bruces... Me arrastraba por el suelo, arrastrando las piedras con las manos ensangrentadas. Trataba de orientarme, me levantaba y volvía a caer, mientras los ruidos se

hacían más intensos y cercanos. Parecían las patadas de un animal fabuloso, que tuviera su cueva en el interior de aquella hondonada. Con el oído pegado en el suelo, percibía claramente cómo el monstruo se arrastraba en su guarida. Los ruidos se hacían cada vez más estridentes y metálicos, como si el animal hubiera sacado afuera la parte anterior de su cuerpo y, con sus garras delanteras, arañara las piedras de la superficie.

Los golpes y los alaridos volvieron a repetirse varias veces, pero con menor intensidad, hasta que, paulatinamente, sobrevino después el más absoluto silencio. Así, de cara al suelo, permanecí un tiempo que me pareció de siglos. Por fin, arrastrándome pensosamente, pude llegar a la carpa.

La emoción había sido tan violenta que no pude cerrar los ojos hasta el amanecer. El sol estaba alto, cuando el mismo grito de la noche anterior me despertó:

—¡Uéééééh!...

Salí de la carpa de un salto. Por lo menos ahora vería al Plesiosaurio y, tal vez, podría defenderme, ocultándome en alguna pequeña cueva. Pero... mis ojos, en vez de descubrir al monstruo, tropezaron con la cara rechoncha de Paspasputa, un carretero de la empresa, que con toda la indignación de su sangre vieiliana, me esperó a modo de saludo, una serie de improperios y de interjecciones que ahora no puedo reproducir...

La explicación de todo el misterio se produjo de inmediato. Ahí estaba el pobre Carmelo Paspasputa, con los ojos hinchados, la cara cuestionada por el insomnio, el frío y la indigestión, diciéndome a gritos que había pasado toda la noche, bajo la helada, a la intemperie. En la entrada del desfiladero, se encontraba su chata, cargada de herramientas y mercaderías para el nuevo campamento. Y allí estaban sus caballos, acurrucados con las riendas. Recién entonces me explicó por qué el capataz me había recomendado que tuviera el farol encendido "por si viene él...". "Él", era el chatero, al que habíamos dejado unos kilómetros atrás la tarde anterior, al pasarlo con nuestro camión. La luz del farol —que apagase involuntariamente al salir de la carpa— era para guiarlo hasta el lugar donde debía acampar... Los ruidos los producían las ruedas del carro y las herraduras de los caballos al golpear en el pedregal y que, por efectos de la acústica del lugar, provocaban las misteriosas resonancias que tanto me alarmaron... Todo era transparente como la luz del día...

¿Qué Ladislau Malajowicz, tan parco en sus órdenes! ¡Pobre, Carmelo Paspasputa, que pernoctó debajo de la chata, con la helada de unos 14°C bajo cero!... El era el autor de los espeluznantes "¡uéééééh!", interjección característica de su dialecto, que lanzaba a pleno pulmón, con la esperanza de que yo le respondiera para encontrarnos...

Al comprender todo lo ocurrido, sentí una desilusión enorme. Yo, que creí haber vivido un instante trascendental, terminé por admitir que todo había sido una curiosa y fantástica alucinación. Reconocí el daño que había hecho y vine a pie de culpa a mi imaginación se la debía... Ladislau Malajowicz no era el hombre que había supuesto. Después me oprimió la realidad de tratarlo a fondo, y bajo su aspecto duro, torvo, de hombre hecho a golpes, descubrí que no encerraba el corazón de un maldado... Desde entonces me cuidé muy bien de pensar nada de nadie. Tampoco creo en fantasmas ni en monstruos. Y además, me olvidaba decirlo, no tomo más aguardiente...

¿Qué es el MÉTODO SCOTCH?

UN NUEVO SISTEMA DE ENSEÑANZA POR CORRESPONDENCIA QUE VALE LA PENA QUE UD. CONOZCA. ENTÉRESE PIDIENDO FOLLETOS EXPLICATIVOS DE CUALQUIERA DE NUESTROS CURSOS.

Química Industrial.	Técnica mecánica.
Industria de Farmacia.	Móviles a explosión y Diesel.
Publicidad.	Téc. en tonería y litografía.
Secretariado.	Mecánico de aviones.
Topografía.	Fundición, Soldadura.
Dactilografía.	Óptico mecánico.
Procedimientos.	Radio, Electrónica.
Apicultura.	Arquitectura.
Aviación.	Tec. homínida ar-
Jardinería y horticultura.	Arquitectura.
Costura y confección.	Arquitectura y Vent.
Labores.	Arquitectura y Vent.
Artes Decorativas.	Arquitectura y Vent.
	Tec. Aeronáutica.

Aprender bien, es aprender doblemente

INSTITUTO POLITÉCNICO AMERICANO

UN NUEVO RITMO EN MATERIA DE ENSEÑANZA

Se. Director del INSTITUTO POLITÉCNICO AMERICANO - Av. de Mayo 840 - Buenos Aires
Ruego enviarme informes GRATIS sobre el curso de

Nombre.....

Dirección.....

Localidad..... L. 103

ENVÍE SIN COMPROMISO ESTE CUPÓN

Cine

★ por *Amelia Monti*

EL CINE Y LA GUERRA

Loretta Young en "China"

ENTRO del material cinematográfico de carácter dramático del año, Paramount anuncia "China!", una de las más emocionantes películas de actualidad que ha salido de los estudios de Hollywood. Aland Ladd y William Bendix son, en este palpitante film, dos aventureros que venden gasolina a quien se la compra, y las circunstancias del momento los arrojan en la contienda del valeroso pueblo chino contra el invasor japonés. Loretta Young, compatriota de aquéllos, logra que le presten su ayuda en la evacuación de un grupo de jovencitas chinas, alumnas de un colegio que ella dirige, de una ciudad asediada por las tropas imperiales.

En esta película el espectador puede darse perfecta cuenta de la heroica resistencia de sus indómitas guerrillas, que acosan constantemente a las columnas japonesas, y les cortan las comunicaciones. En pocos films se ha presentado escenas de un realismo tan emocionante, como en las que



en "China!" han captado las cámaras, de una montaña que en su derrumbe sepulta a una columna japonesa en pleno.

John Farrow, el notable animador de la película "¡Volveremos!", se encargó de la dirección de "China!". A nadie mejor que a Farrow podía haber encomendado Paramount la filmación de una obra cinematográfica de tanto despliegue dramático. John Farrow militó en las filas de la marina real canadiense y con el grado de teniente tuvo ocasión, durante el tiempo que prestó sus servicios, hasta hace poco menos de un año, de familiarizarse con los famosos "comandos", y la guerra de guerrillas.

Wei F. Hsueh, famoso escritor chino, conferenciante y autoridad de reconocido prestigio en arte chino, prestó sus servicios como técnico. Las escenas donde ocurren bombardeos aéreos sobre ciudades y aldeas, con la consiguiente huida de sus moradores, reproducen hechos reales, cuyos reflejos gráficos se obtuvieron de los archivos de guerra, con lo cual se ha conseguido dar a la película una fidelidad apasionante.

★ Aunque parezca exagerado

Cuando se ve una película, pocas veces se sabe, a ciencia cierta, lo que ha costado filmar una escena cualquiera; a veces la menos importante, no por eso menos necesaria. Parecerá exagerado decir que, en la mayoría de los casos, para un detalle que sólo dura segundos en la película proyectada, se emplean cuatro y cinco horas para su filmación.

MIELLA Ben-
ce se llama,
verdaderamente, Amelia Botwinik. Es argentina y soltera. Ha filmado hasta ahora: "El forastero", "La fuga", "Adiós Buenos Aires", "Los caranchos de la Florida", "La vuelta al nido", "La casa de los cuervos", "Hermanos", "El haragán de la familia", "Novios para las muchachas", "En el viejo Buenos Aires", "El tercer beso", "Cruza", "La guerra gaucha", "Los ojos más lindos del mundo" y "Todo un hombre".



CINE por DENTRO

Proceso de un "asunto"

E aquí, en breves líneas, el proceso literario de la preparación de una película de metraje normal.

El asunto puede constar de diez quince páginas, a máquina. A veces es más breve. Su transformación en síntesis, desglosado en movimientos y algo de diálogo básico, lleva de 35 a 50 carillas. De ahí pasa al encuadre, que es la película en sí completa, lo que emplea no menos de 300 y a veces hasta 400 hojas de papel de copia de formato grande.

1X10
40X1

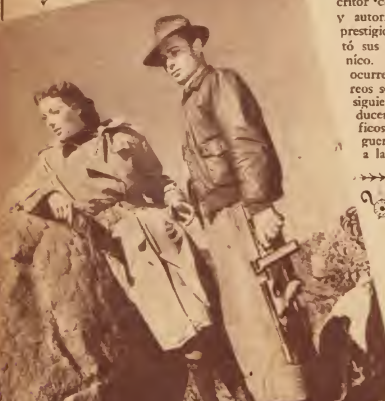
Alguien dijo...

Un buen director vale por diez estrellas.
Un buen argumento vale por diez directores.

¿Greta Garbo
Greta Garson



DESPUÉS de haberse anunciado varias veces que Greta Garbo encarnaría la figura de Marie Curie en la pantalla, las autoridades de la Metro parecen haber resuelto otra cosa. En efecto. Ya no se habla de la estrella sueca para revivir en el lienzo a la gran sabia. Ha sido elegida en su reemplazo la delicada Greta Garson, que con "Raza de abolengo" escaló a los más altos peldaños de la fama.



ENTRE ASTERISCOS

JEAN GABIN, alistado en las filas de la marina francesa, libre, logró un permiso especial para hacerse cargo del papel principal de la película Universal "Pasaporte a Dakar", que se filmará de inmediato...



JOAN CRAWFORD dejó libre a todo su personal doméstico para que se ocupara en los trabajos de la defensa. Ella sola atiende los quehaceres de su casa. Además interviene gratis en audiciones del gobierno.



JOHN BOLES, antes de actor de cine, fué estudiante de medicina. Abandonó esta carrera para alistarse en el Ejército en la pasada guerra. Sirvió, durante 22 meses, a su país en el Servicio Secreto, en Alemania, Bulgaria y Turquía. Terminada la contienda, cantó en la celebrada Geraldine Farrar en varias obras.



DIANA BARRYMORE es la hija de John Barrymore y de su segunda esposa, Blanche Delrich, conocida como escritora bajo el nombre de Michel Strange.



BRIAN AHERNE, Ida Lupino, Merle Oberon, Robert Cummings, Charles Laughton, Anna Neagle, Herbert Marshall, Ray Milland y todos los actores y directores que intervinieron en la filmación de "Esta tierra es mía", trabajaron completamente gratis, ya que todo el producto de este film se destina a la beneficencia angloamericana de guerra.



Lucas Demore estudiando con Enrique Muñoz en la recreación de Sarmiento—y Angel Magaña—en la de Domínguez—la expresión de una escena durante la filmación de "Su mejor alumno", cuyo rodaje está en plena actividad.

SARMIENTO EN LA PANTALLA

La filmación de "Su mejor alumno" avanza. Como se ha dicho, trátase de una película en la que vibra lo imponente figura de Sarmiento y lo de su hijo espiritual: Domínguez. Se nos antoja difícil y arduo el labor de trasplantar al lienzo tan recio estampa. Quisimos saber la opinión de Lucas Demore —el director del film— sobre esta selección y la ventaja que reportaría a nuestro industria inspirarse en populares obras literarias, como empujó a hacerse, o partir de "La guerra gaucha", con "Todo un hombre", "Solo", "Hiel de zapa", "Stella", "Valle Negro", "Caso de Muñecas", etc.

—Yo creo —nos dice Demore— que el camino más interesante y de mayores posibilidades que tiene el cine es el libro. En nuestra literatura hay un amplio campo de acción y una fuente fecunda para hacer obra cinematográfica de jerarquía y de competencia ventajosa. Claro está que el intento ofrece dificultades. Pero eso mismo debe obrar como un acicate sobre la inquietud, la voluntad y el ánimo.

—Tropezó con esas dificultades para la realización de "Su mejor alumno"?

—Francamente, sí. Más aún, porque no se trató, precisamente, de la adaptación de una novela. Es más bien un relato vivo de lo más importante de la vida de Sarmiento y de las personas más desdichadas de su tiempo. Una versión salpicada de anécdotas, donde se ha procurado reflejar el carácter vigoroso del gran educador.

—¿De dónde sacó el mejor material para la película?

—De él mismo. Es decir, de lo que dice él mismo de sí mismo. De sus dos libros más representativos: "Mi vida" y "Recuerdos de provincia". Allí están retratados, con rasgos penetrantes y profundos, su espíritu, sus alientos de precurar y de modelador. Su recia valentía, su categorio intelectual y su carácter emotivo, pero jamás claudicante. Desde luego que todo ello, al ser llevado a la pantalla, ha necesitado el aditamento de lo fotográfico en el porcentaje requerido por todo obra artística, que no

Lucas Demore nos habla de "Su mejor alumno"

desvirtuó ni quiebro la fidelidad onírica, cosa que se ha cuidado especialmente.

—¿A quién se debe la versión cinematográfica?

—A una acción conjunta. Han trabajado en ello muchos colaboradores. Cada uno especializado en un aspecto distinto. El histórico, el documental, el anecdótico, el educativo, el literario y el íntimo. No menos de tres meses, sin horario, lo llevamos esta investigación. Desde el comienzo del encadre he trabajado en contacto permanente con los adaptadores, consultando toda sugerencia o modificación. Creo que eso es lo mejor manera de realizar una película dentro de su atmósfera real... Después del estímulo que me dispensaron con "La guerra gaucha" he quedado seriamente comprometido y tengo que poner todo mi empeño en no defraudar. Máxima cuando presento muchos más exigencias este nuevo film que será de mayor metroje. Ambiente de época; reconstrucciones, y caracterizaciones imponentes. Auténtica biografía; un batallón en pontones y trincheros, que demanda gran realismo, y la trayectoria fiel del protagonista, pulso y lúcido de todo la producción. Tengo la seguridad de que Enrique Muñoz ha de encarnar la figura del prócer con impresión de vigor y autoridad.

Tales las apreciaciones de Lucas Demore que ho ideado, para el principio de de la película, como símbolo y a manera de prólogo evocativa, una serie sucesiva de imágenes que van mostrando los lugares donde fuera perflando la figura de Sarmiento, desde lo niñez, mientras "su voz" comienza relatando: "Cuando yo era pequeño"

SON HERMANAS...

Mirtha y Silvia Legrand;
Mercha Ortiz y Amanda Yarela;
Alicia Barril y Elsa del Campillo;
Liboriat y Amalia Lamarque;
Paulina y Berta Slegermann.

Lo que hace ahora...

Charles Boyer

Charles Boyer, que es ahora ciudadano de Estados Unidos, prestó servicios en la Línea Maginot. En la actualidad forma parte de la "Cavarena de Hollywood", integrada por un seleccionado número de estrellas que han vendido bonos por valor de varios millones de dólares. Reunió fondos para la ayuda del Ejército y la Armada. Apoya a los franceses libres. No hace mucho pronunció un brillante discurso en el programa de Ayuda de Guerra, en el Madison Square Garden.



Capítulos de una autobiografía novelada
que reunió y ordenó

Carlos V. Warnes

ESPECIALMENTE PARA "LEOPLAN"

NIÑERA, A QUIEN LE GUSTEN LOS CHICOS, SE

ILUSTRACIONES
DE VILLAFARÉ

NADA hay como una conducta honrada, so-
lia decir mi padre, y para demostrar con
los hechos sus palabras, detrás de la sen-
tencia narraba la anécdota, siempre la misma
y con idéntica moraleja.

Muchos son los años transcurridos, pero me
parece estar escuchándole por primera vez su
cuento favorito.

—Jamás olvidéis, queridos niños — decía mi
padre —, que una mentira obliga a otra, y que
muchas situaciones que se arreglan confesando
la verdad pueden llevar a uno a la horca si
se deja tentar por el demonio.

Interrumpió su charla para probar el funcio-
namiento de una ganzuza que estaba perfec-
cionando, y una sonrisa de satisfacción le en-
sancho el rostro al ver que la cerradura de

triple combinación que utilizaba
para su experimento rendíase man-
sa y dócil ante la suave presión
del delicado instrumento creado
por su cerebro privilegiado.

—Ahí tenéis vosotros el ejem-
plo de mi hermano Richard...
Vuestro desdichado tío se intro-
dujo cierta noche en la casa de
una millonaria, a la cual creía pro-
pieda de una riquísima colec-
ción de brillantes. Estaba Richard
trabajando en lo suyo y poco le
faltaba para dar con la combi-

nación de la caja, cuando apareció la dueña de
la casa, dejando apenas a mi hermano el tie-
po necesario para ocultar las herramientas pro-
pias de su oficio.

—¿Quién sois y qué hacéis en mi casa? —
preguntó la mujer, y sin reflexionar un instan-
te, vuestro tío repuso:

—Estoy aquí, hermosa, porque va no puedo
mantener en secreto la pasión que me devora...
¡Os amo locamente y he venido a arrancaros
el dulce "sí"! —

MITAD halagada por aquellas palabras que
nunca había escuchado en sus cuarenta y ocho
años de vida, y mitad por no desperdiciar la
oportunidad que se le presentaba, la mujer in-
vitó a mi hermano con unas copas. Luego pu-

so unos discos en la victrola, después hablaron
de las respectivas inclinaciones, pronto la con-
versación abarcó temas insospechados, y el re-
sultado de todo fue que al día siguiente quien
llegó en busca de unos brillantes tenía una es-
posa, que a la postre ni era millonaria ni tenía
brillantes. Nada era verdad sino sus cuarenta
y ocho años, aunque representaba sesenta, pero
ese detalle poco o nada consolaba a vuestro
tío. Ved, pues, cómo una mentira trastorna a
veces toda una existencia de la cual, como en
el caso de mi hermano, podían esperarse ma-
ravillas en la profesión que heredamos de nue-
stros mayores...

Si hoy recuerdo y repito el cuento de mi
padre es porque entre los viejos papeles fami-
liares hay una carta de mi primo Inocencio,
carta que creo es la última que escribió, por-
que luego le trasladaron a las Guayanas, lugar
famoso, entre otras cosas, por su deficiente
servicio de correos.

Dice la carta de Inocencio: "Querido primo
Luciano — se trata de mi hermano Luciano, a
cuyas manos no llegó la carta por una coinci-
dencia (1) —, no es precisamente un reproche
lo que quiero hacer a tu padre, pero sincera-
mente creo que es a él y no a mí a quien co-
rresponde la condena que ahora me tiene entre
rejas. Recordarás cuánto insistió siempre acer-



NECESITA...

ca de observar una conducta honrada, y fué así como sugestionado por sus palabras resolví cierto día apartarme de los negocios familiares e instalar una agencia de colocaciones. Es verdad que en su comienzo, y gracias a mi sabia administración, la agencia me proporcionó grandes beneficios, y no es menos cierto que merced a mi ingenio pude solucionar en parte el problema del servicio doméstico, que afligía a los hogares de Lio Traslío. Recordará que hubo un tiempo en que en nuestra querida ciudad resultaba poco menos que imposible agenciarse una cocinera, niñera o niñera, y para nadie es un secreto que muchos de nuestros conciudadanos optaron por casarse con sus sirvientas antes de correr el riesgo de verse obligados a guisar sus comidas y a lavar los platos, aunque también es sabido que a muchos de ellos les resultó peor el remedio que la enfermedad y actualmente guisan para una familia entera, y si antes salían del paso lavando un par de medias y dos capisabs, ahora dedican varias horas de su descanso a fregar de fregar en la piletta.

El éxito de mi agencia de colocaciones debíase a una vasta red de comisionistas en el interior y en el exterior del país. Gracias a ellos podía yo satisfacer las exigencias de mi clientela, y era suficiente enviar un cable a mi agente en Berlín para tener al poco tiempo una institutista, deplorable, unas líneas a mi encargo de negocios en Berna, para conseguir un matrimonio suizo, experto en labores de granja y a ajuste de relojes; o un llamado telefónico a mi representante en Laponia, para proveer de obreras al frigorífico local. Un trabajo limpio, cómodo, sin angustias, y que me proporcionaba buenos ingresos, sin necesidad de escalar muros, utilizar ranzas, cargar lámparas eléctricas, sopletes, como lo viera hacer desde mi infancia a los seres que me dieron su nombre.

Pensaba yo en tu padre y en cuánta razón tenía al aconsejarnos, cuando una infausta mañana recibí un pedido difícil: un matrimonio con cuatro hijos pedía una niñera y estaba dispuesta a pagar cualquier precio por una mujer dispuesta a cargar con el trabajo de limpiarlos, darles de comer, pasearlos y dormirlos, trabajo para el cual, grave-falla de la naturaleza, no basta una sola madre.

De inmediato transmití a mi red de agentes del interior del país la orden del día, pero parece ser que la orden no satisfizo a las mujeres que buscaban trabajo, porque pasaban los días y no había noticias de la heroína dispuesta a cargar con los cuatro chicos de mis clientes. Perdidas las esperanzas de hallarla en la república de Lio Traslío, lancé el S.O.S. a mis colaboradores de los países cercanos, de todos los cuales obtuve la misma respuesta: "Para cualquier trabajo, pero con chicos, no".

Estaba en juego mi reputación y el crédito de la agencia de colocaciones, y no vacilé en movilizar a toda mi gente. En un solo día di a la Compañía de Teléfonos una ganancia que permitió aumentar los sueldos al personal y dar suculentos dividendos a sus accionistas, y todo el mundo se enteró de que en Lio Traslío necesitaba una niñera para un matrimonio con cuatro hijos. Y todo para nada. Unas, porque no querían embarcarse; otras, porque ya tenían ellas bastantes hijos para ocuparse de ajenos; las de allá, porque exigían contrato por quince años y garantía en depósito, y las del otro lado, porque sus parientes insistían en via-

GIROLAMO PAGLIANO PURGANTE

jar con ellas y con todo pago y casa instalada. En una semana perdí el apetito, el cabello, el buen humor y una montaña de dinero, que era lo más difícil de recuperar!

"Finalmente, v a dos pasos del suicidio, llegó un cable de Borneo:

"Creo que tengo niñera. ¿Importa que sea negra? Contente urgente. X 23".

"Corrí a la casa de mis clientes y les comuniqué la nueva. Una rápida consulta familiar les puso de acuerdo, cosa que no dejó de maravillarme, y el resultado fué que contesté a mi agente:

"El color no interesa. Clientes insisten en que a la niñera le gusten los niños. Espero impaciente. Inocencio".

"La otra punta del cable me llegó inmediatamente:

"Consulté con mujer. Los niños le gustan bastante. ¿Vá? X 23".

"Le contesté con la economía que me aconsejaba mi caja exhausta: "Venga. Inocencio".

"Aquella noche recuperé el buen humor, el apetito y el sueño. El cabello, no, pero ¡qué diablos, la felicidad nunca se consigue completa!

"Llegó la negra y yo mismo la llevé rápidamente a la casa donde la esperaban cuatro niños que, algún día, recordarán a la buena negra que pacientemente guiara sus primeros pasos. La dejé en el hogar, cubré mi comisión y regresé a la agencia con la satisfacción que da el haber procedido con esa honradez que tanto cacareaba tu padre.

"Fué culpa mía, querido primo Luciano, si luego resultó que la negra era antropófaga y de aquella misma noche se engulló a uno de los chicos? ¿Podía yo sospechar que cuando el agente X 23 me dijo que a la negra "le gustaban los niños" era porque los prefería fritos, asados o en escabeche?

"Verdad que esas son cosas del destino y yo resulté juguete del mismo v un intermediario inocente? Bueno, si estás de acuerdo conmigo, procura entrevistarte con el juez que me condenó y convencerlo de la injusticia cometida. Te saludó tu desdichado primo que desearía verte, pero no en esta casa, Inocencio.

"P. D. En cuanto a tu padre, dile que este asunto lo discutiremos un largo rato. Vale."

.....

Dejo nuevamente entre los recuerdos familiares la carta de mi primo Inocencio, curioso documento que prueba que, siquiera una vez, hubo alguien que paró en la cárcel sin premeditación ni alevosía. Y aunque melancólicamente recuerde una vez más el viejo cuento de mi padre, creo que los de nuestra sangre tienen un destino que cumplir v lo cumplen, aunque cuanto ocurra... ✽



(1) La coincidencia fué de impresiones digitales, pues las de mi hermano Luciano resultaron idénticas a las que una policía entrometido encontró en una pistola cuyas balas, a su vez, halláronse dentro del cuerpo de otro policía. (Véase Archivo Policial de Lio Traslío. Tomo IV, Pág. 28 a 745.)

31 AÑOS...

dedicados a una sola industria.

Esa es la garantía en cocinas

"VOLCAN"

En venta en todas las casas del ramo.

Fabricantes: Cuareta & Cía.

Maipú 250 - 33-9731 - Bs. Aires





PELOS INDIOS

El doctor Morris Steg-
gerda, del Instituto Car-
negie, de Washington, demostró que el pelo de un
indio kapi es de mayor diámetro que el de un
mago, un sastre o un *suñi*. Esto, a primera vista,
puede hacer pensar en que a veces los sabios suelen
perder el tiempo. Pero, a segunda, debemos con-
siderar de importancia todos los medios para di-
stinguir el origen de las diversas agrupaciones hu-
manas.

CURIOSIDAD

Cada inglés consume por tér-
mino medio, al año, treinta y
nueve kilos de azúcar, y cada
norteamericano, veintiocho.

RESPUESTA

—¿Por qué lloras, an-
gélito?
—¿Porque mamá me
ha pegado?
—¿Y por qué le ha
pegado tu mamá?
—Per hacer como us-
ted: metirme en lo que
no me importaba.

DEFINICIONES SOBRE EL AMOR

El amor identifi-
ca a los amantes: la
confianza es la ba-
se del amor; la to-
lerancia lo alimen-
ta y lo conserva.
S. CATALINA.

SE SUICIDÓ

Este hombre, Severo Agarrate Catalina, sufrió una crisis
de desesperación cuando le propusieron que se casara con
"la mujer hermosa" (no sabemos si se trataba de la que
aparece hoy en estas páginas). Empezó a gritar desforada-
mente contra la belleza de las mujeres, y se trepó a una
gran altura para lanzarse al espacio. Antes de matarse, dijo
que no hay peor desgracia que una esposa linda, que él ya
había tenido tres, que las tres se le habían escapado y
que prefería la muerte a casarse ahora con "la mujer her-
mosa". Creemos que, en su caso, le asiste un poco de razón.
Pero nosotros hubiéramos preferido... la mujer hermosa.

TENIA MONAS

A mirar la facha raro
De un borrocho me paré,
Y él dijo: —¿Qué quiere usted?
¿Tengo monas en la cara?
Y ante otros muchos personas
Que había allí en derredor,
Le respondí: —No, señor,
Lo que usted tiene son "monas".

V. MARTINEZ.

CHURRUCA EN TRAFALGAR

En el famoso combate naval de Trafalgar, el
21 de octubre de 1805, el gran marino español
Cosme Damián de Churruca dió pruebas de
una entereza extraordinaria. Comandaba el
buque "San Juan", de la escuadra francesa-
pañola, cuando en pleno combate contra la es-
cuadra inglesa, dirigida por Nelson, una bala
de cañón le llevó una pierna. Hizo colocar un
barril de harina en la cubierta, apoyó su heri-
da sobre la harina para evitar la hemorragia
y también para poder mantenerse de pie, y
continuó dando órdenes y alentando a los com-
batientes hasta que cayó del barril y murió.

Sin compás

COSAS RARAS. CURIOSAS. ILUSTRATIVAS.

DIRECTA

—Yo, mamá, no quiero ca-
sarme.
—¿Por qué, hija mía?
—Porque soy demasiado ig-
norante.
—Eso no importa. Los
hombres no aman a los de-
masiado inteligentes y supe-
rioristas.
—¿Crees, entonces, que to-
dos los hombres son como
papá?

DESGRACIA CON SUERTE

El capitán C... tiene un asistente en
su casa particular que, dicho sea de paso,
es un perfecto bueño.

Ayer, sin ir más lejos, estaba el cap-
itán leyendo tranquilamente un diario,
cuando de pronto, ¡zas!..., viene un
estrépio en la habitación conigua.

¿Qué era?

Lo de siempre: que el animal de su
asistente había hecho mil pedazos un
busto de yeso.

—Perdón, mi capitán.

—¿Qué has hecho?

—Se me ha caído el busto...

—Basta — le interrumpe el capitán —.
Para que aprendas te voy a dar ocho
días...

...el busto de su señora negra, mi
capitán...

...ocho días de permiso.



[IMPOSTULE]

En un nuevo rico
vital el comercio
de un anticuario. Este lo escucha
un dolor gringo, y lo dice:
—¿Qué desde cuando le va tan
indiferente, esta dolor tiene
dos mil años.
—¿Dos mil años? ¡No puede
ser! ¡Se estamos en 1943!

LA MUJER HERMOSA

Esta magnífica muchacha es nueva; nueva como artista consagrada.
Ella comenzó a actuar en los estudios de la Metro y su nombre
Sonora Peters. También se usaba como "mujer hermosa", entre
sus simples aspirantes a estrellas, y algunas aspirantes vale gran cosa;
al cambio, todas las estrellas valen mucho. Gajes del oficio.
Pues, hasta la belleza depende del color del cristal con que se mira.
(Lástima que aquí no podemos mirar mucho, porque Sonora se ha
puesto un vidrio en tanto excesivo... a pesar de eso creemos que
el lector la encontrará hermosa).

PINCELITO PURAPOSE

Técnica moderna

por DOMINGO VILLAFANE



ni ritmo

PINTORESCAS Y HUMORISTICAS

ROSSINI "SOBERANO"

El autor de "El barbero de Sevilla" y de "Guillermo Tell" fue hijo de padres pobres y tuvo una juventud llena de privaciones. Luego pasó casi toda su vida en la capital de Francia, donde obtuvo, por mediación de Napoleón III, honores jamás vistos. Una noche, encontrándose en el teatro, el emperador supo que allí estaba Rossini y lo llamó a su palco. El célebre compositor se presentó, excusándose de no estar vestido de etiqueta.

—¡Oh! — respondió el emperador —. Entre nosotros, "soberanos", no es necesaria tal cosa...

PREVENCIÓN

—¿Cómo! ¡Dices que estás cargado de deudas y compras un automóvil!

—Precisamente por eso: para huir de mis acreedores.

REFRAN ESPAÑOL

Quien delante me dice señor y detrás necio, o me ha vergüenza o miedo.



EL TEATRO POR DENTRO

Luego de haber medido las piernas con una cinta métrica, el "manager" procede a ponerles medias. Medias que no se deshagan con las desenfrenadas danzas baletísticas de una revista teatral moderna, que no se les corran puntos, que no se bajen y arruguen y que no rigieran un elevado presupuesto para la empresa, como el último presupuesto de medias con que las mujeres de hoy agobian a los maridos que no saben o no se atreven a ponerlas en vereda a sus maridos.

PERLAS DE COCO

A veces se encuentran perlas en los cocos, pero carecen del lustre y la belleza de las que se forman en las ostras, aunque son similares a ellas en composición química. Es bien posible que pronto aparezca el técnico lustrador capaz de darles el valor que necesitan para colocarlas a la altura de las legítimas.



MAL ENTENDIDO

—¿Qué le regalaste a tu novia?

—Un anillo.

—¿De compromiso?

—¡Bárbaro! De oro con letras dentro.

DE LA MUJER

Las mujeres no tienen mayores enemigos que los hombres.

—(Duclos).

HISTORIA SAGRADA

—Dí, mamá: ¿por qué Jesús, al resucitar, se presentó primero a las mujeres?

—Porque quería que la noticia corriera con la velocidad de un rayo.

EN UN CONCIERTO

UN INTERVISTA. — Esa sinfonía es hermosísima, pero sumamente difícil.

UN INTERPRETE. — La última es que no sea imposible.

PROBLEMA SIN SOLUCIÓN

El teón escento rendido. — De buena gana yo daría toda mi fortuna con tal de que fueras mi.

Y la (muy práctica) — Pues, querido, te aseguro que si hicieras tal tontería, yo nunca sería tuya.

DE LOS CELOS

En todos los tiempos y países, el celoso descubre, a pesar suyo, sus sospechas. — QUINAVULT.



NO BAILE ASI

En las anteriores fotos fueron fijados los terribles momentos en que los bailarines cometían tremendas faltas en el arte de la danza; pero ninguna falta tan desgarbada como ésta. Se diría que se trata del inesperado encuentro de dos enamorados que han venido corriendo el uno hacia el otro, han chocado y se están abrazando con frenesí. Sin embargo, sólo es una figura de danza; ella se abraza al cuello de él para no caer, y él trata inútilmente de desahogar. Lo que sucedió inmediatamente después resulta mucho más inesperado que todo esto. Alguien gritó: "¡Un ratón!", y... (Véase el próximo número).

INDIRECTA

Pasebase un joven con su novia sin hablar una palabra. De pronto encendió un cigarrillo.

—Yo creí que usted no fumaba — le dijo ella.

A lo que él contestó:

—Sólo fumo cuando estoy aburrido.

DESCONFORMIDAD

El padre hace una serie de violentos reproches a su hijo por haberse dedicado al teatro.

—¡Miserable! — exclama furioso —. ¡Quieras deshonrar mi apellido en las tablas!

—No, padre; trabajaré con seriedad.

—Muy bonito... Y si tienes éxito, nadie sabrá que soy tu padre.

PROVERBIO ARMENIO

A quien diga la verdad dales un caballo, a fin de que pueda huir después de haberla dicho.

NAPOLEON Y LA MOMIA

Siendo aún muy joven, Napoleón Bonaparte estaba al frente de un ejército francés, en Egipto, con el grado de general en jefe. Cierta día fue descubriendo un sarcófago donde descansaba, momificado, uno de los faraones que reinaron en los tiempos más gloriosos de Egipto. Napoleón miró la momia, y le dijo:

—Has dominado poco. Yo, con tu poder, ¡conquistarías el mundo!

Años más tarde, con más poder que el faraón, intentó la empresa, pero fracasó en Rusia y en España, y terminó en Waterloo.

PRETENSION

LA ADIVINA. — Lo veo a usted haciendo un viaje alrededor del mundo.

EL CLIENTE. — ¿Y no puede decirme quién es el que lo paga?

JACINTO PIESFELICES

Un martes 13...

por CAO



"EL BICHO ENJAUBLAU"

Por **Alejandro J. Lerena**

ESPECIAL PARA "LEOPLÁN"

ILUSTRACIÓN DE M. ALFONSO



De todos los peones que trabajaban en la estancia, sin duda alguna, Agustín Morón era el más gaucha. Mi amigo, el dueño de "Los Nanduces", me lo indicó como una reliquia.

— ¡Tirale de la lengua y te vas a dar cuenta de por qué suceden algunas cosas en el campo.

No tenía muchas esperanzas de encontrar un gaucha a doscientos kilómetros de la capital.

— ¡Le parece muy joven para que sea tan gaucha...!

Ramón Corrales sonrió: — Reconocido por los viejos de la estancia. Con decirte, que el solo hecho de tenerlo en "Los Nanduces" es para mí como una tarjeta de presentación en todo el pago. Saben que el gaucha Agustín Morón está a mi mando y soy considerado el doble. Eso te dice claramente de qué hombre se trata...

— ¿Y cómo ha ganado ese prestigio?

— Nobleza y valor.

No era Ramón persona de ponderar porque sí. Tuve deseos de conocer al "nientao".

— ¿Noble?

— Incapaz de una bajeza... Y lo más despreciable que he visto en mi vida. Vacía el tirador en las manos del primero que precisa ayuda. El dice que los hombres vinieron "payudarse".

Ramón hizo una pausa:

— ¿Te acordás que hace dos años estuve por casarme...?

Sonrió. Había estado por casarse con una muchacha totalmente diferente a él. Continué:

— En ese tiempo me entró la fiebre de hacer plata... ¡Taba hecho un gringol!

Prosiguió: — Fué el crédito de mi estancia el que me hizo volver a la realidad. Tuve la desvergüenza de ponerle treinta días de plazo para pagar los arrendamientos a un hombre que trabajaba unas cuadas de campo pasando el arroyo. El hombre me pagó antes del término fijado con los pesos que le dió Agustín... ¡Fué como si despertara de una pesadilla!

Ramón respiró hondo. El solo recuerdo de la historia lo molestaba.

— ¿Es campero?

— ¿Camperazo?

— Me imagino que ha de ser domador?

— Te equivocas. Sólo doma su tropilla. ¡Ah! Porque tiene tropilla de un solo pelo... ¡Creo que ha de ser la única ostentación de su persona! Pero... — Se echó a reír: — ¡Es tan guenzazo que dos por tres regala un malacara! ¡Qué hombre!

En realidad, actualmente, es humorístico el desprendimiento. Mi amigo Ramón sabía que yo era un admirador de los hijos del pasado de esta tierra; y me ofrecía el personaje deleitándose de la magnitud del regalo.

— ¿Valiente?

— He visto hombres agayudados, pero no recuerdo ninguno capaz de hacerle sombra a éste...

— Che... ¿Y de qué pelo es el hombre?

— Del mismo que yo.

— Y que vo, entonces.

— Sí. Es de los que están buscando.

Yo sabía bien lo que quería decir: "es de los que están buscando". Ramón hacía referencia a un movimiento que nosotros esperábamos. Movimiento que sin contar todavía con una bandera, se esbozaba rápidamente en el pueblo.

— Me gustaría conocerlo.

— Ya debía estar aquí. Pero si querés pulsarlo en su cuerda más sensible, hablale del zoológico...

— ¿Del zoológico? — repetí yo, extrañado.

— Sí. Una vez lo llevé a la capital...

— ¿Andaría "bolado"?

— Se defendió bien, pero el zoológico le dejó una güeyta honda...

— ¿No digas!

— Noté una tristeza grande en su cara cuando salimos. Parecía más viejo... ¡Atento, había mirado todo con mucha atención pero sin comentarios...! Después me enteré.

— ¿Qué le había pasado?

— Habían prendido a un muchacho que se "disgració"... Y se comentaba que le "darian" por lo menos cinco años. A raíz de esto, sentí hablar a Morón de la prisión de los animales... ¡Mirá! "A" viene...

Montado en un malacara prolijamente tusado, se acercaba Agustín Morón.

Moreno. Pelo lacio. Chambergo echado a la frente que deslizó a la nuca cuando estuvo más cerca. Camisa blanca remangada. Poncho de vicuña en el hombro izquierdo, haciendo equilibrio. Un pedazo de mango de guampa le daba algunas arrugas a la camisa que el viento inflaba. No usaba espuelas. Cuerpo flexible. Pámulos ligeramente salientes. Los labios, más bien gruesos y con un ligerísimo deslíz anarigo hacia la barbilla.

— Buenas tardes — dijo, al tiempo de desmontar.

Debido a su cuerpo flexible, imaginé que debía tener el paso nervioso. No estaba en lo cierto.

Camminaba pesadamente y dejando caer los hombros.

— ¿Cómo te fué con el encargo? — preguntó Ramón.

— Bien y mal. El hombre vendrá; pero arriéñlo dentro de tres días. Ta andando...

— No es nada. Che, Agustín... Te voy a presentar un amigo.

Nos presentó:

— Agustín Morón. Pa servirlo.

Se supo que al "guri" le habían "dao" cinco años.

Al resplandor del fogón eriollo, palideció el gaucha. Así como una pecuilla llana se va agrandando a medida que la charanauca la rodea, igual que el ruido sordo del río cuando anuncia la creciente, así se fué inflando el alma del paisano. Agrandó el pecho. Mordió el cigarro. Le pareció que le incomodaba la gollita en el cuello, y se echó el nudo sobre la garganta.

Empezó pausadamente a meditar en voz alta. Las sombras que rodeábamos al fogón hicieron silencio: Hablaba el gaucha:

— Es muy potriero el "guri" pa que lo domen con espuelas... ¡Cinco años encerrao! Ansina no se saca caballo... Siempre será medio redomón... de cuidarse 'e las patas. Y si no sale ansina, salirá manso. ¡Demandado!

La brasa de su cigarro cortó hasta quemarle los labios.

— ¡Perder la libertad...!

La voz del paisano sonó como la de un santo que dijera: ¡Perder el cielo...! O la de una madre: ¡Perder el niño!...

Los ojos pequeños quisieron salirse de sus órbitas. Parecía un bicho de monte acorralado por los perros.

No se dirigía a nadie.

— ¡Ha visto aparceró, el dolor grandote del porro cuando siente en su lomo el peso del jinete? ¡Dende las pezuñas libres se le enrieda por las patas y le llega hasta las crines del pescuezo un temblor angustia! ¡Como si un rayo le hubiera dentro por los ojos y le recorriera las entrañas! ¡Y peyle, quiere matar, matarse...! Y, al fin, güelve redotao. Dolor grandote, aparceró... Menos grande, si pensamos que dende ese día 's' hace amigo del gaucha...

Gotas de sudor relucían en la frente del paisano.

— ¡A hombre que se disgracia, también le quitan la libertad. Pero el hombre debe consolarse dejando juir el pensamiento entre las rejas. Además ¡que pa algo le dieron lágrimas! ¡Pa algo esperanzas y rencores! El fogón había empalidescido.

Agustín Morón entornó los ojos. Su cara decía de tener, angustia superstitiosa, enfermedad. Todo se retrataba en su rostro.

La pesadilla se deslizó ante él:

— Es un enreaju. El bicho apenas puede dar unos pasos y golver.

Queda tan chico como pájaro en su jaubla.

El bicho era como tres ovejeros... Y tenía las cerdas como gato 'e monte.

No miraba a naides. ¡Tenía envaño en la cabeza el filo d' un sólo pensamiento! Díaz ratos, le silaba entre los dientes un gemido agudo... ¡Ni sé el tiempo que haría q' estaba allí...! Años, en una d' esas...

¡Eso es pior que un reservau que apriende a tomar agua en tiní! ¡Eso pior q' un cristiano que lo duebla el sobeo 'e cinco años de cárcel!

¡Era bicho 'e monte! ¡Nacido pa la libertad! ¡P' hacer fierá!

Disgraciado...

El paisano se incorporó e hincó los talones y los dedos en la tierra.

— ¡Ojalá juese hombre machorra pa no traer al mundo hijos enjaublau! *

DIA DE FIESTA PARA LA INDUSTRIA ARGENTINA
apareció

Shuella

PRIMERA MAQUINA DE ESCRIBIR ARGENTINA



ALGUNAS DE SUS CARACTERISTICAS

Su mecanismo de escape sencillo y de gran precisión, contribuye en gran parte a su velocidad (más de 20 letras por segundo) y su sencillez, evita roces y desgastes prematuros.

Tiene tabulador decimal automático de funcionamiento delantero, con palanca para borrar topes individual y borrador total de topes, así como un mecanismo sencillo y práctico de "freno" que permite controlar la velocidad que se desea imprimir al carro con el funcionamiento del tabulador.

Cuando Ud. utiliza un producto ARGENTINO, está efectuando un depósito en la caja de ahorro de sus propios hijos.

FABRICADA POR
PADIN, VILLAGRAN & CIA.

RECONQUISTA 220-228-230 - BUENOS AIRES

Componentes de la Firma: F. J. PADIN - A. C. PAVERI - V. PEREZ - F. VERSTRAETEN - S. VILLAGRAN

ALFONSO SALMERÓN

por **Niceto
ALCALÁ
ZAMORA**
ESPECIAL PARA "LEOPLAN"

El filósofo, el político, el jurista y el hombre

A máquina espiritual de cada existencia humana sostiene y sufre el forcejeo constante en la pugna por alcanzar los fines humanos, entre el motor, que es el impulso de las pasiones, y el freno, que es la moral de la educación: en D. Nicolás todo lo involuntario embriagaba el oleaje del apasionamiento, y todo lo deliberado alzó y le opuso el dique de la filosofía. Nacido en Alhama la Seca (Almería), sentía y mostraba como los más de los andaluces, y como otros muchos españoles, el trauma de la musulman y árabe, luego el viento de África, cálido y violento, cálido y seco, había hecho más que tostar aquellas nobles sienes, llegando a la sustancia del cerebro en el interior del gigante mental. Pero más tarde, profesor de Metafísica en la Universidad de Madrid, discípulo de Sanz del Río, que adoptara, importara y extendiera en España el krausismo, se adhirió Salmerón a esa escuela con extraordinario fervor, a través del cual, más bien que a pesar del cual, sintió la reverente y admirativa atracción hacia otros grandes pensadores alemanes. Difícilmente las nortestas brumas de la filosofía germánica podrían adentrarse más hacia el Mediodía, en busca de calor luminoso y vivificante, y por eso, a pesar de su casta sinita, se internaría tanto, afanos de seriedad, entre las claridades boreales e inciertas de los que ya eran casi pseudo arios puros. La antítesis perenne, que siempre pretendió y nunca lograra ser síntesis, forjó el caso singular de un filósofo ardiente y un pasional metafísico.

Aquel contraste, trascendiendo a todo, se refleja en la vida política de Salmerón, la cual fue inusualmente rápida y brillante. A los 35 años, cuando algunas constituciones le habrían impedido el acceso al senado, era presidente del Poder Ejecutivo de la primera República Española. Durante el mes y medio escaso de su mandato se destacan dos hechos: irritado en la lucha contra el federalismo cantonal, que había sublevado la escuadra, declaró piratas a los buques de ésta y por tanto apresables por las marinas de guerra extranjeras; convencido de la necesidad de restablecer la disciplina militar y cívica, para salvar la república amenazada por el desorden, dimitió antes que dar las órdenes para la ejecución de sentencias de muerte: en esta última actitud se impulsó reflexiva la voz del filósofo, mientras que en aquel otro decreto irrumpió tempestuoso el grito del meridional y levantino.

Llevó Salmerón al foro, que tanto honrara, la norma de austeridad en la conducta; pero salvo ese reflejo, por salto, del criterio ético, ejerció sus dos carreras. Derecho y Letras, con una inflexible independencia, así se detiene a construir el más sólido, robusto y consistente de la Filosofía del Derecho, que edificara otro andaluz krausista, D. Francisco Giner de los Ríos, el más sutil, flexible, original y emancipado dentro de la escuela.

Desde la voz a la profesión, todo llevaba en D. Nicolás a una solemnidad majestuosa, que él había llamado con preferencia mayestática, pero aquel aspecto de vocación decorosa, reservando para las ocasiones de intimidad los raudales de noble, ingenua, jovial y sana alegría, que se había precipitado en los torrentes juveniles de su vida estudiantil.

Contrastes y semejanzas entre Salmerón y Pi

Hundido aún más que eclipsado Figueras, el primer presidente, tras su ineluctable dimisión, en forma de fuga a París; ablasto Castelar, siempre dentro de la república, pero a dis-

tancia de sus partidos y aun de sus masas, los entusiasmos republicanos se polarizaron hacia los otros dos jefes de Estado, buscando enfrentarlos a la española, a pesar de sus fundamentales coincidencias. El contraste político se puntualizó llamando a Salmerón y a su partido centralistas, reproche de los federales, que él aceptó con la arrogancia de su carácter y con la convicción defensora de todas las unidades nacionales: la histórica, la de soberanía, la de cultura, la de poder y leyes fundamentales. Era en rigor unitario en contraposición al federalismo, pero no centralista en el sentido de oposición a las autonomías regionales, y un prueba de ello resultó su vida, siendo, como diputado por Barcelona, el jefe oficial honorario y venerado de la heterogénea minoría autonómica, llamada Solidaridad Catalana, que abarcaba monárquicos y hasta carlistas, concertados con los republicanos por el solo vínculo ideológico de las libertades regionales. Fueron los dos ex presidentes de talla gigantesca como esas montañas, hiechillas en sus cumbres, por el saber y por la austeridad. La escala de honradez, tan necesaria en las repúblicas y aun más estimada en España, permitió el sostenimiento y el triunfo de tal bandera, no obstante los infortunios del azaroso y efímero período histórico comprendido entre el 11 de febrero de 1873 y el 3 de enero de 1874. Salmerón como Pi fueron angios en vida por ese proceso de canonización cívica que reclama a los santos laicos: ese tipo moral curioso, que surge en la primera heretodoxia de almas nobles, que fueron cristianas, que luego no dejan tras sí escuela, capilla ni orden, y que recuerdan el caso de las tierras antes jamás roturadas, con sus espléndidas, pero no segundas, cosechas iniciales. Pi vivió más retraído, con intimidades casi místicas, renunciaciones casi ascéticas, y soledades casi monacales; Salmerón estuvo más en el mundo, y dentro de sus luchas, lo cual no es menor mérito, al conservar inflexible la recta, trazada para el rumbo de la vida.

Los dos fueron clásicos: Pi más bien por la lectura, con detención de estudio de los grandes autores castellanos; Salmerón quizá porque con Roma le enlazaba el Derecho, y con Grecia la Filosofía. Reconocidos y proclamados respectivamente como insignie prosista el uno y como excelso orador el otro, dióse sin embargo el caso raro de que, a diferencia de los tres personajes, cuyas semblanzas ya se han trazado aquí, y de los siete que luego aparecerán, ni Salmerón ni Pi llegaron a entrar en la Academia Española. Parece que no hubo incomprensión reaccionaria en ésta, y si más bien que los dos no quisieron ser candidatos: sin duda les molestaba el adjetivo "Real", que precedía a la corporación, y quizá solicitar chocaba con la humildad del federal y con la altivez del unitario.

Aspectos de la oratoria salmeroniana

Eran ya singulares las cualidades físicas del orador, de figura alta, fuerte, esbelta,

distinguida, con expresión, y podría decirse con garas, de inteligencia poderosa, con la vista habitualmente concentrada en la meditativa contemplación de lo interno, pero con insolito fulgor de penetrante intensidad cuando se centraba sobre la escena exterior, bustruente escrutadora y desdénosa a los contradictores. Aquella figura, erguida y enérgica, de pie, con más frecuencia casi hundida y serena al permanecer sentado, podía servir de modelo para la estatua o el busto del pensador. La voz, individualizada de modo inconfundible, era honda, grave, potente, amplia, con sobrias pero eufónicas sonoridades, que trasplantaban a la oratoria, desde la música, el recuerdo y la explicación de los privilegiados y rarísimos bajos, iguales en fama, y tal vez superiores en mérito a los tenores.

No era tarda, ni menos premiosa, la emisión de aquella voz singular; pero reflexiva y consciente cuidaba la pausa, para dar a cada palabra el relieve de su individualidad, dentro de ella a cada elemento el valor de su etimología, todo con un enlace perfecto que él llamaba concatenación. Aquel tan sincero y ferviente demócrata, caudillo igualitario de las multitudes populares, poseía y prefería el léxico más refinado, con insuperables cuidados de precisión, y aun gustos encaminados hacia la rareza. No satisfacía para ello a la elevación su cultura refinada dentro del arcaísmo, solución fácil, y al cabo en cierto modo escusa de impropiedad. Su vocabulario riquísimo casi lo cercenaba por la predilección, que entre voces intercambiables, si no por equivalentes por afines, tendía a la menos profanada por el uso, marcándolo con un sello personal en el acierto del sentido, y en el uso de la concatenación. A veces, para la palabra corriente en singular, buscaba el plural más insólito o rehuído; y así mientras todo el mundo llamaba a un sistema de gobierno régimen, él hablaba siempre de "regímenes", como si desdenara la ingenua o medrosa incertidumbre prosódica, detenida en la vulgaridad ante los plurales de ciertos estrófalos.

La sinceridad era perfecta, fidelísima en las concordancias, impecable en el régimen — aquí en singular —, firme en la construcción, labrada con sobria elegancia sobre muros de granito, trabados entre sí con hierro. El verbo corría cargado de sentido en los discursos de Salmerón, por no ser aplicable a ellos, si la copia taquígráfica había reproducido con exactitud. Frutos del estudio sus discursos, no suprimió el hábito la facultad innata para la viveza de la réplica. Cuando un orador de la derecha le reprochó haber perdido en su alma la virginidad de la fe, contestó que había sido para adquirir la maternidad de la razón. Pero aun en las interrupciones conservaba la solemnidad de un discurso tan turbado, antes de ser votado, que en una contemplada desde enfrente en una tribuna, viendo sus contracciones dominadoras de la ira, y los ademanes vigorosos y pausados, complementos del gesto, que procuraban imponer disciplina a la exaltación de los diputados republicanos; cuando se colmó también su paciencia, dijo: "parece que ha llegado la hora de indignarse, antes de ser votado, como se espere".

Hacia el final de su vida volvió a ser como diputado, muchos apóstrofes e interrupciones ingeniosas, violentas, sarcásticas, bastantes de ellos irreprochables, sólo parlamentarios por el lugar pero no por el contenido, lo que no he escuchado jamás ha sido una interrupción de cólera metódica como aquella, bajo el freno de una inteligencia y de una voluntad tan fuertes, que en tal ocasión vencieron la energía pasional del temperamento. *

ACTUALIDADES GRAFICAS



HOMENAJE A LOS PROCERES.— En conmemoración del 49º aniversario de la muerte de José Manuel Estrada y del centenario del doctor Pedro Gayena, celebró en el Colegio del Salvador una función académica, en cuyo acto pronunció una concelebrada conferencia sobre la personalidad de Estrada, el académico doctor Horacio C. Rivarola. En las presentes fotos aparece el conferenciante y parte del público que asistió al homenaje.

REUNION.— Para festejar un nuevo aniversario de la independencia de Honduras, el encargado de negocios de la legación de dicho país, señor Arturo Mejía Nieto, y su señora esposa, Lala Sora Sánchez Bodo, reunieron en su residencia a un selecto grupo de amigos y conacionales, a los que acompañaron en celebración de tan magna fecha. En el transcurso de la cordial reunión ofreció un recital el guitarrista Severo Rodríguez.



LUNCH.— Con motivo de celebrarse la quincuagésima audición de: "Que hago con mi hijer... Consultorio Vocacional Malto Palermo", que se proyecta todos los sábados de 14 a 14:30 por una emisora de esta capital, fueron agasajados con un lunch, ofrecido por la Cervecería Palermo, el autor, intérpretes y periodistas que colaboran en dichas audiciones.

CULTURALES.— Con la presidencia del profesor titular doctor Juan Ramón Beltrán, se realizó la sexta sesión científica del Ateneo Histórico de la Medicina, en cuyo acto pronunció una brillante conferencia, que tituló "A empresas fabulosas, hombres fabulosos: El conde Fernán González", el prestigioso escritor y periodista don Valentín de Pedra.

ARTISTICAS.— En su duodécimo ciclo de Cultura Estética, el Teatro del Pueblo presentó recientemente un recital de danzas a cargo de Ofelia Vidal de Temperley, exquisita bailarina clásica que hizo su presentación con bailes regionales y típicos (españoles e hispanos), calurosamente elogiados. Colaboró en el programa el concertista de piano Guillermo Iscá, interactuando con maestro obras de Schumann, Ravel, Turina, Liszt, etc.



PLATICA.— Con el patrocinio del Ateneo de Buenos Aires, disertó en el Salón de Conferencias del Municipio, sobre "La propiedad intelectual y la reforma de la ley 11.723", el señor J. R. Rodríguez Moret, que fue aplaudido con entusiasmo.

CONCIERTO.— En el Teatro del Pueblo, dió un recital de piano la señorita Flora Nudelman. La concertista cumplió un nutrido programa, ejecutando obras de Bach, Beethoven, Chopin, etc.

CONFERENCIA.— Con el auspicio de la Comisión de Estimulo Artístico de la Unión Personal C. A. D. E., pronunció una conferencia sobre "Itinerario heroico y emocional", el presidente del Instituto Argentino de Cultura Histórica, señor Ramón de Castro Esteves.

DISERTACION.— Invitado por el Instituto Cultural del Club Oriental, habló en la Facultad de Filosofía y Letras sobre el tema "El poema en prosa: sus orígenes y su opogo", la escritora Rosana Beltrán Núñez.

LITERARIAS.— Acabo de aparecer en volumen la segunda selección de episodios radiales que, con los títulos de "Hijos de América" y "La vendedora de fósforos", escribió el precoz literato Jorge Lorente Lodi.



TEATRALES.— Un numeroso conjunto de jóvenes cantantes argentinos interpretó tramos selectos de conocidas óperas, en el primer espectáculo realizado por el Teatro Lírico Sinfónico de la Ciudad de Buenos Aires, de reciente creación. En la fotografía aparecen Luisa J. Fernández y Cläre Fiocchi cantando el dúo de la ópera "Aida", de Verdi.



AUTOR.— El distinguido publicista uruguayo, don H. Eduardo Perotti, ex presidente de la Cámara de Diputados del país hermano, que acaba de dar a publicidad, con el título "La vivienda familiar", un autorizado estudio sobre los nuevos sistemas de crédito para el hogar propio, en el cual pone de manifiesto sus vastos conocimientos en la materia.

EL MUNDO DE LOS TITERES.— Sobre el tema del epigrafe, y en los salones de la Casa del Teatro, pronunció uno interesante conferencia el porteño Javier Villafañe. El creador de "La andorrea" hizo una demostración práctica de cómo se construye, se viste y se maneja un títere y, por último, representó una comedia en su ya popular teatro ambulante.



LA ULTIMA AVENTURA DE TARTARIN



CON la novela *Port-Tarascón*, que LEOPLAN ofrece hoy a sus lectores, se cierra la brillante y amena trilogía en que Alfonso Daudet dió a conocer la vida y aventuras de Tartarin, el más "ilustre" de los tarasconeses. Y en este final de sus andanzas, este gran hombre sigue siendo el visionario meridional que no titubea ante las empresas más audaces ni ante los obstáculos más peligrosos que van saliendo a su paso (aunque esto bastante caro le resulta).

Para refrescar la memoria del lector, retomemos el camino que dejamos cuando nuestro héroe, cabizbajo y maltrecho su espíritu, retorna a su añorado Tarascón, y prosigamos tras él por las cumbres de los Alpes.

Fué en una de esas maravillosas puestas de sol de la nevada Helvecia, cuando Tartarin, en su propósito de demostrar su capacidad y condiciones de presidente del Club de los Alpes, dió término a la ascensión al Rigi.

Ante el asombro de los huéspedes del majestuoso y confortable hotel que alza su mole en el árido paisaje aparece nuestro hombre, provisto de un piolet y un *alpenstok*, y arropado hasta los ojos. Los pacíficos turistas lo miran como a un bicho raro y comienzan a murmurar, cosa que le hace creer que conocen sus hazañas. En cambio, empiezan sus apuros y sorpresas.

— ¡Un ascensor a mí, a mí! — exclama indignado, ante la inquietud de la solícita camarera suiza — ¡A patita, rica, a patita!

Más tarde, cuando entra en el salón comedor y observa que a pesar del crecido número

de comensales reina un profundo silencio, el héroe de Tarascón se pregunta:

— ¡Pero esto es un cementerio!

Es que Tartarin ignoraba que entre todos aquellos comensales había un enconado odio: unos eran partidarios de las ciruelas y los otros del arroz.

¿A cuál de los dos bandes se plegaría el gran cazador? A ninguno. Su proverbial bondad no le permitía hacer distingos. Ni con el propio Costecalde, su rival al cargo, los tenía.

Y queriendo departir con unos y con otros, aventura alguna pregunta, que nadie contesta. Entonces, su natural facundia, forzada a permanecer en un hermético silencio, amenaza desbordarse, inundando con su verbosidad todo el comedor. Prefiere retirarse y encaminarse al salón de lectura, que poco después cobija a los demás huéspedes, que se repantigan, adormilados, en los cómodos sillones.

De pronto, los alegres acordes de unos músicos ambulantes rompen la monotonía del ambiente. Al oír las primeras notas de un vals, Tartarin se yergue como electrizado, y grita:

— ¡Bravo! ¡Adelante con la música!

Y a renglón seguido, viendo a una regordeta vienesa de mirada picara y expresión jovial, la toma de la cintura y comienza a danzar, gritando a los demás:

— ¡A ver! ¡A bailar, a bailar!

Todo el hotel se revoluciona e imita su ejemplo. El sol del Mediodía francés fundió la nieve suiza.

A la mañana siguiente, aquel achaparrado tarasconés vuelve a hacer otra de las suyas.



En las soleadas calles de Tarascón suelen verse siempre chicos jugando. Estos se cobijan a la sombra de un añoso árbol.



El célebre puente colgante que, sobre las aguas del Ródano, une a Beaucoire con Tarascón, y que Tartarin cruzó al final de su última y desdichada aventura.

DE TARASCON

Por
Emilio Pérez Fernández

ESPECIAL PARA "LEOPLAN"

Rayaba el alba del nuevo día cuando un sonido extraño retumbó en todo el ámbito del hotel. Tartarin, sobresaltado y en camión, lanzóse escaleras abajo, gritando:

—¡Fuego! ¡Fuego!

Instantes después, mujeres y hombres, jóvenes y viejas, desmelanadas y con el terror en los ojos, no saben adónde dirigirse. Entretanto, nuestro hombre seguía alborotando:

—¡Organícemos los socorros! ¡Los socorros!

Pero tan pronto salió del hotel advirtió su error. No había tal incendio, sino un frío horrible. Tratábase, como se recordara, de un tocador de cuerno de los Alpes que lanzaba al viento su monótona queja, para despertar a los adoradores del sol, pues el astro hacía su salida.

Para no tener que aguantar la indignación general, poco más tarde pagó el alojamiento, en el que estaban incluidas la puesta y salida del sol, y dejó el Rigi, para proseguir su campaña de alpinista, en la que le acompañaremos nosotros.

Llovía a cántaros cuando Tartarin llegó al desembarcadero de Telliplatte, donde está enclavada la roca sobre la que saltó Guillermo Tell, durante la tempestad, desde la barca de Gessler.

¡Qué emoción la del tarasconés al hollar aquel suelo histórico!

¡Y cuánta su indignación al oír que quizá el héroe suizo — su ídolo — no había existido!

Recordemos también sus coloquios amorosos con Sonia, aquella hermosa rusa nihilista, que le contaba cómo habían volado el Palacio de Invierno de San Petersburgo, y que más tarde lo complicó en la desaparición del tenor italiano. A pesar del terror que le causaban estos relatos, exclamaba:

—¡Cuánto la amo, Sonia!

Pero sus mayores vicisitudes las pasó en la fracasada ascensión al Monte Blanco, que emprendió acompañado de Gonzaga, su compatriota, que se hacía pasar por experto guía, sin haber conocido en su vida otras montañas que las que rodean las márgenes del Rodano. ¡Qué solemnidad la de estos dos tarasconeses al jurar no romper la cuerda ante ningún accidente que quisiera separarlos!

Sin embargo, la realidad fue bien distinta, pues al primer tropiezo que tuvieron, cada uno tiró por su lado, abandonando la empresa. Con el tiempo, y por caminos distintos, ambos llegaron a Tarascon, entrando como fantasmas en la noche.

Grande fue, al verle llegar, el asombro de la señorita Tournatoire, la platónica y tímida enamorada de Tartarin, que, afligida por su ausencia, contemplaba tras los vidrios la casa del héroe.

Hoy, en estas nuevas aventuras por las tierras exóticas del rey Negonko y la princesa Likiriki, el lector volverá a gustar la gracia fresca y chispeante que ya le brindó en las páginas de *Tartarin de Tarascon* y *Tartarin en los Alpes*, el inmortal tarasconés.

Es que Alfonso Daudet, el poeta de la novela, como alguien dijo de él, definió en esta amena y festiva sátira algunos rasgos característicos de este pueblo provenzal que, encendido por el quemante sol del Mediodía, fantasea a su antojo, convencido de que siempre es la verdad la que aflora a sus labios.

Por eso Tartarin, personaje de ficción y esencia viviente de este pueblo, no puede morir jamás, pues es su espíritu mismo.

En *Port-Tarascon* — epílogo de toda una vida — Daudet lleva a Tartarin a un escenario nuevo y extraño, y convirtiéndolo en gobernador de una isla papúa lo obliga a cometer su última tarasconada: casarse con la princesa Likiriki, una polinesia golosa y hurana, que encaramada en lo alto de las palmeras oye las endulzadas palabras de amor que le dice el ardiente regordete. Pero, para desventura de los flamantes tortoleros, un buque inglés rompe el encantamiento y se lleva preso al gobernador, malogrando su luna de miel.

Mas dejemos al lector que guste, en la propia fuente, el sabroso encanto que le deparará *Port-Tarascon*. *



Esta es
la única
y
verdadera!

desde
30
ctvs

Las imitaciones pueden costar centavitos menos pero peinan mal y rinden poco. La legítima Gomina resulta más conveniente porque peina mejor, tonifica el cabello y tiene doble rendimiento.

PORT-TARASCON



ERA en diciembre, hará de eso cinco o seis años, al regreso de la vendimia, en la Provenza.

Desde el gran *break*, tirado por dos caballos canargueses que nos llevaban, a rienda suelta, al poeta Mistral, a mi hijo mayor y a mí, hacia la estación de Tarascón, para tomar el rápido París-Lyón-Mediterráneo, nos parecía divino ese atardecer de una palidez ardiente, fin de un día mate, febril, agobiador y apasionado como el bello rostro de una mujer del Sur.

Ni un soplo de aire, a pesar de la velocidad de nuestra marcha. En los bordes de la carretera, firmes y rígidos, se alzaban los rosales de España, de largas y sedosas hojas; y en todos los caminos vecinales, blancos como la nieve, de una blancura de ensueño y cubiertos de un polvo arenoso que crujía bajo las ruedas, presenciábamos un lento desfile de carretas cargadas de uva negra, siempre negra, y tras ellas los mozos y las mozas, mudos, graves y gallardos, muy altos y erguidos todos, de piernas largas y ojos negros. Racinos de ojos negros y uva negra era lo único que se veía junto a las tinas y los canastos, bajo los fieltros de ala caída de los vendimiadores y los pañuelos con que las mujeres se cubrían la cabeza, y cuyas puntas retencían entre los dientes apretados.

A veces, en el extremo de un campo, se dibujaba una cruz en el blanco del cielo, y de cada uno de sus brazos pendía un grueso racimo negro, a manera de ex voto.

—*V'è!* (mira) — me decía Mistral con gesto enternecido y una sonrisa de orgullo casi maternal ante esas manifestaciones cándidamente paganas de su pueblo; y luego proseguía el relato de algún bello cuento, perfunado y

brillante, de las márgenes del Ródano, porque como un Goethe provenzal, sembraba al viento, con las dos manos siempre abiertas, poesía la una y realidad la otra.

¡Oh milagro de las palabras, mágica armonía de la hora, del paisaje y de la brava leyenda campesina, que el poeta mostraba ante nuestros ojos, a lo largo del estrecho camino, entre los campos de olivares y de viñas!... ¡Qué bien se estaba! ¡Cuán blanca y suave me parecía la vida!

Subitamente, mis ojos se velaron y la angustia me oprimió el corazón.

—¡Papá, qué pálido estás! — díjome mi hijo; y apenas tuve fuerzas para murmurar, mostrándole el castillo del rey René, cuyas cuatro torres me contemplaban desde el fondo de la llanura:

—¡Ahí está Tarascón!

Bueno es que se sepa que los tarasconeses y yo teníamos una terrible cuenta pendiente. Constábase que estaban muy excitados y me guardaban un sordo rencor por mis bromas sobre su ciudad y su gran hombre, el ilustre, el delicioso Tartarin. En cartas, en amenazas anónimas, me habían advertido a menudo: "Si alguna vez pasas por Tarascón, ten cuidado!" En otras, blandían sobre mi cabeza la venganza del héroe: "¡Tiembra, el viejo león tiene todavía pico y garra!"

¡Diable, un león con pico!

Había algo más grave aún: por un comandante de gendarmería de la región, sabía que un viajante parisiense que, por homonimia fastidiosa o por simple humorada, firmó "Alfonso Daudet" en el registro del hotel, había sido brutalmente vaulpado a la puerta de un café y amenazado con una zambullida en el Ródano, según la tradición local.

Dé brin o dé brân

*cabustaran
don fenestroom
de Tarascoun
dedint lou Rose.¹*

Era una vieja canción del 93, que se canta aún allí, y se subraya con siniestros comentarios sobre el drama del cual fueron testigos en aquella época las torres del rey René.

Ahora bien, como me satisfacía poco la idea de saltar de cabeza por un ventanal de Tarascón, había evitado siempre pasar por esta buena ciudad en mis viajes por el Mediodía. Y he aquí que ahora el pícaro destino, por el deseo de abrazar al querido Mistral y por la imposibilidad de tomar el rápido en otra parte, me arroja en las mismas fauces del león con pico.

Si al menos sólo se tratara de Tartarin, no me habría intimidado la perspectiva de un encuentro cara a cara, de un duelo con flechas envenenadas bajo los árboles de cualquier arrabal de la ciudad. Pero la cólera de un pueblo, y el Ródano, ese amplísimo Ródano...

¡Ah, les aseguro que no todo es de color de rosa en la existencia de un novelista!

Cosa extraña: a medida que nos acercábamos a la ciudad, los caminos se despojabán y las carretas de la vendimia comenzaban a escasear. Muy pronto, sólo tuvimos ante nosotros la carretera vacía y blanca, y en los alrededores del campo la anchura y la soledad del desierto.

¹ De grado o por fuerza
saltarán de cabeza
desde la ventana
de Tarascoun
al Ródano.

TEXTO INTEGRÓ de la famosa novela de

ALFONSO DAUDET

(Autor de "Tartarín de Tarascón" y "Tartarín en Los Alpes")

TAPA E ILUSTRACION DE RAUL VALENCIA



—Es extraño —dijo Mistral en voz baja, algo impresionado—; diríase que estamos en domingo.

—Si fuera domingo, oíríamos las campanas —añadió mi hijo en enfático tono, porque el silencio que envolvía la ciudad y sus suburbios tenía algo de augustoso.

Nada, ni una campana, ni un grito, ni siquiera uno de esos ruidos de carretería que tintinean tan claramente en la atmósfera vibrante del Mediodía.

Sin embargo, las primeras casas del arrabal se veían ya al extremo del camino: un molino de aceite, la oficina de consumos recién pintada Llegábamos.

Y cuál no sería nuestro estupor al entrar en esa larga calle pedregosa de la ciudad y encontrar cerradas las puertas y las ventanas, sin perros ni gatos, sin niños, ni gallinas, ni nadie; el portón ahumado del herrador, huérfano de las dos ruedas que exhibe habitualmente; desaparecidas las grandes cortinas de arpillera que los tarascos ponen a las puertas para defenderse de los moscos y las mismas moscas y el exquisito cajo de la sopa de ajo que todas las cocinas debían exhalar a aquella hora.

—Era inconcebible: Tarascón va no oía a ajo!

Mistral y yo nos mirábamos sorprendidos, en vez de hablar nióvivo para ello. ¿Esperábamos los ruidos de un pueblo en delirio, y encontrábamos el silencio de muerte de una Pompeya?

En la ciudad, donde podíamos poner un nombre en todas las casas y en todos los negocios, familiares a nuestra mirada desde la infancia, esa impresión de vacío y abandono hizo aún más impresionante. Cerrada la farmacia Bézouquet de la Placette, y cerradas igualmente la mercería Costecalde y la confitería Rébuffat, «Al famoso caramelo». Desaparecidos los escudos del notario Camblallete y el letrero pintado en tela de José María Espiridión Excourbantes, fabricante del salchichón de Arles, porque el salchichón de Arles se ha fabricado siempre en Tarascón, error histórico que me limito a indicar de pasada.

Pero, en fin, ¿qué se había hecho de los tarascos?

Nuestro carricoche rodaba por avenida, bajo la sombría tibia de los plátanos de troncos blancos y lisos, y en los que ya no cantaba ni una sola cigarrá. Desaparecidas también las cigarras! Y la casa de Tartarin aparecía con todas las persianas cerradas, muda y ciega como sus vecinas, y contra el muro bajo del famoso jardincito, ni una caja de betún, ni un pequeño lustrabotas que nos gritara: «Lustra, moussi!».

Uno de nosotros dijo:

—¿Quizá haya llegado el cólera.

En Tarascón, ciertamente, cuando estalla una epidemia, los moradores dejan las casas y acampan bajo las avenidas, a gran distancia de la ciudad, hasta que el aire infecto se ha depurado.

A la mención de la palabra «cólera», que a todos los provenzales inspira hondo terror, el carricoche arreo los caballos, y minutos después nos deteníamos frente a la escalera de la estación, enclavada en lo más alto del viaducto que bordea y domina la ciudad.

Aquí encontramos de nuevo la vida, rostros y voces humanos. A lo largo del viaducto, los trenes se sucedían sin interrupción, en todas las direcciones, y se detenían con choques de portezuelas y pregón de estaciones.

—Tarascón, cinco minutos de parada! (Cambio de tren para Nîmes, Montpellier, Ceret...)

En seguida, Mistral dirigióse presuroso al jefe de estación, viejo funcionario que no había abandonado su puesto en treinta y cinco años.

—¡Hola, maestro Picard! ¿Y los tarascos? ¿Dónde están? ¿Qué ha hecho usted de ellos?

El otro, muy extrañado por nuestra sorpresa, exclamó:

—¿Como? ¿Lo ignora usted? ¿No se enteró de nada? ¿No lee los diarios? Sin embargo, le han hecho una buena propaganda a su isla de Port-Tarascón. ¡Sí, mi buen señor! Se fueron todos los tarascos. Partieron para colonizar, con el ilustre Tartarin a la cabeza. ¡Todo lo llevaron consigo, hasta la mismísima Tarasca!

F, interrumpiéndose para dar algunas órdenes, alzóse rápidamente a lo largo de la vía, mientras a nuestros pies, en el crepúsculo, veíamos desfilarse las tropas, los campamentos y las cúpulas de la ciudad abandonada; sus viejas murallas doradas por el sol con un soberbio tono de empanada que le daba el aspecto exacto de un pastel de becauda, del cual no quedara más que la corteza.

—Y dígame, señor Picard —preguntó Mistral al funcionario, que volvía hacia nosotros, sonriente—: ¿hace mucho de esta emigración?

—Seis meses.

—¿Y no se tienen noticias de ellos?

—Ninguna.

Pecarage! (*) Algo tiempo después las tuvimos, detalladas y precisas, en cantidad suficiente para poder contarles el éxodo de esa valiente y pequeña población capitaneada por su héroe, y las formidables desventajas que las acecieran.

Pascal ha dicho: «Necesitamos de lo agradable y de lo real, pero es preciso que lo agradable sea tomado de lo verdadero». Créolo así también, y he tratado de adaptarme a su doctrina en esta historia de

Port-Tarascón. Mi relato, tomado de la realidad, está hecho con cartas de los emigrantes, con el «memorial» del joven secretario de Tartarin y con declaraciones copadas de la «Gaceta de los Tribunales»; y si aquí o allá encuentran alguna tarascónada excesivamente extravagante, que los diablos me lleven si yo la he inventado. (*).

EL AUTOR.

LIBRO PRIMERO

I

LAMENTACIONES DE TARASCÓN CONTRA EL ESTADO DE LOSAS. — LOS BUEYES. — LOS PADRES BLANCOS. — UN TARASCÓN EN EL PARAÍSO. — ASIEDO Y BENEDICIÓN DE LA ABADÍA PAMPERGOUSTE.

—Branquebail, amigo mío, no estoy contento con Francia... Nuestros gobernantes solo se ocupan en fastidiarnos todo lo que pueden.

Proferidas una noche por Tartarin frente a la chimenea del círculo, con el gesto y el tono que es de imaginar, estas palabras memorables resumían perfectamente lo que se pensaba y decía en Tarascón del Rhodé dos o tres meses antes de la emigración. El tarascón, en ese momento se ocupaba en política; indolente por naturaleza, indiferente a todo lo que no le afecte localmente, se atiene al «estado de cosas», según su expresión. Desde hacía algún tiempo, a ese «estado de cosas», se le reprochaban cosas a granel.

«Nuestros gobernantes solo se ocupan en fastidiarnos todo lo que pueden».

En ese «todo» debía incluirse primeramente la prohibición de las corridas de toros.

Sin duda, conocerán ustedes la historia de esos tarascos, mal cristiano y sujeto de la peor especie, que después de su muerte se coló por sorpresa en el Paraíso, mientras San Pedro le daba la espalda, y se negó a salir a pesar de las súplicas del santo canchero. ¿Qué hizo San Pedro para conseguirlo? Destacó una nube de ángeles para gritar frente al cielo hasta tanto les quedara voz: «Té, té! Los bueyes!», que es el grito típico en las corridas tarascónicas. Al oírlo, el bandido cambió de expresión.

—¿Hay corridas por aquí, gran San Pedro?

—«Corridas? ¡Ya lo creo! Y muy buenas, amigo mío.

—¿Dónde ve celebran estas corridas?

—Frente al Paraíso. Tenemos espacio, como ves,

Y sin esperar más, el tarascón se precipitó afuera para ver aquello, y las puertas del cielo se le cerraron para siempre.

Si recuerdo aquí esta leyenda, tan vieja, es para indicar la pasión de los moradores de Tarascón por las corridas de toros y la furia que les produjo la supresión de esta clase de festejos. Pronto llegó la orden de expulsar a los Padres Blancos y de cerrar su hermoso convento de Pampergouste, encaramado en una colina gris cubierta de tomillo y espliego, e instalado siglos antes a las puertas de la ciudad, desde donde se percibe, entre los pinos, el repique de sus campanas, que desgranar sus notas en las brisas claras de la mañana, mezclándose con el canto de las alondras, y en el crepúsculo con el grito melancólico de los chorlitos.

Los tarascos querían mucho a los Padres Blancos, dulces, buenos, modestos, hábiles en extraer un discurrir excelente de las hierbas perfumadas que cubren la colina. Los apreciaban también por sus pasteles de golondrina y sus deliciosos *pains-poires*, especie de membrillos envueltos en una pasta fina y dorada, que fueron la causa del nombre de Pampergouste que se dió a la abadía.

Así, cuando llegó a los padres la orden oficial de abandonar el convento y éstos se negaron a partir, mil quinientos o dos mil tarascos, sobrios uniformes que resultaban los de las cruzadas, largos levitas negras con una gran cruz blanca en el pecho, y por todas partes, adelante y atrás, aplicaciones de fémures entrelazados. Este trabajo, sobre todo, requirió mucho tiempo.

Cuando todo estuvo listo, el convento había sido ya sitio. Las tropas lo rodeaban con un triple cerco, acampadas en la vega y en las pendientes de la pequeña colina.

Los pantalones rojos parecían desde lejos, entre el tomillo y el espliego, una floración súbita de arañapalos.

Por los caminos se veían constantemente soldados de caballería, el

(*) Léase en los diarios de hace doce años el proceso de la Nueva Francia y de la colonia de Port-Breton, así como el curioso volumen del doctor Haudouin, médico de la expedición, publicado por la editorial Dreyfous.

(*) «¡Qué lástima!», en provençal.

Aumente su hermosura y su encanto

Una mujer sin perfume es como una flor sin aroma. Su belleza se ve por los ojos. Por su aroma se la presente, y ese aroma se recuerda, como se recuerda su imagen.

Posea Ud. el poderoso atractivo que presta a toda mujer el sugestivo aroma de Loción CHIPRE de PREAL.

En todas las farmacias, tiendas y perfumerías.

Camauër y Cía. - Soc. de Resp. Ltda.

Capital \$ 200.000.—

Inclán 2839/47 - Buenos Aires

REPRESENTANTES:

URUGUAY: José C. Cadenazzi y Cía.

Paysandú 906, Montevideo.

PARAGUAY: Vicente Scavone y Cía.

Palma 224-26, Asunción.



EXTRACTO
Y LOCION

Chipre de PREAL

(El perfume femenino por excelencia)

DOS OBRAS DE GRAN UTILIDAD PRÁCTICA PARA EL PROFESIONAL PARA EL COMERCIANTE PARA EL ESTUDIANTE

NOVISIMA RECOPIACION de LEYES USUALES de la Rep. Arg. y Decretos Reglamentarios

(13 TOMOS)



Prolijamente revisada y puesta al día por el Dr. Orlando G. Navarro. Contiene todas las leyes en vigor, sancionadas por el Congreso de la Nación hasta el último período parlamentario; con sus respectivos

Decretos Reglamentarios y en un Apéndice las resoluciones y decretos aparecidos en el Boletín Oficial hasta diciembre de 1942, incluyendo los decretos más importantes del corriente año, como ser la Ley de Alquileres. Texto ordenado de todos las Leyes Nacionales de Impuestos y Patentes. 4.000 páginas.

Tamaño de cada volumen: 21 x 15 cm.

Encuadernado en tela.

PRECIO de la obra..... \$ 55.-

(Poro envíos por correo agregar \$ 1.-).

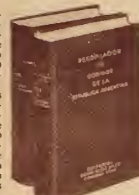
RECOPIACION DE CODIGOS DE LA REPUBLICA ARGENTINA - 1942

(12 tomos)

Edición prolijamente revisada y puesta al día, por el Dr. VICTOR L. CINOLLO YERKENGO.

CONTIENE:

Código de Procedimientos Civil y Comercial de la Capital. — Código de Procedimientos en la Criminal. — Código Rural de la Provincia de Buenos Aires. — Leyes y decretos sobre Justicia Federal. — Código de Comercio. — Código de Minería. — Código Penal. — Código Civil. — Código de Procedimientos en materia Penal de la Provincia de Buenos Aires. — Ley de Deudores. — Ley de Warrants. — Ley de Registro Civil de la Capital y Territorios Nacionales. — Ley de Arrendamientos Agrícolas. — Constitución de la República Argentina. — Código de Procedimientos en materia Civil y Comercial de la Provincia de Buenos Aires. — Organización de los Tribunales de la Capital. — Código rural para territorios nacionales. — Código de Justicia Militar. — Código de procedimientos de lo Contencioso Administrativo de la Prov. de Buenos Aires. — Ley de Plegado Agrario. — Ley de Patronato de Menores. — Derechos civiles de la mujer. — Ley sobre Jornada Legal de Trabajo.



2.116 páginas. Tamaño 21 x 15 cm.

Encuadernados en tela.

PRECIO DEL EJEMPLAR..... \$ 18.-

(Poro envíos por correo agregar \$ 5 centavos).

Soliciteles a la

EDITORIAL SOPENA ARGENTINA S. R. L.

CASA S. 1.000.000

ESMERALDA 116, Buenos Aires.

fusil sobre los muros, el sable azotando el flanco del caballo y el revólver al cinto.

Pero este despliegue de fuerzas no podía detener al intrepido Tartarin, que estaba resuelto a pasar, así como el grueso de los señores del círculo.

En la fila india, arastrándose sobre las manos y las rodillas, con todas las tretas clásicas de los salvajes de Fenimore, lograron deslizarse a través de las líneas sitiadoras; bordearon las hileras de tiendas de campaña y burlaron los centinelas y las patrullas, señalándose de uno a otro los pasajes peligrosos con la imitación imperfecta de los gritos de los pájaros. Era demasiado gran valor para intentar la aventura en noches tan claras como el pleno día. Justo es consignar, sin embargo, que los sitiadores tenían gran interés en dejar entrar en el convento la mayor cantidad posible de gente.

Lo que se quería era rendir a la abadía por el hambre antes que tomarla por la fuerza. Y los soldados volvían la cabeza con mucho gusto al ver a esas sombras errantes a la luz de la luna y de las estrellas. Más de un oficial, que había bebido ajeno en el círculo con el ilustre cazador de leones, lo reconoció de lejos a pesar del disfraz y lo saludó familiarmente:

— ¡Buenas noches, señor Tartarin!

Una vez en el convento, Tartarin organizó la defensa.

Este hombre endiablado había leído todos los libros sobre todos los asedios y bloqueos del mundo. Comenzó por organizar a los tarascenses militarmente, bajo las órdenes del bravo comandante Bravida, y, obsesionado con los recuerdos de Sadowopol y Plest, les hizo renovar la tierra, mucha tierra, y rodeó la abadía con terraplenes, fosos y fortificaciones de todo género, en un círculo que se estrechaba en tal forma, que hacía casi imposible la respiración, de modo que los sitiados se encontraron como empaquetados tras sus trabajos de defensa, lo que facilitaba los planes de destrucción. El convento, transformado en plaza fuerte, fue sometido a la disciplina militar. Así debía ser, una vez declarado el estado de sitio. Todo se hacía por redobles de tambor y toques de clarín.

Desde el amanecer hasta la puesta del sol el tambor retumbaba por los patios, los corredores y las naves del claustro. Toques incesantes de la mañana a la noche: para las preces, *tara-ta*; para el tesoro, *tara-ta-ta*; para el dispensero, *tara-ta-ta-ta*. Toques de clarín, imperiosos, secos, desgarraban el aire. Clarinadas para el ángelus, para los maitines, para las completas. Era como para avergonzar al ejército sitiador, que hacía mucha nebulosa, bullangua, en el campamento rural, mientras en lo alto, en la cumbre de la pequeña colina, tras las finas almenas de la abadía-fortaleza, clarinadas y redobles, mezclados con el repique de las campanas, creaban un ambiente belicoso y difundían a los cuatro vientos, en promesa de victoria, un canto alegre, semimilitar y semicastro.

Lo triste del sitio era que los sitiadores, bien tranquilos en sus líneas, sin molestarse poco ni mucho, se abastecían fácilmente de todo y lo pasaban a cuerpo de rey. La Provenza es un país de delicias que produce toda clase de cosas buenas. Vinos claros y dorados, salchichas y salchichones de Arlés, melones exquisitos, sandías sabrosas y torrones de Arlés. Escobas al alcance de las tropas del gobierno. Para la abadía bloqueada, ni una gota ni una migaja.

Así, mientras de un lado los soldados, que nunca vieron una fiesta igual, engordaban hasta reventar los uniformes, y los caballos mostraban grupas lucientes y torneadas, los pobres tarascenses, por otro, la *rafaleine* en especial, obligados a levantarse temprano y

acostarse tarde, siempre alertas, repoviniendo y acarreado tierra día y noche al fuego del sol, y de las antorchas, adelgazaban y se reducían que era una pena.

Además, las provisiones de los buenos padres se agotaban; los pasteles de golondrina y los *pains-poirres* tocaban a su fin.

¿Podrían resistir aún largo tiempo? Era el tema que se discutía todos los días, en los muros y terraplenes agrietados por la sequía.

— ¡Y los cobardes no se atreven a atacar! — gritaban los de Tarascón, mostrando el puño a los pantalones rojos tumbados en la hierba, a la sombra de los pinos. Pero la idea de ver ellos los que atacasen no les pasaba por las nientas, que a tal punto el sentimiento de la conservación está arraigado en ese bravo y pequeño pueblo.

Sólo una vez, el violento Excourbanies había de intentar una salida en masa, con los monjes al frente, y arrollar a todos aquellos mercenarios.

Tartarin alzó sus anchos hombros y contestó con una palabra:

— ¡Niñadas!

Luego, tomando del brazo al irascible Excourbanies, lo condujo a la cima de la contrascarpa y le mostró con un gesto imponente los cordones de tropas destacados en la colina y los centinelas apostados en todos los senderos.

— ¿Somos o no somos nosotros los asediados? ¿Nos corresponde a nosotros dar el asalto?

Hubo en torno suyo un murmullo de aprobación.

— Evidentemente, tiene razón. Son ellos los que deben comenzar, puesto que son los que asedian.

Y una vez más se vio que nadie como Tartarin conocía las leyes de la guerra.

Sin embargo, era imprescindible tomar una decisión.

Cierta día, el consejo se reunió en la gran sala de capituló, iluminada por altos vitrales y rodeada de ebanistería tallada, y el padre dispensero leyó su informe sobre los recursos de la plaza. Los Padres Blancos escuchaban, silenciosos, erguidos en sus reclinatorios, asientos de forma hipocrita que permitían estar sentados simulando estar de pie.

«Lamentable fué el informe del padre dispensero! Lo que habían devorado los tarascenses desde el comienzo del asedio! Pasteles de golondrina, tantos centenas; *pains-poirres*, tantos miles, y tanto de esto, y tanto de aquello. De todas las cosas que enumeraba, y de las cuales al comienzo se estaba bien provisto, quedaba poco, tan poco que era como decir que no quedaba nada. Los rendidos se miraban unos a otros, largas las caras, y convenían entre sí que con todas aquellas reservas, dada la actitud de un enemigo que no quería llevar las cosas al extremo, habrían podido resistir durante años sin carecer de nada, si no hubiera acudido nadie en su ayuda. El padre dispensero, con voz monótona y afectada, seguía leyendo, cuando un clamor le interrumpió.

La puerta de la sala se abrió con estrépito y apareció Tartarin, un Tartarin trémulo, trágico, congestionado, con la barba encrespada sobre la cruz blanca de su uniforme. Saludó con la espada al prior, tieso en su reclinatorio, luego a los demás padres, uno tras otro, y dijo gravemente:

Señor prior: no puedo dominar más a mis hombres. Se mueren de hambre. Todas las cisternas están vacías. Ha llegado el momento de rendir la plaza o sepultarnos bajo sus escombros.

Lo que no decía, aunque tenía su importancia, es que desde hacía quince días se había privado del chocolate matutino, que veía en sueños, espeso y humeante, acompañado

de un vaso de agua fresca y clara como el cristal, en vez del agua salobre de las cisternas, a la que estaba reduciendo inevitablemente.

De pronto, el consejo se puso en pie y, entre un rumor de voces atropelladas, expresó esta opinión unánime: "Rendir la plaza... Hay que rendir la plaza...". Únicamente el padre Bataille, un hombre desahogado, puso hacer saltar el convento con la pólvora de que se disponía, y se ofreció él mismo para encender la mecha.

Pero nadie le hizo caso, y llegada la noche, puestas las llaves en las cerraduras, niños y milicianos, seguidos de Escourbiac, de Bravio y de Tartarin con los señores del círculo, todos los defensores de Pamperigouste evacuaron el lugar, sin tamboreros ni clarines esta vez, y descendieron silenciosamente por la colina en procesión fantasmagórica, a la luz de la luna y bajo la mirada benevola de los centinelas enemigos.

Esta memorable defensa de la abadía constituyó un honor para Tartarin, pero la ocupación del convento de sus Padres Blancos por las tropas dejó en el corazón de los tarascenses un profundo rencor.

II

LA FARMACIA DE LA PLACE... APARICIÓN DE UN HOMBRE DEL NORTE... "¡DIEU! LE OÛRE, SEÑOR DIEU!"... UN PARASO MÁS ALLÁ DE LOS MARES.

Algún tiempo después de la clausura del convento, el farmacéutico Bézouquet tonaló el fresco al anochecer frente a la puerta, en compañía del idóneo Pascalón y del reverendo padre Bataille.

Importa decir que los nombres dispersados habían sido recogidos por las familias tarascenses. Cada uno quiso tener su Padre Blanco, las gentes acomodadas, los comerciantes y la clase burguesa poseían uno en particular; en cuanto a las familias de artesanos, se asociaron entre sí y se pusieron a escorar para sostener a uno de estos santos varones.

En todas las tiendas se veía una capucha blanca: en la casa del armero Costagel, en medio de los fusiles de las carabinas, y de los cuchillos de caza; en la del mercero Beaumecuille, tras las piezas de batista y de seda, se veía aparecer, como en otras partes, un gran pájaro blanco que semejaba un pelicano familiar. La presencia de los padres era, para cada hogar una verdadera bendición. Bien educados, dulces, afables, discretos, molestaban poco y no ocupaban mucho espacio en el hogar, al que llevaban una bondad y una reserva desusadas.

Era como si se tuviera a Dios en casa: los hombres se abstendían de jurar y decir palabras gruesas, las mujeres no mentaban ni mentaban muy poco y los niños se comportaban cuerdamente, muy nodosos en sus sillitas altas.

Por la mañana y por la tarde, a la hora de rezar, antes de las comidas para implorar la bendición y después para dar las gracias, las aniplas mangas blancas se abrían como alas protectoras sobre toda la familia reunida, y con esta bendición perpetua sobre sus cabezas, los tarascenses no tenían más remedio que vivir santa y virtuosamente.

Todo el mundo se sentía orgulloso de su reverendo, lo ensalzaba, destacaba su valor, y sobre todo el farmacéutico Bézouquet, a quien el destino depaó la suerte de tener en su casa al padre Bataille.

Todo fuego y nervios, este padre Bataille, dotado de verdadera elocuencia popular y reputado por su estilo para relatar parabolas y leyendas, era un magnifico mozo, bien plantado, de rostro quemado, ojos de brasa y actitud de cabecilla. Bajo los largos pliegues de su recio sayal, tenía una prestancia realmente bella, aun cuando uno de sus hombros era más alto que el otro y andaba como de través.

GROLAMO PAGLIANO PURGANTE

Estos leves defectos eran apenas perceptibles cuando descendía del púlpito después del sermón y pasaba entre la multitud, erguida la cabeza como una proa, ansioso de volver a la sacristía, vibrante aun y enardecido por su propia elocuencia. Las mujeres, entusiasmadas, cortaban al paso con fijas pedozas de su capa blanca. Por esta causa se le llamaba el *Padre Festuado*, y su hábito estaba siempre tan deshilachado y fuera de uso, que el convento se veía en apuros para procurarle otro.

Bézouquet estaba, como decimos, frente a la farmacia con Pascalón, y ante ellos, sentado a horcajadas en una silla, el padre Bataille. Respiraban la brisa con delicia, en una feliz seguridad de reposo, pues en ese momento, del día no había clientela que atender. Lo mismo ocurría por la noche, los enfermos podían retorcerse y gritar: el buen farmacéutico no se alteraba por nada del mundo. La hora de estar enfermo había pasado.

Escuchaba, a la par de Pascalón, una de esas bellas historias que el reverendo solía contar con a nadie, mientras en la lejanía se oía el rumor de los obreros que salían del trabajo, entre los postreros destellos de un hermoso crepúsculo de verano.

Súbitamente, el idóneo se levantó, rojo, conmovido, y señalando con el dedo al otro extremo de la Place, tartamudeó:

— ¡Ahí va el señor Tar... ta... rin!

Va era sabida la admiración personal y particular que Pascalón profesaba al gran hombre, cuya silueta gesticulante se destacaba a lo lejos en las brumas luminosas, acompañada de otro personaje enguantado de gris y cuidadosamente vestido, que parecía escuchar, silencioso y rígido.

Del Norte fue de ver que se trataba de alguien del Norte.

En el Mediodía, el hombre del Norte se reconocía por su actitud tranquila y la concesión de su reposado hablar, de igual modo que el meridional se denuncia en el Norte por su exuberancia de gestos y lenguaje.

Los tarascenses estaban acostumbrados a ver frecuentemente a Tartarin en compañía de extranjeros, pues no se pasa por su pueblo sin visitar, como atracción, al famoso nadador de leones, al alpinista ilustre, al Vau-ban moderno, a quien había valido nueva reputación el asedio de Pamperigouste.

De esta afluencia de visitantes resultaba una era de prosperidad añejo desconocida.

Los horreos hacían su agosto, en los librerías se vendían semblanzas y biografías del gran hombre, y en las vitrinas sólo se veían retratos suyos de cazador, de alpinista y de cruzado, bajo todas las formas y en todas las actitudes de su existencia heroica. Esta vez, sin embargo, no era un visitante común, un cualquiera, el que acompañaba a Tartarin.

Cruzada la Place, el héroe, con gesto enfático, se acercó a la tertulia, y señalando al compañero, dijo:

— Mi querido Bézouquet, mi reverendo pa-

dre, les presento al señor duque de Mons.

— ¡Un dique! ¡Paridie!

Nunca había venido un duque a Tarascón. Se había llegado a ver un camello, una cobra, una piel de león, un manjeto de flechas envenenadas y otras cosas exóticas. ¡Pero un duque, nunca!

Bézouquet, puesto en pie, saludaba un poco intimidado por encontrarse de aquel modo, sin haber sido prevenido, en presencia de tan gran personaje, y balbuceaba:

— Señor duque... señor duque...

Tartarin le interrumpió:

— Entremos, señores, tenemos que hablar de cosas graves.

Pasó el primero, con aire misterioso, al pequeño salón de la farmacia, cuya ventana, abierta sobre la plaza, servía de vitrina a las redomas con ferros, tenias entubadas y paqueteros de cigarrillos de alcanfor.

La puerta se cerró tras ellos como tras conspiradores. Pascalón quedase solo en la botica, con la orden de Bézouquet de atender a los clientes y de no dejar que nadie se acercara al salón bajo ningún pretexto.

El idóneo, muy intrigado, se ocupó en co-

APRENDA RADIO en su casa

GRATIS ESTE SUPER **ESTO** a componer y armar aparatos que gana \$ 20 diarios • Enseñanza práctica con material y equipos que enviamos GRATIS desde el principio para un potente receptor de TODA ONDA Extra asegurado • Curso rápido Puede pagar en pequeñas cuotas y ganar dinero • Pida ahora mismo informes gratis y se decidirá por aprender RADIO

RADIO INSTITUTO UNIVERSAL
AVENIDA DE MAYO 945 • BUENOS AIRES

Nombre _____
DIRECCIÓN _____

• PRACTIQUE TIRO al BLANCO !.

con la LEGÍTIMA CARABINA
"DIANA"
(Calibre 22)

Se venden garantizados por la fábrica de
ESCOPETAS - RIFLES Y CARABINAS

CENTAURO

PIDA FOLLETOS EN LAS CASAS DEL RAMO O AL DISTRIBUIDOR

• LEONARDO REDAELLI • SALTA 1701 • Bs. AIRES •



PRACTICOS Y MODERNOS

REPASADORES OROS Y PLATA

COLORS FIRMES GARANTIZADOS

Con PULOIL, verdadero usted limpia instantáneamente sin fatigarse. Lea la página 99, y nos agradecerá el consejo.

En el interior de la República, el PATRONATO NACIONAL DE CIEGOS cuenta con el dispensario número 3 en la ciudad de Santa Fe, San Jerónimo 1823, y el número 4 en Tucumán, Los Heros 879; la atención en los mismos es completamente gratuita.

Mascaras



de Vellera

¿Ha oído usted hablar de lo que es una máscara de belleza?

Es el "Método Dufour", exclusivo para tratar en forma individual las imperfecciones del cutis.



Solicite hora a:

Raphaël Dufour

PARAGUAY 631

U. T. 32 - 0475

locar en los anaques las cajas de azufrafas, los frascos de *siropus gummi* y otros productos medicinales.

Entre el ruido de voces que por momentos llegaban hasta él, distinguía especialmente el tono ronco de Tartarin profiriendo palabras extrañas: "Polinesia..., paraíso terrestre..., caña de azúcar..., destilerías..., colonia libre". Luego, un grito del padre Battaliet: "¡Bravo, soy de la partida!" En cuanto al hombre del Norte, hablaba tan bajo que no se le oía nada.

Pascón se esforzaba por meter la oreja en la cerradura. De pronto, puerta se abrió con estrépito, *mano militari*, energicamente enjuipada por el padre, y el idóneo fué rodando hasta el otro extremo de la farmacia. Pero, en la agitación general, el hecho pasó inadvertido.

Tartarin, de pie en el umbral, con el dedo levantado hacia los manojos de bulbos de adormidera que se secaban en el techo de la bodega, y con una mimica de arcángel blandiendo la espada, exclamó:

"¡Dios lo quiere, señor duque! ¡Nuestra obra será grande!"

Hubo en esto una confusión de manos extendidas que se buscaban, se mezclaban, se estrechaban; apretones de manos energías en un anhelo de sellar para siempre irresolubles caputinos. Enardecido con esta última efusión, Tartarin, erguido y solenne, salió de la farmacia con el duque de Mons para continuar el paseo por la ciudad.

Dos días después, el *Forum* y el *Colonibet*, los dos órganos periodísticos de Tarascón, estaban llenos de artículos y propaganda sobre un negocio colosal. El título decía en gruesos caracteres: "Colonia Libre de Port-Tarascón", y leíanse anuncios tan estupendos como éste: "En venta, tierras a 5 francos la hectárea, con un rendimiento anual de muchos miles de francos. Futura asegurada y rápida. Se necesitan colonos".

Seguía a esto la historia de la isla en la cual debía establecerse la colonia proyectada, isla adquirida por el duque de Mons al rey Neronko en el curso de sus viajes, y rodeada por otros territorios, que más tarde se podrían comprar para ensanchar las factorías.

Un clima paradisíaco, una temperatura oceánica, muy moderada a pesar de su proximidad al Ecuador, pues sólo cambiaba de dos a tres grados, entre los 25 y los 28; país muy fértil, de boscaje milagroso y maravillosamente regado, que se elevaba rápidamente desde la orilla del mar, lo que permitía que cada cual eligiera la altura que más conviniese a su temperamento. Por último, abundaban los viveres y las frutas exquisitas en toda clase de árboles, y había caña variada en los bosques y llanuras, e innumerables peces en las aguas. Desde el punto de vista de comercio y navegación, una rada espléndida con capacidad para toda una flota, un seguro puerto cerrado por escollos, con un antepuerto, un dique de reparaciones, muelles, desembarcaderos, faros, semáforos, grúas de vapor, y, en fin, todo lo necesario.

Los trabajos ya se habían comenzado por obreros chinos y canacos, bajo la dirección de los más hábiles ingenieros. Y de los arquitectos más distinguidos. Los colonos encontrarían, al llegar, instalaciones confortables, amén de que, por ingeniosas combinaciones, con sólo 50 francos de extra, las casas serían acondicionadas de acuerdo con las necesidades de cada uno.

Es fácil de suponer cómo se inflamara la imaginación de los tarasconeses a la lectura de estas maravillas. En todas las familias se trazaban planes. Unos soñaban con persianas verdes, otros con una linda esca-

linata; éstos la querían de ladrillo, aquéllos de sillera.

Se dibujaba, se coloreaba, se añadía tal detalle a tal otro; un palomar sería gracioso, una villa no estaría mal.

—¡Oh papá, un mirador!

—¡Sea por el mirador, hijos míos!

—¡Por lo que les costaría!

Al mismo tiempo que los buenos habitantes de Tarascón satisfacían así todas sus fantasías de instalaciones ideales, los vicisitudes del *Forum* y del *Colonibet* eran reproducidos por todos los diarios del Mediodía; las ciudades y los pueblos eran inundados por prospectos con viñetas, llenas de palmeras, cocoteros, plátanos y toda una flora exótica. La propaganda desenfrenada se extendía por la Provenza entera.

Por los caminos polvorientos de las inmediaciones de Tarascón creían pasar al trotar largo el coche de Tartarin, guiado por el mismo, con el padre Battaliet sentado junto a él en la delantera, apretados uno contra otro, para servir de muro con sus cuerpos al duque de Mons, envuelto en un velo verde y devorado por los mosquitos, que de todos lados le asaltaban furiosamente, en bandadas zumbantes, excitados por la sangre del hombre del Norte, y empujados encarnizadamente en hincharlo a fuerza de picaduras.

¡Ah, ése sí que era un hombre del Norte! ¡Nada de gestos, pocas palabras, y una sangre fría!... No se entusiasmaba, veía las cosas tal cual son, reposadamente. Se podía estar tranquilo.

Y en las plazoletas sombreadas de plátanos, en los patios viejos, en las tabernas llenas de músicos, en las salas de baile, por todas partes menudeaban las allocuciones, los sermones, las conferencias.

El duque de Mons, en términos claros y concisos, con la sencillez de la verdad desnuda, exponía las delicias de Port-Tarascón y los beneficios de la empresa, mientras la ardiente palabra del monje predicaba la emigración hecchura de Pedro el Ermitaño. Tartarin, cubierto por el polvo del camino, cual si saliera de un combate, lanzaba con su voz sonora algunas frases vibrantes: "Victoria, conquista, patria nueva", que su gesto enérgico enviaba muy lejos, por encima de las cabezas.

Otras veces se realizaban reuniones contradicorias, donde todo se hacía por preguntas y respuestas.

—¡Hay allí bichos venenosos!

—Ni uno. Ni una sola serpiente. Ni siquiera mosquitos. En cuanto a bestias feroces, ni soñar.

—Sin embargo, dicen que allí, en Oceanía, hay antropófagos.

—Invencciones. Todos son vegetarianos.

—¡Es verdad que los salvajes andan completamente desnudos!

—Está quizá sea algo cierto, pero no del todo. Además, nosotros los vestiremos.

Artículos, conferencias, todo resultó un gran éxito. Los bonos se arrebataban por centenas y por millares, los emigrantes afluían, y no solamente de Tarascón, sino de todo el Mediodía. Hasta de Beaucaire venían. Pero, ¡alto ahí! Tarascón se puso en guardia, dispuesto a reprimir la audacia de los de Beaucaire.

Después de algunos días las dos ciudades vecinas, separadas únicamente por el Rodano, fermenta un odio sordo, que amenaza no extinguirse jamás.

Si buscas los motivos de este odio, os constatarán de las dos partes con palabras ininteligibles.

—Ya los conocemos a esos tarasconeses — dicen los de Beaucaire en tono misterioso.

Y los de Tarascón responden, guiñando un ojo maliciosamente:

—¡Ya sabemos lo que valen los señores de Beaucaire! De hecho, las comunicaciones de una ciudad a la otra son nulas, y el puente que se ha tendido entre ellas no sirve absolutamente de nada. Nadie lo cruza nunca. Ante todo, por hostilidad, y luego porque la violencia del mistral y la anchura del río en ese punto hacen su tránsito muy peligroso.

Pero, si no se aceptaba a los colonos de Beaucaire, el dinero de todo el mundo era perfectamente acogido. Las famosas hectáreas a 5 francos, con rendimiento de varios riles de francos por año, se despachaban a hornadas. Se recibían también de todas partes donativos en especie, que los fervientes de la obra enviaban para las necesidades de la colonia. El *Forum* publicaba las listas, y entre esos donativos se encontraban las cosas más extraordinarias:

Anónimo: Una caja de pequeñas perlas blancas; un lote de números del *Forum*.

M. Bécoulet: Cuarenta y cinco recdecillas de felpa y perlas para las mujeres indias.

Mme. Dourladouze: Seis pañuelos y seis cuchillos para la casa del cura.

Anónimo: Una bandera bordada para el orfeón.

Anduze, de Maguelonne: Un flamenco disecado.

Familia Marguez: Seis docenas de collares de perro.

Anónimo: Una chupa galonada.

Una dama piadosa de Marsella: Una casulla, una capa de turiferario y un pabellón de cáliz.

La misma: Una colección de coleópteros en frascos.

Y, regularmente, en cada lista, se mencionaba un envío de Mlle. Tourmatoire: Traje completo para vestir a un salvaje. Era la preocupación constante de esa venerable señorita.

Todos los extraños y fantásticos donativos, en los que la socorrorería meridional desplegaba su imaginación, se despachaban en cajones repletos a los grandes almacenes de la Colonia Libre establecidos en Marsella. El duque de Mons había fijado allí su residencia.

Desde sus oficinas, lujosamente instaladas, administraba un cúmulo de negocios, y organizaba sociedades de destilería de caña de azúcar o de explotaciones de *tripang*, especie de nulsuco que gusta mucho a los chinos y lo pagan bien, al decir del prospecto. Cada día, el infatigable duque veía surgir un idea nueva o esbozarse alguna gran maquinaria que aquella misma noche se ponía en práctica.

Entretanto, organizaba un comité de accionistas marselles, bajo la presidencia del banquero griego Kagaratspaki, y los fondos eran depositados en la banca otomana Pamenyai-ben-Kaga, firma de toda solvencia.

Tartarín se pasaba ahora la vida, una vida febril, viajando de Tarascón a Marsella y de Marsella a Tarascón. Encendía el entusiasmo de sus conciudadanos, continuaba la propaganda local y corría presuroso a tomar el expreso para asistir a alguna reunión de accionistas. Su admiración por el gran duque aumentaba día a día.

A todos mostraba como ejemplo la sangre fría del duque de Mons, la razón del duque de Mons:

—No hay peligro de que exageré nada. Con él, no hay esos golpes de espismo que Daudet nos ha reprochado tanto.

Por el contrario, el duque se dejaba ver muy poco, siempre resguardado por la gasa contra los mosquitos y hablaba mucho mienos. El hombre del Norte se eclipsaba ante el hombre del Mediodía, lo ponía constantemente en evidencia y dejaba a su inagotable facultad el cuidado de las explicaciones, de las promesas, de todos los compromisos. Se contentaba con decir:

—El señor Tartarín es el único que conoce mi plan.

¡Y pueden imaginar cómo Tartarín se sentía orgulloso de ello:

III

LA "GACETA DE PORT-TARASCÓN". — BUENAS NOTICIAS DE LA COLONIA. — EN POLYGAMILLE. — TARASCÓN SE PREPARA PARA LEVAR ANCLAS. — "NO VAYAN; EN NOMBRE DEL CIELO, NO VAYAN!"

Una mañana Tarascón, al despertar, se encontró con este despacho pegado en todas las esquinas de la ciudad:

"El *Forandol*, gran velero de 1.200 toneladas, ha zarpado de Marsella al despuntar el día, llevando a bordo, con los destinos de todo un pueblo, pacotilla para los salvajes y un cargamento de maquinaria agrícola. Son ochocientos emigrantes, todos tarasconeses, y entre ellos figuran Bompadr, gobernador interino de la colonia; Bézouquet, médico-farmacéutico; el reverendo padre Vezole y el notario Canibalalette, director del catastro. Yo los conduje personalmente, aguas afuera. Todo va bien. El duque, contentísimo. Imprimase.

Tartarín de Tarascón."

Este telegrama, fijado en toda la ciudad por el propio Pascalón, a quien iba dirigido, llenó de alegría a la población. Las calles se vistieron de fiesta. Todo el mundo salió de casa, para formar grupos



CURSOS NUEVOS



TRABAJOS EN ASTA JUGUETES - FANTASIAS - HULE

UNIVERSIDAD INDUSTRIAL Y COMERCIAL: cursos modernos, prácticos, que producen beneficios inmediatos. Eficiencia. Seriedad.

UNIVERSIDAD FEMENINA: enseñanza perfecta de Corte y Confección, Sombreros, Plisados sin máquina, Corbatas, Labores, Paño Lenci, Higiene y Primeros auxilios, etc.

Dos instituciones con un solo lema:

"cobrar más barato y enseñar MEJOR".

Solicite nuestro folleto gratuito con informes y programas de todos nuestros Cursos por Correspondencia.

UNIVERSIDAD INDUSTRIAL Y COMERCIAL

—Y UNIVERSIDAD FEMENINA— Sarandí 1273 Buenos Aires—

Deseo aprender, triunfar, ganar dinero.

Nombre.....

Dirección..... L. 225

¡No debió amarlo nunca!...,

pero la suerte la puso ante el hombre que le estaba vedado. A la joven protagonista de

"LOS OJOS DESLUMBRADOS"

el destino le impuso que eligiera entre el amor y el deber.

Jeanne de Coulomb, la autora de esta magnífica novela que se publica en las páginas de la revista



Chabela

nos narra en ella la historia conmovedora de una mujer que, en país extraño, rodeada de intrigas y peligros, cree hallar la felicidad; la pierde, la recupera al fin después de largos días de penas e incertidumbres.

Léala usted en CHABELA.

¡YA SE HALLA EN VENTA!

frente al felicísimo despacho, cuyas palabras se repetían de boca en boca. "Ochoientos emigrantes a bordo..." El duque, contentísimo... Y ni un solo tarasconés se sentía menos contento que el duque.

Era la segunda tanda de emigrantes. La primera había salido un mes antes con rumbo a la tierra prometida. Partió de Marsella, a bordo del vapor *Lucifer*, y fue despedida por Tartarin, vestido ya con el hermoso título y las importantes funciones de gobernador general de Port-Tarascon. En ambas ocasiones, el mismo telegrama, el mismo entusiasmo y la misma alegría del duque. Desgraciadamente, el *Lucifer* no había entrado aún en el canal de Suez. Detenido allí por un accidente — la rotura del árbol de la hélice —, el viejo navío tuvo que esperar, para continuar el viaje, a que lo socorriese y remolcase el *Farandole*.

El accidente, que pudo parecer un mal presagio, no enfrió en lo más mínimo el entusiasmo colonizador de los tarasconeses. La verdad es que, a bordo del primer barco, sólo se encontraba la *rafale*, es decir, el chuma, esa gente de poca cuenta a la que se envía siempre a la vanguardia.

En el *Farandole* fue también la plebe, pero ahora, mezclada con algunos personajes de cerebro ardoroso, como el notario Camballeite, director del catastro de la colonia.

El farmacéutico Bézouquet, hombre apacible a pesar de sus formidables conocimientos de medicina, temeroso del calor y del frío y poco amigo de las aventuras lejanas y peligrosas, se resistió largo tiempo antes de consentir en embarcarse.

Sólo pudo decirle el diplomata de médico, ambición de toda su vida, que el gobernador de Port-Tarascon le concedió de propia iniciativa.

El gobernador otorgó generosamente otros muchos diplomas, credenciales y comisiones; hizo nombramientos de directores, subdirectores, secretarios y comisarios, y eligió grandes de primera y segunda clase, para satisfacer así la devoción de sus compatriotas por todo lo que significaba título, honor, distinción, uniforme y entorchados.

Para conseguir que embarcase el padre Vézouze no hizo falta tanto aparato. Era un hombre excelente, siempre dispuesto a todo, y muy fácil de contentar. "¡Bendito sea Dios!", era su comentario ante cualquier desgracia. "¡Bendito sea Dios!", dijo cuando hubo de dejar el convento, y "¡Bendito sea Dios!", cuando se encontró a bordo del viejo velero, en pretada mezanza con la *rafale*, los destinos de todo un pueblo y la pacotilla para los salvajes.

Ya en alta mar el *Farandole*, permanecían en Tarascon únicamente la nobleza y la burguesía. No tenían prisa: esperaban que la vanguardia enviase noticias de su llegada, para saber a qué atenerse.

Igualmente, Tartarin, en su calidad de gobernador, organizador y depositario del pensamiento del duque de Mons, no podía abandonar a Francia, sino en el último convoy. Pero, mientras aguardaba el día impacientemente deseado, desarrollaba la energía y la febril actividad que hemos admirado tanto en todas sus empresas.

¡Faltaba sin cesar en Tarascon y Marsella, inaccesible como un meteoro lleno de invencible fuerza, y sólo parecía unos momentos, aquí o allá, para desaparecer al instante.

—¡Usted se fatiga demasiado, ma... es... tro!... — tartanaba Pascalin, por la noche, cuando el gran hombre llegaba a la farmacia, sudoroso y alterado.

Pero Tartarin le creyó. —¡Ya descansaré allí. Manos a la obra, Pascalin, manos a la obra!

El idóneo, encargado de la custodia de

la farmacia desde la partida de Bézouquet, añadía a esta responsabilidad otras funciones mucho más importantes.

Para continuar la propaganda tan felizmente iniciada, Tartarin publicaba un diario, la *Gaceta de Port-Tarascon*, que Pascalin redactaba desde la primera a la última línea, de acuerdo con las indicaciones y bajo la dirección suprema del gobernador.

Esa combinación de tareas perjudicaba bastante los intereses de Bézouquet, porque la redacción de los artículos, la corrección de pruebas y los viajes a la imprenta le dejaban muy poco tiempo para atender los trabajos de la farmacia; pero Port-Tarascon ante todo.

La *Gaceta* brindaba todos los días al público de la metrópoli copiosas informaciones de la colonia. Se leían en ella artículos acerca de los recursos, las bellezas y el magnífico porvenir de Port-Tarascon; contenía también sucesos, variedades y narraciones para todos los gustos, y relatos de viajes en busca de islas, conquistas y batallas con los salvajes, los espíritus acentuados. Para los hidalgos terratenientes, historias de caza a través de las selvas y sorprendentes partidas de pesca en ríos extraordinariamente poblados de peces, ilustradas con la descripción de los métodos y utensilios empleados por los indígenas.

Los seres más pacíficos, almaceneros y buenos burgueses sedentarios, se deleitaban con la lectura de opíparas meriendas sobre la hierba, al borde de un arroyo, al pie de una cascada o bajo la sombra de grandes árboles exóticos. Creíanse transportados allí y sentían palpitar en sus labios los jugos del mango, la banana y el ananá.

"Y ni una mosca!", informaba el diario, porque las moscas son, como todo el mundo sabe, el aguijón de las diversiones campestres en tierras de Tarascon.

La *Gaceta* publicaba asimismo un folletín: *La bella tarascona*, en el que se describía la historia de la hija de un colono rapta por el heredero de un rey pródigo y las peripecias de este drama, que Tartarin ofrecía a los lectores infinitas a las imaginaciones juveniles. La sección financiera daba cuenta de los precios de los productos coloniales, y anunciaba las emisiones de bonos para la adjudicación de tierras y la suscripción de acciones de las empresas de fabricación de azúcar. Insertaba también los nombres de los suscriptores y las listas de los donativos en especie que seguían afluyendo, y en las que figuraba el eterno "¡Traje para un salvaje", de Mlle. Tournatoire. La honesta seña, sin duda, había instalado en su casa un verdadero taller de confección que le permitía hacer tan frecuentes y ejemplares envíos. Por lo demás, no era ella la única artista agobiada por extrañas preocupaciones entre la proximidad a unas islas tan desconocidas y distantes.

Una mañana Tartarin descansaba tranquilamente en su casita, en zapatas y cuidadosamente envuelto en una bata. No estaba ocioso, sin embargo, pues cerca de él, sobre la mesa, veíanse esparcidos libros y papeles: relatos de los viajes de Bougainville y de Mont-Dreuil, obras sobre colonización y manuales de diversos cultivos. Entre sus flechas empuñadas, y a la sombra del batab, que oscilaba suavemente junto a las cortinas de la ventana, ocupábase en estudiar "su colonia", atiborrado de informes tomados de los libros. De vez en cuando firmaba algún diploma, nombraba un jefe o creaba sobre el papel un nuevo empleo para satisfacer, en lo posible, el ambicioso delirio de sus conterráneos.

Se hallaba en esta tarea, cuando le anunciaron que una dama tocada con un velo negro, y que se negaba a decir su nombre,

deleaba hablarle. No había querido entrar, y aguardaba en el jardín. Aprehendido, Tartarin fué en su busca, así como estaba, en bata y zapatas.

Moría la tarde, y el crepúsculo apenas permitía distinguir las cosas y las personas, a pesar de la sombra reinante y del tupido velo. Tartarin reconoció a su visitante al ver el fuego de dos ojos ardientes que brillaban bajo el tul.

—¡Madame Excourbanis! — exclamó.

—Señor Tartarin, soy muy desgraciada. Su voz, llena de lágrimas, temblaba. El gran hombre, hondamente conmovido, le preguntó con voz paternal:

—Querida Evelina, ¿qué le pasa? Cuénteme.

Tartarin llamaba por su nombre de pila a casi todas las damas de la ciudad. Las conocía desde la infancia, las había casado como funcionario municipal, y era para ellas un confidente, un amigo, casi un tío.

Tendió del brazo a Evelina, y dieron una vuelta al torno del pequeño estanque de los peces de colores, mientras ella narraba sus penas, sus inquietudes conyugales.

Desde que se discutía el asunto de la lejana colonización, Excourbanis se divertía diciéndole, por cualquier motivo y con acento de burlona amenaza:

—¡A verás, ya verás, cuando estemos allí, en Polynimie!

Evelina, que era muy celosa, y tan cándida que rayaba en la tontería, tomaba en serio estas bromas.

—¿Es verdad, señor Tartarin, que en ese país horrible los hombres pueden casarse varias veces?

El la tranquilizó amablemente. —¡Dada de eso, querida Evelina, está usted equivocada. Todos los salvajes de nuestras islas son monógamos. La corrección de sus costumbres es perfecta, y, bajo la dirección de nuestros Padres Blancos, nada hay que temer por ese lado.

—Sin embargo, el nombre de ese país... Es *Polynimie*...

Evelina comprendió Tartarin la picardía del farsante de Excourbanis y prorrumió en una alegre carcajada.

—Su marido se burla de usted, hijita. No es *Polynimie* el nombre de ese país, sino *Polinesia*, que significa *grupo de islas*. No tiene por qué alarmarse, Evelina.

El equivoco hizo reír largo tiempo a la sociedad tarascona.

* * *

Habían transcurrido muchas semanas y no llegaban cartas de los emigrantes. Únicamente se recibían telegramas enviados por el duque desde Marsella. Despachos laconicos, expedidos apresuradamente en Aden, en Sydney, desde las diferentes escalas del *Farandole*.

Después de todo, no había por qué extrañarse, dada la indolencia de la raza. ¿Puede que escribiera? Los telegramas eran suficientes. Los que se recibían, regularmente publicados por la *Gaceta*, no traían sino excelentes noticias: "Travesía deliciosa, mar de aceite, todos bien a bordo."

No había falta más para sostener el entusiasmo.

Un día, por fin, en la primera página del diario, apareció el despacho siguiente, expedido, como siempre, vía Marsella:

—¡Llegamos a Port-Tarascon. Entrada triunfal. Amistad con los naturales venidos al nuncio. Pabellón tarasconés ondea en la municipalidad. Tedeum cantado en la iglesia metropolitana. Todo está listo, vengan pronto."

A continuación, un artículo ditirámico, dictado por Tartarin, en el que se hablaba de la ocupación de la nueva patria, de la ciudad

rección nacida, de la visible protección de Dios, de la bandera de la civilización plantada en tierra virgen y del espléndido futuro que reservaba a todos el destino.

Instantáneamente, las últimas vacilaciones se desvanecieron. Una nueva emisión de bonos, a cien francos la hectárea, fue arrebatada como rosquillas.

El estado llano, el clero, la nobleza, todo Tarasón quería partir. Una fiebre, una locura emigratoria se extendió por la ciudad, y los gruñones, como Costecalde, los tibios y los desconfiados eran ahora los más ardientes partidarios de la lejana colonización.

Por todas partes, día y noche, se activaban los preparativos. Se clavaban las cajas hasta en la vía pública, con gran algazara de gritos alegres y martillazos. Los hombres trabajaban en mangas de camisa, cantando y silbando con el mejor humor; se prestaban las herramientas de puerta a puerta y se cambiaban chistes y expresiones festivas. Las mujeres embalsaban sus trupos. Los Padres Blancos sus cílices y el mudo infantil sus juguetes.

La nave fletada para embarcar a la aristocracia de Tarasón fue bautizada *Tutu-panpan*, nombre popular del tamboril tarasón. Era un gran vapor de hierro y lo mandaba el capitán Scrapouchinait, lobo marino tolonés. El embarco se realizaba en el mismo Tarasón.

Las aguas del Ródano eran espléndidas, y el barco, que no tenía gran calado, pudo remontar el río hasta la ciudad y amarrar en el muelle. El transporte de los equipajes y la carga exigió treinta días largos.

Mientras los marineros estaban en las bodegas innumerables fardos y cajones, los pasajeros se instalaban en sus camarotes, y con qué entusiasmo, con qué universalidad! Todos rivalizaban en ser gratos y serviciales.

—¿Le gusta más este lugar? Dispóngase de él.
—¿Prefiere este camarote? Está a su disposición.

Y así todo, y la nobleza tarasonesa, tan fúnebre de ordinario; los de Aigueboulide y los de Escudelle, gentes que habitualmente miraban a los demás por encima del hombro, dignábase ahora fraternizar con la burguesía.

Una mañana, en medio de la barafuenda del embarco, recibí una carta del padre Vezole, primera correspondencia fechada en Port-Tarasón.

—Bendito sea Dios! Llegamos por fin —decía el buen padre—. Nos faltan algunas cosas; pero, con todo, bendito sea Dios mil veces.

Poco entusiasmo había en la carta, y muy pocos detalles también. El reverendo se limitaba a hablar del rey Negonko y de Likiriki, la hija del rey, nombrada criatura a la cual había regalado un collarito de perlas. Pedía a continuación que se enviaran objetos algo más prácticos que los donativos habituales de los suscriptores. Y nada más. Del puerto, de la ciudad y de las factorías, ni una palabra. El padre Bataille rugía, furioso.

—¿Es un insulto el padre Vezole! ¿Cuando le toche la vista encima, le voy a sacudir!

La carta, en efecto, resultaba muy fría, tanto más si se recordaba que su autor era un hombre muy benévolo, pero el mal efecto que pudo producir se desvaneció en el trajín de la instalación a bordo y en el ruido ensordecedor de la evacuación de toda una ciudad.

El gobernador —no se designaba a Tartarín por otro nombre— se pasaba los días en la cubierta del *Tutu-panpan*. Con las manos a la espalda, paseaba, sonriente, de proa a popa, entre un hacinamiento de cosas extrañas, armarios, zurrones de caza, calentadores,

etc., que esperaban colocación en la estiba, y repartía consejos aquí y allá en tono paternal:

—Lleven ustedes denasadas cosas, hijos míos. Piensen que allá encontrarán cuanto les haga falta.

El, en cambio, abandonaba sus flechas, su baobab y sus pececillos de colores, y se contentaba con una carabina americana de treinta y dos tiros y un cargamento de francía.

¡Cómo lo vigilaba todo, cuánta perseverancia en sus desvelos, no solamente a bordo, sino también en tierra, tanto en los ensayos del orfón como en los ejercicios de la milicia local!

La organización militar de los tarasoneses, superviviente del sitio de Panperigouste, había sido reforzada con niñas a la defensa de la colonia y a las conquistas que se pensaba realizar para engrandecerla. Y Tartarín, encantado con la actitud marcial de los milicianos y de su comandante Bravida, les expresaba a menudo su satisfacción, en vibrantes órdenes del día.

Sin embargo, en algunas ocasiones, una angustia surcaba ansiosamente la frente del gobernador.

* * *

Dos días antes de la partida, Barafor, pescador del Ródano, encontró entre los residuos de la orilla una botella vacía, herméticamente tapada, cuyo vidrio era aún lo bastante transparente para dejar ver en el interior algo así como un papel doblado.

Ningún pescador ignora que un objeto de esta naturaleza debe ser puesto en manos de las autoridades, y Barafor fue a entregar a Tartarín la misteriosa botella que contenía esta carta, verdaderamente extraña:

"Tartarín

"Tarasón

"Europa

"Cataclismo espantoso en Port-Tarasón. Isla, ciudad, puerto, todo tragado por la tierra, todo desaparecido. Bonpard, admirable como siempre, y como siempre muerto, víctima de su deber. ¡No partan, en nombre del cielo, no partan!"

Este hallazgo parecía la obra de un embaucador. ¿Cómo admitir que esa botella llegara de ola en ola, directamente a Tarasón, desde un extremo de Oceanía?

Además, ese "como siempre muerto", ¿no denotaba claramente una mixtificación? No obstante, este presagio turbó gravemente el triunfo de Tartarín.

IV

EMBARCO DE LA TARASCA. — ¡EN MARCHA! — LAS AREJAS DEJAN LA COLUENNA. — EL OLOR DE LA INDIA Y EL OLOR DE TARASÓN. — TARTARÍN APRENDE EL PAPUA. — DISTRACCIONES DE LA TRAVESEA.

—Pintoresco, dicen? Si ustedes hubiesen visto el puente del *Tutu-panpan* aquella mañana de mayo de 1881, hubieran sabido de verdad qué es lo pintoresco. Estaban allí todos los directores de gran gala: Tournaire, director general de higiene; Costecalde, director de agricultura; Bravida, general en jefe de la milicia; y veinte personajes más, que ofrecían a los ojos una brillante confusión de uniformes diversos, bordados con oro y plata. Otros llevaban, además, la capa de grande de primera clase, roja, galoneada de oro, y en medio de esta multitud emperifollada, la mancha blanca del padre Bataille, gran limosnero de la colonia y capellán del gobernador.

La milicia constituía, sin duda, la perspectiva más fascinadora. Despuachada ya en otros buques la mayor parte de los simples milicianos, quedaban ahora los oficiales, sable



En voz baja

En esa media voz confidencial y amistosa con la que desde hace años Diego Carlos Herrera viene hablando a sus muchos amigos desde los columnas de MARIBEL, está escrito este libro de esencial interés femenino.

OPTIMISMO
POÉTICO
EMOTIVO
TIERNO

EN VOZ BAJA

no debe faltar en la biblioteca de ninguna mujer.
Precio del ejemplar, \$ 3.50.

Para pedidos por correo agregar al costo.

Solícite a su librero o a la

EDITORIAL SOPENA ARGENTINA S. R. L.

Capital, \$ 2.000.000

ESMERALDA 116 - U. T. 33, Av. 0063 - Bs. As.

Adjunto \$ 1.20 para que me remitan, por certificado a la vuelta de correo, el libro "En Voz Baja", de Diego Carlos Herrera.

Nombre

Dirección

Localidad L. 275

Mande su nombre y dirección a las Escuelas Latino Americanas - Boyaca 932 - Bs. As., y Vd. recibirá gratis y sin compromiso la "Gala de Enseñanza" Vea la última tapa.

ADMIRADA POR TODOS...

Annie, una joven norteamericana, bellísima y millonaria, causa sensación en Europa.

DUQUES Y MARQUESSES se disputan su amor.

Lea en "Maribel" la apasionante historia de esta extraordinaria muchacha, que con el título de "NOBLEZA AMERICANA"

ha comenzado a publicarse



en mano y revolver al cinto, el busto erguido bajo el coqueñol daban con alamares, y muy ufanos de sus magníficas borlas lustrosas.

Con los uniformes y los hábitos se mezclaban los vestidos de las damas, de colores vivos, claros y alegres, con cintas y nanteletos que flotaban al aire, y aquí y allá las cofias tarasconesas de las criadas. Sobre este abigarramiento, sobre el navío de metales relucientes y muelles empapados, imaginaba un hermoso sol, un sol de día festivo, y como horizonte el suplico Rodano, agitado como un mar por las ráfagas del mistral, y tendréis una idea del *Tutu-paupan* al levar anclas para Port-Tarascón.

El duque de Mons no había podido asistir a la partida, porque le retenía en Londres la tarea de una nueva emisión. ¡Hacia falta que, de los tripulantes, de los ingenieros y de tantas otras atenciones de la emigración! El duque había anunciado por telegrama una remesa de fondos para el mismo día, y todo el mundo admiraba el espíritu práctico del hombre del Norte.

—¿Qué ejemplo el de ese hombre, señores! — declaraba Tartarin —. ¡Imitémosle; nada de prisas!

El mismo mostraba ahora una actitud reposada y tranquila, en medio de sus huestes uniformadas, luciendo únicamente sobre la levita el gran cordón de la *Orden*.

Desde el puente del *Tutu-paupan* venían a llegar de lejos y en grupos a las colonias a quienes se reconocía y saludaba por sus nombres, al pisar el muelle.

—Oh, ahí están los Roquetaillade!

—¡J, señor Branquebalmé!

Gritos y aclamaciones entusiastas por doquier. Se dispuso una ovación a la vieja condesa de Aigueboulle, casi centenaria, cuando se la vio salir ligera por la planicie, con su mantilla de seda y su cabeza oscilante, llevando en una mano su cotería dieciséis, y en la otra el calientapiés.

La ciudad se desdoblaba de minuto en minuto, y las calles parecían más anchas entre las casas cerradas, las tiendas con los cierrres echados y las persianas y celosías entornadas.

Una vez los viajeros a bordo, hubo un instante de recogimiento, de solemne silencio, subrayado por el silbido del vapor. Centenares de ojos se volvieron hacia el capitán, que, de pie en el puente, se disponía a dar la orden de largar amarras. De pronto, alguien gritó:

—¡Yá, la Tarasca!...

Siñ duda, ustedes habrán oído hablar de la Tarasca, el fabuloso animal que dió su nombre a la ciudad de Tarascón. Para recordar brevemente su historia, diremos que la Tarasca fue, en tiempos antiquísimos, un monstruo temible que asolaba la desembocadura del Rodano. Santa Marta, que llegó a la Provenza después de la muerte de Jesús, fué un día, vestida de blanco, a buscar a la bestia en medio de los pantanos, y la trajo a la ciudad atada únicamente con una cinta azul, vencida y cautivada por su inocencia y piedad.

Desde entonces, cada diez años, los tarasconeses celebran una fiesta durante la cual se pasea por las calles de la ciudad un monstruo de madera y cartón pintado, que tiene algo de tortuga, serpiente y cocodrilo, y que, como un grifo y luminarística efigie de la Tarasca de antaño. Se la venera como un ídolo, se la sostiene a expensas del Estado y se la conoce en todo el país con el nombre de la *madre grande*.

Marcharse sin la *madre grande* les parecía inconcebible. Algunos muchachos se lanzaron a la ciudad y rápidamente trajeron la Tarasca al muelle.

Ello dió motivo a una gran explosión de lágrimas y gritos de entusiasmo, como si el alma de la ciudad, la patria misma, respirase por este monstruo de cartón, tan difícil de embarcar.

Decasido voluminoso para ser colocada en el interior del buque, se ató a la Tarasca en el castillo de popa, y allí, reducida y enorme, con su aspecto de dragón de feria y su vientre de lienzo y escamas pintadas, la cabeza erguida por encima del empalmetado, completaba perfectamente el conjunto pintoresco y extraordinario del cargamento. Parecía uno de esos mascarones esculpidos en la proa de las navos y encargados de proferir los destinos de un viaje. Se la rodeaba con respecto a algunos le hablaban y le daban palmaditas isoneras.

Al presenciar estas muestras de emoción, Tartarin temió que el monstruo despertara en los corazones la nostalgia de la patria abandonada, y, a una señal suya, el capitán Scrapouchin ordenó de repente, con voz formidable:

—¡En marcha!...

Instantáneamente, se escucharon los sonos de la banda de a bordo, el zumbido de la sirena y el borboteo del agua azotada por la hélice, todo ello dominado por la voz de Excourbionis:

—*Fen dé brut!*... ¡Hagamos ruido!...

La orilla se alejó en rayos instantáneos y la ciudad y las torres del rey René se perdieron en la distancia, como esfumadas en la vibrante luz del sol que bruñía el caudal del Rodano.

Los emigrantes, inclinados sobre la borda, tranquilos, risueños e indiferentes, contemplaban cómo la patria se alejaba y se perdía en la distancia, como esfumadas en la vibrante luz del sol que bruñía el caudal del Rodano.

Además, la Tarasca los protegía. Un tiempo divino y un mar resplandeciente; ni una tempestad, ni un tropiezo. Jamás travesía alguna fue más favorable.

En el canal de Suez comenzó la gente a sudar. La gota gorda hizo el fuego de un sol abrasador, y, a pesar del tocado colonial adoptado unánimemente, a ejemplo de Tartarin: un casco de corcho recubierto de tela blanca y ornado con un velo de gasa verde; pero los viajeros soportaron fácilmente esa temperatura de horno, a la que el cielo de Provenza les tenía muy bien acostumbrados. Después de Port-Saïd y Suez, y franqueado el mar Rojo, el *Tutu-paupan* se lanzó a través del mar de las Indias, a marcha rápida y sostenida, bajo un cielo blanco, lechoso y suave como uno de esos *aoiis*, o cundimientos de ajo que los emigrantes comían a todo pasto.

¡Qué formidable consumo de ajo! Se habían embarcado enormes cantidades, y su habiente fragancia marchaba la estela del navío, fundiendo el olor de Tarascón con el olor de la India.

Al poco tiempo, el *Tutu-paupan* avistó unas islas que emergían del océano como canastillas de flores extrañas, y en torno a las cuales revoloteaban hermosísimos pájaros de brillante plumaje. Los nobios, tranquilos y transparentes, iluminados por miríadas de estrellas, parecían empapadas de armonías lejanas y danzas de badajeras.

Las Maldivas, Ceilán y Singapur pudieron ser escalas maravillosas si las tarasconesas, con la Excourbionis al frente, no hubieran prohibido a sus maridos bajar a tierra.

Un feróz viento de celos las ponía en guardia contra ese peligroso clima de la India y sus efluvios perturbadores, que llegaban hasta la cubierta del *Tutu-paupan*. No había más que ver al tímido Pascual cuando, lle-

gada la noche, se apoyaba en la borda, cerca de la señorita Clorinda des Espozettes, bella y corpulenta muchacha, cuya gracia aristocrática le había trastornado.

El bueno de Tartarin les sonreía desde lejos, y preveía una boda al concluir la travesía.

Desde el comienzo del viaje, el gobernador se conducía con una bondad y una indulgencia que contrastaba con las violencias y hostilidades del capitán Scrapouchin, verdadero tirano de a bordo, que se enfurecía por cualquier futeza y hablaba de "fusilar como a un mono verde". Tartarin, paciente y razonable, se sonreía a los caprichos del capitán, tratando de disuadirlo y, para distraer la cólera de sus milicianos, les daba ejemplo de una infatigable actividad.

Las horas de la mañana las dedicaba al estudio de la lengua papú, bajo la dirección de su capellán, el reverendo padre Bataillet, que, en su calidad de misionero, conocía esa lengua y otras muchas.

Durante el día, Tartarin reunía a toda su gente en la cubierta o en el salón, y pronunciaba conferencias para exhibir su ciencia reciente adquirida acerca del cultivo de la caña de azúcar y la explotación del *tripang*.

Dos veces por semana explicaba un curso de caza, pues allá, en la colonia, encontrarían piezas mayores, a diferencia de Tarascón, donde sólo se cazaban gorras lanzadas al aire.

Tiran ustedes bien, hijos míos, decía Tartarin—, pero tiran con excesiva rapidez. Tengan, sin duda, la sangre demasiado caliente, a ere preciso moderarse.

Les daba excelentes consejos, marcándoles los tiempos según las diferentes especies de animales y contando metódicamente como un metrónomo.

—Para la codorniz, tres tiempos, ¡Uno, dos, tres! ¡Pum!... Ya está... Para la perdiz, uno y sacudia la mano al caer imitando el vuelo del ave, ¡uno, dos, tres! ¡Pum!... La perdiz cuenta dos solamente, ¡Uno, dos! ¡Pum!... Levántela, está muerta.

Así pasaban las horas monótonas de la travesía, mientras cada revolución de la hélice acercaba a la realización de sus sueños a estas buenas gentes, que acariciaban durante todo el viaje bellos proyectos para el porvenir. Con la ilusión de lo que les esperaba allá, hablaban con entusiasmo de las hermosas obras que llevarían a cabo en sus futuras propiedades.

El domingo era día de descanso y de fiesta. El padre Bataillet decía misa en el castillo de popa, con gran solemnidad, y en el momento de alzar sanaba estrepitosamente el clarín y redoblaban energicamente los tambores. Después de la ceremonia, el reverendo padre daba alguna de las luminosas parábolas de su especialidad, en las que desarrollaba, más que un sermón, un misterio profético, rutilante de fe meridional.

He aquí uno de tales relatos, ingenioso como una de esas historias de santos pintadas en los cristales de un viejo templo albanés.

Para saborear todo su encanto, los cobres relucientes del buque se ponían fregados, los cobres relucientes, las señoras sentadas en círculo, el gobernador en su sillón y rodeado de sus directores de punta en blanco, los milicianos en doble fila y los marineros en las escalas de cuerda. Una muchedumbre, silenciosa y atenta, con los ojos puestos en el padre Bataillet, que se hallaba de pie en los escalones del castillo. Los golpes de la hélice resonaban con su voz, y en el cielo puro y profundo, la humareda del vapor se alargaba alta y fina. Los delfines saltaban a ras de las alas y las gaviotas y los albatros seguían, gritando, la estela del buque. El padre Bataillet, con su hombro ladeado, cuando levantaba y sacudía sus amplias mangas parecía uno de esos grandes pájaros que batían las alas, dispuestos a volar.

V.

A VERDADERA LEYENDA DEL ANTIKRISTO, CONTADA POR EL PADRE BATAILLET,
A BORDO DEL "ITU-PANPAN".

—Nuevamente, hermanos míos, haremos un viaje al paraíso, a esa amplia antecámara azul celeste donde el gran San Pedro, con su manto de llaves al cinto, cumple su misión de abrir las celestiales puertas a las almas de los elegidos. Desgraciadamente, desde muchos, muchísimos años antes, la humanidad se ha vuelto tan mala, que las mejorías, después de la muerte, hacen alto en el purgatorio y no suben más. Por tal razón, el bueno de San Pedro no tiene otra tarea que brillar con papel de lija sus llaves oxidadas o sacudir las telarañas envidias a traves de la puerta, como sellada por la justicia. Por un momento, se hace la ilusión de que alguien ha llorado, y dice para el espóte:

— ¡Por fin llamó uno! ¡Ya era hora!
Abre la puerta y nadie: la inmensidad, el eterno silencio y los planetas inmoviles o girando en el espacio con el suave rumor del fruto maduro arrancado de la rama; pero ni la sombra de un elegido.

— ¡Imaginad cuál sería la humillación de este santo varón que nos ama tanto! ¡Contempladme desolado, día y noche! ¡Ved las lágrimas ardientes que han abierto en sus mejillas dos surcos tan profundos como los que se ven en los caminos de herradura entre Tarasón y Montmajour! Una vez, San José fué a hacerle compañía, porque a la larga el pobre portero, siempre solo en la antecámara, se aburría. Y al ver su tristeza, dijo, para consolarlo:

— Pero, en definitiva, ¿qué te importa que esas gentes de allá abajo llamen a tu puerta? ¿Acaso no te encuentran bien aquí, acariciado por las músicas más dulces y los más delicados aromas?...

Y mientras hablaba, desde el fondo de los siete cielos sopló una brisa fresca de aromáticas y de perfumes, de cuya delicia nada habría dado una idea, queridos amigos, ni esos que se aburren a lúmin frías de la humedad que el aliento del mar nos trae al rostro bajo el viento, desde ese ramillete de islas rosadas.

— ¡Oh! — exclamó el bondadosísimo San Pedro — no podría encontrarme mejor en este paraíso de bendición, pero quisiera que todas las pobres criaturas estuvieran aquí, conmigo.

Y bruscamente, presa de indignación, gritó:
— ¡Ah, brabones, imbéciles! No te preocupes, José, que el Señor es muy bueno con esos miserables? Si estuviera en su lugar, yo muy bien le que haría...

— ¿Qué harías, querido Pedro?
— ¡Té, piedad! Un buen puntapié a la guisenera y toda la humanidad al paseo!

— ¡José sacudió su augusta barba. Haría falta todo un señor punzante para deshacer la tierra... Y además, ¿cómo estaría muy bien empujando a los turcos, a los infieles, a todos esos puellachos del Asia que habían caído en la podredumbre, por el mundo cristiano era sintio, fuerte y sólido como obra del Hijo de Dios...

— ¡Es verdad — repuso San Pedro — pero lo que Cristo ha conseguido, Cristo puede también destruirlo. Yo enviaría al Hijo de Dios a segunda vez a esos condenados, y el Anticristo, que no sería otro que Cristo disfrazado, no tardaría en meterlos en cintura.

El excelente santo, arrebatado por la cólera, hablaba sin pensar de lo que decía y sin sospechar sobre todo que sus palabras llegarían a oídos del divino Maestro. Por ello se quedó de una pieza cuando el Hijo del Hombre apareció ante él, con un cayado al hombro, en la punta del cavado un hatillo.

— Pedro, ven... Quiero que me acompañes.

Se lo ordenaba con una voz firme y dulcisima. Por la palidez de Jesús y por la fiebre de sus grandes ojos que desfilaban más fuego que su propia aureola, Pedro lo comprendió todo en un instante, y lamentó haberse ido de la lengua. ¿Qué no habría dado por esta segunda misión del Hijo de Dios en la tierra dejara de cumplir, y sobre todo, por no ser el su acompañante! Se retorció las manos, lleno de agitación y de miedo.

— ¡Ay, Dios mío, Dios mío!... ¿Y mis llaves, qué voy a hacer con ellas?... Y mi puerta, ¿quién guardará mi puerta?

En verdad, para una caminata tan larga, su pesado llavero era inconveniente. Pero Jesús, sonriendo, porque leía en el fondo de su alma, dijo:

— Déjale las llaves en la cerradura. Pedro, sabes perfectamente que no hay peligro de que nadie entre jamás en nuestra casa.

Hablaba muy dulcemente, pero había algo de implacable en su voz y en su sonrisa.

Como advertieron las Sagradas Escrituras, fueron diversos los signos que en el cielo anunciaron la llegada a la tierra del Hijo del hombre, pero desde mucho tiempo antes los humanos, corrompidos, no miraban sino hacia lo alto, y, disrálalos por sus pasiones, no descubrieron la presencia del Maestro y del viejo servidor que le acompañaba, tanto más cuanto que ambos viajeros llevaban toda clase de utensilios y se paraban según les parecía conveniente.



Entrada de Cristo en Jerusalén

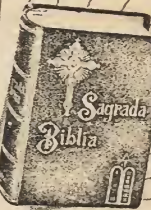
DOS OBRAS CELEBRES

de incomparable valor didáctico, espiritual y moral, presentados en ediciones cuidadas y completas. Dos libros inmortales que no deben faltar en ningún hogar ni en ninguna biblioteca.

SAGRADA BIBLIA

Valiosísima traducción de la Vulgata Latina por el Ilmo. Sr. Félix Torres Amat, enriquecida con cuatro mapas geográficos, biblicos, incluye bibliografía, notas y estudios especiales del Rdo. P. Vase, S. J., y una bella introducción de S. Emmerico, el célebre primado Santiago Luis Covella.

Tamaño de la obra: 23 x 17 cm.
Encuadrado en Cuero \$ 20.-
Encuadrado en Piel \$ 50.-



IMITACION DE CRISTO

de Tomás de Kempis

Libro de devoción y ascético, cuyo objeto es instruir el alma en la perfección cristiana. Es, después de la Sagrada Biblia, la obra que mayor número de ediciones ha alcanzado en todo el mundo.

Tamaño del libro: 23 x 17 cm.
Encuad. en Cuero \$ 20.-
Encuadrado en Piel \$ 50.-



Edición Miniatura de la misma obra; tamaño 14 x 9 centímetros.

Encuadrado en Cuero..... \$ 16.-
Encuadrado en Piel..... \$ 15.-

Solicítela a su librero o a la
Editorial Sopena Argentina S.R.L.

CAPITAL \$ 1.000.000

ESMERALDA 116 BUENOS AIRES



No extrañará, pues, que nadie los conociese en la primera ciudad a donde llegaron, justamente en la víspera del día en que un famoso bandido llamado Sanguinarias, autor de horripilantes crímenes, iba a ser ajusticiado. Los alcaides que levantaban el cadalso aquella noche, se sorprendieron un tanto de encontrar con ellos, a la luz de las antorchas, a dos compañeros venidos no se sabía de dónde, un tipo ágil y altivo como un bastardo de príncipe, la barba en punta y ojos luminosos, y el otro ya encorvado, con un aire hachonado y soñoliento y dos largas cicatrices que surcaban sus ajadas mejillas. Luego, al amanecer, levantado ya el patibulo y reunidos el pueblo y las autoridades para presenciar el suplicio, los dos forasteros desaparecieron. Habían dejado el mecanismo de la guillotina tan extrañamente complicado que, una vez tumbado el bandido sobre la tabla, la cuchilla, cuidadosamente afilada y de un acero de la mejor calidad, cayó veinte veces sobre el cuello del reo sin causarle el más ligero arañazo en la piel.

Pueden ustedes imaginarse el cuadro desde aquí: la sorpresa de los magistrados y el espanto de las turbas; el verdugo que zarandea a sus ayudantes y se maza los cabellos, empapados de sudor; el propio Sanguinarias, naturalmente, como cetro en la mano, burlándose, uniendo a sus palabras insistentes un amor propio diabólico — muy ofendido, revolvía su cuello de toro negro en la argolla y decía: — Pero, ¿qué es esto? ¿Qué pasa? ¿No estoy acaso fabricado como los demás para que no se pueda acabar conmigo?

Al fin, los gendarmes se lo llevaron a empujones y lo desvolvieron al calabozo, mientras la plebe rugía y danzaba alrededor del cadalso hecho astillas que ardían y crepitaban como una fogata de San Juan.

Desde entonces en esta ciudad y en todo el mundo civilizado, un extraño hechizo cayó sobre las sentencias de muerte: la cuchilla de la justicia no cortaba más que a los criminales sólo temen a la muerte, una ola de crímenes cubrió rápidamente la tierra; las calles y los caminos se hicieron intransitables para los buenos ciudadanos aterrados, mientras en los lugares céntricos superpoblados los forajidos se engordaban con carnes suculentas, rompían las caras de los guardianes a puntapiés, les saltaban los ojos con el pulgar o se divertían en parirles el cráneo por simple curiosidad, para ver lo que tenían dentro.

Ante los estragos causados en la humanidad tan sólo con el desarme de la justicia, el bonísimo San Pedro estimó que ya tenía bastante, y con el corazón henchido de piedad y una audacia sonrisa adalberto, dijo:

— La lección surtió su efecto, Maestro, y creo que la tendrán bien presente. ¿Qué tal si ahora volviéramos arriba? Porque, a decir verdad, temo mucho que tengan necesidad de mí.

El hijo del hombre entreabrió los labios en una pálida sonrisa.

— ¡Recuerda — dijo, levantando el índice — que lo que Cristo ha construido, sólo Cristo lo podrá destruir!

Pedro, con la cabeza baja, pensaba: — ¡Me fui de la lengua, pobres hijos míos; me fui de la lengua!

• • • • •

Se hallaban en aquel momento en una fértil llanura, a cuyos pies se extendía, hasta perderse en la lejanía; una rica ciudad imperial, con sus torres, terrazas y campanarios, cuyas veletas y cruces de mármol y oro resplandecían en el crepúsculo apacible.

— ¡Creo que por aquí hay conventos e iglesias — comentó el buen anciano, tratando de distraer la cólera del Señor. — Al menos, esto da gusto.

Pero ya sabéis, hermanos míos, que lo que

Jesús desdiseña sobre todas las cosas es el culto hipocrita y suntuoso de los fariseos, esas iglesias a donde se va a orar más por ostentación y esos conventos en los que fabrican golosinas y chocolates. No ha de extrañarnos, pues, que apresurara el paso sin replicar. Las cosechas sólo se veía del formidable destructor de la humanidad un hato de ropas balanceándose al extremo de un cayado. En la ciudad en que entraron vivía un viejo emperador, el decano de los príncipes de Europa, justo y poderoso como ninguno, que nunca había conocido guerra la curules de sus cañones y, por la fuerza o por la persuasión, impedía que los pueblos se devoraran entre sí.

Mientras él viviera se observaría algo así como un tático acuerdo de perro y lobo, para que las ovejas pacieran tranquilas. Por ello, el pueblo entero se desvelaba por la vida del buen emperador y todas las madres estaban dispuestas a dejarse abrir las venas para ofrecerle su sangre más rica y más roja.

Un día, repentinamente, este amor se trocó en odio y comenzó a extenderse una consigna infernal:

— ¡Matémosle; es el buen tirano. El más execrable de todos, pues ni siquiera nos da motivos para protestar!

Y bajo el palacio imperial, minado en la oscuridad de los sótanos donde los conspiradores, con el agua hasta la cintura, preparaban su crimen, os dejó que adviniere quién era el misterioso compañero, de ojos fulgurantes, que dirigía la obra de muerte, el que ahuyentaba de los corazones el miedo y la piedad, y el que cuando se dio la señal, lanzó el hurra supremo...

Al día del pobre emperador sólo se encontraron unos pocos fragmentos bajo los escombros. Algunos nichones de la barba y una de sus manos justicieras, calcinada por las llamas. Y en seguida rugió la guerra desatada, el cielo se cubrió de cuervos que volaban hacia todas las fronteras y la gran matanza se inició para no concluir jamás.

• • •

Cuando los pueblos se degollaban por medio de máquinas espantosas y en los cuatro puntos cardinales las ciudades asaltadas ardían como antorchas, por los caminos guiados de ganado errante y de carros sin atadas, a través de campos devastados, de arroyos de sangre, de viñas y cosechas implacablemente destruidas, Jesús con su paso alegre y el cayado al hombro, y pisándole los talones el venerable anciano, que intentaba vanamente inclinarle hacia la indulgencia, se encaminaba hacia un país lejano, donde ejercía su profesión un médico famoso, llamado Mauve.

El señor Mauve, gran curador de hombres y bestias, dominador experto de todas las fuerzas de la naturaleza, estaba a punto de encontrar la fórmula de la prolongación de la vida humana. Se hallaba seguro de dar con ella, cuando una noche, por la torpeza de un nuevo ayudante de laboratorio, muy bello y muy pálido, y a quien él no volvió a ver jamás, varias retortas llenas de sutiles venenos quedaron destapadas, y a la mañana siguiente, al abrir la puerta el señor Mauve, cayó asfixiado por las emanaciones.

Y acto seguido, la vida humana no sólo no se prolongó, sino al contrario, pues el sabio había coleccionado en su casa, para estudiarlas, un gran número de viñas pilas y de extravagantes lozras de Egipto y de la Edad Media, cuyos gérmenes, evadidos de los cultivos, se diseminaron por el mundo entero y lo asolaron.

Hubo entonces lluvias de sapos apesetados e inmundos, como en los tiempos de los hebreos; luego fiebre amarilla, pestes y tifus,

y resurgieron muchísimas enfermedades desaparecidas, que se juntaron con las ya conocidas y con otras cuya existencia se ignoraba aún. En el pueblo se llamó a todo esto "el mal de Mauve".

— ¡Dios nos libre del terrible mal, hermanos míos!

Los huesos se quebraban como el vidrio; los músculos se desluchaban. Se sufría tanto que no quedaban fuerzas para gritar. Los enfermos, antes de morir, caían en pedruzcos por los caminos, y los servicios de obras públicas no disponían de bastantes palas y carretas para recogerlos.

— ¡Anance! ¡Hemos terminado otro tratado negociado! — decía San Pedro con una alegría, ligera de lágrimas. — Y ahora, Maestro, ¿qué tal si nos volviésemos a casa? Yo empiezo a aburrirme.

Jesús sabía perfectamente que bajo esa apariencia de alegría oculta una honda piedad hacia los seres humanos, pero él, pese a su infinita bondad, se había jurado exterminarlos. ¡Le habían hecho tantas! U... acaba por cansarse...

Continuó la marcha sin responder, a través de la campiña, seguido de su viejo servidor. Anunciaba la madrugada verde y rosada, una honda piedad hacia los seres humanos, pero él, pese a su infinita bondad, se había jurado exterminarlos. ¡Le habían hecho tantas! U... acaba por cansarse...

Continuó la marcha sin responder, a través de la campiña, seguido de su viejo servidor. Anunciaba la madrugada verde y rosada, una honda piedad hacia los seres humanos, pero él, pese a su infinita bondad, se había jurado exterminarlos. ¡Le habían hecho tantas! U... acaba por cansarse...

Continuó la marcha sin responder, a través de la campiña, seguido de su viejo servidor. Anunciaba la madrugada verde y rosada, una honda piedad hacia los seres humanos, pero él, pese a su infinita bondad, se había jurado exterminarlos. ¡Le habían hecho tantas! U... acaba por cansarse...

Continuó la marcha sin responder, a través de la campiña, seguido de su viejo servidor. Anunciaba la madrugada verde y rosada, una honda piedad hacia los seres humanos, pero él, pese a su infinita bondad, se había jurado exterminarlos. ¡Le habían hecho tantas! U... acaba por cansarse...

Continuó la marcha sin responder, a través de la campiña, seguido de su viejo servidor. Anunciaba la madrugada verde y rosada, una honda piedad hacia los seres humanos, pero él, pese a su infinita bondad, se había jurado exterminarlos. ¡Le habían hecho tantas! U... acaba por cansarse...

Continuó la marcha sin responder, a través de la campiña, seguido de su viejo servidor. Anunciaba la madrugada verde y rosada, una honda piedad hacia los seres humanos, pero él, pese a su infinita bondad, se había jurado exterminarlos. ¡Le habían hecho tantas! U... acaba por cansarse...

Continuó la marcha sin responder, a través de la campiña, seguido de su viejo servidor. Anunciaba la madrugada verde y rosada, una honda piedad hacia los seres humanos, pero él, pese a su infinita bondad, se había jurado exterminarlos. ¡Le habían hecho tantas! U... acaba por cansarse...

Continuó la marcha sin responder, a través de la campiña, seguido de su viejo servidor. Anunciaba la madrugada verde y rosada, una honda piedad hacia los seres humanos, pero él, pese a su infinita bondad, se había jurado exterminarlos. ¡Le habían hecho tantas! U... acaba por cansarse...

Continuó la marcha sin responder, a través de la campiña, seguido de su viejo servidor. Anunciaba la madrugada verde y rosada, una honda piedad hacia los seres humanos, pero él, pese a su infinita bondad, se había jurado exterminarlos. ¡Le habían hecho tantas! U... acaba por cansarse...

Continuó la marcha sin responder, a través de la campiña, seguido de su viejo servidor. Anunciaba la madrugada verde y rosada, una honda piedad hacia los seres humanos, pero él, pese a su infinita bondad, se había jurado exterminarlos. ¡Le habían hecho tantas! U... acaba por cansarse...

Continuó la marcha sin responder, a través de la campiña, seguido de su viejo servidor. Anunciaba la madrugada verde y rosada, una honda piedad hacia los seres humanos, pero él, pese a su infinita bondad, se había jurado exterminarlos. ¡Le habían hecho tantas! U... acaba por cansarse...

Continuó la marcha sin responder, a través de la campiña, seguido de su viejo servidor. Anunciaba la madrugada verde y rosada, una honda piedad hacia los seres humanos, pero él, pese a su infinita bondad, se había jurado exterminarlos. ¡Le habían hecho tantas! U... acaba por cansarse...

Continuó la marcha sin responder, a través de la campiña, seguido de su viejo servidor. Anunciaba la madrugada verde y rosada, una honda piedad hacia los seres humanos, pero él, pese a su infinita bondad, se había jurado exterminarlos. ¡Le habían hecho tantas! U... acaba por cansarse...

Continuó la marcha sin responder, a través de la campiña, seguido de su viejo servidor. Anunciaba la madrugada verde y rosada, una honda piedad hacia los seres humanos, pero él, pese a su infinita bondad, se había jurado exterminarlos. ¡Le habían hecho tantas! U... acaba por cansarse...

Continuó la marcha sin responder, a través de la campiña, seguido de su viejo servidor. Anunciaba la madrugada verde y rosada, una honda piedad hacia los seres humanos, pero él, pese a su infinita bondad, se había jurado exterminarlos. ¡Le habían hecho tantas! U... acaba por cansarse...

Continuó la marcha sin responder, a través de la campiña, seguido de su viejo servidor. Anunciaba la madrugada verde y rosada, una honda piedad hacia los seres humanos, pero él, pese a su infinita bondad, se había jurado exterminarlos. ¡Le habían hecho tantas! U... acaba por cansarse...

Continuó la marcha sin responder, a través de la campiña, seguido de su viejo servidor. Anunciaba la madrugada verde y rosada, una honda piedad hacia los seres humanos, pero él, pese a su infinita bondad, se había jurado exterminarlos. ¡Le habían hecho tantas! U... acaba por cansarse...

Continuó la marcha sin responder, a través de la campiña, seguido de su viejo servidor. Anunciaba la madrugada verde y rosada, una honda piedad hacia los seres humanos, pero él, pese a su infinita bondad, se había jurado exterminarlos. ¡Le habían hecho tantas! U... acaba por cansarse...

Continuó la marcha sin responder, a través de la campiña, seguido de su viejo servidor. Anunciaba la madrugada verde y rosada, una honda piedad hacia los seres humanos, pero él, pese a su infinita bondad, se había jurado exterminarlos. ¡Le habían hecho tantas! U... acaba por cansarse...

Continuó la marcha sin responder, a través de la campiña, seguido de su viejo servidor. Anunciaba la madrugada verde y rosada, una honda piedad hacia los seres humanos, pero él, pese a su infinita bondad, se había jurado exterminarlos. ¡Le habían hecho tantas! U... acaba por cansarse...

Durante una bella mañana de la Asunción, Jesús, deslizándose sobre la superficie de las olas como nos lo muestran las Escrituras, llegó cerca de unas islas de Oceanía, en estos mismos lugares del Pacífico que ahora estamos atravesando.

Desde un puñado de islas verdes llegaban hasta él, con la brisa del mar, voces de mujeres y de niños que cantaban canciones provenzales.

—¿Tú — exclamó San Pedro —, Parecen canciones de Tarascón.

Jesús se volvió a medias.

—¿Pésimos cristianos, según creo, esos tarascosones?

—¡Oh, no lo creáis, Maestro! Se han acabado de nuevo con el tiempo — se apresuró a contestar el santo, temeroso de que a un signo de la divina mano la isla a la que se acercaban desapareciera bajo las olas.

Esta isla, como ya habrán adivinado ustedes, no era otra que Port-Tarascón, en la cual los habitantes, en honor de la Asunción, celebraban una procesión solemne.

—¿Y qué procesión, hermanos míos!

Abrieron la marcha todos los penitentes, azules, blancos, grises, de todos los colores, provistos de sus capmallas, que mezclaban el rítmico de sus notas de cristal y plata. Después de los penitentes, las cofradías de mujeres, vestidas de blanco y cubiertas de largos velos como las santas del paraíso, enviaban los viejos estandartes, tan altos que las figuras de los santos, con sus aureolas de oro y seda, parecían descender del cielo sobre la multitud. Venía después el Santo Sacramento, bajo el palio de terciopelo rojo y adornado con grandes penachos, y a continuación los niños del coro, que llevaban en el extremo de largos bastones dorados unas grandes linternas verdes, en las que ardía una pequeña llama. El pueblo, jóvenes y viejos, cerraba la comitiva, cantando y rezando a todo pulmón. La procesión marchaba alrededor de la isla, unas veces junto a la playa y otras en la falda o en la cima de las colinas, y los grandes oscuros, movidos por el viento, enviaban hacia el sol ligeras humedades azules.

San Pedro, deslumbrado, murmuró:

—¡Oh, qué hermoso!

Ni una palabra más, pues no confiaba ya en impresionar a su compañero después de tantas tentativas en vano; pero esta vez estaba encandorado.

El Hijo del hombre, tocado en lo más vivo por esta manifestación de ingenua fe, contemplaba las banderas de Port-Tarascón y pensaba, inmóvil sobre la espuma de las olas, en lo horrible e injusto de su misión de muerte.

De pronto, levantó su pávido y dulce rostro, y en el silencio del mar encandorado, con una fortísima voz que llenó el universo, gritó hacia el cielo:

—¡Padre, Padre, una prórroga!

Y a través del espacio, Padre e Hijo se comprendieron sin necesidad de nuevas palabras.

...
Había llegado a este punto de su relato el padre Batillat, y los oyentes, silenciosos, emancipados inmóviles en sus puestos, cuando de pronto, desde lo más alto del puente

—¡Tum-pam-pam, el capitán Scrapouchinat, señor!

La isla de Port-Tarascón a la vista, señor gobernador! Antes de una hora estaremos en rada.

Eufónicas todo el mundo se levantó y estalló en un júbilo inenarrable.

VI

—¡LLEGADA A PORT-TARASCÓN. — NADIE. — DES-
EMBARCO DE LAS MILICIAS. — "FARMA... BÉZU..."

—¡BRÁVIDA ESTABLECE EL CONTACTO. — TERRIBLE
CATÁSTROFE. — UN FARMACÉUTICO TATUADO.

—¿Qué es esto? ¿No hay nadie? — exclamó

Tartarin una vez calmado el escándalo de los primeros gritos de alegría.

Sin duda, el barco no había sido visto aún desde tierra.

Era menester anunciarse. Tres cañonazos retumbaron a lo largo de las dos islas de color verde oscuro, entre las que el buque acababa de penetrar.

Todos las miradas se habían vuelto hacia la orilla más cercana, que era una estrecha faja de arena, de muy pocos metros de extensión; más allá se veían unas montañas abruptas, cubiertas desde la cúspide al mar por una masa sombría de vegetación.

Cuando el eco de los cañonazos se extinguió, un gran silencio envolvió de nuevo las sinuosas islas. Ni un alma todavía. Y lo más inexplicable del caso era que no se veía ni el puerto, ni la ciudad, ni el fuerte, ni el muelle, ni los diques... ¿Nada!...

—Tartarin se volvió hacia Scrapouchinat, que daba ya las órdenes para arrojarse al ancla.

—¿Está usted seguro, capitán? — le preguntó.

El irascible marino respondió con una salva de juramentos.

—¿Que si estaba seguro, suerte perra! ¡Conocía, sin duda, su oficio, por todos los demonios! ¡Sabía muy bien conducir su nave!

Pascalón, vaya a buscarme el mapa de la isla, dijo Tartarin, sin perder la seriedad. Afortunadamente, poseía un mapa de la colonia, dibujado a una escala muy grande y en el que estaban minuciosamente detallados cabos, golfos, ríos, montañas y hasta el emplazamiento de los principales monumentos de la ciudad.

Lo desplegó rápidamente y Tartarin, rodeado de todos, se puso a estudiarlo, señalando con el dedo...

—Veamos... Aquí la isla de Port-Tarascón, la otra isla en frente, allá el promontorio, muy bien... A izquierda los arrecifes de coral, perfectamente... Pero, ¿y lo demás? ¿Qué se ha hecho del puerto, de la ciudad y de los habitantes?

Timidamente, tartamudeando un poco, Pascalón sugirió que quizá había en todo aquello una farsa de Bompard, a quien se conocía bien en Tarascón por sus bromas de todo género.

—Bompard tal vez — opinó Tartarin —, pero Bézouquet, un hombre tan prudente, tan serio... Pero, además, por muy fanático que se sea, no se escamotea así como así una ciudad, un puerto y un dique...

Con los anteojos de larga vista se divisaba en la costa algo así como una barraca, pero los arrecifes de coral no permitían al buque acercarse más, y a tal distancia todo se perdía en el verde oscuro del follaje.

Muy perplejos, los viajeros contemplaban el panorama. Estaban ya listos para el desembarco, con las maletas en la mano, y entre ellos la marquesa viuda de Aigueboulle, con sus esclavos.

El gobernador murmuraba, confundido:

—¿Es extraordinario!

Súbitamente, adoptó un aire de mando.

—¡Capitán! — ordenó —, ¡haga botar al agua la canoa grande! ¡Comandante Bravida, que la milicia forme inmediatamente en cubierta!

Mientras el clarín transmitía la orden, Tartarin, muy dueño de sí mismo, decía a las damas:

—No teman. Todo se explicará satisfactoriamente.

Y luego a los hombres que no bajaban a tierra.

—Dentro de una hora estaremos de vuelta. Acérquenos aquí. ¿Que nadie se mueva!

Desoyendo la orden de estar quietos, lo rodearon y repitieron su misma frase:

—Sí, señor gobernador; todo se arreglará satisfactoriamente.

En aquel momento, Tartarin les parecía inmenso.

Se trasladó a la canoa con su secretario Pascalón, su capellán el padre Batillat, Bravida, Tournatoire, Excourbanis y la milicia, todos armados hasta los dientes con sables, hachas, revólveres, carabinas, y sin olvidar el famoso vinclómetro de treinta y dos kilos.

A medida que se acercaban a la silenciosa orilla donde todo era quietud, se distinguía mejor un viejo puentecito de maderos y planchales, roído por el musgo y casi caído en el agua encharcada. Y era este el malecón por donde llegaron un día los indígenas para reducir triunfalmente a los pasajeros del "Faradale"...

¡Incrédible! Algo más lejos se veía una vieja barraca, con ventanitas de hierro cerradas y pintadas de rojo, que proyectaban un reflejo sangriento sobre el agua muerta. Tenía un techo de planchales rotos y mal ajustados.

En cuanto desembarcaron, los expedicionarios se dirigieron a ella apresuradamente. Una ruina por todas partes. Grandes trozos de cielo se veían a través del techo, y el piso, de maderas enmohecidas, cruja y se desgajaba. Enormes lagartos desaparecieron por las hendiduras, toda clase de bichos negros correteaban por las paredes, y sapos viscosos croaban en los rincones. Tartarin, que entró el primero, estuvo a punto de pisar una serpiente gruesa como el brazo. Y en el ambiente, un hedor de humedad y de hongo, que causaba hondo malestar.

Por los restos de algunos tabiques, todavía en pie, se deducía que la barraca había sido dividida en estrechos compartimientos, a modo de establos o de cabinas. Sobre uno de ellos se leía, en letras de un pie de alto, estas palabras: "FARMA... BÉZU..." El resto había desaparecido, devorado por la herrumbre, pero no era necesaria una gran sagacidad para adivinar que debía decir "Farmacia Bézouquet".

—Ahora me lo explico todo — dijo Tartarin —; esta zona de la isla era mala, y después de un ensayo de colonización han ido a instalarse al otro lado.

Luego, con voz resuelta, ordenó al comandante Bravida que a la cabeza de sus milicianos practicara un reconocimiento. Debería subir a la cima de la montaña, y desde allí, explorar la comarca; y vería seguramente el humo de las chimeneas de la ciudad.

—En cuanto establezca contacto con ellos, avisenos con una descarga de fusilería.

Tartarin quedaría a la espera, en el cuartel general, con su secretario, su capellán y otros personajes.

Bravida y el teniente Excourbanis organizaron sus hombres y se pusieron en marcha. Los milicianos avanzaron en buen orden, pero el terreno era empinado, y el suelo de un musgo viscoso y resbaladizo, hacía la marcha tan difícil que las filas no tardaron en dividirse.

Atravesaron un arroyo, a cuyas orillas había algunos vestigios de lavadero y varias palas olvidadas, pero todo verdusco, comido por el musgo voraz que lo invadía todo. Algo más lejos, las huellas de otra construcción, que parecía haber sido un fuerte.

El buen orden de los milicianos llegó a desaparecer definitivamente por la acción de centenares de hovos muy próximos entre sí y traicioneros ocultos con una vegetación de lianas y helechos.

Varios hombres hundieron en ellos con gran estrépito de armas y botines, poniendo en fuga, con su caída, a los grandes ligeros

que habían conocido con tanta abundancia en la barraca. Los hoyos, poco profundos, eran ligeras excavaciones, de medidas análogas y alineadas.

—Diríase que es un antiguo cementerio — dijo el teniente Excourbanis.

Le sugerían esta idea unas vagas apariciones de cruces, hechas con ramas entrelazadas, ahora ya reverdecidas y vueltas a la naturaleza, en forma de cepas silvestres. En todo caso, si era un cementerio había sido evacuado, porque no se veían rastros de esqueletos.

Después de una penosa escalada a través de espesos matorrales, llegaron por fin a la cima. Respirábase allí un aire más sano, renovado por la brisa y cargado de efluvios marinos. A lo lejos se extendía una gran llanura, tras de la cual la tierra descendía otra vez suavemente hacia el mar. La ciudad debía de estar por allí.

Un miliciano, extendiendo el dedo, mostró unas humedades, mientras Excourbanis gritaba en tono júbilo: «¡Escuchen... los tambores... la farándula!...»

No había lugar a dudas: era la vibración saltarina de un motivo farandulesco. Port-Tarascón acudía a su encuentro.

Divisábanse ya los habitantes, una multitud que surgía de la pendiente, a un extremo de la meseta.

—¡Alto! — ordenó de pronto Bravida — Parécen salvajes.

A la cabeza de la banda, delante de los tamborileros, danzaba un negro gigantesco y delgado, con jersey de marino y gafas azules, y que blandía un hacha de guerra. Estaban las dos fuerzas detentadas y se observaban a distancia, cuando Bravida soltó una carcajada:

—¡Esta sí que es buena! ¡Ah, farsante!... Y volviendo el sable a la vaina, abandonó a la tropa y echó a correr. Los milicianos le llamaban: «Comandante... comandante!», pero él no los escuchaba, seguía corriendo, y, creyendo dirigirse a Bompard, gritaba al acercarse al bailarín: «¡No me la pegas, querido!... ¡Demasiado salvaje y demasiada naturalidad!»

El otro continuaba el baile, dándole vueltas al arma, y, cuando el desventurado Bravida advirtió que tenía enfrente a un verdadero canaco, era demasiado tarde para evitar el golpe del rompecabezas, que le destruyó el casco de corcho, hizo saltar sus póbres y menudos sesos, y lo dejó tendido.

Al mismo tiempo estallaba un huracán de alaridos, flechas y balas. Al ver caer a su comandante, los milicianos hicieron fuego instintivamente, y en seguida huyeron, sin darse cuenta de que los salvajes huían también.

Desde el cuartel general, Tartarín oyó el fuego de fusilería.

—Ya han establecido contacto — dijo alegremente.

Pero su júbilo se tornó en estupor cuando vio volver a su pequeño ejército en retirada, saltando sobre la maleza, unos sin sombrero y otros sin zapatos, y profiriendo todos el mismo grito aterrador:

—¡Los salvajes... los salvajes!

Hubo un momento de pánico espantoso. La canoa se puso en marcha y se escapó a toda velocidad de sus remos. El gobernador corrió por la playa, clamando:

—¡Tengan sangre fría... sangre fría!

Y su voz, tan desfallecida como la de una gaviota acorralada, redoblaba el miedo de sus hearas.

El desorden del «álvease quien pueda» se prolongó por algunos instantes en la estrecha faja de arena, pero como no se sabía de qué lado huir, volvieron a reunirse todos. Como,

por otra parte, no se veía ningún salvaje, pudieron reconocerse, al fin, y cambiar impresiones.

—¿Y el comandante?

—Muerto.

Cuando Excourbanis hubo relatado la funesta equivocación de Bravida, Tartarín exclamó:

—¡Informadurdo Pileido! ¡Qué imprudencia la suya, en un país enemigo!

En seguida impartió la orden de apostar centinelas, que, una vez designados, se alejaron lentamente de dos en dos, absolutamente decididos a no separarse demasiado del grueso del ejército. Luego se celebró consejo, mientras Tournalet se ocupaba en palmar la hacha de un miliciano que había recibido una flecha envenenada y se hinchaba visiblemente de un modo extraordinario.

Tartarín tomó la palabra:

—Ante todo, evitemos la efusión de sangre.

Y para ello propuso enviar como parlamentario al padre Batillet con una palmar que agita de los brazos, a fin de saber lo que le proponía el enemigo y qué se había hecho de los primeros ocupantes de la isla.

El padre Batillet exclamó:

—¡Ah... vá... una palmar! Preferiría llevar su winchester de treinta y dos tiros.

—Pues bien; si el reverendo no quiere ir, iré yo mismo — repuso el gobernador —. De todas maneras, deseo que usted me acompañe, señor capellán, porque yo no sé bastante el papua...»

—Yo tampoco lo sé, señor gobernador.

—¿Cómo que no lo sabe?... Entonces, ¿qué me ha estado enseñando desde hace tres meses? Las lecciones que he aprendido durante la travesía, sé qué lengua es...

El padre Batillet, a fuer de buen tarascón, se zafó del compromiso, diciendo que él no sabía el papua de allí, sino el que se hablaba más abajo.

Durante la discusión se produjo un nuevo pánico. Sonaron tiros del lado de los centinelas, y de la profundidad del bosque surgió una voz desesperada, que gritaba en perfecto acento de Tarascón:

—¡No tiren, por todos los diablos! ¡No tiren!

Instantes después saltó brincando del mortal un ser extraño y repulsivo, un clown cubierto de tatuajes negros y bermellón, desde la cabeza a los pies. Era Bézouquet:

—¡Té, Bézouquet!

—¿Cómo te ha ido?...

—¿Qué has pasado?

—¿Dónde están los demás?

—¿Y la ciudad, el puerto y el dique?

—De la ciudad — respondió el farmacéutico mostrando la barraca en ruinas —, ahí está lo que resta. En cuanto a los habitantes, helos aquí — y se designaba a sí mismo —. Pero, ante todo, ¿chéme algo sobre el cuerpo para ocultar las abominaciones con que me han cubierto esos miserables.

En efecto, las fantasmas más inmundas de una imaginación salvaje en delirio le habían sido dibujadas en la piel con un punzón y tintes colorados.

Excourbanis le prestó su manto de grinde de primera clase y, después de haberse reconfortado con un trago de aguardiente, el infortunado Bézouquet comenzó un relato con el buen acento tarascón que no había perdido.

—Si ustedes se sorprendieron dolorosamente esta mañana al ver que la ciudad de Port-Tarascón no existía más que en el mapa, piensen lo que nosotros los del *Farandole* y el *Lucifer*, sentimos cuando...

—Disculpe que le interrumpa — dijo Tartarín viendo que los centinelas del bosque daban señales de inquietud —. Me parece más prudente que haga usted su relato a bordo. Aquí los canibales pueden sorprendernos.

—No hay cuidado. Los tiros los han puesto en fuga. Abandonaron la isla, y yo me he aprovechado de ello para evadirme.

Tartarín insistió. Prefería la información de Bézouquet a bordo, ante todo el Consejo reunido. La situación era demasiado grave. Tiraron de los cabos para atraer la canoa, que desde el momento de los sucesos se mantuvo a prudente distancia, y regresaron al buque, donde se les esperaba con angustia por saber el resultado del primer reconocimiento.

VII

CONTINUÉ. BÉZOUQUET. — ¿ES UN IMPOSTOR EL DUQUE DE MIONS? — EL ABOGADO BRANQUET-BALME. — «VERUM ENIM VERO.» — UN PLEBESITO. — EL «TUTU-PANPAN» SE VA.

En un salón del *Tutu-panpan*, Bézouquet relató la sinuosa odisea de los primeros ocupantes de Port-Tarascón, ante el Consejo de la isla, en el que figuraban los decanos, el gobernador, los directores, los grandes de primera y de segunda clase, y el capitán Serpouchinat y sus oficiales. Arriba, en cubierta, los pasajeros, febriles de impaciencia y de curiosidad, sólo oían el rónico rumor de las palabras del farmacéutico y las violentas interrupciones de sus oyentes.

Apenas verificado el embarque, y cuando el *Farandole* acababa de dejar el puerto de Marsella, Bompard, gobernador interino jefe de la expedición, se sintió bruscamente acometido por un mal extraño, de índole contagiosa, según él, y se zafó de la barra, alegando unas dolencias. Bézouquet, jefe Bompard! Diríase que adivinaba cuanto les iba a ocurrir allí, en la colonia.

En Suez encontraron al *Lucifer* en tal mal estado para continuar el viaje, que fue necesario transbordar carga y pasaje al *Farandole*, excesivamente cargado ya.

¿Cómo sufrieron por el calor en el malibabaje! En cubierta, se asaban al sol, y bajaban a las cámaras se asfixiaban en el apretujamiento.

Por eso, al llegar a Port-Tarascón, y a pesar de la decepción de no encontrar a nadie en la ciudad, ni puerto, ni en ninguna clase, sentíase tal necesidad de expansión y desahogo, que el desembarco en la isla desierta significó un alivio, una suprema alegría. El notario Canaballette, jefe del catastro, los había divertido mucho con su canción humorística sobre el catastrófico. En seguida, se impusieron las reflexiones serias.

Decidimos entonces — siguió Bézouquet — enviar el barco a Sydney, para traer materiales de construcción y transmisibles de la legación desahogada, que seguramente recibirán.

De todas partes llovieron preguntas.

—¿Un telegrama desesperado?

—¿Qué telegrama?

—No recibimos ningún telegrama.

La voz de Tartarín dominó el tumulto.

—En lo que se refiere a telegramas, cuando Bézouquet, sólo recibimos uno en el que nos explicaba la espléndida recepción que nos habían dispensado los indígenas y el *dénu* cantado en la catedral.

Los ojos del farmacéutico se dilataron en estupor.

—¿Un *Tadénu* en la catedral! ¿Qué es dral?

—Todo se explicará... Continúe, Fermado — dijo Tartarín.

—Está bien, continuaré — respondió Bézouquet.

Su relato se hacía cada vez más lógico.

Los colonos pusieron manos a la obra.

Secretos del perfume

Arma invisible y sutil, el perfume debe envolver a la mujer como si fuera el aroma de su alma.

Loción Origan de Preal, es la quintaesencia de la femineidad, que ayuda en forma casi imperceptible a conservar un corazón ya conquistado a o apoderarse de otro que se muestra lejano e inaccesible...

Loción Origan de Preal acaricia los sentidos con su fragancia exquisita y cautivadora.

En farmacias, tiendas y perfumerías.
Camauér y Cia. - Soc. de Resp. Ltda.

Capital \$ 100.000 —
REPRESENTANTE:

Inclán 2839/47

PARAGUAY: Vicente Scarone y Cia. - Palma 224-26 - Asunción.

Buenos Aires



EXTRACTO
Y LOCION

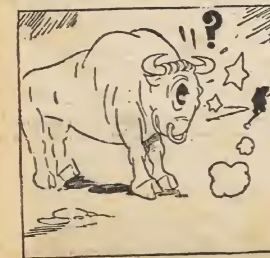
Origan de PREAL

(Destaca su personalidad)

PANCHO SOMBRERO

QUEDARON A MANO

por TOONDER



llemente. Dueños de abundantes instrumentos agrícolas, se dedicaron a destrozar la tierra, pero era de calidad tan execrable, que nada producía. Luego vinieron las lluvias.

Un grito del auditorio interrumpió al orador:

—¿Cómo! ¿Llueve en la isla?
—¡Que sí llueve!... Más que en Lyon, más que en Suiza. Diez meses al año sin interrupción.

Las lluvias produjeron una consternación general. Las miradas se volvieron hacia los ojos de bucy, a través de los que se divisaban espesas brumas y grandes nubes humanas inmóviles, sobre el verdoso oscuro de la costa.

—Continúe, Fernando — dijo Tartarin.

Y Bézouquet continuó.
Con las lluvias-perpetuas, las aguas estancadas, las fiebres y la malaria, el cementerio no tardó en ser inaugurado. A las enfermedades se agregaban el ahurrimiento y la nostalgia. Los más fuertes no tenían siquiera energías para trabajar, que a tal punto se reblanqueaba el cuerpo en aquel clima húmedísimo.

Se alimentaban de conservas, y también de lagartos y serpientes, que traían los papuas acampados al otro lado de la isla, y quienes, con el pretexto de vender el producto de la pesca y la caza, se distraían ladinamente en la colonia, sin que nadie desconfiara de ellos.

Y así, una noche los salvajes invadieron las barracas, penetrando como diablos por puertas, ventanas y agujeros de los techos, se apoderaron de las armas, nataron a cuantos intentaron oponer resistencia y se llevaron los supervivientes a su campamento.

Durante un mes hubo una serie interminable de horribles festines. Los prisioneros eran abatidos con los rompecabezas, puestos a asar sobre piedras, como lechones, y devorados por los canibales.

El grito de horror lanzado por el Consejo transmitió un escalofrío hasta la cubierta, y el gobernador tuvo apenas fuerzas para murmurar aún:

—Continúe, Fernando.

El farmacéutico había visto desaparecer de esta manera, uno por uno, a todos sus compañeros, entre ellos al dulce padre Vezole, sonriente y resignado, que dijo: "Bendito sea Dios!" hasta el fin; y al notario Canballeite, el festivo jefe del catastro, que no perdió las ganas de reír ni siquiera en la parrilla.

Y los monstruos me obligaron a comer un trozo del pobre Canballeite! — agregó Bézouquet, estremecido por el recuerdo.

En el silencio que siguió, el bilioso Costecalde, amarillo de rabia, convulsa la boca, se encará con el gobernador:

—Sin embargo, usted nos dijo y usted escribió e hizo escribir que no había antropófagos.

Y como el gobernador abrumado, bajara la cabeza, Bézouquet agregó:

—¿Que no hay antropófagos! ¡Pero si lo son todos! No conocen mayor placer que la carne humana, sobre todo la nuestra, la de los blancos de Tarascón, a tal punto que tras de comerse a los vivos pasaron a los muertos. ¿Han visto ustedes el cementerio? No queda allí nada, ni un hueso; lo limpian del todo y lo rebanaron como nosotros los platos cuando hay una buena sopa o nos sirven una ración de aioli.

—Si es así, Bézouquet — preguntó un grande de primera clase, ¿cómo le han perdonado a usted?

El farmacéutico alegó que el vivir entre los ácidos y el frecuente manejo de los productos farmacéuticos, la menta, el árnica, el arsénico y la ipecacuana, habían dado a su carne, a la larga, un cierto gusto de herbáceas que tal vez no les gustaba; o acaso,

precisamente por su sabor a farmacia, lo hubiesen conservado como un manjar especial. El relato había terminado.

—Bueno, ¿qué vamos a hacer ahora? — preguntó el marqués de Esparracón — inquirió Scrapouchinat con voz urdaña. Supongo que no pensarán quedarse aquí toda la vida. Se oyeron gritos a granel.

—¡Oh, no!... ¿qué haríamos aquí?... ¿Para qué queremos saber más?...

—Aunque a mí me pagaron sólo por traerlos — continuó el capitán —, estoy dispuesto a repartir a cuantos lo deseen.

En aquel instante todos los defectos de su carácter le fueron perdonados. Los emigrantes se olvidaron de que habían sido para él unos "monos verdes", buenos únicamente para ser fusilados. Lo rodearon y lo felicitaron, con las más tendidas hacia él. Dominando el bullicio, la voz de Tartarin se hizo oír bruscamente, con un tono de gran dignidad:

—Ustedes, señores, harán lo que les parezca. En cuanto a mí, me quedo. Tengo mis deberes de gobernador, y es preciso que los cumpla.

Scrapouchinat vociferó:

—¿Gobernador de qué, si no hay aquí nada que gobernar?

Y otros:

—El capitán tiene razón. Puesto que no hay nada...

Tartarin, impávido, agregó:

—El duque de Mons tiene mi palabra, señores.

—Es un granuja vuestro duque de Mons — dijo Bézouquet —. Siempre lo supuse, aun antes de tener la prueba.

—¿A qué prueba se refiere? ¿Dónde está? —
—¡No la tengo en el bolsillo! — Y con un poderoso ademán, el farmacéutico se ajustó el manto de grande de primera clase que cubría su tatuada desnudez. — Lo que puedo asegurarle es que Bonpard, agonizante, me dijo al ser desembarcado del *Farandole*: "Desconfíe del belga; es un farsante". Si hubiera podido hablar me hubiera contado algo más, pero la enfermedad lo había dejado sin fuerzas.

—¿Qué mejor prueba, por otra parte, que esta misma isla infecunda y malsana, a donde el duque lo había enviado para colonizar, y los falsos telegramas recibidos?

Una gran nerviosidad se apoderó del Consejo. Todos hablaban a la vez para aprobar las declaraciones de Bézouquet y cubrir al duque de maldiciones y epítetos: "mentrums, farsante, belga ruin..."

Tartarin, heroico, hacía frente a todos:

—¡Hasta que posea una prueba en contrario yo reservo mi opinión sobre el señor de Mons...

—Nuestra opinión ya está formada: ¡es un ladrón!

—Puede haber sido un imprudente, un mal aconsejado tal vez...

—No lo defienda. Si lo pillamos algún día le daremos un buen remojón.

—Señores, ratifico mi actitud: por el nombre gobernador de Port-Tarascón, en Port-Tarascón me quedará.

—¿Qué dese solo, entonces.

—Pues bien, solo, si ustedes me abandonan. Déjenme algunos instrumentos de trabajo.

—Pero si ya le he dicho que la tierra no produce nada — le gritó Bézouquet.

—Tal vez cultivásteis mal, Fernando.

Ante esta obstinación, Scrapouchinat se enfureció y golpeó la mesa del Consejo con el puño:

—¡Está loco! ¡No sé qué me impide varlo a la fuerza, y si se resiste, fusilarlo con un mono verde!

—¡Hágalo si se atreve, por los clavos de Cristo!

Resolando de cólera, y con un gesto amezador, el padre Bataillet se erguía al lado de Tartarin. Hubo un cambio de invectivas y de locuciones tarasconesas, como si la triflúca se ventilara en uno de los lugares más típicos de la Provenza.

Dios sabe cómo habría terminado el incidente si la intervención del abogado Branguehalmé, director de justicia.

Era el tal Branguehalmé un abogado de gran competencia y muy fecundo en alegatos llenos de considerandos y resultandos, con los cuales contraría discursos inobjektibles, cimentados a la romana y sólidos como el acuclucado del Gard. Prototipo del *bono sapiens* latino y airorizado de elocuencia y lógica cicronianas, decía siempre por el *verum enim vero*, el *por qué* y el *para qué* de todo. Aprovechó un momento de calma para tomar la palabra y, en largos y bellos períodos interminables, propuso un plebiscito.

Los emigrantes votarían sí o no; por una parte, los que quisieran quedarse, se quedarían en Port-Tarascon; por otra, los que desearan irse se irían en el *Tutu-panpan*, después de que los carpinteros de la bordo hubieran reconstruido la baraca y el fuerte.

La decisión de Branguehalmé fue aceptada por unanimidad e inmediatamente se hicieron los preparativos para la votación.

En cubierta y en los camarotes hubo una gran agitación al recibirse la noticia del plebiscito. No se oían más que lamentos y gemidos. Los pobres gentes que habían invertido todos sus ahorros en la compra de las famosas hectáreas iban a perderlo todo, a renunciar a las tierras que habían pagado y a sus esperanzas de colonización? Razonos intersejados los impulsaban a quedarse, pero una simple mirada al siniestro paisaje de la isla los sumía en la duda. La baraca en ruinas, el verdor oscuro y húmedo, detrás del cual se imaginaban el desierto de los mabales, con la perspectiva de ser devorados como Camibales, que se grababan un cuadro nada alentador que provocaba los más encendidos deseos de volver a la Provenza, tan imprudentemente abandonada.

La multitud de emigrantes recorría el buque con un vaivén de hormiguero devastado. La vieja marquesa de Aigueboulde eramba por cubiertas, se abandonaba su escaletillas y su corona. En medio del rumor de las discusiones que precedían al plebiscito, no se oía otra cosa que feroces denuestos contra el belga, el puerco del belga. ¡Ah, ya no era el señor duque de Mons, sino el puerco del belga! Se le llamaba así blandiendo el puño y apretando los dientes.

A pesar de todo, de un millar de tarasconeses, seiscientos cincuenta votaron por quedarse con Tartarin. Importa decir que la mayor parte eran los altos dignatarios, a los que el gobernador había prometido respetar sus funciones y sus títulos.

Nuevas discusiones suscitó la partición de los ríveres entre los que se iban y los que se quedaban.

—¿Vosotros podáis reabastecer en Sydney? —decían los de la isla a los del navío.

—¿Ustedes pueden cazar y pescar? —respondían éstos—. ¿Para qué quieren tantas conservas?

La Tarasca dijo motivo también a terribles debates. ¿Regresaría a Tarascón? ¿Debía quedarse en la colonia?

La disputa fue muy acalorada. Varias veces Chapouchinat amenazó al padre Bataillet con decirlo todo por las armas.

Para mantener la paz, el abogado Branguehalmé tuvo que emplear nuevamente todos los recursos de su sabiduría de Néstor y movilizar los juiciosos *verum enim vero*. Costóle gran trabajo, sin embargo, llevar la calma a los escríptos, sobreescitados traicionariamente por el hijo de Excourbanis, que no hacía otra cosa que fomenar la discordia.

Vellado vocinglorio, fiel a su divisa

A TODO HOMBRE INTERESA

Los Métodos Naturistas BIER y KUHNE (Neuma-Hidropático) combinados, para combatir el INFANTILISMO GENESICO y Desarrollar y Regenerar el VIGOR MASCULINO, sin droga alguna, con 15 años de constantes éxitos, el cual fue Potenciado por el SUPREMO GOBIERNO DE LA NACION ARGENTINA por Decreto del 30 de noviembre de 1926, B. N. 26.243.

GRATIS Remitimos el librito explicativo de 82 páginas, en sobre cerrado y un membrete, a quien lo solicite, acompañando únicamente \$ 0.30 por franquicia.

CASA "L. P. CIDEX" - CALLE ESPARTACO N° 904 (Suc. 6) - BUENOS AIRES

de *Fen dé brut!* (Hagamos bulla), el teniente de la milicia era tan del Mediodía que casi llegaba a negro, y era negro, no sólo por la oscuridad de su piel y lo ensortijado de su cabello, sino también por su cobardía y su espíritu adulator. Bailaba el agua a los más fuertes, al capitán Scrapouchinat, rodeado de su gente, a bordo, y a Tartarin en medio de la milicia, en tierra. A más de uno de ellos echaba de modo diferente las razones que le decidían a optar por Port-Tarascon. A Scrapouchinat le decía:

—Me quedo en la isla porque mi mujer va a dar luz, lo sé...

Y a Tartarin:

—Por nada del mundo haría otro viaje con ese ostromado.

Al fin, entre tiras y aflojas, se hizo la partición. La Tarasca quedaría con los del barco, a cambio de un cañón y una chalupa.

Tartarin había conseguido, pieza a pieza, víveres, armas y cajas de herramientas.

Durante varios días hubo un constante ajetreo de botes cargados de millares de artículos, fusiles, conservas, cajas de armas, cajas de y bicochicos, provisiones de pasteles de golondrina y *pains-poires*, etc., etc.

Al mismo tiempo, el hacha sonaba en el bosque, donde se trabajaba activamente para reconstruir la baraca y el fuerte. Los toques de tambor se mezclaban con el ruido de las picetas sobre los maderos. De entre ellos los milicianos armados protegían a los obreros con un posible ataque de los salvajes, y por la noche acampaban en la playa, en torno al vivac. "Para ejercitarse en el servicio de campaña", decía Tartarin.

Cuando todo estuvo listo, se despidieron con alguna triztez. Los viajeros se sentían algo celosos de los colonos a los que decían con un tonillo de burla:

—Si la cosa marcha, escribannos, que volvemos.

—Por otra parte, pese a su aparente confianza, muchos colonos habían preferido hallarse a bordo.

Al levar el ancla, el buque disparó una salva, a la que contestó el cañón de los colonos, servido por el padre Bataillet, mientras Excourbanis tocaba con el clarinete "Buen viaje, querido Dumollet".

Cuando el *Tutu-panpan* hubo doblado el promontorio y desapareció definitivamente, muchos ojos que siguieron su marcha desde la orilla se empañaron de lágrimas y la rada lo Port-Tarascon se hizo repentinamente inmensa.

LIBRO SEGUNDO

I

MEMORIAS DE PORT-TARASCON

DIARIO REDACTADO

POR EL SECRETARIO PASCALÓN

DOMINE SE DESCRIBE TODO LO QUE SE VIJO Y SE INZO EN LA COLONIA LIBRE BAJO EL GOBIERNO DE TARTARIN.

20 de septiembre de 1881. — Propóngome relatar en estas páginas los principales sucesos de la colonia.

Será una ardua tarea, dadas las muchas responsabilidades de que estoy investido. Soy director de la secretaría, copiosísima en papelu-

chos administrativos, y además, en los ratos de ocio, garabato a toda prisa algunos versos provenzales, pues debí evitar que las funciones oficiales nacieran. Felibre (1) que hay en mi.

Trataré, sin embargo, de hacerlo lo mejor posible, y creo que será curioso, algún día, leer los comienzos de la historia de un gran pueblo. No he hablado a nadie de este trabajo, ni siquiera al gobernador.

Delo subvray ante todo el favorable cariz que han tomado los acontecimientos desde que partió el *Tutu-panpan*, hace ocho días. Ya tenemos nuestra casa. La bandera de Port-Tarascon, que exhibe la Tarasca sobre un fondo de los colores franceses, ondea en lo más alto del fuerte.

Aquí, en el fuerte, he fijado su residencia el gobierno, es decir, nuestro Tartarin, los directores y las oficinas. Los directores oficiales, como yo, M. Tournaire, director de Higiene y el padre Bataillet, comandante supremo de la artillería y de la armada, estamos alojados en el gobierno y cenamos con Tartarin. Los señores Costecade y Excourbanis, que son casados, comen y duermen en la ciudad.

Aquí llamamos "la ciudad" al fuerte, que es la que los carpinteros del *Tutu-panpan* repararon e hicieron habitable. Alrededor de ella se ha trazado un paseo, al que se ha dado pomposamente el nombre de Paseo de Circunvalación, como en Tarascón. Nos hemos acostumbrado ya. Solemos decir: "Esta noche iremos a la ciudad", y al que usted a la ciudad esta mañana? ¿Si fuéramos a la ciudad? La cosa nos parece naturalísima.

El fuerte está separado de la ciudad por un arroyo que llamamos el Pequeño Róballo. Desde mi despacho, cuando la ventana está abierta, oigo el palar de las lavanderas, arrrolladas a la orilla del río, y sus cantos, sus gritos y su charla provenzal. En la colonia, me hacen pensar que estoy aún en el terruño.

Una sola cosa entenebrece mi alojamiento en el gobierno: el polvorín. Nos han dejado una gran cantidad de pólvora que ha sido colocada en el subuelo, con provisiones de diversa índole: ajos, conservas, líquidos y reservas de armas, instrumentos, herramientas, etc. Todo está cuidadosamente guardado bajo llave, es verdad, pero sólo de pensar que hay allí, bajo mis plantas, tal cantidad de combustibles y explosivos, se me pone la carne de gallina, sobre todo de noche.

25 de septiembre. — Ayer, la señora de Excourbanis ha dado felizmente a luz un hermoso niño, primer ciudadano inscrito en el registro civil de Port-Tarascon. Fue bautizado solemnemente en Santa Marta de las Palmeras, nuestra pequeña iglesia provisional, hecha de bambúes y hojas grandes.

Estoy muy orgulloso de haber sido el padrino y de haber tenido a mi lado, como madrina, a la señorita Clorinda de Espazettes, quizá demasiado alta para mí, pero tan linda y tan bondadosa, que los rayos de luz que se filtraban a través del enrejado de bambúes y las hojas allí ajustadas del techo!

Toda la ciudad ha estado presente. Nuestro buen gobernador ha pronunciado algunas palabras que nos han conmovido, y el padre Bataillet ha contado una de sus más bellas leyendas.

(1) Felibre, célebre poeta provenzal.

Caso raro



—En mi huerta no crece nada. ¿Creo que habré plantado las semillas al revés?

das. Fueron suspendidos los trabajos, como en un día de fiesta. Después del bautizo, dimos unas vueltas por el Paseo de Circunvalación. Estábamos muy contentos y nos parecía que el recién nacido había traído esperanza y ventura a la colonia. El gobierno hizo distribuir doble ración de arroz y *patis-patis*, y en todas las mesas, por la noche, humeó un plato extra. Nosotros pusimos a asar un puerco espín cazado por el marqués, que es el primer tirador de la isla, después de Tartarín.

Terminada la comida, quedé solo con mi buen jefe, y, como le viera muy afectuoso y paternal, me atreví a revelarle mi amor por la señorita Glorinda. Soudré me dijo que la conocía bien, y con palabras alentadoras me prometió que haría todo lo posible en mi favor.

Desgraciadamente, la marquesa es una Escudelle de Lambesc, muy orgullosa de su origen, y yo un empeludado. De buena familia, desde luego, y sin duda que se nos pueda reprochar, pero de vida muy modesta. Están también en contra mía mi timidez y un ligero tartarindismo. He mejorado algo de estos defectos porque me dan mucha firmeza mis altas funciones. ¡No es frecuente que a mi edad se ejerza la dirección de una secretaría de tal jerarquía!

¡Ah, si no hubiera nada de que el marqués! Él es un bonachón a quien no importa otra cosa que la caza. Es el receptor de la marquesa, que es casi siempre a vueltas con sus escudos y su aboleño. Para dar una idea del orgullo de esa mujer, recordaré que la gente de la ciudad se reúne por la noche en la sala común. Reina un ambiente amable. Las señoras hacen ganchillo y los hombres juegan a los naipes. Pues bien, la marquesa de Espazettes, demasiado altiva, permanece con sus hijas en su pieza, que es de tan exiguas proporciones, que cuando quieren cambiar de ropa, han de hacerlo una detrás de otra. La ilustre dama prefiere pasar las veladas allí, recibir las visitas y ofrecer a sus invitados, que no saben dónde sentarse, infusiones de tilo o manzanilla, a tener que mezclarse con los demás, por un santo horror a la abominable *rafatilla*. No es por hablar mal... En fin, a pesar de todo, no pierdo las esperanzas.

29 de septiembre. — Ayer, el gobernador bajó a la ciudad. Me prometió que hablaría de mi asunto y que al volver tal vez me diría algo. ¡Se supondrá la impaciencia con que lo esperaba! Pero, a la vuelta, no me ha dicho una sola palabra.

Durante el almuerzo le noté nervioso, y en la conversación con su capellán, se le escapó

esta expresión: "Creo que en Port-Tarsacón debiera haber un poco más de gentuza". Como la señora Espazettes de Lambesc tiene frecuentemente esta palabra despectiva en los labios, supuse que la había visto y que mi perición no había sido bien recibida, pero no pude saber la verdad, porque el gobernador se puso a hablar en seguida del informe del director Costecalde acerca de los cultivos.

Era desastroso. Los ensayos habían resultado infructuosos: ni el maíz, ni el trigo, ni las papas, ni las zanahorias germinaban debidamente. Falta de abonos, falta de sol, exceso de agua, un subsuelo impermeable; las simientes se ahogan. En suma, lo que había anunciado Bézucquet, y más siniestro todavía.

— Es justo declarar que el director de los cultivos trató paladeradamente a mi juicio, de exponer la realidad y de exponer bajo los más lúgubres aspectos. ¡Mal sujeto este Costecalde! Está siempre celoso de la gloria de Tartarín, y siente por él un odio disimulado.

El reverendo padre Bataillet, que no tiene pelos en la lengua, pidió lástima y llanamente su destitución, pero el gobernador le contestó con su argumento preferido y su moderación habitual.

— Nada de apresuramientos.

Luego, después de comer, entró en el despacho de Costecalde y le habló como siempre, con total calma:

— ¡Y bien, señor director, ¿esos cultivos?

— El otro consejo sin morirse sin asperza:

— ¡Y he elevado mi informe al señor gobernador.

— Vamos, vamos, Costecalde; es bastante severo su informe.

Costecalde se puso livido.

— ¿Que quiere que le haga? Es como es, y si ello le molesta...

Si mi sueno revela insolencia, pero Tartarín se reprimió porque había gente alrededor.

— Costecalde — dijo suavemente, pero con dos chispas en sus ojos grises —. Cuando estemos solos le diré dos palabras.

Era terrible. Sentí que el sudor me corría por la frente.

30 de septiembre. — Ocurrió como me lo imaginaba: mi petición ha sido rechazada por los Espazettes de Lambesc. Soy de origen demasiado humilde. Se me consiente ir a visitarlos como de ordinario, pero nada debo esperar.

¿Qué esperan ellos, a su vez? Son los únicos nobles de la colonia. ¿A quién piensan entregar su hija? ¡Ah, señor marqués, qué mal se porta usted conmigo!

Triste situación la mía! ¿Qué partido tomaré? Glorinda me ama, me consta, pero es demasiado honesta para fugarse con un hombre e irse a casar a cualquier país lejano. Y, además, no hay posibilidad alguna, porque estamos en una isla sin comunicaciones con el exterior.

Me explicaría la negativa si sólo fuera yo un meritorio de fatamaca, como antes. Pero hoy, con mi posición, mi porvenir...

¿Cuántas se considerarían felices con mi petición! Sin ir más lejos, esta pequeña Branquebalme, buena artista, que toca el piano y enseña a sus hermanas, podría conseguirla con sólo levantar un dedo, y sus padres estarían encantados.

¡Oh, Glorinda, Glorinda! (Han terminado los días de ventura!) Y, por si fuera poco, llueve desde esta mañana. La lluvia sin cesar, angustia y poniendo un velo gris sobre las cosas.

Bézucquet no nos engaña. Lluve en Port-Tarsacón, y cómo llueve!... La lluvia nos envuelve y nos encierra como en una jaula de cigarras. No hay horizontes. Lluvia, sólo lluvia. Inunda la tierra y agota el agua que meceva a las flores que cae con otra que surge de sus olas y de su espuma.

3 de octubre. — La observación del gobernador era justa; no hace falta un poco más de poble. Sin tantos cuarteles hidalgos y algunos

grandes dignatarios menos, con algunos plomeros, albañiles y carpinteros más, la colonia iría mucho mejor.

Esta noche, con la lluvia interminable y esas trombas irresistibles de agua, el techo de la casa se ha hundido y se ha inundado la residencia del gobierno.

Las reparticiones públicas se achacan la responsabilidad mutuamente. La dirección de agricultura dice que el asunto compete a la secretaría; la secretaría sostiene que es una cuestión que afecta a la dirección de higiene; y ésta ha remitido los danificados a la marina, porque, según dice, se trata de trabajos de defensa que están dentro de su especialidad.

En la ciudad atribuyen la falta al Estado de cosas y no hubo forma de disuadirlos.

Mientras, las grietas se ensanchaban. El agua caía a torrentes del techo, y en las cabinas no se veía otra cosa que gentes mojadas y furiosas, con los paraguas abiertos, que gritaban y acusaban duramente al gobierno.

¡Fortunadamente, nos faltan paraguas! En nuestra petición de objetos para los salvajes, incluimos una gran cantidad, casi tantos como collares para perros.

Para terminar con la inundación, diré que la joven Alric, doncella de la señorita Tourmatore, ha escalado el techo y ha clavado una plancha de zinc, solicitada a la administración. El gobierno me encargó que le escribiera una carta felicitándole cordialmente.

Si hago constar aquí el incidente es por que me ha dado ocasión de descubrir la falla de la colonia.

Administración excelente, celosa, tal vez algo complicada y muy francesa, pero para colonos zar faltan energías: hay más papeletes que brazos.

Me ha sorprendido también una cosa, y es que cada uno de nuestros grandes funcionarios está encargado de tareas para las cuales no tiene la menor aptitud. Ahí está el amero Costecalde, que se ha pasado la vida entre pistolas y ánima de caa y que ahora dirige los trabajos agrícolas. Escourbanks no tenía vital en la fabricación de salchichones de Arlés, y ahora, por causa del accidente de Bravida, lo tenemos de director de guerra y jefe de las milicias. Y el padre Bataillet tiene a su cargo la artillería y la marina, quizá por su espíritu beato, cuando lo que en realidad le cumple es decir misa y contar historias.

En la ciudad, otro tanto. Tenemos una porción de excelentes personas, pequeños rentistas, almaceneros, panaderos y comerciantes, que se han hecho propietarios de hectáreas de tierra y que no saben qué hacer con ellas, pues carecen de la menor noción de agricultura. El gobierno únicamente el gobernador sabe lo que tiene entre manos.

¡Oh, lo sabe todo, lo ha visto todo, lo ha leído todo, y obra con una claridad y una rapidez verdaderamente asombrosas! Desgraciadamente, es demasiado bueno y no quiere crecer en el mal; ¡imagínese que aun tiene una buena opinión de sí mismo, en este emporio del duque de Mons! Confía en que ha de verle llegar con colonos y provisiones, y todos los días, cuando entro en su cuarto, lo primero que me pregunta es:

— ¿Algun navío a la vista, Pascalón?

¡Pensar que un hombre tan bondadoso y tan excelente gobernador tiene esos malos hábitos envenenados ya. El lo sabe y se rie.

— Es natural que me odien — me dice — porque yo soy el Estado de cosas.

8 de octubre. — Me pasó la mañana redactando el cuadro estadístico que acompaño. Es un documento sobre el origen de la colonia, temático al menos el interés de haber sido hecho por algunos fundadores, por un obrero de primera hora.

Enfrente a cada nombre, he puesto una nota a fin de recordar quienes están en pro o en contra del gobierno. No figuran en esta lista las mujeres ni los niños, puesto que no tienen derecho al voto.

COLONIA DE PORT-TARASCON

CUADRO DEMOGRAFICO

Nombres	Títulos y dignidades	Observaciones
S. E. Tartarin	Gobernador, Gran Cordón de la Orden	
Toussaint, Pascal (Pasción)	Director de la Secretaría, Grande de 2ª clase.	Excelente, me atrevo a afirmarlo.
R. P. Baraillet	Director de la Artillería y de la Marina, capellán del Gobernador y grande de 1ª clase.	Pienso bien, pero muy exaltado.
Excourbiánés, Spiridión	Director de Guerra, jefe de las milicias y del orfeón, grande de 1ª clase.	En observación.
Dr. Tournatoire	Director de Higiene, médico jefe de la colonia, grande de 1ª clase.	Excelente.
Costecalde, Fabio	Director de Agricultura, grande de 1ª clase.	Excecrable.
Branquebaine, Cicerón	Director de Justicia, grande de 1ª clase.	Muy bueno, pero fastidioso.
Torquebiau, Mario	Subdirector de la Secretaría, grande de 2ª clase.	Bueno.
Bézuquet, Fernando	Subdirector de Higiene, médico adjunto y farmacéutico de la colonia.	Bueno.
Guloffre	Sicristán y guardia de artillería.	Muy bueno.
Rafinibaud, Antonín	Agregado a los servicios de Agricultura.	Muy malo.
Birban, Síncea	Agregado a los servicios de Agricultura.	id.
Marqués de Espazettes	Teniente de la milicia.	id.
Baunneville, Dosíreo	id.	id.
Caussemille, Timoteo	id.	id.
Escaras	id.	id.
Baroffor, Alfonso	id.	Dudoso.
Rabinat, (marino)	id.	Bueno.
Coudognan id.	id.	Dudoso.
Roumings id.	id.	id.
Douladour id.	id.	Bueno.
Miégevillie id.	id.	id.
Mainfort id.	id.	id.
Bousquet id.	id.	id.
Lafranque id.	id.	id.
Taversière id.	id.	id.
Bouffartigue, Nerón	Pastelero.	id.
Perrus	Cafetero.	Muy malo.
Rebuffat	Confitero.	Bueno.
Berdoular, Marcos	Tambor.	id.
Fourcade	Clarín.	id.
Bécoulet	Miliciano.	Malo.
Bezanet	id.	Dudoso.
Mallos	id.	Bueno.
Cassargue	id.	Muy malo.
Bouillargue	id.	id.
Habidos	id.	Bueno.
Trouhais	id.	id.
Reyrangrade	id.	id.
Tolozan	id.	id.
Margouty	id.	Dudoso.
Prou	id.	id.
Trouche	id.	Bueno.
Seve	id.	Dudoso
Sorgue	id.	Bueno.
Cade	id.	Muy bueno.
Puech	id.	id.
Bosc	id.	Bueno.
Jouve	id.	id.
Truphénus	id.	Bueno.
Roquetaillade	id.	Excecrable.
Barbusse	id.	id.
Barbovin	id.	Malo.
Rougnonas	id.	Muy bueno.
Sincine	id.	id.
Sauze	id.	Bueno.
Roure	id.	id.
Barclial	id.	id.
Merinjane	id.	Dudoso.
Ventebren	id.	Bueno.
Gayot	id.	Malo.
Marco-Aurele	id.	Muy bueno.
Cop-de-Mer	Orfeonista	Bueno.
Ponge (mayor)	id.	id.
Gargas	id.	id.
Lapalud	id.	id.
Bezouge	id.	id.
Ponge (menor)	id.	Malo.
Cheral	id.	Bueno.
Mezoule	Cazador.	id.
Dustalet	id.	id.
Terron (M. A.J)	id.	id.

ro de octubre. — El marqués de Espazettes y otros hábiles tiradores, que no han podido salir por causa de la lluvia, resolvieron instalar una

serie de blancos con latas vacías de arñ, ardinas y otras conservas, y se han pasado todo el día disparando desde las ventanas.

AHORA ES EL MOMENTO!

Cómo aprender Radio, Construcción, Cine Sonoro, Electricidad, Aviación, Contabilidad, Mecánica, Diesel, Caucho, Motores Explosión, Dibujos, etcétera. GRATIS pida folletos A. Ward.

Sgo. DEL ESTERO 1519 - Bs. As.

Nuestros viejos cazadores de gorras, en vista de que las gorras son ahora difíciles de renovar, se han convertido en cazadores de conservas. Excelente ejercicio, en verdad, mas como Costecalde consiguiera persuadir al gobernador de que ocasionaba un excesivo derroche de pólvora, se dictó un decreto, que ya ha aparecido, por el cual se prohíbe el tiro-al blanco. Los cazadores de conservas están furiosos y la nobleza refunfuña únicamente Costecalde y su banda se frota las manos.

Pero, vamos: ¿qué se le puede reprochar a nuestro pobre gobernador? Recuérdese que ese belga impostor lo engañó a él como a nosotros. ¿Es suya la culpa si llueve siempre y si a causa del mal tiempo no se pueden organizar corridas de toros?

Precisamente por las malditas corridas nuestros tarasconeses se felicitaban de encontrarse aquí. Para celebrarlas se trajeron algunas vacas y un toro de Camargo, el Romano, famoso en las fiestas votivas del Mediodía.

La lluvia incessante, que no permitía largarlas a pastar, retuvo a las bestias en una cuadra, pero el caso es que, sin que se sepa cómo — no me extrañaría que anduviera en ello la mano de Costecalde —, el Romano se ha escapado.

Ahora anda por la selva, hecho un salvaje, convertido en un verdadero bisonte. Y es él quien hace correr a los tarasconeses en vez de dejarse correr.

¿Tiene también la culpa nuestro Tartarin?

II

CORRIDAS DE TOROS EN PORT-TARASCON. — AVENTURAS Y COMBATES. — LLEGADA DEL REY NEGOSKO Y SU HIJA IKIRIKI. — TARTARIN PROTA SU NARIZ CON LA DEL REY. — UN GRAN DIPLOMÁTICO.

Día por día, página tras página, y hablándonos siempre de la lluvia gris y de su monótona precipitación en la rada, las memorias que tenemos ante nuestros ojos prosiguen la crónica de la colonia; pero tenemos fatigar al lector y vamos a resumir lo que el amigo Pascalón ha escrito en su diario.

Como cada día eran más tensas las relaciones entre el gobierno y la ciudad, Tartarin intentó recuperar su popularidad organizando, por fin, corridas de toros, sin Romano, claro está, pues continuaba huido por los bosques, pero sí con las tres vacas que quedaban.

Muertas y enflaquecidas, las tres desventuradas camareñas, acostumbradas al aire libre y al sol, habían sido reclusas en un húmulo y lóbrego corral desde su llegada a Port-Tarascon. ¡No importa! Más valía esto que nada.

Previamente, en un terreno arenoso contiguo al mar, donde habitualmente se ejercitaba la milicia, se levantó un estrado, y el circo quedó formado por una serie de cuerdas y estacas.

Aprovechóse para la fiesta un día despejado, y el Estado de cosas, de uniforme y rodeado de sus dignatarios en traje de gala, tomó asiento en el estrado, mientras colonos, milicianos, señoras, señoritas y criadas se acomodaban junto a las cuerdas y los niños correteaban por el ruedo gritando: *¡Té, té...! ¡La bues!*

Olvidados en aquel momento del fastidio de los largos días lluviosos y de su rencor contra el belga, el puerco del belga, sentíanse electrizados de gozo con sólo gritar: *¡Té, té...! ¡los bues!*...

De pronto, un redoble de tambores.

Era la señal. El circo inojado fue evacuado en un abrir y cerrar de ojos y una de las bes-

tías entró en la liza y fué acogida con frenéticas hurras.

Nada tenía el animal de terrible. Una pobre vaca, flaca y espantada, que miraba en derredor con unos grandes ojos deslustrados. Plantóse en mitad del redondel, con la divisa de colores entre los cuernos, lanzó un mugido plantillero y no se movió más, hasta que la concurrencia indignada la arrojó del circo a garrotazos y pedradas.

La segunda res fué otra cosa. Por nada ni con nada se consiguió que saliera del establo. En vano la empujaron, le tironearon de los cuernos y del rabo y le pincharon en los hocicos con la punta de un tridente. Imposible obligarla a pasar la puerta. Decíase que era muy mala, sumamente irritable. En efecto, entró en el circo al galope, escarbando la arena con las pezuñas, azotándose los costados con el rabo y tirando cornadas a diestro y siniestro. ¡Por fin iban a tener una buena corrida! Por desgraciadamente, no fué así. La vaca tomó impulso, franqueó la cuerda, apartó a la multitud con los cuernos y corrió en derechura a la playa para arrojarse al mar.

Con el agua hasta el jarrete y luego hasta las corvas, avanzaba, avanzaba sin cesar. Instantes después sólo sobresalían de la superficie el hocico y los cuernos. Así permaneció hasta la noche, sin moverse, y sin salir, mientras toda la colonia, desde la orilla, la injuriaba, la silbaba y le tiraba piedras. En estas demostraciones el pobre *Estado de cosas*, que había bajado del estrado, tuvo una participación activa.

Malograda la corrida, era imprescindible buscar una distracción al mal humor general. La mejor fué la guerra, y así empezó contra el rey Negonko. El miserable, después de la muerte de Cambailete, del padre Vezole, de Bravida y de tantos otros bravos tarasconeses, dióse a la fuga con sus papus, y no se había sabido de él desde entonces. Habítaba — decíase — en una isla vecina, a dos o tres leguas de distancia; sus costas se distinguían entre las olas, en los días calmos, y era invisible la mayor parte del año en el horizonte constantemente ensombrecido por las lluvias.

Tartarin, de naturaleza pacífica, resistió largo tiempo a la idea de una expedición, pero al fin la aceptó por poderosas razones políticas.

Puesta la chalupa en condiciones, reparada y abastecida, ornada en su popa con el cañón que servían el padre Bataillet y el sacristán Coloffre, veinte milicianos bien armados se embarcaron una mañana a las órdenes de Excourbanies y del marqués de Espazettes, y se hicieron a la mar.

La ausencia duró tres días, que parecieron muy largos a la colonia. Luego, la idea del terror, un cañonazo que se oyó en la playa, y se vió llegar a todo el mundo a la playa, y se vió llegar la chalupa con las velas desplegadas, la proa en alto y a gran velocidad, como impulsada por un viento de gloria.

Mucho antes de que llegara a la playa, los gritos jubilosos de los que la tripulaban y el *fen de bruit* de Excourbanies, anunciaban el éxito de la expedición.

Habíase tomado una venganza ejemplar de los caudales, incendiando gran número de aldeas y matado, según decían, algunos miles de papus. La cifra variaba, pero era siempre enorme. También los relatos diferían. Lo cierto era que traían a cinco o seis prisioneros de categoría, entre los cuales figuraban el rey Negonko en persona y su hijo Negonko, que fueron conducidos al gobierno, en medio de las aclamaciones que la multitud dispensaba a los vencedores.

Los milicianos desfilaron, y como los soldados de Cristóbal Colón al volver del descubrimiento del Nuevo Mundo, ostentaban una gran diversidad de objetos exóticos, plumas brillantísimas, pieles de animales, armas y utensilios de los salvajes.

Todos ansiaban presenciar el paso de los pri-

sioneros. Los buenos tarasconeses los examinaron con una rencorosa curiosidad. El padre Bataillet había hecho arrojar sobre su desnudez algunas mantas con las cuales se envolvían a medias; y, al verlos así tan grotescamente adornados, y pensar que se habían comido al padre Vezole al notario Cambailete y a tantos otros, se sentía el mismo escarmentamiento de repulsión que se experimenta frente a las boas de los zoólogos cuando digieren la presa que acaban de engullir.

El rey Negonko marchaba al frente. Era un negro viejo y alto, de panta prominente como la de un niño de pecho, de cabellera crespa y blanca ya, y lucía una pipa de tierra roja de Marsella que le colgaba del brazo izquierdo por un bramante. Cerca de él iba la pequeña Likiriki, de ojos brillantes y vivarachos y tocada con collares de coral y brazaletes de conchas rosas. Tras de ellos, varios negros que ponían al descubierto sus dientes afilados.

Inspirados al principio por un espíritu de socarronería, decíase los tarasconeses entre sí: — ¡Hay trabajo abundante para la señoría Tournatoire.

Y, en efecto, la buena solterona, acosada de nuevo por su idea fija, pensaba que sería necesario vestir decentemente a todos aquellos salvajes. La curiosidad, sin embargo, se trocó bien pronto en rabia al recuerdo de los compatriotas devorados por los caudales.

Clamores de: «¡A muerte, a muerte!» partieron de la multitud. Excourbanies, para darse un mayor aire militar, apropióse la frase de Scrapouchinait y gritaba que había que fusilarlos como a monjes tristes.

La guerra se volvió hacia él, y con un gesto severo trató de contener su furor.

— ¡Espiridión — le dijo —; respetemos la ley de la guerra.

No se entusiasma demasiado el lector, pues la bella frase encubría un pensamiento político. Aunque defensor incommovible del duque de Mons, Tartarin tenía sus dudas. (Si, en efecto, fuera el belga un impostor, el tratado que el duque había concluido con el rey Negonko para la compra de la isla era tan falso como todo, el territorio dejaría de pertenecerles y los bonos por las hectáreas no serían otra cosa que papel mojado.)

El gobernador, lejos de pensar en fusilar a sus prisioneros como a «monjes tristes», hizo al rey papus una summa verónica.

Francas familiares las ceremonias propias de estos casos, porque había leído los relatos de Cook, Bougainville y Entrecasteaux.

Con todo respeto, se acercó al rey y froto su nariz con la suya. El salvaje se quedó muy sorprendido, porque esa costumbre había desaparecido mucho tiempo antes en sus tierras.

Sin embargo, aceptó el rito, creyéndose seguramente una tradición tarasconesa. Los dos prisioneros, e incluso la pequeña Likiriki, que tenía una naricilla de gato, quisieron realizar también la misma ceremonia con Tartarin.

Cuando se hubieron froto bien la nariz, intentó entrar en comunicación verbal con los salvajes. El padre Bataillet les habló primero en su papua, pero como no era ni en una de lo que les de región, quedaron en la duda. Como el padre Bataillet, que sabía algo de inglés, ensayó esta lengua y Excourbanies capurreó algunas palabras en español, pero sin el menor éxito uno y otro.

— Hagamos que coman algo — dijo entonces Tartarin.

Fueron abiertas algunas latas de atún. Los salvajes comprendieron bien ahora y se precipitaron sobre las conservas y las devoraron glotonamente, usando las latas y limpiándolas hasta el fondo con sus dedos lucientes de aceite. Luego, tras largos tragos de agüadente que bebió con delicia, el rey Negonko, con gran estupor de Tartarin y de los colonos, entonó con una voz ronca:

Dé brin o dé bran

Bubassuran

Dou Jeneustou

De Taratouan

De dins loa Rote.

Esta canción tarascona, eructada por un salvaje de labios hinchados y dientes negros de betel, adquiría una expresión fantástica y feroz. Pero ¿cómo Negonko sabía el tarasconese?

Después de un instante de sorpresa, se lo explicaron.

Durante los meses de vecindad con los infelices pasajeros del *Farandole* y del *Lucifer*, los papus habían aprendido el habla de las orillas del Ródano. Naturalmente, la desfiguración algo por una ayuda de gesto podía llegar a entenderse.

Y se entendieron.

Interrogado acerca del duque de Mons, el rey Negonko dijo que en su vida había oído hablar de aquel tipo, ni de cosa que se le pareciera.

Igualmente afirmó que la isla nunca había sido vendida y que jamás se firmó tratado alguno.

— ¡Ningún tratado! Tartarin, sin commoverse, hizo preparar uno inmediatamente. El erudito Branqueballe colaboró en buena parte de la redacción severa y minuciosa de este documento. Puso en ello todo su conocimiento de la ley, aplicó numerosos resultados y considerandos, y con su sólida cultura romana, formó un todo compacto e inobjetable.

El rey Negonko cedía la isla de Port-Tarascon, mediante un barril de ron, diez libras de tabaco, dos paraguas de algodón y una docena de collares para perros.

La ley, aplicó numerosos resultados y considerandos, y con su sólida cultura romana, formó un todo compacto e inobjetable. El rey Negonko cedía la isla de Port-Tarascon, mediante un barril de ron, diez libras de tabaco, dos paraguas de algodón y una docena de collares para perros.

La ley, aplicó numerosos resultados y considerandos, y con su sólida cultura romana, formó un todo compacto e inobjetable.

El rey Negonko cedía la isla de Port-Tarascon, mediante un barril de ron, diez libras de tabaco, dos paraguas de algodón y una docena de collares para perros.

La ley, aplicó numerosos resultados y considerandos, y con su sólida cultura romana, formó un todo compacto e inobjetable.

El rey Negonko cedía la isla de Port-Tarascon, mediante un barril de ron, diez libras de tabaco, dos paraguas de algodón y una docena de collares para perros.

La ley, aplicó numerosos resultados y considerandos, y con su sólida cultura romana, formó un todo compacto e inobjetable.

El rey Negonko cedía la isla de Port-Tarascon, mediante un barril de ron, diez libras de tabaco, dos paraguas de algodón y una docena de collares para perros.

La ley, aplicó numerosos resultados y considerandos, y con su sólida cultura romana, formó un todo compacto e inobjetable.

El rey Negonko cedía la isla de Port-Tarascon, mediante un barril de ron, diez libras de tabaco, dos paraguas de algodón y una docena de collares para perros.

La ley, aplicó numerosos resultados y considerandos, y con su sólida cultura romana, formó un todo compacto e inobjetable.

El rey Negonko cedía la isla de Port-Tarascon, mediante un barril de ron, diez libras de tabaco, dos paraguas de algodón y una docena de collares para perros.

La ley, aplicó numerosos resultados y considerandos, y con su sólida cultura romana, formó un todo compacto e inobjetable.

El rey Negonko cedía la isla de Port-Tarascon, mediante un barril de ron, diez libras de tabaco, dos paraguas de algodón y una docena de collares para perros.

La ley, aplicó numerosos resultados y considerandos, y con su sólida cultura romana, formó un todo compacto e inobjetable.

El rey Negonko cedía la isla de Port-Tarascon, mediante un barril de ron, diez libras de tabaco, dos paraguas de algodón y una docena de collares para perros.

La ley, aplicó numerosos resultados y considerandos, y con su sólida cultura romana, formó un todo compacto e inobjetable.

El rey Negonko cedía la isla de Port-Tarascon, mediante un barril de ron, diez libras de tabaco, dos paraguas de algodón y una docena de collares para perros.

La ley, aplicó numerosos resultados y considerandos, y con su sólida cultura romana, formó un todo compacto e inobjetable.

El rey Negonko cedía la isla de Port-Tarascon, mediante un barril de ron, diez libras de tabaco, dos paraguas de algodón y una docena de collares para perros.

Las vacas habían sido comidas hacía tiempo. No se contaba ya para nada con los cazadores, aunque hubiera entre ellos excelentes tiradores, como el marqués de Espazettes, y todos se hallaban bien penetrados de los principios de Tartarin: dos tiempos para la cordería, y tres tiempos para la perdiz.

Lo que no había ni perdices ni colomines, ni siquiera gaviotas, ni cangrejos, ni pajaro de mar aboradora jamás esta parte de la isla.

Únicamente se encontraban en las expediciones de caza algunos cerdos salvajes, ¡pero tan raros!; o canguros de blanco muy difícil, a causa de sus saltos desconcertantes.

Tartarin no sabía decir exactamente cuánto duraba un año en este animal. Ciertamente que el marqués de Espazettes le interrogaba sobre el particular, contestó como al azar:

—Cuente seis, señor marqués.

El de Espazettes contó hasta seis, y no cayó otra cosa que un fuerte resaca bajo la lluvia torrencial e interrumpió.

Al volver, la lluvia seguía y mismo — decía Tartarin, pero aplazaba la partida por culpa del mal tiempo, y entretanto la carne era cada día más escasa. Ciertamente, los grandes lagartos no eran del todo malos, pero de tanto comerlos llegó a inspirar horror su carne fofo y blanca, con la que el pastelero Bouffartier hacía unos pasteles, de acuerdo a los métodos de Pedro Barban Blancos.

A esta falta de carne fresca se agregaba la ausencia de ejercicio. ¿Cómo salir de casa bajo aquella lluvia, sobre la alfombra de fango que los rodeaba?

El paseo de Circunvalación estaba anegado y sombrío.

Algunos colonos valientes, tales como Ferrars, Douladour, Mainfort y Roquetaillade, salían a pesar del aguacero, para ir a cavar la tierra y remover sus hectarías, que producían las cosas más estupendas: en el calor húmedo de esta tierra siempre empapada, el perejil se convertía, en una noche, en un ajol gigantescamente duro. Los repollos, que deberían también un desarrollo fenomenal. En cuanto a las papas y a las zanahorias, no había nada que hacer. Bézouquet había dicho la verdad.

Existían múltiples causas de desmoralización, agenciadas el aburrimiento, el recuerdo de la patria lejana y la privación de los confortables *exenades* (abrigos) tarasconeses, y de las murallas doradas de luz, y no sorprenderá que el número de los enfermos aumentará día a día.

Felizmente para ellos, el director de Higiene no creía en la farmacopea, y en vez de atacar con drogas a sus enfermos, como Bézouquet, les recetaba "una buena sopita de ajo".

A los es preciso decirlo: jamás le fallaba el golpe. Había genes abotagados, sin voz ni aliento, que pedían ya el notario y el sacerdote, llegaba la sopita en la cazuela, con tres dientes de ajo, y tres cucharadas de buen aceite de oliva, y un trozo de asado, y los enfermos que apenas podían hablar comenzaban por decir:

—*Outret...* ¿Qué cosa más rica!

Sólo el olor los devolvía a la vida. Comían un plato, luego otro, y al tercero estaban de pie, restablecidos, con su voz natural; y a la noche, en el salón, echaban su partida de naipes. Aprehendimos a recordar que todos eran tarasconeses.

Una sola enferma, y enferma de categoría, la muy ilustre señora de Espazettes, había rechazado el remedio de Tournaire: ¡Buena sería para la chusma la sopa de ajo, pero cuando se desciende de los caballeros cruzados!... No quería que se le hablara de ello, como tampoco quería oír hablar del estamado de Clorinda con Pascalón. La informada dama estaba en un estado deplorable. Esa sí que tenía *mal*. Entendamos por ese nombre vago la enfermedad extraña y acuosa, que se había abatido sobre aquella colonia de meridionales.

Los que la sufrían volvían rápidamente de una gran fealdad, con los ojos llorosos, e hinchados el vientre y las piernas. Los síntomas hacían pensar en el terrible "ñal de Mauve" que el padre Bataillet mencionó en la leyenda del *Hijo del hombre*.

La pobre narquera estaba horrible, y todas las tardes, cuando el dulce y desesperado Pascalón bajaba a la ciudad, veía a la infeliz mujer en el lecho, con un gran paraguas de algodón azul desplegado sobre la cabeza, gimiendo y obstruyéndose en rechazar la sopa de ajo, mientras la suave y corpulenta Clorinda preparaba una cafetera de tilo, y el marqués, en un rincón, cargaba filosóficamente sus cartuchos para su problemática caza futura.

En los compartimientos vecinos, el agua goteara sobre los paraguas abiertos, alborotaba los niños, y del salón llegaba un escándalo de disputas y de discusiones políticas. Y constantemente, el tamborileo de la lluvia en los cristales, o en el techo de cinc.

Entretanto, Costecalde continuaba sus sordas maquinaciones, por el día en su despacho de director de Agricultura, por la noche en la ciudad, en el salón, con sus dos amigos Barban y Rugimbaut, que le ayudaban a difundir los rumores más espeluznantes, y entre otros, éste: "El ajo está a punto de agotarse".

La consternación se apoderó de los colonos, al pensar que en el día cercano se verían privados de ese bulbo bienhechor, de aquella panacea universal guardada celosamente en los almacenes del Gobierno, al que Costecalde acusaba de acaparador.

Escuchándose, con grandes aspavientos, apoyaba la columna del director de Agricultura. Existe un viejo proverbio tarasconés que dice: "Los ladrones de Pisa, de día se acuchillan, y por la noche roban juntos." Era exactamente el caso de la doble cara de Escourbierres, quien ante Tartarin, en el Gobierno, hablaba contra Costecalde, mientras en la ciudad, por la noche, hacía coro con los peores enemigos del gobernador.

Tartarin, cuya bondad y cuya paciencia nos son bien conocidas, distaba mucho de ignorar esta miserable conducta. Por la noche, cuando fumaba la pipa acodado a la ventana abierta, entre los ruidos nocturnos y el murmullo del Pequeño Rodano y de los arroyos que las lluvias torrenciales formaban, él mismo alcanzaba a oír las discusiones lejanas, y los ecos de las voces furiosas, y descubría, a través del aire enturbiado por la cortina de agua, las luces temblorosas tras los vidrios de la casa; y ante la idea de que tal agitación se cubía a Costecalde, sus manos se crispaban convulsas y sus ojos despedían fuego en la oscuridad. Pero como, después de todo, estas emociones y la humedad del ambiente podían hacerle contraer el mal, se frenaba, cerraba la ventana y se acostaba tranquilamente.

No obstante, la situación se envenenó de tal forma, que optó por asumir una actitud decisiva, destituyendo de sus cargos a Costecalde y a sus dos acólitos, y despojando al director de su manto de noble de primera clase. Para sustituirlos, nombró a Beaumeciel, antiguo relojero, quizá no más fuerte que su predecesor en materia de agricultura, pero sí un hombre muy honrado, a quien Tartarin consideraba, por su tamaño riguroso, como un gigante maravillosamente Labranque, ex fabricante de telas encanadas, y Rebuffat, cafetero, elegidos subdirectores en lugar de Rugimbaut y Barban.

El decreto fué fijado muy temprano en la puerta de la casa, de manera que Costecalde, al salir para encaminarse a su oficina, recibiera el ultraje en pleno rostro. Vióse entonces cuánta razón había tenido Tartarin para ser tan duro con tanto riguroso. En el término de una o dos horas surgió y se dirigió hacia la residencia una veintena

Un lector nos escribe: "Un libro maravilloso me resultó la **"GUÍA DE ENSEÑANZA"**. Vd. también, si le interesa, a recibir gratis este libro. Ver última tapa

de descontentos, armados hasta los dientes, que gritaban:

—¡Abajo el gobernador! ¡Muera! ¡Al Rodano! ¡Zou! ¡Zou! ¡Dismisión, dimisión!...

Fras de la banda de Escourbierres, que gritaba más fuerte que los demás:

—¡Dismisión! *Fen de brut!* ¡Dismisión!

Desgraciadamente llovía, y a torrentes, lo que les obligaba a tener el paraguas en una mano y el fusil en la otra. Por lo demás, el gobierno había tomado las medidas de rigor. Pasado el Pequeño Rodano, los insurgentes llegaron frente al fuerte y vieron lo siguientes:

En el primer piso, Tartarin se asomaba a la ventana abierta de par en par, con el Winchester de treinta y dos tiros, y detrás de sus fieles cazadores de gorras o conservas, el marqués de Espazettes en primera fila, tirando todos los tiros al blanco, y a trececientos pasos, colocaban sus balas en el centro de la etiqueta de una lata de sardinas.

Abajo, en el portallón, el padre Bataillet, inclinado sobre su cañón, esperaba la orden del gobernador para hacer fuego.

Tan formidable e inesperado era el aspecto de la artillería con la mecha encendida, que los insurgentes retrocedieron asustados. Pero en uno de esos bruscos cambios de actitud que le caracterizaban, se puso a bailar frenéticamente lo que él llamaba cínicamente la danza del éxito, al pie de la ventana de Tartarin, y chillando a voz en cuello:

—¡Viva el gobernador! ¡Viva el *Estado de cosas*! ¡Mezclame bul...

Tartarin, desde su puesto, con el arma siempre al brazo, ordenó con voz vibrante: —Vuelvan a casa, señores descontentos. Llévense a cántaros, y no quisiera retenerlos por más tiempo bajo el agua. Mañana convocaremos a congresos a nuestro buen pueblo para preguntarle si quiere que continuemos en nuestro cargo. Hasta entonces, cuidado con lo que se hace, si no...

Al día siguiente se celebró el plebiscito, y el antiguo *Estado de cosas* fué reelegido por una mayoría aplastante.

Unos días después, en contraste con esta situación, se verificó el bautizo de la joven Likiriki, la princesa hija del rey de Siam, Likiriki, la princesa hija del rey de Siam. Había sido educada en el catecismo por el padre Bataillet, que concluyó así la obra de conversión comenzada por el padre Vezole, "¡Bendito sea Dios!"

La princesa, de piel amarilla, alhajada con sus collares de coral y cubierta ahora con un vestido de raso celeste, con el collar de la señorita Tournaire, resultaba una monja deliciosa, bien modelada, flexible y gozuecuela.

Actuó de padrino el gobernador, y de madrina la señora de Branquebalmé.

Se la bautizó con los nombres de Marta María Tartarina. A causa del día espantoso, igual, desde luego, al anterior y a los siguientes, la ceremonia no pudo celebrarse en la casa de Marta de las Palmeras, inundada por el agua y destruido su techo de follaje desde hacía tiempo.

Reunieron para la fiesta en la sala de la ciudad, y puede suponerse los recuerdos que despertería en el tierno corazón de Pascalón, que evocaba el *padrazgo* junto con Clorinda de Espazettes.

En este pasaje de su diario, que nos limitamos a extractar, hay una huella de lágrimas y estas palabras casi invisibles:

—¡Pobre de mí y pobre de ella!

Fué al día siguiente del bautizo de Likiriki cuando se registró la espantosa catástrofe que... Pero los hechos recuadros demasiada gravedad; dejemos otra vez la palabra a las memorias del director de la secretaría.

CONTINUAN LAS MEMORIAS DE PASCALON

4 de diciembre. — Hoy, segundo domingo de Adviento, el sacristán Galloffe, inspector de la marina, al girar su acostumbrada visita matinal a la chalupa, se encontró con que había desaparecido.

La argolla y la cadena habían sido arrancadas y la de la nave, ni rastro.

Al principio creyó que se trataba de alguna nueva fechoría de Negonko y su banda, de los que seguimos desconfiando, pero en el hoyo de la argolla arrancada descubrí, mojado por el agua y manchado de barro, un grueso sobre dirigido al gobernador.

El citado sobre contenía las tarjetas de Costecalde, Barban y Rugimabaud; en la tarjeta de Barban habían firmado y se despedían cuatro trillanicos: Cassaigne, Bouillargue, Truphénus y Roquetallade.

Desde hacía algunos días la chalupa estaba preparada y llena de provisiones para comprender una nueva expedición proyectada por el padre Battaillet. Los miserables se aprovecharon de esta oportunidad. Se lo llevaron todo, incluso la brújula y sus fusiles.

¿Y pensar que los tres primeros son casados, y dejan abandonados a esposas y a una colección de niños! ¿Pase quien abandonará así a las mujeres, pero a los niños!

El sentimiento general de la colonia a raíz de este acontecimiento, fué el de un profundo estupor. Mientras se tuviera la chalupa, quedaba la esperanza de llegar al continente, de ir a la isla en ella, y se creía en la posibilidad de ir a buscar socorros. Ahora experimentamos la sensación de que se cortaron los puentes con el resto del mundo.

El padre Battaillet se ha encolerizado de un modo terrible, y ha invocado a todas las furias del cielo para que caigan sobre estos bandidos, ladrones y desertores. Excourbanis iba de un lado a otro gritando que se les debía fusilar como a monos verdes, y yo como represalia, convendría pasar por las armas a sus mujeres e hijos.

Únicamente el gobernador conservaba su sangre fría.

—No exageremos— decía—. Después de todo, no dejan de ser tarasconeses. Conozcámoslos, y pensemos en los peligros que habrán de afrontar. Truphénus es el único que tiene algún conocimiento de la navegación a vela.

Luego tuvo la magnánima idea de considerar a los niños abandonados como hijos adoptivos de la colonia.

En el fondo, le creo muy feliz por haberse librado de su mortal enemigo y de sus acólitos.

Durante el día, su excelencia me ha dictado la orden del día siguiente, que ha sido fijada en la ciudad:

"ORDEN

"Nos, Tartarin, gobernador de Port-Tarascon y sus colonias, gran cordón de la orden, etcétera:

"Recomendamos la mayor calma a la población.

"Los culpables serán perseguidos activamente y sometidos a todas las severidades de la ley."

"El director de la artillería y de la marina está encargado de la ejecución del presente decreto."

En una posdata, para replicar a ciertos malévulos rumores que circulan desde hacía algún tiempo, me hizo agregar:

"El ajo no faltará en ningún momento."

6 de diciembre. — La orden del gobernador ha producido el mejor efecto en la reflexión.

A mi juicio, debía hacerse esta reflexión: ¿perseguir a los culpables? ¿Cómo? ¿Por dónde? ¿Con qué? Pero no en vano tenemos un proverbio que dice: "El hombre, por la pa-

labra; el buey, por los cuernos." La raza tarasconesa es tan sensible a las bellas frases que nadie ha puesto en duda la palabra del gobierno.

Un rayo de sol entre dos aguaceros ha venido a visitarnos, y ello nos ha puesto a todos contentos. En el paseo de Circunvalación hay baile y risas. ¡Ah, buen pueblo, cuán fácil eres de manejar!

10 de diciembre. — Un honor emocionante me ha sido dispensado: he sido promovido a la categoría de grande de primera clase.

Esta mañana, al ir a desayunar, encontré el diploma bajo mi plato. El gobernador se ha mostrado muy satisfecho de haber podido concederme esta alta distinción. Branguelme, Beaumerville y el Reverendo estaban tan encantados como yo por la nueva dignidad que me convierte en uno de sus iguales.

Por la noche fui a casa de los Espázettes, donde la nueva ya era conocida. El marqués me dió un abrazo en presencia de Clorinda, arrojando por el placer. Únicamente la marquesa paró indiferente ante mis nuevos honores.

A sus ojos, este manto de grande de primera clase no me ha realzado en lo más mínimo. ¿Qué será preciso para ello? ¡De primera clase, y a mi edad!...

14 de diciembre. — Se ha producido algo tan extraordinario en el gobierno, tan extraordinario que apenas me atrevo a consignarlo en mis memorias.

El gobernador está enamorado.

¿Y de quién? No lo adivinaré jamás. ¡De su ahijada, de la princesa Litkritik!

[E]. Tartarin, nuestro gran señor, que ha recibido tan hermosos maridos, que no quiere más esposa que la gloria, se ha enamorado de una nonita! ¡Monita de sangre real, es verdad, regenerada por el agua del bautismo, pero salvaje como siempre, mentirosa, trágona y tan desocada en sus trajes y consumbril! Sus vestidos son un andrén y yo consumbril. Se enamora en lo alto de un cocotero y se divierte arrojando a las cabezas desnudas de los colonos unos cocos duros como piedras. En poco estuvo que no mató así al venerable Miegerville.

Además, hay una gran diferencia en las edades. Tartarin anda por los sesenta, abunda en canas y cría abdomen. Ella tendrá quince años a lo sumo. La edad de la pequeña Fleurance, de aquella canción nuestra que dice:

*La tenía tan jovencita,
que aun no sabe ni vestirse.*

¿Y a esta mocosa, a esta fierrecilla isleña, tendremos que aceptarla como soberana!

Hay algún tiempo que yo noté los primeros indicios. Entre otros, la indulgencia del gobernador para con el padre, ese viejo bandido de Negonko, al que invitaba a menudo a nuestra mesa, a pesar de las codas del inmundó gorila, que empleaba los dedos para comer y se la discurría de aguardiente hasta rodar bajo la silla.

Tartarin calificaba todo esto de "alegría sencilla y cordial", y si la princesita, a imitación de su padre, hacia alguna diablura que nos dejaba fríos a todos, nuestro buen patrón sonreía, la amparaba con mita paternal, y pedía que se la disculpaba, diciendo:

—Es una criatura..."

Con todo, a pesar de estos síntomas y otros más probatorios aún, me resistía a creerlo, pero la duda ya no es posible.

18 de diciembre. — Esta mañana, en el Consejo, el gobernador nos ha declarado su intención de casarse con la princesita papua.

Ha invocado como pretexto la política, hablando de un casamiento de conveniencias y de los intereses de la colonia: Port-Tarascon estaba aislado, perdido en el océano, sin alianzas. Al casarse con la hija del rey Ne-

gonko, nos proporcionaba una flota y un ejército.

Ningún consejero ha hecho objeciones.

Excourbanis, el primero, como siempre, mostró en seguida un arrebatado entusiasmo:

—¡Bravo, magnífico! ¿Para cuándo la boda?

¡Ah, ah, ah!

Por la noche, en la ciudad, sabe Dios las infamias que iré diciendo.

Cicerón Branguelme, por costumbre inveterada, ha dividido sus impecables razonamientos en pro y en contra —"si de una parte la colonia... conviene decir, por otra parte... *verum enim vero*..."— y finalmente ha concluido en su opinión del gobernador.

Beaumeville y Tourmatore también se han manifestado de acuerdo con su excelencia. Y en cuanto al padre Battaillet, parecía estar ya al corriente del asunto, y no ha protestado.

Lo cómico eran los semblantes apocados de todos nosotros, que fingíamos creer en los intereses coloniales invocados por Tartarin, con un silencio de aprobación.

De pronto, sus ojos se humedecieron con lágrimas de gozo, y dulcemente nos dijo:

—Además, amigos míos, eso no es todo... Me he enamorado de la pequeña."

Fué tan sencillo y tan conmovedor, que a todos nos naufragaron sus palabras.

—Bien, muy bien! ¡Haga lo que quiera, gobernador!

Y lo rodeamos, estrechándole calurosamente las manos.

20 de diciembre. — El proyecto del gobernador ha sido ya discutido en la ciudad, y se lo ha juzgado menos severamente de lo que creíamos. Los hombres lo examinan alegremente, a la tarasconesa, con esa chispa de malicia que acostumbramos a usar cuando hablamos de cosas de amor.

Las mujeres se muestran generalmente más hostiles, en especial el grupo de la schnitz. Te lo digo. Si deseaba casarse, ¿por qué no elegir entre las mujeres de la nación? Muchas, al hablar así, pensaban en sí mismas o en sus hijas.

Excourbanis, que llegó a la ciudad por la noche, se puso de parte de las damas y se complicó en señalar los puntos débiles del futuro matrimonio: ese suegro sin educación, borracho y canibali; luego la misma prometedora, tan ruda como el padre, y que, según todas las apariencias, había comido carne de tarascones. Tartarin debió pensarlo mejor.

Al oír hablar al traidor, sentí que la indignación me sublevara, y al momento el salón me empezó a tener que arrojarme un empleado a la cara. ¡Tenemos vivo el genio en Tarascon, ¿verdad?

Al salir de allí, entré en casa de los Espázettes. La marquesa, muy débil aun, siempre acostada y siempre enemiga de la sombra, me ha dicho tan pronto como me vio:

"¿Bien, señor, ¿cómo le va? ¿tendremos dama de honor junto a la nueva reina?"

Yacía desecosa de reír, y de pronto se me ocurrió la idea de que había allí algo conveniente para nosotros. Dama de honor o dama de palacio... Clorinda habitaría en la residencia, nos podríamos ver a todas horas... ¡Sería posible tanta dicha!

Al regresar, el gobernador acababa de acostarse, pero no quise esperar al día siguiente para hablarle de mi proyecto, que encuentro políticamente bueno. Quédeme hasta muy tarde, junto al lecho, hablándole de sus amores y de los míos.

25 de diciembre. — Anoche, víspera de Navidad, toda la colonia se reunió en el gran salón, con el gobierno y los dignatarios. Celebramos nuestra bella fiesta provincial a cinco mil leguas de distancia de patria. El padre Battaillet ha dicho la misa de gala y luego hemos realizado el *cabe-fest*, ceremonia que consiste en pasar por el recinto muleto, que empuja el más viejo de los presentes.

que luego arroja al fuego de la chimenea, tocado con vino blanco.

La princesa Likiriki asistía, muy divertida, a todas estas ceremonias, y morisqueaba sin cesar los turnones, tortas, pasteles y demás golosinas locales que el ingenioso confitero Bouffarrigue había distribuido sobre la mesa. Entre animación y risas cantamos viejos villancicos:

*Con sus grandes ojos negros,
el rey moro ha venido.
Nuestro millor Jesús llora
y él a entrar no se ha atrevido.*

Estos cantos, los dulces y el gran fuego en torno al cual hacíamos ruido, nos traían recuerdos del país lejano, pese al ruido del agua que sonaba sobre el techo y los paraguas que seguían abiertos en el salón a causa de las goteras.

El padre Battillet se ha puesto al armonio y se ha cantado, en bella canción de Mistral, *Juan de Tarascón, prisionero de los coriarios*, que es la historia de un tarascón que, cidiendo en manos de los turcos, adoptó el turbante sin escrúpulos y, cuando estaba por casarse con la hija del bajá, ovó en la orilla cantar en provenzal a los marineros de una barca tarasconesa. Entonces,

*Como el agua salta al golpe del remo,
una lágrima nació en su corazón.
Turco había de estar entre turcos,
y el sin patria en su patria pensó...*

Al compás del verso como el agua salta al golpe del remo, una sollozo me ha sucedido a mí. El propio gobernador tenía los ojos arrasados de lágrimas e inclinada la cabeza, y el gran cordón de la orden subía y bajaba sobre su pecho de atleta.

Peseo que esta canción del gran Mistral hará que cambien muchas cosas...

—*¡Ay, a los días de la mañana, se ha celebrado la boda de S. E. Tartarin, gobernador de Port-Tarascon, con la princesa real Likiriki.*

Han firmado el contrato S. M. Negonko, por medio de una cruz, los directores y los grandes dignatarios de la colonia, y después se ofició la boda en el salón.

Ceremonia muy sencilla, muy digna, con los milicianos de uniforme y todo el mundo en traje de gala. Negonko era la única mancha. Su conducta como rey y como padre ha sido lastimosa.

La princesa, muy linda en su vestido blanco y su cascabel de conules, estuvo irreprochable.

Por la noche, gran fiesta, doble ración de víveres, cañonazos, salvas de nuestros tiradores de conservas, y vivas, y cantos, y una alegría universal.

¡Y sigue lloviendo! ¡De qué modo!

V

APARICIÓN DEL DUQUE DE MONS.—LA ISLA BOMBARDADA... NO ERA EL DUQUE DE MONS... DOCE HORAS DE PLAZO PARA EVACUAR LA ISLA Y SIN CHALUPA... EN LA MESA DE TARTARIN JURAN TORNOS SEGUIR AL GOBERNADOR EN SU CAUTIVO, VERLO.

—*Vé, vé, vé!... Un barco en la rada!*

A este grito lanzado una mañana por el miliciano Berdoulat, ocupado en buscar hueros de tortuga bajo una lluvia torrencial, los colonos de Port-Tarascon se asomaron por las aberturas de su canguasa arca y repitieron con mil gritos el aviso:

—*¡Un barco!... Vé, vé, vé!... Un barco!*

Por puertas y ventanas y haciendo múltiples cabriolas, como en una pantomima inglesa, la multitud se precipitaba a la playa, que llenaba con algo así como un mugido de lobos marinos. El gobernador acudió inmediatamente, y mientras concluía de abotonarse la chaqueta,

mostrábase muy ufano bajo aquel diluvio, entre su pueblo refugiado en los paraguas.

—*¡Bien, amigos míos, ¿no les decía que volvería? ¡Eh, eh el duque?*

—*¿El duque?*

—*¡Claro que sí! ¿Quién ha de ser, entonces? Sí, nuestro buen duque de Mons, que viene a alabracar a su colonia, a traernos armas, instrumentos de trabajo y los brazos que no he cesado de reclamarle.*

Era curioso ver en aquel momento las caras azoradas de los que se habían manifestado más furiosos contra el "puero del belga", pues muy pocos tenían la desverguenza de Excourbanis, que alborotaba la playa gritando:

—*¡O bien el duque de Mons! ¡Ah, ah, ah!... ¡Viva nuestro salvador!*

Entretanto, un buque de alto porte, imponente, avanzaba en la rada. Hizo sonar la sirena, largó vapor y dejó caer el ancla estrepitosamente, pero lejos de la playa, por temor, sin duda, a los bancos de coral. Luego quedó inmóvil bajo la lluvia y el silencio.

Los colonos comenzaron a extrañar la poca prisa que sentían las gentes del barco por contestar a sus aclamaciones y a los saludos de paraguas y sombreros. Comenzaba a parecerles muy frío el noble duque.

—*Indudablemente, no debe de estar seguro de que seamos nosotros.*

—*O bien nos tiene antipatía por las cosas que se han dicho de él...*

—*Yo nunca dije nada contra el señor duque.*

—*¡Ni yo tampoco.*

—*Lo mismo digo yo.*

Tartarin, en medio de la confusión general, no perdió la serenidad. Impartió la orden de izar la bandera al mástil de la Residencia y de afirmar los colores con un cañonazo.

Retumbó el cañonazo y la enseña tarasconesa ondeó en el aire.

En el mismo instante, una espantosa detonación estremeció la rada, envolviendo al buque en una nube humeante, mientras una especie de puro negro pasó encima de las cabezas con un conico silbido y fué a chocar contra el techo del almacén, que saltó en pedruzcos.

Hubo un momento de estupor.

—*Pero... ¿se diría que nos están ti... rando!* — exclamó Pascalón.

Ante el ejemplo del gobernador, toda la colonia se había echado de bruces en la playa.

—*Entonces no será el duque... ¿creyó por lo bajo que era Cicerón Brangueballe, que, tirado sobre el barro junto a él, decía inútil pronunciar uno de sus rigurosos discursos, ¿que si de una parte era verosímil... de otra parte podía decirse también...?*

La llegada de un nuevo envío interrumpió su razonamiento.

El padre Battillet se irguió de un salto, con voz furiosa llamó al sacristán Galloffe, su ayudante, y declaró que entre los dos iban a contestar adecuadamente a la agresión.

—*Se lo prohibo terminantemente... le gritó Tartarin... ¡Qué imprudencia!... ¡Sujétale! ¡Impidale que haga fuego!*

Torquebuec y el propio Galloffe tomaron al reverendo cada uno por un brazo y lo obligaron a echarse de bruces como todo el mundo, precisamente en el momento en que partía del buque un tercer cañonazo en dirección a la bandera tarasconesa. Visiblemente la tenían con los colores nacionales.

Tartarin lo comprendió; comprendió también que, desaparecido el pabellón, cesarían de llover los obuses, y con toda la potencia de sus pulmones, rugió:

—*¡Arrrien la bandera!*

E inmediatamente todos gritaron como él:

—*¡Arrrien la bandera! ¡Pronto, arrrien la bandera!*

Pero nadie la arrriaba; ni los colonos ni los milicianos se atrevían a ir allí arriba para cumplir tan peligrosa operación.

Nuevamente, la doncella Altic fué la que se

Dr. MANUEL ENRIQUE BELLO Médico Especialista en Enfermedades del Pulmón Ex Médico del Hosp. Muñiz HUMBERTO I, 1947 U. T. 26-1420
Dr. ALFREDO S. RUGIERO Méd. Cirujano - Clínica Méd. - Vías resp. - Rayos X Luzes, Miras, y Viales CORDOBA 1853 U. T. 44-4760
Dr. ANGEL E. DI TULLIO Médico Cirujano Espechiera O'Quin, Niz y Garipita NUEVA YORK 4020 U. T. 50-4278
Dr. ROMEO J. MESSUTI Médico Cirujano del Hospital Zubizarreta - Cors. de 15 a 17 VALLEJO 55 4645 U. T. 50-0222
Dr. ANIBAL O. DE ROA (h) Enfermedades de la piel - Tumores - Electrocoagulación. Cons. Martes y Jueves, de 19 a 20.30 h. VIAMONTE 830 U. T. 53-6493

ofreció. Escaló el techo y bajó del tope el malaventurado pabellón.

Desde entonces el barco cesó de hacer fuego. Momentos después, dos chalupas llenas de soldados, cuyas armas se veían brillar de lejos, se desprendían del navío y marchaban hacia la playa.

A medida que se acercaban se distinguían mejor los colores ingleses, que ondeaban en la popa de las embarcaciones, rozando la estela de espuma.

Como la distancia era grande, Tartarin tuvo tiempo de sacudirse las manchas de barro de su ropa y de hacerse traer el gran cordón de la orden, que se terció en el pecho sobre su chaqueta verde.

Tenía un decoroso aspecto de gobernador cuando las dos chalupas llegaron a la playa.

Un oficial inglés, slivo y tocado con un casco de batalla, saltó a tierra y tras él se alinearon los milicianos en cuyas gorras llevaba la inscripción *Tomalawak*, y una compañía de desembarco.

Tartarin, muy digno, con la severidad de los grandes días, esperaba al oficial. Tenía a su derecha al padre Battillet y a su izquierda a Brangueballe.

Excourbanis, por su parte, en vez de permanecer junto a ellos, se precipitó al encuentro de los ingleses, dispuesto a bailarles su frenética danza de homenaje.

Pero el oficial de Su Graciosa Majestad, sin parar mientes en el fantecho, marchó directamente hacia Tartarin y preguntó en inglés:

—*¿Qué nacionalidad?*

Brangueballe, que comprendió, contestó en la misma lengua:

—*Tarasconesa.*

El oficial abrió uno ojos grandes como platos al oír el nombre de un pueblo que jamás había visto en carta de marina alguna, y preguntó con la mayor insolencia:

—*¿Qué hacen ustedes en esta isla? ¿Con qué derecho la han ocupado?*

Brangueballe, desconcertado; tradujo la pregunta a Tartarin, quien le ordenó:

—*Dígame que la isla es nuestra, Cicerón; que el rey Negonko nos la ha dado, y que tenemos un tratado en debida forma.*

Brangueballe no tuvo necesidad de continuar su papel de intérprete. El oficial se volvió hacia el gobernador y dijo en excelente francés:

—*¿Negonko?... Jamás oí ese nombre. No hay tal rey Negonko.*

En seguida Tartarin dió orden de buscar por todas partes a su real suegro y de traerlo allí.

Entretanto, propuso al oficial inglés que lo acompañara hasta el gobierno, donde le mostraría toda la documentación.

El oficial aceptó y se puso en marcha, dejando de guardia en las chalupas a sus soldados, alineados arma al brazo y la bayoneta calada. ¡Y qué bayonetas!... Brillantes y con un filo que ponía la carne de galina.

—*¡Calma, amigos míos, calma!* — murmuraba Tartarin al ir junto a los colonos.

Recomendación inútil, excepto para el padre

Bataille, que seguía rabiosísimo. Pero no se le perdía de vista.

—Si no se contiene, mi reverendo, lo ato de brazos y piernas —le decía Excourbanis, loco de terror.

Se buscó a Negonko, se le llamó vanamente por todos lados. Un miliciano lo encontró, al fin, en el fondo del almacén, roncando entre dos toneles, ebrio de ajo, de aceite de lámpara y de alcohol de quemar, cuyas resacas había absorbido casi por completo.

En tal estado, nervioso y malofiente, lo llevó ante al gobernador, pero fue imposible sacarle una sola palabra.

Entonces Tartarin leyó el tratado en alta voz, exhibió la cruz con que había firmado Su Majestad y los sellos del gobierno y de los grandes dignatarios de la colonia.

Si este documento no probaba los derechos de los taraconeses a la isla, no lo probaría nada en el mundo.

El oficial se enojó de hambros.

—Este salvaje, señor, es un vulgar ladronzuelo. Le ha vendido a usted lo que no le pertenece. La isla, desde hace tiempo, es una posesión inglesa.

Esta declaración, a la cual los señores del *Tomahawk* y las bayonetas de los soldados de marina prestaban un valor considerable, Tartarin juzgó inútil toda discusión, y se contentó con hacerle una terrible escena a su indigno suegro:

—¡Vicio granujal! ¿Por qué nos has dicho que la isla es inglesa? ¿Cómo te atreves a venderme? ¿No te avergüenza el haberse burlado de personas honradas?

Negonko continuaba mudo y embrutecido, volubilizado su corta inteligencia de salvaje en vapores de ajo y alcohol.

—¡Lléveselo —le dijo Tartarin a los milicianos que lo habían traído, y volviéndose hacia el oficial inglés, que había permanecido rígido e impasible en el transcurso de esta escena de familia, agregó:

—De todos modos, señor, creo que mi buena fe no está en tela de juicio.

—Los tribunales ingleses decidirán... —respondió el otro con algo de desdén de siempre—. Desde este momento es usted mi prisionero. En cuanto a los habitantes, es menester que en el plazo de veinticuatro horas abandonen la isla; de lo contrario, serán pasados por las armas.

—¡Ouf!... ¡Pasados por las armas! —exclamó Tartarin—. Pero, ¿cómo quiere que evacúe la isla si sus habitantes no le siguen? ¿A menos que no lo hagan a nada?

Al fin, consiguió hacer entrar en razón al inglés, que accedió a tomar los colonos a bordo hacia Gibraltar, bajo condición expresa de que harían entrega de todas las armas, incluso las escopetas de caza, los revólveres y el Winchester de treinta y dos tiros.

Después de un corto paréntesis para almorzar en la fragata, dejando una patrulla para custodiar al gobernador.

Era también hora de almorzar en el gobierno, y como después de haber buscado a la princesa en todas las palmeras y cocoteros de la Residencia no se la encontraba por parte alguna, las autoridades se sentaron dejando su lugar vacío.

Estaban todos tan conmovidos, que el padre Bataille se olvidó del *Benedicite*.

Hacia algún rato que comían en silencio, casi pegada la nariz a los platos, cuando de pronto Pascalón se puso en pie y, levantando el vaso, habló así:

—Señores, nuestro Go... bernador es pri... sionero de guerra! ¡Juremos todos seguirle en su cau... cau... cau...!

Sin esperar el fin de la palabra, los restantes consejeros se levantaron también y con los vasos en alto, gritaron entusiásticamente:

—De acuerdo!
—¿Que si le seguiremos!... ¡Ira de Dios!
—¿Sin duda alguna! ¡Hasta el cadalso!
—¡Ah, ah, ah! Viva Tartarin! —chilló Excourbanis.

Una hora después, con la excepción de Pascalón, todos habían abandonado a Tartarin, tras la propia princesita Likiriki, milagrosamente encontrada en el techo de la Residencia. Se había refugiado allí al primer cañonazo, sin darse cuenta del peligro que corría y tan locamente asustada que sus damas de honor no pudieron decidirla a que bajase sino cuando le mostraron una lata de sardinas ahumadas, como se ofrece una golosina a una cotorra escapada de la jaula.

—Mi querida niña —le dijo Tartarin solemnemente cuando la tuvo a su lado—, soy un prisionero de guerra. ¿Qué prefieres, venir conmigo o quedarte en la isla? Creo que los ingleses te dejarán estar aquí, pero en ese caso no me verás más nunca.

—Sin dudar, mirándole fijamente, Likiriki respondió en un gorjeo claro e infantil:

—Yo quedarme sola, siempre.

—Esta bien, eres libre —dijo Tartarin resignado, aun cuando en el fondo el pobre hombre se sentía infinitamente angustiado.

Por la noche, en la soledad de la Residencia, al estar ya por su mujer por sus dignatarios y sin más adhesión que la de Pascalón, permaneció largo tiempo en la ventana abiera.

A lo lejos parpadaban las luces de la ciudad, oíanse voces irritadas, las canciones de los ingleses acampados en la playa y el murmullo del Pequeño Ródano, muy crecido por las lluvias.

Tartarin cerró la ventana con un profundo suspiro, y, mientras se ceñía la cabeza con un grueso pañuelo de algodón, dijo a su fiel secretario:

—Cuando todos han renegado de mí, ni me ha pasado ni me ha sorprendido, pero esta chiquillina... ¡ay! Pensé que me quería un poco más.

El bueno de Pascalón trató de consolarlo. Después de todo, una princesa salvaje sería una carga muy pesada para llevar a Tarasón... porque, en resumidas cuentas, un día u otro tendrían que llegar a Tarasón, y cuando Tartarin remanara su existencia de antaño, su esposa pampá le llegaría a molestarle, a avergonzarse de él.

—Recuerde usted, mi buen maestro, cuando regresó de Angela con aquel ca... ca... mello. ¿Cuántos disgustos le dió!...

De repente, Pascalón se interrumpió y se puso muy colorado. ¡Buena idea tuvo en comparar un camarero con una princesa de sangre real! Y para preparar lo que había de irreverente en sus palabras, hizo notar a Tartarin la analogía de su situación con la de Bonaparte prisionero de los ingleses y abandonado por María Luisa.

—En efecto —opinó el ex gobernador muy orgulloso, y la identidad de los dos destinos le hizo ver que era una noche excelente.

Al día siguiente, Port-Tarasón era evacuado con gran contento de los colonos. Los ahorros perdidos, las hectáreas ilusorias, el gran golpe de banea del "puercos del belga", que los había sacrificado inicialmente, todo les tenía sin cuidado ante el alivio de dejar, por fin, aquel infierno.

Fueron embarcados los primeros para evitar cualquier posible conflicto con el *Estado de cosas*, al que hacían ahora responsable de sus desventuras.

Cuando los llevaban a las chalupas, Tartarin salió un momento a la ventana, pero hubo de retirarse en seguida ante los siseos, los insultos y los puños amenazadores tendidos hacia él.

A buen seguro que en un día de sol los taraconeses se habrían mostrado más indulgentes, pero ahora el embarque se hacía bajo una lluvia torrencial; los inticiles pateaban en el fango, arrastrando las suelas kilos de aquella tierra maldita, y los paraguas apenas bastaban para guarecer el mísero bagaje que cada uno llevaba en la mano.

Cuando todos los colonos hubieron abandonado la isla, le tocó el turno a Tartarin.

Desde muy de mañana, Pascalón anduvo agitado, preparando todo y reuniendo en legajos los archivos de la colonia.

A última hora se le ocurrió una idea genial, y preguntó a Tartarin si debía ponerse el manto de primera clase para subir a bordo.

—Creo que sí, Pascalón. Eso les impresionará a su oficial el gobernador.

El, a su vez, se puso el gran cordón de la orden.

Abajo se oía el chocar de las cularas de los fusiles de la escolta y la voz dura del oficial:

—¡Señor Tartarin! ¡Vámonos, señor gobernador!

Antes de bajar, Tartarin echó una última mirada en torno suyo, a aquella casa en la que tanto había amado y sufrido, y en la que había conocido todos los sinsabores del poder y de la pasión.

Al ver que el jefe de su secretaría escondía bajo el manto un cuaderno, inquirió de qué se trataba, como ver, y Pascalón tuvo que hacer a su amor la confesión de sus memorias:

—Pues bien, continúa, hijo mío —dijo dulcemente Tartarin, pellizcándole la oreja como hacía Napoleón con sus granaderos—. Tú serás mi pequeño Las Cases.

La semejanza de su destino con el de Napoleón le preocupaba desde la víspera. Si era cosa idéntica... Los ingleses, María Luisa, Las Cases... Una verdadera analogía de circunstancias y de tipos, ¡y ambos del Mediodía, picara suerte!

LIBRO TERCERO

I

DE LA RECEPCIÓN QUE LOS INGLESES HICIERON A TARTARIN EN EL "TOMAHAWK", — ÚLTIMO ADIÓS A PORT-TARASÓN, — CONVERSACIÓN DEL GOBERNADOR CON SUS PRISIONEROS, LAS CASAS, SALVAMENTO DE COSTEBLE, — LA MUJER DEL COMANDANTE, — TARTARIN CABA SU PRIMERA BALLENA

La digna actitud de Tartarin cuando pisó la cubierta del *Tomahawk* impresionó evidentemente a los ingleses, sobre todo al gran jefe de la escuadra, con la Tarasca bordada y cruzado al pecho como un símbolo masónico. No menos impresión les produjo el manto rojo y negro de grado de primera clase que de pies a cabeza envolvía a Pascalón.

Los ingleses sienten, por encima de todo, un gran respeto por la jerarquía, el funcionalismo y el malabismo *de mabud*, en lengua árabe, el inocente, el buen chiflado).

En el portalón del barco, Tartarin fue recibido por el oficial de guardia y conducido con la mayor deferencia a una de las cabinas de primera clase, Pascalón le siguió y fue bien recompensado por su fidelidad, pues Tartarin le había comunicado a cada uno de los oficiales, a la vez de sepultarlo en el entrepuerto como a los demás taraconeses, hacinados allí como simple ganado, incluso el estado mayor de la isla, que había merecido aquel castigo por su deserción y su cobardía.

Entre el camarote de Tartarin y el de su secretario había un pequeño salón adornado con divanes, sillas, plantas exóticas y un comedor en el cual dos bloques de hielo colocados en las rinconeras mantenían el ambiente constantemente fresco.

Un mayordomo y dos o tres sirvientes atendían a la persona de Su Excelencia, que aceptaba estos honores con la más perfecta satisfacción. Cada vez que la atención contestaba "perfectamente" en un tono de monarca habituado a todos los respetos y delicadezas.

En el momento de levar anclas, Tartarin se subió a cubierta, a pesar de la lluvia, para dar el último adiós a la isla.

Port-Tarasón se le apareció confusamente, a la distancia, pero bastante visible a través la cortina gris, para que pudiera distinguir al rey Negonko y a sus bandoleros sacudando

ciudad y la Residencia, y bailando en la playa una danza desenfrenada.

Los catecúmenos del padre Batailler, tan pronto como el misionero y los milicianos hubieron partido, volvían a sus buenos instintos primitivos.

Pascalón creyó reconocer, en medio de la danza, a la graciosa Likiriki, pero guardó el descubrimiento para sí, por temor de afligir a su buen jefe, a quien, por lo demás, todo aquello parecía no impresionarle demasiado.

Muy tranquilo, con las manos a la espalda, en una histórica y marmorea actitud, el héroe tarasconés miraba sin ver, por instantes más preocupado en analizar las analogías de su destino con el de Napoleón y sorprendido de descubrir entre el gran hombre y él mil puntos de semejanza y hasta debilidades comunes en las que convenía sus reparos.

—¿Otra cosa esto... decía a su pequeño Las Cases:— Napoleón tenía terribles accesos de cólera; yo también, sobre todo en mi juventud... Recuerdo, por ejemplo, que una vez, en el café de la Comedia, discutiendo con Castetalle, partí de un puñetazo su taza y la mía en mil pedacitos...

—¿Otra cosa esto... en Leoben!— comentaba tímidamente Pascalón.

—Exactamente, hijo mío—ratificó Tartarin con afluente sonrisa.

Opinaba que el emperador y él se parecían, sobre todo en la imaginación, en su fogosa imaginación meridional. Napoleón la tenía gruesa, fuerte, potente, según aseguraban su campaña de Egipto, sobre todo en la campaña de Egipto, sobre todo en la campaña de Egipto en un camello—otra similitud curiosa el tal camello—, su campaña de Rusia y su sueño de conquistar las Indias.

En cuanto a él, ¿no era la existencia de Tartarin un sueño ininterrumpido y fabuloso? Los leones, los milicianos, los guerreros, el gobierno de una isla a cinco mil leguas de Francia... En forma alguna negaba la superioridad del emperador, desde ciertos puntos de vista, pero él, a lo menos, no había hecho verter sangre, ¡gritos de sangre! No había aterrado al mundo, como el otro...

La isla desapareció en lontananza, y Tartarin comenzó a bajar la ladera, seguía hablando en alta voz para la galería, para los marineros y para los oficiales de guardia que se habían acercado.

A la larga, haciase fastidioso, Pascalón solicitó su autorización para ir a la proa y mezclarse con los tarasconeses, a fin, decía, de saber algo de los detalles del gobierno de la isla. Con todo, con la esperanza de deslizar algunas palabras de consuelo al oído de su anada Clorinda.

Una hora después, al regresar, encontró a Tartarin tendido en el diván del salón, luciendo sus calzoncillos de franela y con un pañuelo a la cabeza, como allá, en Tarascón, en su casa de la Comedia.

Se disponía a cargar la pipa junto a un delicioso *sherry-globber*.

Con un humor adorable, el maestro preguntó:—Y bien, ¿qué te han dicho de mis esas buenas gentes?

Pascalón no ocultó que todos le habían parecido muy simpáticos.

Apilados en el entrepuente de proa a manera de gusano, mal nutridos y duramente tratados, estimaban que el gobernador era el causante de todos sus infortunios.

Pero Tartarin se encogió de hombros. Conocía a su pueblo; aquello desaparecería a la primera mañana de sol.

—Credo, en realidad, no son del todo malos—dijo Pascalón—, pero es esa granuja de Costecalde quien los hace de quicio.

—Costecalde, ¿dices? ¿De dónde sacas que Costecalde está a bordo?

Tartarin se había turbado al oír ese nombre funesto.

Pascalón le explicó como su enemigo, encontrado y recogido en el mar por el *Tomburk*

en una canoa, medio muerto de hambre y de sed, había señalado traidoramente la presencia de una colonia provenzal en territorio inglés, y guiado el buque hasta la rada de Port-Tarascon.

Los ojos de Tartarin echaban chispas.

—¡Canalla! ¡Bribón!

El gobernador se calmó al saber las siniestras aventuras del ex director y sus acólitos.

—¡Triphünes, ahogado! Los otros tres milicianos, al bajar a tierra en busca de agua, apresados por los ampatanados, duraban mucho tiempo en el fondo de la barca! En cuanto a Ragimbald, devorado por un tiburón.

—¡Ah, tui, un tiburón!... Di más bien que habrá sido ese infame Costecalde.

—Lo más extraordinario de todo, señor gobernador es que Costecalde pretende haber encontrado en alta mar, en una tempestad, bajo los rayos, a... ¿adivine qué?

—¿Qué diablos quieres que adivine?

—La Tarasca, la madre grande!

—¿Qué impostura!

—Después de todo, ¿quién sabe? El *Tutupan* pudo haber naufragado, o quizá un golpe de mar se llevó la Tarasca que estaba anarrando en la cubierta.

El mozo vino a presentar el menú al gobernador que se sentaba a la mesa instantes después, con su secretario, frente a una excelente comida rodeada con champaña y en la que figuraban soberbias tajadas de salmón, un *roussif* admirablemente asado, y para postre un *pudding* de chocolate. Tartarin se dio cuenta de lo bueno que hizo llevar una parte al padre Batailler y a Branquebalmé; en cuanto a Pascalón, confeccionó algunos sandwiches de salmón, que puso aparte. ¿Hace falta decir para qué?

A partir del segundo día de navegación, cuando la isla no estaba ya a la vista, apareció el primer tiempo. Diríase que el gobernador era en el archipiélago un depósito aislado de nieblas y lluvia.

Por las mañanas, después del almuerzo, Tartarin subía a cubierta y se instalaba en un sitio, el mismo siempre, para hablar con Pascalón. Lo propio hizo Napoleón a bordo del *Norintulopier*. También tenía su lugar favorito, acostumbrado en el que se apoyaba y que se llamó el cañón del emperador.

¿Pensaba en ello el ilustre tarasconés? ¿Había meditado esa coincidencia? Tal vez, pero aun que así sea, ello no debe disminuirlo a nuestros ojos. ¿Acaso Napoleón al entregarse a Inglaterra no pensaba en Tenisiosos, sin intentar disminuirlos? ¿Vio aquí como Tenisiosos?

¿Y quién sabe si el mismo Tenisiosos, cuando volvió a la patria de los persas...? [La humanidad es tan vieja, está tan manoseada! Váyase a donde se vaya, encontramos las huellas de alguien.]

Por lo demás, los detalles que Tartarin ofrecía a su pequeño Las Cases no recordaban en nada los de Napoleón, y eran, en un todo personales, de propiedad exclusiva de Tartarin de Tarascón.

Recordemos su infancia, sus precoces aventuras al regresar del círculo por la noche, su devoción infantil por las armas y la caza de fieras, y, por encima de todo, su buen sentido latino que no le abandonaba nunca, ni aun en sus exilios. Y, sin embargo, debía realizarse que le decía: "Vuelve temprano a casa... no te resfríes".

Evocaba también un recuerdo casi olvidado. Durante una excursión al puente del Garda, una viejísima gitana le dijo, después de examinarle las líneas de la mano: "Algún día serás rey, ¡¡¡¡¡hazte hizo refri este horoscopo a todo el mundo!!!", sin embargo, debía realizarse que le decía: "Vuelve temprano a casa... no te resfríes".

Aquí el gran hombre interrumpió el relato:—Observaré que te digo estas cosas, al azar, tal como acuden a mi mente, pero creo que tal vez te sean útiles para tus memorias...

—Ya lo creo!—dijo Pascalón, pendiente de los labios de su héroe, mientras una media docena de guardias marinos, agrupados en torno

a Tartarin, escuchaban boquiabiertos su narración.

El oyente más atento era la esposa del comodoro, una criolla muy joven, suave y delicada, que se había extendido a corta distancia sobre una silla de tiera.

Era la suya una actitud de abandono, y tenía una palidez cándida de magnolia, y unos grandes ojos negros, dulces, profundos y pensativos. Diríase que bebía una a una las palabras de Tartarin.

Orgulloso de contemplar a su maestro escuchado tan apasionadamente, Pascalón asomaba verlos más glorioso aún, y le invitó a referir sus exacerias de leones, su ascensión al Jungfrau y la defensa de Pampergoust.

Y el héroe, con su bondad de siempre, se prestó de todo corazón al inocente parloteo, dejándose llevar por un momento al libre, pero cuando el relato se vino dando a conocer, una expresión minuciosa tarasconesa y los *pan pan* de sus aventuras, de caza.

La criolla, acurrucada en su asiento, temblaba cuando Tartarin encrespaba la voz, y sus emociones se revelaban en un leve matiz de rosa que coloreaba su delicada tez de acuarela. Cuando el comodoro, el emperador, el Heredero Lowe de hocicos huraños, venía en su busca para acompañarla al camarote, ella suplicaba: "No, todavía no... Un momento más...", y dirigía una mirada al gran hombre de Tarascón, que no había dejado de advertir la atención de que era objeto. Entonces, como si fuera para ella, levantaba la voz y decía: "¡No, todavía no, todavía no! En la entonación."

A veces, de regreso a su camarote, después de una de tales sesiones, preguntaba a Pascalón, con cierta negligencia:

—¿Qué te ha dicho la mujer del comodoro? ¿Apostaría que se trataba de mí, ¿eh?

—Efectivamente—respondía la señora. Me decía que ha oído hablar mucho de usted.

—No me extraña—observó simplemente Tartarin—; soy bastante popular en Inglaterra.

Otra analogía con Napoleón.

Una mañana en que subió temprano a cubierta, le sorprendió no encontrar a su criolla como de costumbre. Sin embargo, el mal tiempo, la temperatura fría, el olor que salía de la toldilla, le habían impedido salir, dados sus delicada salud y su temperamento impresionable.

La cubierta y la tripulación parecían contagiadas de la agitación del mar.

Se había avistado una ballena, hecho bastante raro en aquellos parajes. No tenía fosa nasal ni arrojaba chorros de agua, detalles por los que unos marineros pretendían reconocer una hembra y otros una ballena de especie particular. No había acriado.

Como seguía la estela del buque, sin aljarse, un delegado de los guardias marinos fue a solicitar permiso para ir a pescar. Huraño como siempre, negó el permiso aludiendo que no se podía perder tiempo, y únicamente dío autorización para disparar contra el cetáceo algunos tiros de fusil.

Se encontraba a doscientos cincuenta o trescientos metros del barco, y otro apareció o desaparecía, según las ondulaciones de las aguas, muy movidas y que hacían el blanco muy difícil.

Después de algunos disparos, cuyos efectos anunciaban los gaviotas desde las cuerdas, no había sido aún alcanzada, y continuaba en sus cabriolas, al ras del agua, bajo la mirada atenta de todos, incluso de los tarasconeses, que tiraban en las ondulaciones de las pías a cabeza y más expuestos a los golpes de mar que los caballeros de la popa.

En medio de los jóvenes oficiales que ensayaban su puntería, Tartarin jurgaba los tiros:—Demasiado lejos... Demasiado corto...

—¡Si tirara usted, m...estro?—invitó Pascalón.

En seguida, con la presteza de la juventud, un guardiamarina se volvió hacia Tartarin:

—¿Quiere tirar, señor gobernador? —
Y le ofreció la carabina. Resultó impresionante la elegancia con que Tartarin tomó el arma, la sopesó y se la echó a la cara, mientras Pascalón preguntaba, orgulloso y tímido:
—¿Cuántas veces contará para la ballena?

—No he tirado nunca a este género de caza —respondió el héroe—, pero creo que puede costarle hasta diez.

Después de apuntar y contar hasta diez, hizo fuego y devolvió el arma al oficial.
—Creo que la ha tocado —dijo el guardiamarina.

—¡Hurrah! —gritaron los marineros.
—Me lo figuraba —asintió Tartarin, modestamente.

Pero, en ese momento, alaridos espantosos poblaron el aire, y se produjo una furiosa tremolina que hizo acudir alarmado al comandante, convencido de que el buque había sido asaltado por una banda de piratas. Los oficiales, conceses de la proa, agitados por una exaltación cómica, gritaban, resacaaban y brincaban al unísono, ahogando el ruido del viento y de las olas.

—¡La Tarasca! ¡Ha tirado contra la Tarasca!... ¡Ha tirado contra la madre grande!

—¡Ouf! ¿Qué dice esa gente? —inquirió Tartarin, muy pálido.
—A diez metros del sol del navío ahora, la Tarasca de Tarascón, el idolo monstruoso, mostraba sobre las olas verdes su lomo escamoso, su cabeza quimérica, su risa feroz y sus ojos sangrientos.

¡Techa con nada!era muy dura y sólida como construida, soportaba el embate de las olas desde el día que según se supo después, un golpe de mar la arrebató del buque de Serapontin. Arrastrada por el capricho de todas las corrientes marinas, lustrada por las algas adheridas a su caparazón, pero sin desperfecto alguno, había escapado a los tifones más espantosos, intacta e indestructible; y su primera, su única herida, era la que Tartarin acababa de infligirle.

—¡Eh! ella!
—La cicatriz, perfectamente visible, aparecía en la frente de la pobre madre grande!

Un oficial inglés exclamó:
—Observe, teniente Shipp, qué animal extraño es ese que tenemos delante.

—Es la Tarasca, oficial —dijo Tartarin, sonriendo—. Es la abuela, la gran madre venerable de todos los tarascones.

El oficial quedó estupefacto, y motivos había, al saber que ese monstruo singular era la abuela de esa extraña niña morena y virginal, recogida en una isla desierta a cinco mil leguas de su patria.

Tartarin se había descubierto respetuosamente al hablar así, y a poco la madre grande estaba lejos, arrastrada por las corrientes del Pacífico, donde estará vagando todavía, inaferrable e insumergible que los relatos de los viajeros, bajo el nombre de pulpo gigante o serpiente de mar, señalan otra vez, o sea allí, para terror de los pescadores de ballenas.

Mientras estuvo a la vista, el héroe la siguió con los ojos, sin decir palabra, y, cuando sólo era un punto negro en el horizonte, blanco por la espuma de las olas, se atrevió a murmurar con un acento de terror:

—Pascalón, cuando lo veas, dígo: ese tiro a la Tarasca me traerá mala suerte.

Y el resto del día estuvo preocupado, lleno de remordimiento y de un miedo sagrado.

II

EN LA MESA DEL COMODORO. — TARTARIN ESBOZA UN PASO DE IARABUENA. — DEFINICIÓN DE LOS TARASCONES POR EL TENIENTE SHIPP. — A LA VISTA DE GIBRALTAR. — LA VENGANZA DE LA TARASCA.

Al cabo de una semana de navegación, estaban en las proximidades de las costas perfunas de la India, bajo el mismo ciclo lechoso,

y sobre el mismo mar dulce y tranquilo que encontraron en el primer viaje, Tartarin, en una hermosa tarde de mucho calor y luz resplandeciente, dormía la siesta en calzoncillos en su camarote, envuelta la cabeza con el grueso pañuelo de lunares, cuyos puntas, largos en exceso, se alzaban como dos apacibles orejas de rutilante.

Pascalón entró de repente, como un rayo.
—¡Eh! ¿Qué ocurre? ¿Qué te pasa? —preguntó bruscamente el gran hombre arrancándose el turbante, pues no le gustaba que le vieran de tal guiso.

Pascalón contestó, sofocado, con los ojos desmesuradamente abiertos y tartamudeando como nunca:

—¿Crees que esta vez no se me escape!

—¿Quién? ¿La Tarasca? ¡Ah, pícara suerte; de sobras lo sabía!

—No —murmuró Pascalón con un suspiro—. La mujer condono.

—¿Pícaro! ¿También la pobre chica! Pero ¿qué motivos tienes para suponerlo?

Por toda respuesta Pascalón tendió una cartulina impresa, en la cual el lord comodoro y lady William Plantagenet rogaban a Su Excelencia el gobernador Tartarin y al señor Pascalón, jefe de la secretaría, que se dignaran acompañarlos a la mesa.

—¡Oh, las mujeres, las mujeres! —exclamó Tartarin examinando la invitación, que evidentemente procedía de la esposa del comandante, pues a todas luces el marido no tenía aspecto de hacer invitaciones.

Luego, preguntó con gravedad:
—¿Los mujer crees que debo aceptar? Mi situación de prisionero de guerra...

Pascalón, que recordaba sus lecturas, le hizo saber que Napoleón comía en la mesa del almirante, a bordo del *Northumberland*.

—El antecedente me decide —resolvió al punto el gobernador.

—¿A qué cuando —añadió Pascalón— el emperador se retiraba con las damas en cuanto se empezaban a servir los vinos.

—Perfectamente, eso confirma mi decisión. Contesto en tercera persona, que aceptamos la invitación.

—De etiqueta, maestro?

—Naturalmente.
Pascalón habría descuido también ponerse el manto de primera clase, pero su jefe no fué de la misma opinión; el mismo no llevaría el cordón de la orden.

—No es al gobernador a quien invitan —dijo a su secretario—. sino a Tartarin. ¡Hay una deferencia.

El picaro estaba en todo.

La comida, verdaderamente principesca, fué servida en un vasto salón resplandeciente, ricamente anubulado. Tartarin se sentó en el sitio de honor, a la derecha de lady William. Solamente figuraban como invitados el teniente Shipp y el médico de a bordo. En el fondo, y a la izquierda, un círculo de librerías silenciosas y solenne, estaba de pie detrás de cada invitado. Nada tan suntuoso como el servicio de los vinos y la maciza vajilla de plata con el escudo de los Plantagenet. En medio de la mesa un magnífico búcaro que contenía un gran ramo de orquídeas de las especies más raras.

Pascalón, intimidado en medio de aquel lujo, tartamudeó sin cesar, tanto más cuanto que se encontraba con la boca llena siempre que le dirigían la palabra. Admiraba profundamente la fácil soltura con que Tartarin hacía frente al dichoso comodoro de morro huraño y ojos verdes, estrididos de sangre bajo las cejas albas. Tartarin, familiarizado con las fieras, no sentía la menor inquietud por él, y hacía la corte a lady Plantagenet, que tan graciosa y acedida como si el comodoro hubiese estado a cien leguas de distancia, Nilavde, de su parte, no ocultaba su simpatía por el héroe y lo miraba tiernamente.

—¡Oh, degraciados! El marido se va a dar cuenta de todo —se decía Pascalón.

Pues bien, no; el marido no veía nada, y hasta él mismo parecía deleitarse mucho con los relatos del gran tarascones.

A instancias de lady Williams, Tartarin contó la historia de la Tarasca. Santa Marta y el bazo azul, habló de su pueblo, de la raza tarascones, de sus tradiciones y del éxodo reciente; luego expuso sus normas de gobierno, sus proyectos, sus reformas y el nuevo código que preparaba. Era la primera vez que se le había ocurrido hablar de un código, jamás le había hablado de eso a Pascalón, pero ¿es posible saber algo de todo lo que germina en los potentes cerebros de los conductores de pueblos?

Estuvo profundo, alegre e inmanente; entoncés canciones del país, y entre ellas la de Juan Tarascón, preso por los corsarios y enamorado de la hija del sultán.

Inclinado hacia lady Williams, en una media voz vibrante y cálida, la tararé al oído los versos:

*Erase un general valiente
cuya teja adornaba el laurel,
y la hija de un rey hermosa y brillante,
se había enamorado de él...*

Las facciones de la lánguida criolla, tan pálidas de ordinario, cubríanse de tintes rubios.

Terminada la canción, mostró gran interés en saber qué leía la farandula de la que los tarascones hablaban sin cesar.

—¡Oh, pues muy sencillito! Ya usted a ver —dijo el bueno de Tartarin.

Y queriendo monopolizar para sí el efecto de la demostración, dijo a su secretario:

—Déjame a mí, Pascalón.

—¿Por qué no le pido un paso con un motivo de farandula, *Rapapalán, patarín, patarín*. Desgraciadamente, el barco se balanceaba; dio un traspás, cayó y se levantó, y siempre de buen humor fué el primero en reirse de su desgracia.

A pesar de la disciplina, todos los convesales se desternillaban. Encontraban delicioso al gobernador.

Llegó la hora de los vinos. Al instante, lady Williams abandonó el comodoro, y Tartarin, arrojando decididamente la servilleta, se retiró a su vez sin excusarse y sin saludar, siguiendo al pie de la letra la leyenda napoleónica.

Los ingleses se levantaron con estruendo y cambiaron algunas palabras en voz baja.

—Su Excelencia no bebe nunca vino —dijo Pascalón, que creyó necesario explicar la intempestiva salida de su buen patrón y tomar la palabra en su lugar. También él sabía *tarasconer* agradablemente, y mientras rivalizaba con ellos en el consumo del *claret*, animó a su vez a la calida gesticulación.

Luego, al levantarse de la mesa, convencido de que Tartarin había subido al puente para unirse a lady Williams, se ofreció insidiosamente para jugar una partidita con el comodoro, gran aficionado al juego.

Los ingleses se levantaron y fuman a la alrededor, y, en cierta ocasión, el teniente Shipp susurró al oído del doctor una humorada que le causó risa e hizo levantar la cabeza al comodoro.

—¿Que ha dicho, Shipp?

El teniente repitió la frase, y esta vez se rieron con ganas, pero como que Pascalón pudiera entender de qué se trataba.

Entre tanto, allí arriba, acodado en el sillón de lady William, en el perfume de la brisa y el reflejo deslumbrante sobre el mar, Tartarin relataba a la mujer del comodoro sus amores con la princesa Likiriki y su separación desgraciada. Sabía por experiencia que las mujeres gustan de consolarse y que poner en evidencia las penas del corazón es el método mejor para infundirle en su ternura.

¡Oh, la escena del adiós entre la jovencita y él, susurrada de cerca por Tartarin en el misterio del crepusculo! Quien no la oyó, nunca sabrá lo que es amar.

Me guardaré muy bien de afirmar que la escena fué relatada con absoluta exactitud, y que los hechos no fueron ligeramente modificados; pero, en todo caso, fué como él habría descrito que fueron, esto es, una líkriká apasionada y ardiente, una púestá torreada por la duda de sus sentimientos de familia y el amor conyugal, prendida al cuello del héroe con sus manecías descompensadas y gritando: "¡Llévame, llévame contigo!".

El, con el corazón destrozado, la rechazaba, rehúsa sus abrazos:

—¿Qué me quieres más, es imposible. Quédate con tu anciano padre; sólo te tiene a ti.

Al recordar estas cosas, derramaba verdaderas lágrimas y le parecía que las bellas pupilas enrollas que le miraban se empapaban también, mientras el sol descendía lentamente hacia el mar y teñía el horizonte de un color violeta.

De improvviso, unas sonbrías se acercaron y la voz del comodoro, cortante y glacial, quebró el hechizo:

—Es tarde y hace demasiado fresco para ti, querida; debes retirarte.

Ya en pie, ella se inclinó ligeramente:

—Buenas noches, señor Tartarin!

La dulzura que puso en estas palabras lo dejó profundamente conmovido.

Durante algunos instantes pasó por la cubierta, oyendo constantemente aquel "¡Buenas noches, señor Tartarin!". Pero el comodoro tenía razón, y, como la noche tornábase por instantes más fresca, decidió retirarse también.

Al pasar frente a la salita, vio a través de la puerta cerrada a Pascalón, sentado a la mesa del comedor, cortante y glacial, que ocupado en hojear un diccionario.

—¿Qué estás haciendo, muchacho?

El fiel secretario le dio cuenta del revuelo causado por su brusca salida del comedor, de los murmullos indignados que provocó y, sobre todo, de cierta frase misteriosa del teniente Shipp, que el comodoro le había hecho repetir y que había movido un jolgorio general.

—Aunque yo entiendo regularmente el inglés, no he podido interpretar su verdadero sentido, pero he retenido las palabras y estoy a punto de lograr su traducción correcta.

Mientras Pascalón le daba esas explicaciones, Tartarin se había acostado, cómodamente, bien abrigado la cabeza con el pañuelo y con un gran vaso de agua de azahar junto a la cama. Al encender la pipa que fumaba todas las noches antes de dormir, preguntó a su secretario:

—¿Terminaste ya la traducción?

—Sí, señor gobernador, he aquí: "En suma, el tipo tarascón es el del francés ampuloso y exagerado, como visto a través de una bola de cristal".

—¿Y dices que eso les ha hecho mucha gracia?

—Todos, el teniente, el médico, el mismo comodoro, no cesaban de festejar la frase.

Tartarin se encogió de hombros con una mueca de conmiseración.

—Se ve bien claro que esos ingleses tienen pocas ocasiones de reír, para que tales tonterías les diviertan. ¡Vamos, muchacho, a acostarse, y buenas noches!

Y poco después los dos llegaron al país de los sueños, donde el uno encontraba a su Clorinda y el otro a la mujer del comodoro, porque Líkriká estaba ya muy lejana.

.....

Pasaban los días y las semanas, y el viaje continuaba en una traviesa gata, realmente deliciosa, en la que Tartarin, tan propicio siempre a tener simpatía y admiración, tenía su pedazo de ambas cosas en las manifestaciones más variadas.

Ciertamente, habría podido decir como aquel célebre viajero francés llamado Victor Jacquemont, en sus cartas: "¡Cuán extraña y curiosa mi fortuna con los ingleses! Estos hombres que parecen tan impasibles y que entre sí

se muestran tan apáticos, se transforman con mi partida. Vuélvense afables a su pesar, y por primera vez en la vida los veo convertidos en buenas gentes, y de todo inglés con quien estoy veinticuatro horas, hago un francés".

A la vida lo adoraban, tanto oficiales como marineros, en la poca como en la poca del *Tomabazuk*. Ya no se hablaba del prisionero de guerra y del proceso verbal ante los tribunales ingleses. Seguramente lo dejarían en libertad al llegar el buque a Gibraltar.

En cuanto al feroz comodoro, complacido por haber encontrado un adversario de la fuerza a la altura de la propia, se dio a las bromas y más horas, frente al tablero de ajedrez, cosa que desesperaba al infortunado galante de Clorinda, ya que le impedía sus escapadas a proa, para llevarle algún selecto trozo de su comida. Porque los pobres tarascónes, siempre hacinados en su propia miseria, seguían llevando una triste vida de emigrantes. Grandes eran la añagura y los remordimientos de Tartarin cuando peroraba en la toldilla o hacia la corte a lady Vivian, en la hora melancólica del poniente, al ver a lo lejos a sus compatriotas tratados como un vil rebaño, bajo la guardia de un centinela. Apartaban de él sus miradas horribles, sobre todo desde el día que había hecho fuego contra la Tarasca.

No le perdonaban tal crimen, y él, que tampoco lo olvidaba, tenía la certeza de que el tiro le acarrearía la desgracia.

Habían pasado ya el estrecho de Malaca y el mar Rojo y doblado el cabo de Sicilia. Estaban, pues, cerca de Gibraltar.

Ya a nañá, después de anunciarse tierra, Tartarin y Pascalón preparaban sus maletas, ayudados por uno de los criados, cuando repentinamente experimentaron la sensación del balanceo que produce el barco al detenerse. El *Tomabazuk*, en efecto, había hecho alto, y al mismo tiempo se oía un ruido acompañado de resaca al chocar con el agua.

—¡Alira, Pascalón —dijo Tartarin intrigado—; será tal vez el práctico.

—Una canoa se acercaba al buque, pero no era la del práctico; enarbolaba la bandera francesa y marineros franceses la tripulaban. Entre ellos se destacaban dos hombres vestidos de negro, con gaiter de felja. El alma de Tartarin vibró intensamente.

—¡Ah, la bandera francesa! Déjame que la contemple, hijo mío...

Preocupito había el ojo de bucy, pero entonces la puerta del camarote se abrió y dio paso a un torrente de luz y a dos agentes de policía de formas socres y brutales y provistos de una orden de arresto y de un permiso de extraditar. Los molineros, sin miramiento alguno, pusieron sus manazas sobre el desventurado *Estado de cosas* y su secretario.

El gobernador se echó atrás, demudado y digno:

—¡Tengan cuidado con lo que hacen! ¡Soy Tartarin de Tarascón!...

—A usted es a quien buscamos, precisamente.

Y helos aquí prisioneros, sin una palabra de explicación ni de respuesta a sus preguntas múltiples y sin saber qué habían hecho, por qué se les detenía y adónde eran conducidos. Sintieron una horrible vergüenza al pasar con los fierros, pues les habían aplicado las esposas, frente a marineros y oficiales, bajo las risas y sisos de sus compatriotas, que, inclinados sobre la borda, aplaudían y gritaban a pleno pulmón: "¡Bravo, magnífico, muy bien hecho!... *Zou zou!*", mientras bajaban los cautivos a la canoa.

Tartarin habría deseado que se lo tragase el mar.

¡De prisionero de guerra como Napoleón y Temístocles, pasar a la categoría de un vulgar ratón!

¡Y la mujer del comodoro contemplándolo! Decididamente, tenía razón: la Tarasca se vengaba, y se vengaba bien cruelmente.

5 de julio. *Prisión de Tarascón del Ródano*.
Regreso del juzgado donde se instruye el sumario. Se por fin, de qué se nos acusa al gobernador y el mío, y por qué, violentamente arrastrados del *Tomabazuk*, arrojados en plena dicha, en pleno ensueño, como dos langostas sacadas del fondo del agua clara, fuimos trasladados a un navio francés, conducidos a Marsella, con las manos esposadas, llevados a Tarascón y encerrados en la cárcel de la ciudad.

Hemos sido acusados de estafa, de homicidio por imprudencia y de infracción a las leyes de emigración. Tras dos días de encarcelamiento, con prohibición absoluta de hablar a nadie, cosa realmente terrible para un tarascón, nos condujeron al juzgado de justicia, y comparecimos ante el pazo de instrucción, señor Bonaric.

Este magistrado comenzó su carrera en Tarascón hará unos diez años, y me conoce perfectamente por haber venido un centenar de veces a la lamacia con objeto de que le preparara una ponencia para un eczema crónico que tenía en la cabeza.

Sin embargo me preguntó mi nombre, apellido, edad y profesión, como si nunca nos hubiéramos visto. He debido explicarle todo lo que sabía del asunto de Port-Tarascón y hablar dos horas consecutivas. El taquígrafo no alcanzaba a seguirme, pues tal era mi ansia de hablar. Luego, sin una palabra de despedida, me ordenó:

—Acusado, puede retirarse.

En el corredor del pazo de justicia encontré al pobre gobernador, al que no había visto desde el día de nuestro arresto. Me pareció sumamente cambiado.

Al pasar me estrechó la mano, y me dijo bondademente:

—¡Valor, hijo mío! La verdad es como el aceite, siempre sale a la superficie.

No pudo decirme más, pues los gendarmes lo arrastraron brutalmente.

—Gendarmes para qué! ¡Tartarin con esposas, en Tarascón! ¡Y esa colera, ese odio de todo el pueblo!

Conservaré en el oído, mientras viva, los gritos de furor del populacho cuando el coche celular nos trajo a la prisión, encadenados, y cada uno en nuestro compartimiento.

Nada pudo ver, pero en cambio escuchaba el gran rumor de las turbas que nos rodeaban.

Hubo un momento en que el coche se detuvo en la plaza del Mercado, me lo anunció el fuerte olor que me llegaba por las rendijas, como los tenues rayos de una dorada claridad. El olor a berenjenas, pimientos morrones, naranjas, melones de Cavallón y cebollas dulces era el mismo aliento del pueblo. Al sentir la fragancia de tantas cosas ricas de las que estoy privado hace tiempo, se me despertó el apetito.

La multitud era tan densa que nuestros caballos no podían avanzar. Era un Tarascón lleno de gente, como para creer que nadie resultó muerto, ni ahogado, ni devorado por los antropófagos. ¡Si hasta me pareció oír la voz de Gombert, el jefe del catastro! Será una ilusión, sin duda, porque me lo anunció el zuzquet como algún pedazo de nuestro llorado *Cambalzazé*. De lo que estoy bien seguro, sin embargo, es de haber oído el gong de Excourbaniés, que es de un timbre inconfundible. La voz del ex director de la guerra dominaba los demás gritos: "¡Al igual!... *Zou!*... ¡Al ddano, al-Ródano!... *En dé brut!*... ¡Al agua Tartarin!

¡Al agua Tartarin!... ¡Qué lección de historia! ¡Gran página para mis memorias!

Me olvidaba de decir que el juez Bonaric me ha devuelto el manuscrito que me fué confiscado a bordo del *Tomabazuk*. Lo ha en-

contrario interesante, y me ha inducido a continuarlo. Y ha cambiado impresiones conmigo respecto a ciertas locuciones que se deslizan de vez en cuando en mi obra. A propósito de una de ellas, he venido a decirme, sonriendo entre otras patillas rojas:

—Teníamos ya el *Memorial*; tú eres el *Meridional de Santa Elena*.

He sonreído, fingiendo que su ocurrencia me hacía gracia.

Del 5 al 15 de julio. — La cárcel de la ciudad, en Tarascón, es un castillo histórico, el antiguo castillo del rey René, que se ve desde muy lejos a orillas del Ródano, flanqueado por sus cuatro torres.

Tenemos poca suerte con los castillos históricos. Recuerdo que en Suiza nuestro ilustre Tartarin fué confundido con un jefe militar, y a nosotros con los que nos encerraron en el calabozo de Bonivivar, en el castillo de Chillon.

Aquí, por lo menos, no es tan triste; estamos a plena luz, y ventilados por el viento del Ródano, y no llueve como en Suiza o en Port-Tarascón.

Mi celda es muy estrecha: cuatro muros de piedra, una cama de hierro, una mesa y una silla. El sol entra por una ventana enrejada, que cae a pico sobre el Ródano.

Desde aquí mismo, durante la gran Revolución, los jacobinos fueron precipitados al río al compás del famoso canto: *De brin o de bran, cabusaran...*

Como el carácter popular cambia con escasa frecuencia, nos cantan a nosotros también el siniestro mote. No sé donde estará alojado nuestro pobre gobernador, pero, a buen seguro, oírá como yo esas voces que suben, por la noche, del lado del río, y ello lo debe sumir en amargas reflexiones.

¡Si por lo menos nos hubiesen puesto juntos! Sin embargo, no ocultaré que experimento desde mi llegada un cierto placer en encontrarme solo y hacer examen de conciencia.

¡A la larga es tan penosa la intimidad con un gran hombre! Siempre os hablo de él y jamas se procura de lo que yo pueda interesar. Por ello, en el *Tombouzek*, no dispuse de solo un minuto, de uno solo instante para estar cerca de mi Clorinda. Algunas veces me decía: «Ella está allí abajo!», pero me era imposible hacerle ni una breve visita. Después del almuerzo, yo tenía la partida de póquer con el conserje, y durante el resto del día Tartarin no me solaba ni un momento, sobre todo desde que le revelé lo de mis memorias. «Escribe esto... No te olvides de mencionar aquello.» Y anecdota una, anecdota viene, sobre él y sobre sus parientes, y yo siempre muy interesantes.

¿Pensar que Las Cases desempeñó el mismo papel durante tantos años! El emperador lo despachaba a las seis de la mañana, se hacía acompañar por él a pie, a caballo o en coche, y ya en camino le decía: «¿Está ya, Las Cases? Entonces continuemos... Cuando hubie firmado el tratado de Campo-Formio... El pobre confidente tenía también sus asuntos, sus inquietudes, su vida infernal y su mujer que pronto quedó abandonada en Francia; pero ¿qué significaba aquello para el otro, que sólo pensaba en explicarse, en definirse ante Europa, ante el mundo y ante la posteridad, día y noche, años y años? Quiero decir con esto que la verdadera víctima de Santa Elena no fué Napoleón, sino Las Cases.

Por lo que a mí respecta, este suplicio me ha sido perdonado por el momento. Dios es testigo de que nada hice para lograrlo, y me aprovecho de ello para pensar en mí, en mi infortunio, que es muy grande, y en mi Clorinda bienamada.

¿Me considero ella culpable? No lo creo, pero sí, ciertamente, su familia, todos los Es-pazzettes de Escudelle de Lambec. Entre esa

gente, un hombre sin título es siempre culpable. Sea como sea, debo renunciar a la esperanza de que se me acepte por marido de Clorinda, tanto más después del revés que han sufrido mis grandezas. En fin, volveré a mí, puesto entre los frascos de Bézquet, en la farmacia de la Placette... ¡Así es la gloria!

17 de julio. — Una cosa que me inquieta mucho es que nadie viene a verme a la cárcel. Hay contra mí el mismo encono que contra el jefe.

Alí única distracción, en la soledad de mi encierro, es subirme a la mesa, que me permite alcanzar hasta la ventana, y contemplar el paisaje maravilloso que se ve entre los bastiones.

El Ródano se desliza esplendoroso entre sus pequeñas islas, de un verde pálido, cuyos árboles hacen ondear el viento. Surca el cielo el negro vuelo de los pájaros, que se persiguen pidiendo y que, a veces, pasan velozmente ante mí. En el fondo del valle se balancea el pequeño castaño tan fino y largo, que se espera verle desaparecer de un momento a otro, en volandas como un sombrero.

En las márgenes del río, ruinas de viejos castillos: el de Beaucuire con la ciudad a sus plantas, y los de Courtézon y Vaquerats. Tras de estos últimos, montes oscuros, por el que yo celebraba, oíra los juegos florales, donde los trovadores eran amados por las princesas y reinas, a quienes dedicaban sus trovas, del mismo modo con que Pascalán canta a su Clorinda. Pero ¡qué cambio, *peccare*, desde entonces! Ahora las cosas solaresas son únicamente agujeros cubiertos por el zafiro de la tierra. Los músicos, el capricho de cantar a las grandes damas y damiselas, tienen que soportar que las damiselas se burlen lindamente de ellos.

Una vista menos agradable es la del canal de Beaucuire, con sus barcos pintados de verde o amarillo, unos junto a otros, y sus mulas con las manchas rojas de los militares, y a menudo, en medio de los algar, un mirador.

Seguramente estarán muy contentas las gentes de Beaucuire con la desventura de Tarascón y el fracaso de nuestro gran hombre, pues a nuestros orgullosos vecinos los tenía muertos de envidia la reputación de Tartarin.

En mis recuerdos de niño están bien presentes los apuramientos que hacían con la feria de Beaucuire. Acudían gentes de todas partes, pero, desde luego, no de Tarascón, porque ¡es tan peligroso el puente colgante! Una afluencia enorme, de quinientas mil almas por lo menos, se juntaba en la explanada donde se celebraba. Año tras año, fué perdiendo prestigio y público. Hoy la feria de Beaucuire se celebra aún, pero no ya nadie.

En la ciudad no se ven más que cartelitos, en los que se lee: «Se alquila.» Y si por casualidad llega algún viajero o un comisionista, los habitantes lo agasajan, se lo disputan, y el consejo municipal sale a su encuentro con la banda de músicos a la cabeza. En definitiva, Beaucuire ha perdido todo su renombre, mientras que Tarascón es cada vez más célebre.

¿Y gracias a quién, sino a Tartarin? Subido a la mesa, y mientras contemplo el paisaje, pensaba ahora mismo en todas esas cosas. Había desaparecido el sol, cuando, de improviso, al otro lado del Ródano, en la torre del castillo de Beaucuire, se encendió una gran hoguera.

La miré largo rato, y tuve la sensación de que había algo misterioso en aquel fuego que proyectaba un fulgor rojizo sobre el Ródano, en el gran silencio de la noche, que apenas turbaba el suave viento de los murciélagos.

¿Qué sería aquello? ¿Una hoguera? ¿Una fiesta? ¿Un suceso, un admirador de nuestro gran Tartarin, quiere procurarle la fuga? ¡Está tan chocante esa llama encendida en el alto de una torre en ruinas, y precisamente en frente de su prisión!

18 de julio. — Al regresar hoy de uno de

los interrogatorios, cuando el coche celular pisaba frente a Santa Elena, la voz que me invasiblemente imperiosa de la marquesa de Es-pazzettes, que gritaba con el acento peculiar de aquí: «¡Clorinda, Clorinda!», y otra voz dulce, angelical, la voz de mi bienamada, que respondía: «¡Mami!»

Sin duda, iba a la iglesia a orar por mí, por el feliz resultado de mi proceso.

Volveré a la cárcel muy conmovido y escribiré algunos versos provenzales sobre el venturoso presagio de este encuentro.

Por la noche, y a la misma hora, otra vez la hoguera en la torre de Beaucuire. Brilla allí, en la noche, como las fogatas de la noche de San Juan. Evidentemente, es un señal.

Tartarin, con quien yo cambiaba un par de palabras durante el sumario, en los pasillos del juzgado, ha visto también la hoguera a través de los barrotes de su celda, y cuando le transmití mis impresiones sobre si serían unos amigos descosos de proporcionarle la fuga, como Napoleón en Santa Elena, pareció muy afectado por mi sugerencia.

«¡Oh, verdaderamente, Napoleón, en Santa Elena...! Si... ¿intentaron salvarlo?»

Pero, tras un momento de reflexión, me declaró que nunca lo consentiría.

—Claro está que no es la bajada de los trescientos pies de la torre por una escala de cuerda, sacudida en el viento por el viento del Ródano, lo que me causaría pavor. ¡No, no creas eso, hijo mío!... Lo que más me espantaría es dar lugar a la sospecha de que intenté eludir la acusación. Tartarin de Tarascón no intentará evadirla.

«¡Oh, si aquellos que vociferan a su paso: “¡Ay Ródano, zou, Ródano!” hubiesen podido oírle!... Y se le acusa de estafá! ¿Se cree cómico del miserable duque de Mons! Pero son posibles tales horrores?»

Ahora ha cambiado de opinión y juzga debidamente el valor del belga desvergonzado. Dará gusto oírle en su bella defensa, porque Tartarin se defenderá por sí mismo ante el tribunal. En cuanto a mí, tatemado demasiado para hablar en público, y por eso me defenderé Cicerón Branganellaine. Todo el mundo sabe, y ello me enorgullece, cuánta lógica incomparable y qué profundo razonamiento sabe poner este gran jurista en sus discursos.

20 de julio. — Las horas que paso en el despacho del juez de instrucción son para mí en extremo dolorosas. Lo difícil no es defenderme, sino hacerlo sin abrumar demasiado a mi pobre jefe. ¡He sido tan imprudente y he tenido tanta confianza en el duque de Mons! Además, con el ceceo intermitente de las señoras no se sabe muy bien cómo debe tener o confiar en él. La enfermedad influye notoriamente en el temperamento del magistrado: furioso cuando «eso se ve» y afable cuando «eso no se ve».

Alguien en quien eso se ve y se verá siempre, que allá en los mares lejanos no vivía del todo mal con su tatuaje... hablo del pobre Bézquet... ahora, bajo el cielo tarascón, siente repulsión de sí mismo, no sale y permanece encerrado en el fondo de la botica, donde combina yerbas y raíces, prepara las pociones y sirve a los clientes con una máscara de terciopelo, que le da la apariencia de un conjurado de opera cómica.

Importa destacar hasta qué punto son sensibles a los sonidos ciertos nervios físicos, como herpes, pecas y cezemas. Quizá más que las mismas mujeres. De ahí, sin duda, el rencor de Bézquet contra Tartarin, causante de todos sus males.

24 de julio. — Ayer fué llamado de nuevo ante el juez instrutor el señor Bodard, y como esta vez será la última. Me ha mostrado una botella encontrada en una de las islas por un pescador del Ródano, y me ha hecho

leer la carta que encerraba dicha botella. Dice así:

— Tartarín. — Tarascón. — Cárcel de la ciudad. — ¡Valor! Un amigo vuela al otro lado del puente. Lo pasará en el momento oportuno.

— "Una víctima del duque de Mons."

El juez me ha preguntado si recordaba haber visto esa botella de esta. Yo contesté que no lo conocía, pero como se debe decir siempre la verdad, he agregado que ya en otra ocasión se intentó este tipo de correspondencia con Tartarín, y que antes de nuestra partida de Tarascón una botella muy parecida, con una carta adentro, llegó a su poder, hecho al que me dio la menor importancia, juzgándolo producto de una broma.

El juez me dijo:

— ¡Está bien — a lo que agregó, como siempre —: Puede retirarse.

26 de julio. — El sumario ha terminado y se anuncia la vista de la causa para una fecha próxima. La ciudad hierve de impaciencia. Las sesiones comienzan hacia el 1.º de agosto. De aquí hasta entonces no voy a dormir. A decir verdad, es muy poco lo que duermo en esta pieza estrecha, caliente como un horno, que me obliga a dejar la ventana abierta. Los mosquitos entran a bandadas, y me pisan las botas cuando a las ratas roen en los rincones.

En los últimos días tuve varias entrevistas con mi defensor, Cicerón Branquialine. Me habló de Tartarín con mucha amargura, y sospecho que le ha irritado el que no le haya confiado su defensa. ¡Pobre Tartarín, nadie está de su parte.

Según parece, todo el tribunal ha sido renegado. Branquialine me ha dado los nombres de los jueces: presidente, Moullard; asesores, Beckmann y Robert del Norte. Imposible buscar influencias. Esos señores, según me dicen, no son de Tarascón, cosa que, por otra parte, se ve claramente por sus nombres. Los últimos dos razones se las he eliminado de la acusación formulada contra nosotros las partes relativas al delito de homicidio por imprudencia y a la infracción de las leyes de emigración. Están citados para comparecer: Tartarín de Tarascón, el duque de Mons — me extrañaría mucho que se presentase — y Pascal Testamère, alias Pascalín.

31 de julio. — Noche de fiebre y de angustia. Mañana es la causa. Me he quedado en cama hasta muy tarde. Sólo me restan fuerzas para escribir en la muralla este proverbio tarasconés, que of frecuentemente a Bravilla, que los sabía todos:

*Acozarte y no dormir,
amar sin tener placer,
esperar y a nadie ver:
tres cosas para morir.*

IV

UN PROCESO EN EL MEDIO. — DECLARACIONES CONTRADICTORIAS. — TARTARÍN JURA ANTE DIOS Y ANTE LOS HOMBRES. — LOS BORDADORES DE TARASCÓN. — RUGIMBAUD DEVORADO POR LOS TIBURONES. — UN TESTIGO INFIERNO.

¡Oh, no, no eran de Tarascón los jueces que fueron a binear para el pobre Tartarín! Para convencerse, bastaba con verles en aquella ardorosa tarde de agosto, en que se ventilaba la causa del gobernador en la gran sala del palacio de justicia, llena de bote en bote. El mes de agosto en Tarascón es, como se sabe, un mes de calor agobiante. Hay una temperatura parecida a la de Argelia, y las precauciones contra los rayos del sol son las mismas que las que se adoptan en nuestras ciudades del África: las calles vacías antes del mediodía, las tropas acuarteladas, y los toldos tendidos en todos los negocios. Pero el proceso de Tartarín había alterado las costum-

bres locales, por lo cual se comprenderá fácilmente el ambiente que se respiraba en la sala de audiencia atestada de público, y en la que las damas, muy peripuestas, se apiñaban en las tribunas del fondo.

Las sós sonaron en el reloj del palacio; y por las amplias ventanas abiertas, cubiertas con largas cortinas amarillas, entraban el ruido monótono de las grapas, los alisos y plátanos — gruesos árboles de hojas blancas y polvoriscas —, el rumor de la multitud que había quedado afuera y los gritos de los vendedores de agua, que pregónaban como en la plaza los días de corrida: "¿Quién la bebe? ¡Agua fresca!"

Había que ser de Tarascón, en verdad, para sentir el que hacía allí dentro, una de esos calores capaces de amodorrar a un condenado a muerte en el momento de oír su sentencia. Por ello, los más abrumados en la sala eran los tres jueces, forasteros en este Mediodía abrasador. El presidente Moullard es un león, de aspecto austero y cabeza alargada, con dos recios bigotes que se elevan a grandes de lloar; de sus dos asesores, Beckmann, procede de Lila, y Robert del Norte es aún de más arriba.

Desde el comienzo de la audiencia, los tres señores, pese a sus esfuerzos, cayeron en un vago sopor, fijos los ojos en los grandes cuadros de las paredes, que los distraían al mirar durante la interminable citación de los testigos, en número de doscientos cincuenta, por lo menos, y todos de la acusación, concluyeron por quedarse completamente dormidos.

Los gendarmes, que tampoco eran del Mediodía y con los que se tuvo la crueldad de hacerles llevar todo el equipo, dormían igualmente.

Sin duda son éstas condiciones inadecuadas para hacer justicia estricta. Felizmente, los jueces habían estudiado ya prolijamente el proceso; de lo contrario, nada hubieran entendido, pues en su descortes solencia apenas oían las charlas de las cigarras, que en confuso zumbido de las moscas y las voces.

Después del desfile de los testigos, el acusador Bonnard de Mazet comenzó la lectura de los cargos. ¡Pste si que era del Mediodía, del mismo corazón del Mediodía!

Vellado y barrigón, con una barba negra y unos ojos saltones y ensangrentados, que parecían viejas, tenía una voz tan dura que destrozaba los oídos con sus poderosas vibraciones metálicas. Además, que mimica, que arrancaba... Era la gloria del foro tarasconés. Había quien andaba leguas para oírle. Esta vez lo que excitaba su discurso era su parentesco con el famoso Bonnard, uno de las primeras víctimas del affaire de Port-Tarascon.

Jamás acusador alguno se mostró más encarnizado, más violento, más justo y más parcial. Lo que gusta en Tarascón: allí entusiasma todo lo que vibra, todo lo que emociona y sobrecoge.

¿Cómo sucedía al pobre Tartarín, sentado en su asiento, ante dos gendarmes? Su pasado, lleno de gloria, lo hizo añicos con sus colmillos babosos.

Pascalín, condenado y muerto de vergüenza, ocultaba la cabeza entre las manos; pero Tartarín, perfectamente tranquilo, escuchaba las invectivas, alta la frente y los ojos claros, y se sentía al fin de su carrera, ante la hora de su última decisión, consciente de la justicia del triunfo y de la derrota, y resignado a soportarlas todas, mientras Bonnard de Mazet, cada vez más insultante, lo presentaba como un vulgar estafador, que había abusado de una gloria ficticia, de leones que nunca cazó y de ascensiones jamás realizadas, y se había asociado a un aventurero, a un desconocido, a un tal duque de Mons, que la justicia no le había dado. En estas abominaciones, Tartarín aparecía, más exacerado aun que el duque de Mons, que, por lo menos, no explotó a

sus compatriotas, mientras él había especulado con los tarasconeses, y los robó y exprimió hasta reducirlos a la triste situación de tener que mendigar de puerta en puerta, y remover los desperdicios para encontrar el sustento.

— ¿Que se puede esperar, por otra parte, que se puede esperar, señores del Tribunal, de un hombre que ha hecho fuego sobre la Tarasca, sobre la gran madre?

Ante esta perorata, gemidos patrióticos brotarán de todas las tribunas; alaridos de furia respondían desde la calle hasta la que había llegado la voz del fiscal, y el orador, impresionado por sus propios acentos, se puso a la gimiar y a sollozar tan fuerte, que los jueces se desmayaron sobrecogidos, creyendo que todas las cañerías y goteras de la casa habían reventado bajo una lluvia torrencial.

Bonnard de Mazet había hablado durante cinco horas.

En aquel momento, aunque el calor fuera aún aplastante, una suave brisa del Ródano comenzó a hincar las cortinas amarillas de las ventanas. El presidente Moullard no dormía ya; había vuelto al mundo, y el estupor en que le sumía el ímpetu imaginativo de los tarasconeses bastó para nantemente despierto.

Tartarín fué el primero que dió la señal de esa ingenua y deliciosa impostura, que es como el aroma, la esencia de Tarascón, cuando se despierta.

En cierto pasaje de un interrogatorio, que creemos necesario resumir, se levantó bruscamente, y, con la mano extendida, exclamó:

— ¡Ante Dios y ante los hombres, juro que nunca escribí esa carta!

Trataba de una carta enviada por él desde Marsella a Pascalín, redactor de *Le Gazet*, para estimularle e inducirle a la producción de invenciones más fértiles y más abundantes.

No, y ni veces; no, el acusado no había escrito tal cosa, y se defendía, y protestaba. "No digo que... tal vez el señor de Mons, no comparablemente... ¿y cómo silbo entre sus labios debidamente... no comparablemente!"

El presidente ordenó:

— Entreguen la carta al acusado.

Tartarín la tomó, miró unos instantes y dijo tranquilamente:

— Es verdad, no puedo dudar de que es mi letra. Esta carta es mía, y la había olvidado por completo.

¡Era más que suficiente para hacer llorar a un tigre!

Instantes después, el mismo episodio con Pascalín, a propósito de un artículo aparecido en la *Gazeta*, en el que se explicaba la recepción en la municipalidad de Port-Tarascon de los pasajeros a *Port-Tarascon* y *Le Gazet* por los indígenas, el rey Negroño y los primeros ocupantes de la isla, con una descripción muy detallada del edificio de la municipalidad.

La lectura de este artículo suscitó a cada frase interminables carcajadas, a las que se mezclaban feroces gritos de indignación. El propio Pascalín se rebelaba y protestaba desde su banco, gesticulando con vehemencia; eso no era su culpa en la vida había podido firmar un cúmulo tan enorme de imposturas.

Se le mostró el artículo impreso, ilustrado con grabados hechos según sus indicaciones, y firmado con su nombre, aún del texto original encontrado en la imprenta Trinquelogue.

— ¡Es increíble! — dijo entonces el infundado Pascalín, dilatando los ojos por la sorpresa. — Se me había ido por completo de la memoria.

Tartarín asumió la defensa de su secretario.

— La verdad, señor presidente, es que, creyendo elegantemente todas las historias del señor de Mons, no me acordé.

— Tiene buena epalada el señor de Mons, por lo visto — dijo fuertemente el acusador.

— Yo proporcionalmente a este buen muchacho — continuó Tartarín — la idea del artículo

que debía hacerse, diciéndole: "Borde algo con esto". Y él borbó. Y no hice otra cosa que borbó... borbó... tartamudeó tímidamente Pascalón.

¡Ah, los bordadores de Tarascón! Muchos más iba a conocer el presidente del tribunal en el interrogatorio de los testigos, todos del lugar, y de una imaginación única, para negar hoy lo que habían afirmado en la vispera.

—¿Y usted se afirmó así en el sumario...?

—¿Y he dicho tal cosa? ¡Oh, va!... Ni siquiera he abierto la boca.

—¿Lo ha dicho con su firma?

—¿Que he firmado yo? Tampoco es cierto.

—Aquí está su firma.

—¡Oh, pues es verdad! Señor presidente, nadie me sorprendió como yo...

Y con todos igual; nadie se acordaba de nada. Los jueces estaban desconcertados ante tales contradicciones con apariencias de mala fe, y se sentían incapaces de identificar, hombres fríos del Norte, con la invención y la fantasía de los países del Sur.

Uno de los testigos más extraordinarios fué Costecalde, al relatar cómo había sido arrojado de la isla, y forzado a abandonar su mujer y sus hijos por las coacciones del tirano Tartarin. Había que oír el drama de la chalupa, las muertes espantosas y sucesivas de sus desgraciados compañeros: Ruginabaud, que quedaba cerca de la barca para refrescarse un poco el cuerpo, fué arrastrado por un tiburón y cortado en dos.

—¡Oh, la sonrisa del querido amigo! Lo veo aún, la verá siempre. Me tendía los brazos, yo iba a socorrerle, cuando, de pronto, su cara se crispó horriblemente, desapareció, y luego nada... nada más que un círculo de sangre que iba enanchándose en el agua.

Y con la mano crispada describía un gran círculo frente a los jueces, mientras que de sus ojos brotaban lágrimas gruesas como gatzbanos.

Al oír el nombre de Ruginabaud, los dos jueces, Beckmann y Robert de la Torre, que acababan de desmayarse, se alzó el Norte, que se levantó, y, entre la unánime explosión de sollozos causada por la declaración de Costecalde, los tres togados se pusieron a remover papeles y cuchichear entre sí.

Luego el presidente Mouillard se dirigió al testigo:

—¿Dícele usted que Ruginabaud fué comido ante sus ojos por un tiburón? Sin embargo, el tribunal cuenta entre los testigos de la acusación con un tal Ruginabaud, que ha desembarcado esta mañana, ¿No sería éste el mismo que iba con usted en la chalupa?

—¡Claro que sí! Soy yo, el mismo! —gritó el ex subdirector de Agricultura, que dijo: "¿Qué es esto? ¿Ruginabaud aquí? —profió Costecalde, sin turbarse demasiado—. No lo había visto, es la primera noticia que tengo.

Uno de los togados observó:

—Según esto, no habría sido comido como usted acaba de explicarnos?

—Es que tal vez lo confundí con Truphénus...

—¡Eh, eh, yo también estoy aquí! ¡A mí no me ha comido nadie! —protestó Truphénus.

Y Costecalde, que comenzaba a impacientarse:

—En fin, que sea el uno o el otro, tanto da; estoy bien seguro de que alguien fué devorado por un tiburón. La prueba es que vi la mancha de sangre.

Y continuó su declaración como si nada hubiese sucedido.

Antes de abandonar el estrado, el presidente quiso saber a cuánto ascendería, según él, el número de las víctimas.

—Crante mil, por lo menos —que es la forma en que allí se pronuncia la moneda local. Ahora, como los registros de la colonia comprobaban que jamás hubo más de cuatrocientos habitantes en la isla, se comprenderá el

astundimiento de Mouillard y de los jueces. Los desventurados se secaban el sudor, que les caía a chorros, pues nunca habían presenciado interrogatorios semejantes, ni oído declaraciones tan absurdas. Del banco de los testigos no salían más que desmentidos feroces y violentos, y se quitaban las palmas de la boca, rechinchamientos de dientes y risas diabólicas.

Un proceso fantástico, trágico, en el que se hablaba de tarascenesos comidos, ahogados, cocidos, asados, hervidos, devorados, tatuados y hechos pedacitos a hachazos, y todos se encontraban en el mismo banco, gozando de buena salud, con sus miembros intactos, sin un diente de menos y sin un solo rayguño.

A los dos o tres que aun no habían comparecido se les esperaba de un momento a otro, pues seguramente habrían corrido la misma suerte que sus compañeros; y por ello el juez de instrucción Bonarrie, más al corriente que los magistrados de las costumbres de este país frío, había inducido al presidente a dejar de lado el asunto del homicidio por imprudencia.

El desfile de los testigos continuaba, cada vez más extravagante y grotesco.

En la sala, el público tomaba partido por éste o por el otro, azuzaba, aplaudía, reía a mandibula batiente, sin miedo ni recato a las barbas del presidente, que amenazaba a cada instante con hacer despejar el recinto, pero totalmente aturrido por tanto estrépito y tantas incoherencias, se abstenía de dar la orden de desalojo, y, con los codos sobre la mesa, se sujetaba con las manos la cabeza, próxima a saltar.

En un momento de calma relativa, Robert del Norte, un viejo alto y delgado, de labios irónicos, que se asomaban entre los largos flecos de su bigote blanco, dijo recostándose, con el birrete sobre la oreja:

—Al final de cuentas, en todo esto sólo veo una cosa que no haya regresado: la Tarasca.

El sustituto Bompard de Mazet se irguió, saltando en su asiento como un diablo:

—¿Y mi río?...

—¿Y Bompard? —gritó el público como un eco.

—Haré notar al tribunal que mi tío Bompard fué uno de las primeras víctimas de este engaño. Si tuve la discreción de no hablar de él en mi requisitoria no fué porque considerara que su caso era menos digno de atención. Es evidente que Bompard, por lo menos, no ha vuelto, y seguramente no volverá jamás.

—Disculpe, señor acusador —interrumpió el presidente—, pero justamente ahora un señor Bompard me ha hecho pasar su tarjeta y solicita ser escuchado... ¿Será éste su padre?

Era Bompard (Gonzaga), en efecto.

Su nombre, muy conocido de los tarascenesos, suscitó un inmenso tumulto. Público, testigos, acusados, todo el mundo se puso en pie, y, subidos a los bancos, inclinándose aquí y allá, trataban de ver, gritando y llenos de impaciencia y de curiosidad. Ante tanta agitación, el presidente Mouillard ordenó la suspensión de la audiencia por algunos minutos, período que se aprovechó para sacar de la sala a media docena de gendarmes, medio muertos de calor y sobresalto.

V

BOMPARD HA PASADO EL PUENTE. — HISTORIA DE UNA CARTA CON CINCO SELLOS ROJOS. — BOMPARD APILA A TODO TARASCÓN QUE NO CONTESTA. — "PERO LEAN ESTA CARTA, POR TODOS LOS DIABLOS". — EMBUSTEROS DEL NORTE Y EMBUSTEROS DEL SUR.

—¡Es él, sí, es Gonzaga!... ¡Vá! ¡Vá!

—¿Cómo ha engordado!

—¡La cambiado muchísimo!

—Parece un *tear* (turco).

Después de tanto tiempo que no le veían, nuestros tarascenesos apenas reconocían al buen Bompard, antes tan delgado, con su cabeza de Pálikar bigoduto y sus ojos de chivo loco, o, ahora gordo, *bonafiente*, como dicen por allí. ¡Con idénticos bigotes y los mismos ojos delirantes en la cara grande y redonda.

Sin mirar a izquierda ni a derecha, se adelantó tras del ujier hasta la mesa del tribunal.

—¿Es usted realmente Gonzaga Bompard?

—¡A decir verdad, señor presidente, yo mismo lo dudo, cuando veo — gesto enfático del rostro — que hacia el banco de la vieja camarada le causaba verdadera emoción y le hacía asomar las lágrimas a los ojos, como a un niño castigado al que se perdona.

—¡Gracias, Gonzaga! — dijo desde su puesto Tartarin, muy conmovido.

Había soportado sin alterarse todas las injurias, pero la simpática de la vieja camarada le causaba verdadera emoción y le hacía asomar las lágrimas a los ojos, como a un niño castigado al que se perdona.

—Descuida, valiente conculcandano; no vas a enmohecer en ese sucio banco. Aquí traigo la prueba... la prueba...

¡Becó en sus bolsillos, sacó una pipa de Marsella, un cuchillo, un viejo pedernal, un encendedor, un ovillo de brizante, un metro, un barómetro y una caja homeopática, y puso todo sobre la mesa del taquígrafo.

—¡A ver cuándo termina usted, testigo Bompard! — dijo el presidente, que se impacientaba.

El acusador Bompard de Mazet dijo a su vez:

—¡Vamos, río, dése prisa!

El río se volvió hacia él:

—¡Ah, sí, verás lo que te espera, después de cuanto te has permitido decir contra nuestro pobre amigo! ¡Te voy a desheredar, estúpido!

El sobriño gordo y frío ante tal amenaza, y su parente signó hurgando en los bolsillos y colocando ante sí una colección de objetos fantásticos, hasta que encontró, por fin, lo que buscaba: un gran sobre sellado con cinco lacres rojos.

Señor presidente, he aquí un documento por el cual se prueba que el duque de Mons es el último de los sinvergüenzas, de los bribones, de los... Las palabras subían de tono, y el presidente le interrumpió:

—Está bien, déme el documento.

Abrió la carta misteriosa, y, después de leerla, la pasó a los dos asesores, que se la llevaron a la cámara y la examinaron cuidadosamente, sin dejar entrar en lo más mínimo sus impresiones. ¡Verdaderos jueces del Norte, ¡pardie!

¡Impávidos, impenetrables...!

¿Qué había en la enigmática carta? Con tipsos de aquella clase, era difícil formarse una idea.

El público se había incorporado y observaba desde lejos, las manos en la palma ante los ojos, y presa de ardiente curiosidad.

¿Qué es eso? ¿Qué diablos puede decir esa carta?...

Y como todos los incidentes de la audiencia llegaban al exterior, gracias a las ventanas y a las puertas abiertas, subía de la calle un gran rumor de clamores confusos, semejante a las olas del mar cuando se levanta la brisa. Por el momento, los gendarmes dejaron de dormir, y las mismas moscas, apelotonadas en el techo, se despertaron. El fresco de la noche, al penetrar en la sala, exacerbaba el temor de los tarascenesos a las corrientes de aire, y los que estaban próximos a las ventanas pedían a gritos que las cerraran, pues "se podía contraer el mal de la muerte".

Por centésima vez, el presidente Mouillard chilló: "Un poco de silencio o hago despejar..."

y el interrogatorio continuó:

Pregunta: —Testigo Bompard, ¿cómo y cuándo ha llegado esta carta a su poder?

Respuesta: —Al zarpar el *Farandole* de Marsella, el duque o supuesto duque de Mons me confió los poderes de gobernador provisional de Port-Tarascon, al mismo tiempo que me desahució este pliego, cerrado con cinco sellos rojos, que me hubiera en su día abierto. Encontraría dentro, dijémos, sus últimas instrucciones y me recomendó que no lo abriera hasta llegar a alguna de las islas del Almirantazgo, situadas en qué sé yo qué grados de latitud y longitud. Como podrá ver, señor presidente, así está señalado en el sobre...

P. — Si, si, ya veo, ¿y entonces...?

R. — Pues, señor presidente, me sentí aquejado por una enfermedad repentina, de la que usted seguramente tendrá noticia. Era contagiosa, gangrenosa y demás, y por tal causa fui desembarcado y llevado agonizante al castillo de If. Una vez en tierra me recordó de dolor. Llevaba la carta en el bolsillo, pues en medio de mis sufrimientos me había olvidado de dársela a Bézouquet al transferirle mis poderes.

P. — Un olvido lamentable... ¿Y después...?

R. — Después, señor presidente, cuando me sentí un poco mejor, abandoné el lecho y me vestí. No estaba muy fuerte aun. ¡Ah, si hubiera estado lo que pareciera!... Lléveme la mano al bolsillo... ¿y, ¡oh sorpresa!... encontré la carta de los cinco sellos.

El presidente insinuó severamente:

—Testigo Bonpard, ¿no estaría más conforme con la verdad el decir que esa carta, que no debía ser leída, sino a cuatro mil leguas de Francia, fue abierta de inmediato en pleno puerto de Marsella, para poder lo que quedaba dentro, y que, al conocer su contenido, retrocedió ante las enormes responsabilidades en que incurrió?

—No conoce usted a Bonpard, señor presidente. Todo Tarascon aquí presente se lo puede decir.

El silencio de tumba acogió este recurso oratorio. Apodado el "Impositor" por sus conciudadanos, que no son muy escrupulosos en materia de veracidad, Bonpard demostraba verdaderamente un arrogante tupé al invocarlos como testigos; en consecuencia, Tarascon, interrogado, nada contestó. El silencio sin inmutarse.

—¿Lo ve, señor juez? el que calla, oruga. —Y reanudando la narración: —Por aquel entonces, cuando encontré la carta, Bézouquet hacía varias semanas que había partido, y se hallaba demasiado lejos para que pudiera entregársela. Me decidí a leerla. Usted comprenderá mi terrible situación.

Muy terrible también era la situación del aula, al ver que al ignorar lo que contenía la carta, depositada en la mesa, del tribunal, de la que se hablaba constantemente.

Los espectadores estiraban el cuello, pero desde tan lejos no se podía distinguir más que los grandes y cautelosos sellos rojos del sobre, que, de minuto en minuto, parecía crecer y adquirir mayores proporciones.

Bonpard continuó:

—¿Qué hacer, preguntó yo, después de enterarme de esos horrores? ¡Alcanzar al *Farandole* a nádo? Pensé en ello un momento, pero no tuve fe en mis fuerzas, ¡gimé que el *Tutu-pai-pai* partiera, revelando a mis compatriotas este pliego abominable, lo que equivalía a arrojar un chorro de agua fría sobre sus entusiasmos? Habría sido lapidado si lo hubiera hecho. En fin, nada podía hacer, y me asaltó un gran temor... ¡Ni siquiera tuve ánimos para presentarme en Tarascon ante el embarazo de no saber qué decir. Entonces resolví ocultarme enfrente, en Beaucaire, desde donde podría ver sin ser visto. Desempeño allí el cargo de guardia del campamento de la feria y el de conservador del castillo. Tengo mis ratos de ocio, como es de suponer. Desde lo alto de la vieja torre, con un buen anteojo, observaba desde el otro lado del Ródano la agitación de mis desventurados compatrio-

tas, preparándose para la partida. Yo me crispaba, me desesperaba... Les tendía los brazos, les gritaba de lejos como si pudieran oírme: ¡No partáis, no partáis!... Intente, intente, prevenirles por medio de una botella... Digales, Tartarin, digales a esos señores que traté de avisarles.

—¡Doy fe! — afirmó Tartarin desde el banco de la infancia.

—¡Ah, cuánto sufrí, señor presidente, al ver partir al *Tutu-pai-pai* para el país de las quimeras!... Pero sufrí más al verlos volver, cuando me enteré de que frente a mi genia era el mismo señor presidente compatriota Tartarin. ¡Saberle en la torre, víctima de una falsa acusación!... Podrá usted argüir que debí intentar ante la prueba de su inocencia, pero cuando uno equivoca la dirección sólo el diablo puede indicarle el buen camino. Había empezado por no decir nada, y, por lo tanto, me era difícil la menor reparación, sin contar el miedo al puente, ese terrible puente que iba a travesar. Sin embargo, he pasado el puente infernal; lo pasé esta mañana en medio de una borrasca espantosa que me obligó a andar a gatas, como en mi ascensión al Monte Blanco. ¿Se acuerda, Tartarin?

—¡Sí, lo recuerdo! — respondió tristemente Tartarin, ante la evocación de las horas gloriosas.

—¿Cómo se balanceaba! Buena dosis de heroísmo he necesitado para llegar al fin!... Pero no me gusta elogiarme. Para terminar, heme aquí, y ahora traigo la prueba, la prueba irrefutable...

—¿Cree usted irrefutable? — preguntó Mouillard en su tono resaca. — ¿Quién nos garantiza que esta extraña carta, por tanto tiempo olvidada en vuestros bolsillos, sea del duque de Mons o del que llaman así? ¿Porque todos ustedes, los tarascones, me parecen muy poco de fiar! ¡Las mentiras que vengo oyendo desde hace siete horas!...

—¡Ustedes que gustan de fieras enjauladas rodó por el recinto y por las tribunas, hasta la calle.

Tarascon estaba descontento y protestaba. Gonzaga Bonpard, por su parte, se limitó a sonreír inefablemente.

—Por lo que a mí respecta, señor presidente, no negaré que haya alguna exageración en lo que así afirmé que se le podría hacer de mí el director de *Veritas*, pero, en cambio, tiene a éste aquí — y señalaba a Tartarin — que en cuanto a veracidad, es lo mejor que tenemos en Tarascon.

No necesité mucho tiempo Tartarin para reconocer la letra y la firma del señor de Mons, letra y firma que le eran harto familiares, por lo que, queriendo que quedara claro, se volvió hacia el tribunal, blandió con mano convulsa el terrible misterio de los cinco sellos rojos:

—A mí vez, señor presidente, armado con esta cinta elucubradora, le invito a reconocer que no todos los impositores son del Mediodía.

¡Ah! ¡Nos llaman ustedes mentirosos a los que somos de Tarascon! ¡Considerémoslos bien y verá que no somos sino gentes de imaginación y de palabra desbordante, simples trovadores, forjadores de ensueños, improvisadores fecundos, ebrios de savia y claridad, jugadores frecuentemente de sus propias invenciones asombrosas e ingenuas. ¡Qué diferencia con vuestros embusteros del Norte, sin luz ni espontaneidad, anidados siempre por un egoísmo, por una finalidad ruin, como el fímante de esa carta! ¡Sí, pues, asegúrense rotundamente: en materia de embusteros, cuando el Norte hace de las suyas, el Mediodía boca abajo!

Manejando este tema, ante un público tarasconés, Tartarin hubiera entusiasmado a la sala en otra ocasión. Pero nadie creyó a en el pobre gran hombre ni subsistía su popularidad. No se le prestó la menor atención. Sólo había interés por la misteriosa historia que agitaba con alterado ademán.

El infortunado quería seguir hablando, pero se le obligó a callar.

De todos lados partían gritos de:

—¡La carta! ¡La carta!

—¡Quitsela, zool!

—¡Que lean de una vez la carta!

Cediendo a la voluntad de la multitud, el presidente Mouillard ordenó:

—¡Escribano, lea en alta voz el documento!

Un inmenso "¡Ah!" de alivio se escuchó en la sala; y en el silencio que se produjo sólo se oía el zumbido de las moscas de agosto y el *era-éra* de las cigarras que rimaba con los latidos de los corazones ahelados.

El escribano comenzó a leer, con un fuerte acento nasal:

"Al señor Gonzaga Bonpard, gobernador interino de la colonia de Port-Tarascon, para ser abierta en el 1449 30' de longitud Este, frente a las islas del Almirantazgo.

"No hay broma, por buena que sea, que no deba tener término. Cambie de rumbo en seguida y vuélvase tranquilamente a casa con sus tarascones.

"No hay tal isla, ni tal tratado, ni Port-Tarascon, ni áreas ni hectáreas, ni destilerías, ni refinerías, ni nada de todo eso... Solamente una excelente operación financiera, que ha valido algunos millones, por ahora puestos cuidadosamente a salvo, así como mi augusta persona.

"En definitiva, una bonita tarasconada que vuestros compatriotas y su ilustre Tartarin sabrán perdonarme, pues les ha distraído, ocupado y divertido el gusto que ya habían perdido de su pequeña y deliciosa ciudad.

"Duque de Mons.

"Tanto de duque como de Mons. Apenas de las cereanías."

Esa vez, por más que el presidente amenazara con hacer evacuar la sala, nada pudo contener los alaridos y las imprecaciones que estallaron furibundas, y que se extendieron a la calle, a la explanada y a toda la ciudad. ¡Ah, belga, puerco de belga, si le echaban mano! ¡El si que habría dado el salto de cabeza al Ródano!

Hombres, mujeres, niños, todos participaban en el griterío, y en medio de una espantosa batahola, el presidente Mouillard pronunció la absolución de Tartarin y Pascalón, con hondo desconcielo de Cicerón Brangueballe, que debía renunciar a la defensa, trasgase el discurso con *sesuini enim cetero suo pucto que, considerado que, toda la cinientación romana de su monumental algarabía.*

La audiencia terminó y el público se desparanó por calles, plazas y plazuelas, vomitando sin cesar su cólera con insultos y amenazas:

—¡Belga, puerco belga! ¡Embustero del Norte! ¡Embustero del Norte!

VI

CONTINUACIÓN Y FIN DE LAS MEMORIAS DE PASCALÓN.

8 de octubre. — Con mi puesto en la farmacia de Bézouquet, he reconquistado la estimación de mis conciudadanos y encontrado la existencia tranquila de otrora, en la Placette, entre las espiñas amarillas y verdes de esterancia; con la diferencia de que Bézouquet no sale ahora del fondo de la botica, como si el fuera el ayudante y no yo, y maneja el almirez de mármol pulverizando las drogas [con una rabia! De vez en cuando hace una pausa para sacar un espejito del bolsillo y examinar sus tatuajes. ¡Desventurado Fernando! ¡Ni pomadas ni cataplasmas lo alivian! ¡Ni siquiera la "sopita de ajo" decretada por el doctor Tournesier! ¡Tampoco librará en la vida de los infernales colirios.

En cuanto a mí, hago paquetes, pongo etiquetas, despacho los áloes y la ipecacuana, y charlo con los clientes, divirtiéndome con todo lo que se cuenta en la ciudad. Los días de mer-

cado viene mucho público. Los martes y los viernes es incesante la preparación de recetas. Desde que las viñas van mejor, nuestros campesinos se arborizan de drogas. Adoran estas cosas en el distrito de Tarascón; para ellos, purgarse es una fiesta.

En el resto de la semana; que es más tranquilo, la campañita de la farmacia replica muy pocas veces. Entonces me paso las horas mirando las inscripciones de los vasos de vidrio y loza blanca, aliados en los anaquelos: *strupus gnumi*, *asa foetida*, y la farmaceutica escrita en griego que hay sobre el mostrador, entre dos serpientes.

Después de tanto desorden y tantas aventuras, este amplio reposo de mi vida me gusta bastante. Estoy preparando un volumen de versos provenzales, *li Ginguorli* (Las Azufaldas). En el Norte sólo se conoce la azufalda como un producto farmaceutico; aquí sus frutos son como olivas rojas, lindas y crujientes, en un árbol de follaje claro. En este volumen reuniré mis pabales, mis versos de amor...

Pechère! De vez en cuando voy pasar a mi Clorinda, alta y esbelta, a sentarse sobre los anaquelos, poniéndose a leer la Placette. Con su andar que ella misma calificaba al fin de "paso de canguero". Generalmente va a la segunda mesa, con el libro de preces en la mano y seguida de la doncella Afric, aquella que escalaba los techos y que desde el regreso a Tarascón ha pasado del servicio de la señora Tourmatorre al de la señora de las Filipinas. Ni una sola vez Clorinda ha mirado a la farmacia. Reincorporado a las órdenes de Bézouquet, he dejado de existir para ella.

La ciudad ha recuperado su tranquilo aspecto, y todo el mundo está ya en su casa. Nos paseamos por el bulevar y por la explanada; por la noche nos vamos al círculo o al teatro. Hemos regresado todos, con excepción del padre Fautillet, que quedará en las Filipinas para fundar una nueva comunidad de Padres Blancos. Aquí, el convento de Paupierguy abre las puertas poco a poco, y el padre Vezole (*¡Bendito sea Dios!*) ha regresado a él con algunos otros reverendos. Vuelven a sonar las campanas, dulcemente, una a una. No hemos llegado todavía al pleno carillón, pero se le presenta muy próximo.

¿Quién se imaginara que han ocurrido tantos acontecimientos! ¿Qué lejos está todo y cuán olvidadiza es la raza tarasconesa! Basta con ver partir a nuestros cazadores, con el marqués de Espazettes al frente. Flamantes de pies a cabeza, salen los domingos por la mañana y esperan, con el ardor de siempre, las piezas que jamás existen.

Yo, después del almuerzo, voy a presentar mis papeletos a Tartarin. Allí siguen, en lo alto del bulevar, la cascata de las persianas verdes y las cajas de los pequeños lustrabotas frente a la reja; pero todo está cerrado y silencio. Empujo la puerta... Encuentro al héroe en su jardín, con las manos a la espalda, dando vueltas en torno astatante de los pececillos de colores o en su gabinete de trabajo, entre los kris y las flechas emponzoñadas. Ya ni siquiera mira las colecciones amadas. El cuadro es siempre el mismo, pero ¿cómo ha cambiado el hombre! En vano fue que lo absolvieran; se siente decepcionado y fuera de centro. Ha perdido su pedestal, y es esto lo que le entristece.

Hablamos de todo. El doctor Tourmatorre, que viene algunas veces, nos trae su buen humor y sus bromas a este hogar melancólico. Branguebaine viene también los domingos. Tartarin le ha confiado la defensa de sus intereses en un proceso que se sustancia en Tolón a demanda del capitán Sempouchinat, que reclama los gastos de reparación de los buques, y en otro proceso incoado por la viuda de Bravida, en representación de sus hijos menores. Si mi pobre y querido pariente pierde esas dos demandas, ¿cómo se las arreglará? ¿Hizo tantos

gastos en la lamentable aventura de Port-Tarasconi!

«Por qué no será yo rico?... Desgraciadamente, de poco le serviría mi ayuda con la miseria que gano en la farmacia de Bézouquet, 20 de octubre. — Mi libro "Las Azufaldas" apareció en Avignon, impreso por la librería Roumille; estoy contentísimo. Otro suceso grato se está organizando una gran cabalgata en honor de Santa Marta, que será el 19 del corriente, y en honor también del regreso de los tarascones al suelo patrio. Doulourdore y yo, poetas ambos, debemos representar a la poesía provenzal en una carroza de carácter alegórico.

20 de octubre. — Ayer, domingo, se celebró la cabalgata. Fue un largo desfile de carrozas y de caballeros, arrojados a la calle, que al extremo de largas cañas tendían limosneros solicitando un donativo. Muchísima gente en la calle y en las ventanas; pero, a pesar de todo, la fiesta adolecía de falta de animación y alegría. El ingenio de los organizadores no pudo suplir la ausencia de la gran madre. Sentíase un gran vacío, y era que faltaba el cardo de la Tarasca. Sordos rencores se despertaban al recuerdo del malencolismo, que al hecho contra ella, allá en el Pacífico, y al pasar frente a la casa de Tartarin, se dejaron oír gruñidos amenazadores. En vista de que la banda de Costecalde trataba de excitar a la multitud mediante algunos gritos, el marqués de Espazettes, convertido en un arrogante templario, hizo volver grupos al corral. «¡Iya ya, señores!...» Era tan impudente su actitud, que el desorden se desvaneció en el acto.

Cuanto más descendía el sol, arrebata la nieva, que es un desagradable viento de nieve. Doulourdore y yo los sentíamos cruelmente bajo nuestros jubones Carlos IV que nos había prestado una compañía de ópera, de paso por Tarascón aquellos días. Sentados cada uno en lo alto de una torre — la torre — a la izquierda, blancos, representando el castillo del rey René, en madera y cartón pintado, — la senda blanca brisa nos penetraba hasta los huesos, y los versos que recitábamos al son de grandes laúdes, tiraban al par que nosotros. Doulourdore, dando diente con diente, decía: «¡Esto es helarse, amigo!», y no teníamos medio de bajar, pues la escalera que empleamos para llegar a nuestro sitial había sido retirada.

En el paseo, el suplicio hizo ser intolerable. Para colmo de males, tuvo yo la idea — ¡vanidad del amor! — de tomar por una transversal para pasar frente a la casa del marqués de Espazettes.

Nos hallamos en un dédalo de calles estrechas, que apenas tenían el ancho de nuestros carros. La morada del marqués estaba cerrada, sonaba y mudaba con sus tejados de piedra negra y las persianas completamente corridas, como para indicar que la nobleza desdibujaba el júbilo de los menestrales.

Yo declamé algunos versos de mi libro "Las Azufaldas", al tiempo que tendía el limosnero, pero nada se movió y nadie se hizo visible. Entonces di orden de avanzar. Imposible, el carro se había atascado. En vano tirábamos hacia adelante y hacia atrás; hallábase oprimada entre las altas murallas, y a través de los intersticios de las persianas cerradas oímos nur cerquita, a la altura de nuestros troncos, cuchicheos y risas alojadas, mientras permanecíamos, ridículamente transidos de frío, en nuestras torres de cartón.

Decididamente, el castillo del rey René no me ha traído suerte. Fue necesario descender los buques, encontrar escaleras para bajarlos, y ello requirió un tiempo incalculable.

23 de octubre. — ¿Cuál será el secreto del mal de la gloria que no se puede vivir sin ella una vez que se la ha conocido?

El domingo estaba en casa de Tartarin; habíamos en el jardín, yendo y viniendo a lo

largo de las avenidas enarenadas. Por encima del muro, los árboles del bulevar nos cubrían una lluvia de hojas caídas, y como viera una expresión de melancolía en los ojos del gran hombre, le recordé las horas triunfantes de su vida. Nada lograba distraerle, ni aun las analogías entre su existencia y la de Napoleón.

— ¡Ah, qué, Napoleón! Buena farsa! No me hables más de eso, por favor; te lo agradeceré. Le miré, estupefacto.

— ¡Ni siquiera de la mujer del comodoro? — ¡Déjame tranquilo con la mujer del comodoro! Bien se burló de mí la tal señora...

Seguimos caminando en silencio. Los gritos de los pequeños lustrabotas que jugaban a la bolita frente a la puerta llegaban hasta nosotros con las ráfagas de viento que arremolinaban las hojas.

Luego agregé esta otra reflexión: — Ahora creo ver claro. Los tarascones me han abierto los ojos, como si me hubieran operado de cataratas.

Aquello me pareció extraordinario. En la puerta, dióde de pronto con un apretón de manos:

— ¡Sabes, muchacho, que me van a embargar la casa! He perdido el pleito de Scopouchinat y el de la viuda de Bravida, a pesar de los alegatos de Branguebaine. Alondro demastado mi buen defensor, su acudatorio romano, se le vino encima y hemos sido aplastados bajo su peso.

Timidamente, me atreví a ofrecerle mis escasas economías. Se las habría dado de todo corazón, pero Tartarin las rechazó de plano.

— Gracias, hijo mío; supongo que las ajenas, las curiosidades y las plantas raras darán bastante dinero. Si eso no bastara, venderé la casa. Después, veremos. ¡Adiós, muchacho! No me reces la pena... ¿Qué filosofía!

31 de octubre. — Hoy sufrí un gran pesar. Atendía en la farmacia a la esposa de Truphénus, que me pedía algo para dolores de cabeza que sufre su hijo, cuando un rumor de ruedas en la Placette me hizo levantar los ojos. Me puse a conocer los muelles de la carroza que usaba la marquesa viuda de Agueboulide. La vieta iba dentro, con la cortora embalsamada a un lado, y enfrente mi Clorinda con otra persona, a la que no distinguía bien, porque estaba a contraluz y sólo alcanzé a divisar un uniforme azul y un kepi bordado.

— ¿Quién va con las señoras? — ¿Cómo!, ¿no lo conoces? Es el nieto de la marquesa, el vizconde Charles-Émile Agueboulide, nieto de cazadores. ¿No sabe que la señorita Clorinda se le contrariará matrimonio si me que me viene?

— ¡Qué golpe, Dios mío! Debí quedarme como muerto.

— Pero aun tenía una esperanza! — ¡Oh, no crea! Es un casamiento por amor — prosiguió la malvada mujer de Truphénus. — Pero, ¿sabe lo que decimos nosotros: "Quien por amor se emmarida, buena noche y malos días".

— ¿Quisiera yo también casarme de ese modo, precisamente de noche? — Ayer se verificó la subasta de las armas, utensilios y recuerdos de Tartarin. Yo no estuve en el acto, pero Branguebaine, que vino a la farmacia por la noche, me relató la escena.

Una desdicha, según parece. La venta no produjo nada. Se vendía frente a la puerta, de acuerdo a nuestra costumbre. Nada, ni un cobre, aun cuando acudió mucha gente. Las armas de todos los tipos, las flechas emponzoñadas, los yataganes, los revólvers, el wichester de treinta y dos tiros, no dieron nada. Las magníficas pieles de leones del Atlas, el *alpenstock*, el glorioso cayado del Jungfrau, las riquezas y curiosidades, todo aquello que era un

verdadero museo local, fueron vendidos a precios irrisorios. ¿Se ha perdido la fe!

Y aquel *habad* que durante treinta años fue la administración de la comarca! Cuando lo pusieron sobre la mesa, y al gritar el renatado *arbol gigante*, poblaciones enteras pueden cobijarse bajo su sombra... parece que le constataron con grandes carcajadas.

Tartarin oía las risas mientras daba vueltas por el jardín con dos amigos. Sin anagura comentó:

—También ellos, mis buenos tarasconeses, han sido operados de las entarras. Ahora ven claro, pero qué crueles son...

Lo más triste es que por no haber producido lo suficiente la subasta para pagar los pleitos perdidos, tuvo que ceder la casa a los Espazettes, quienes la destinan al nuevo matrimonio.

Y él, el pobre gran hombre, ¿a dónde irá? ¿Pasará el puente según dejó entrever vagamente? ¿Se refugiará en Beaucuire, junto a su viejo amigo Bompard?

Mientras Branquebalmé, de pie en medio de la farmacia, me explicaba estos dolorosos episodios, Bézouquet, en el fondo, aparecido a medias por la puerta entreabierta con sus colores imborrables, prorrumpió en una risa de demonio papá: "¡Bien hecho! ¡Bien hecho!" Como si hubiera sido Tartarin quien lo tatara.

7 de noviembre.—Mañana domingo es la fecha indicada para que mi buen maestro deje la fecha y franquee el puente de Beaucuire. ¿Es posible tal cosa? ¿Tartarin de Tarascón convertido en Tartarin de Beaucuire!

—El propio odio indica ya la horrible diferencia! Y luego, el puente, ese terrible puente que debe pasar! Yo sé perfectamente que Tartarin ha vencido obstáculos más graves, pero... Tengamos confianza. Pensemos que hay cosas que se dicen en un momento de cólera, y que luego no se hacen. Tengo aún mis dudas.

Domingo, 10 de diciembre.—Siete de la noche. Vuelvo abrumado, con fuerzas apenas para trazar estas pocas líneas.

Todo ha terminado. Se marchó. Ha cruzado el puente.

Me había citado en su casa con Tournatore, Branquebalmé y Beaumeiville; después llegó Maibos, un ex legionario de la milicia, que se nos unió en el camino.

Tenía el corazón oprimido frente a la desolación de las paredes desnudas y del jardín devastado. Tartarin ni siquiera miró en su derredor. Es eso, nuestra movilidad, lo que tenemos de bueno nosotros los tarasconeses. Gracias a ella somos niños tristes que los demás pueblitos.

Al darle las llaves a Branquebalmé, dijo: «—Se las entregará usted al marqués de Espazettes, no me ofende el que no haya venido; lo considero natural. Como decía Bravida:

*El amor del señor
es amor de cristal,
si ya le serviste,
no te verá más...*

Y, volviéndose hacia mí: «—¡Tú sabes algo de eso, muchacho! Esta alusión a Clorinda me ha afectado. ¡Pensar en mí en tales circunstancias! Una vez en el patio, nos azotó un viento terrible. Todos se decían, cuánto más, quién menos: "¡Dios nos dé valor para pasar el puente!"

El no parecía preocupado en lo más mínimo. A causa del mistral no se veía a nadie en la ciudad; encontramos solamente a la banda de música que regresaba de la explanada. Los soldados apretaban con una mano los instrumentos

y con la otra sujetaban el vuelo de sus capotes que el viento azotaba con furia.

Tartarin hablaba lentamente mientras caminaba, al paso, en medio de nosotros, como si escudriñara de pasos. Contaba cosas suyas, nada más que suyas, como en otros tiempos.

—A mí me ha pasado lo que a muchos de nosotros. Me he alimentado demasiado de *regardelle*.

En Tarascón llamamos *regardelle* a todo lo que tienta los ojos y excita los deseos, pero que no podemos alcanzar. Es el alimento de los soñadores, de las gentes de imaginación. Y Tartarin decía la verdad: nadie había consumido tanta *regardelle* como él.

Como yo llevaba la muleta, la caja del sombrero y el sobretodo de mi héroe y andaba algo retrasado, no oía bien lo que se decía. Muchas palabras se las llevaba el viento que redoblaba su violencia a medida que nos acercábamos al Ródano. Me pareció comprender que no quería mal a nadie y que hablaba de su existencia con una dulce filosofía.

—Ese picaro de Daudet ha dicho de mí que yo era un Quijote en la piel de Sancho Panza. Y dijo la verdad. Ese tipo de Quijote chillado se calla, embudo en su gaza y siempre inferior a sus sueños, es bastante frecuente en Tarascón y su distrito.

Un poco más lejos, al doblar una calleja, hemos visto alejarse a Excourbanis, quien, al pasar frente a la armería de Costecalde, desde esta mañana consejero municipal de la ciudad, gritó a voz en cuello:

—¡Ah, ah, ah, ah, ah, *brut!*... ¡Viva Costecalde!

Tartarin comentó:

—Ni tampoco a ese le guardo rencor. Sin embargo, Excourbanis representa la parte más detestable del Mediodía tarasconés. No me refiero a sus gritos, aunque chillá más de lo conveniente, sino a ese espantoso desdeseo de gustar y de ser anable que lo arrastra a las más abyectas cobardías. Si se encuentra ante Costecalde, dirá: "¡Al Ródano Tartarin!" Si estuviera conmigo, y por halagarme, gritaría lo mismo contra Costecalde. Fuera de esto, amigos míos, magnífica raza la tarasconesa, y sin ella hace tiempo que Francia habría muerto de pedantería y aburrimiento.

Llegábase al Ródano. Ante nosotros, un oasis triste y algunas nubes muy altas. El viento parecía calmarse, pero con todo el puente era de poco furor. Nos detuvimos a la entrada, y Tartarin nos rogó que no fuéramos más lejos.

—¡Adiós, hijos míos, adiós! Nos abrazamos. Empezó por Beaumeiville, el más anciano, y terminó por mí, el más joven. Yo lloraba copiosamente, y no podía enjugarme por culpa de la muleta y del sobretodo. Puedo vengarme de mí que el gran hombre ha sentido mis lágrimas.

No menos conmovido estaba él. Tomó sus cosas, la caja en una mano, el sobretodo al brazo y la muleta en la otra mano, y como Tournatore le dijera:

—Tartarin, cuídese bien. Clima malano, Beaucuire... Una sopita de ajo, no lo olvide.

El contestó, guiñando un ojo: «—Pierda cuidado... Recuerde el proverbio de la vieja: "¡Cuanto más vivía, más sabía; y en cuanto a morir, cualquier día!" Yo haré como ella.»

Vimos alejarse bajo las arcadas, algo pesado, pero a buen paso. El puente se balanceaba horriblemente. Dos o tres veces Tartarin se detuvo porque el sombrero se le escapaba.

Después lejos le gritamos, sin movernos:

—¡Adiós, Tartarin!

Demasiado conmovido para contestar, seguía

andando sin volverse; y únicamente con la caja de sombreros, hacia señales de despedida, por detrás:

—¡Adiós! ¡Adiós!

Tres meses después.—Domingo por la noche. Reando mis memorias largo tiempo interrumpidas y abro este viejo cuaderno donde que dejaré a mis hijos, si alguna vez los tengo. Ruidos ya los cantos, lo comencé a cinco mil leguas de Francia, me ha seguido a través de los mares, en prisión y en todas partes. El poco espacio que me quedaba lo aprovecho para anotar el rumor que corría esta mañana por la ciudad, ¡Tartarin ha dejado de existir!

No se tenían noticias suyas desde hace tres meses. Sabía que habitaba en Beaucuire, junto con Bompard, a quien ayudaba a guardar el campo de la feria y a conservar el castillo. Oficios de *regardelle*, en suma. Frecuentemente, anudando a mi buen maestro, hice el propósito de ir a verle, más el endiablado puente me lo impedía.

Una vez, mirando hacia el castillo de Beaucuire, en lo más alto, me pareció ver a alguien que asomaba un antejo de larga vista sobre Tarascón. Hubiera jurado que era Bompard.

Desapareció y a poco volvió a la torre con otro individuo, más gordo, que me pareció Tartarin. Este también utilizó los prismáticos, y después agitó los brazos en señal de que me conocía; pero estaba tan lejos y era tan pequeño, y tan vago, que no tuve la emoción que yo le sentí.

Esta mañana, todo angustiado sin saber por qué, salí a la calle para afirme, como hago todos los domingos, y me sorprendió ver el cielo velado y rijo, uno de esos cielos sin luz que dan más relieve a los árboles, los bancos y las casas. Lo hice notar así al entrar en la barbería de Marco Aurelio.

—¿Qué sol tan extraño! Carece de luz y de calor. ¿Hay un eclipse, acaso?

—¿Cómo, no lo sabe, señor Pascual? Está anunciado desde el día primero del mes.

Y, al mismo tiempo que me sujetaba por la nariz con la navaja muy cerca, añadió:

—Y la otra noticia, ¿no la conoce tampoco? Dicen que nuestro gran hombre ya no es de este mundo.

—¿Qué gran hombre?

Cuando mencionó a Tartarin, por poco más me cortó yo mismo con la navaja.

—¡Ahí tiene lo que es expatriarse! No ha podido vivir sin Tarascón...

Marco Aurelio no sospechaba que decía una gran verdad. Sin Tarascón y sin gloria era indudable que no podía vivir.

¡Pobre patrón querido! ¡Pobre gran Tartarin! ¡Y qué coincidencia tan singular: un eclipse en el día de su muerte!

Y qué pueblo extraño el nuestro! Apostaría a que en la ciudad la noticia ha causado pesar a todos, pero se hacen los indiferentes y afectan tomar la cosa a la ligera.

Débase ello a que, desde el asunto de Port-Tarascon, que los mostró al mundo tan exaltados y narcadidos, los tarasconeses quieren parecer ahora más serenos, dueños de sí mismos y corregidos para siempre.

La verdad es que no nos hemos corregido en lo más mínimo; sólo que ahora, en vez de mentir hacia arriba mentamos hacia abajo.

Ahora ya no decimos: "Ayer, en la plaza había cincuenta mil personas, por lo menos", sino "En la plaza, ayer, si éramos una media docena es ya mucho decir".

Exageración, ni más ni menos.



LA CAZA DEL

DESMONTEN! — ordenó alegremente el mayor-general Barrett, saltando de su caballo—. ¿Qué le parece este ejercicio antes del desayuno, señor Queen? — ¡Oh, encantador! — dijo Ellery, poniendo pie en tierra, no sin cierta dificultad. El gran bayo agitó su cabeza visiblemente aliviado —. Temo que mis músculos "esbaltísticos" están algo atrofiados, general. Recuerde que estamos cabalgando desde las seis y media.

Dicho esto se fue rengueando hasta el borde del acantilado y descendió su torturado cuerpo contra el bajo parapeto de piedra.

Harkness desenredóse el mismo del ruano, diciendo:

— ¡Usted, Queen, lleva una vida de aventuras sentado en una silla! Debe resultarle embarazoso cuando mire la nariz en el mundo de los hombres — concluyó riendo.

Ellery contempló con evidente desagrado el cabello rubio y los ojos nerviosos del hombre, molesto por la broma. Aquel amplio pecho no daba la menor muestra de fatiga después del galope.

— Embarazoso para el caballo — contestó Ellery —. Hermosa vista, general. No pudo usted elegir este paraje a ciegas. En su carácter hay un destello de poesía.

— ¡Tonterías, señor Queen! Soy un militar. El anciano caballero se inclinó hacia el lado de Ellery y miró abajo, al río Hudson, que se parecía un césped azul bajo los reflejos del sol matinal. El toscó acantilado bajaba hasta morir en la playa, allí donde el mayor-general Barrett tenía su casa flotante. Un zig-zag de escarpados escalones de piedra era el único medio de descenso.



TESORO

TEXTO INTEGRO
de la famosa novela policial de
ELLERY QUEEN

Traducida especialmente para "LeoPlan"
por Carlos Dueto

ILUSTRACION DE ARTECHE

Un viejo hallábase sentado al borde de una pequeña escollera, pesando. Levantó la mirada y, ante el asombro de Ellery, plantóse de un salto a sus pies y saludó militarmente con la mano que tenía libre. Hecho este señóse de nuevo, prosiguiendo su pesca.

—Este es Braun —dijo el general, sonriendo—. Un viejo pensionista mío. Sirvió bajo mis órdenes en México. El y Magruder, el viejo

encargado de la quinta. ¿Ve usted? Disciplina; eso es... ¿Poesía? No para mí, señor Queen. Me gusta este arceñto por su valor militar. Domina el río. Un *Wen Point* en miniatura.

Ellery miró hacia arriba. El saliente de roca sobre el cual el general había edificado su casa estaba rodeado por sus otros tres lados de resbaladizos acantilados, imposibles de escalar; tan elevados que sus cretas se hundían en la niebla.

Una empinada carretera había sido abierta en la roca viva del acantilado, bajando en espiral desde la cúspide de la montaña. Ellery aun recordaba con vértigo el descenso en automóvil la tarde anterior.

—Usted domina el río—dijo secamente—, pero un posible enemigo podría hacerle fuego y desalojarlo de su posición desde aquella carretera de arriba. ¿O son infantiles mis tácticas?

—Podría defender ese porrón que da a la carretera, aunque fuera atacado por todo un ejército! —clamó el anciano.

—¿Y la artillería? —murmuró Ellery—. ¡Caramba, general, está usted bien preparado!

Hasta entonces no había visto un pequeño cañón bruñido situado junto a la bandera y que asomaba su boca por el parapeto.

—El general está listo para la revolución —di-

jo Harkness con risa indolente — Vivimos en tiempos peligrosos.

—¿Y los deportistas — exclamó el general — no tienen respecto alguno por la tradición. Usted bien sabe que éste es un cañón antiguo que solamente se usa en las ceremonias; pero seguramente no se reirá del que tenemos en la Punta, ¿verdad? Únicamente así, con salvas de cañón, será arriada en mi propiedad la bandera. Harkness concluyó con voz exaltada.

—Supongo — contestó el cazador — mi rifle no servirá para el caso. En safari, yo...

—No tenga en cuenta lo que dice, Ellery — interrumpió el general, con enojo. — Lo toleramos por el solo hecho de ser amigo del teniente Fiske... ¿Lástima que llegara tarde para presenciar la ceremonia. ¡Emocionante! Ya va a hoy al atardecer. Fiske, que conoce las tradiciones. Son parte de mi vida, señor Queen... Creo que soy un viejo loco.

—No, por cierto—dijo Ellery con presteza—. La tradición es la espina dorsal de la nación; cualquiera sabe esto.

Harkness sonrió entre dientes y el general mostró complacido. Ellery sabía que clase de hombre era el general y hacía cargo de su situación: retratado, demasniado viejo para el servicio activo y languideciendo por la vida militar. Según lo que le contó la noche anterior Dick Fiske, el futuro yerno del general, Barrett había sido un apasionado y recto soldado, y aun ahora, en la vida civil, cumplía con las costumbres de los añosados días marciales. Sus únicos amigos eran viejos soldados; y la casa, erizada de reliquias de tres guerras, estaba organizada como si fuera un cuartel.

Un niozo se hizo cargo de los caballos. Ellos caminaron por el ondulado césped, en dirección a la casa. "El general debe nadar en oro", pensaba Ellery; y lo que estaba viendo lo convenció. Una pila de azulejos, un magnífico sillón, un polígono de tiro, una sala de armas con una variedad de ellas que...

—General—dijo alguien con voz agitada. Este volvióse y, ante él, vio al teniente Fiske, con su uniforme excepcionalmente en desorden. — Puedo hablarle un momento a solas, general?

—Pero claro; no faltaba más, Richard. Con el permiso de ustedes, señores.

Harkness y Ellery se hicieron a un lado. El teniente decía algo, sacudiendo sus brazos nerviosamente. El viejo empalidecía. Entonces, sin una palabra más, ambos corrieron precipitadamente hacia la casa.

—No me imagino qué estará tramando Dick —dijo Harkness, mientras él y Ellery seguían a los primeros a una prudente distancia.

—Leonie... —aventuró Ellery — Conozco a Fiske desde hace mucho tiempo. Esa es una buena hija del regimiento es la única influencia inquietante con que ha tropezado ese muchacho. Espero que todo esto no encierre nada malo.

—Quería el cielo que no —dijo el corpulento deportista—. Prometía ser un descansado *week-end*. Ya tuve mi buena dosis de emoción durante mi última expedición.

—Mis muchachos me abandonaron y la crecida del Níger hizo el resto. Perdí todo. Puedo darme todavía por satisfecho de haber escapado con vida... ¡Ah, ahí está la señora Nixon! ¿Le sucede algo malo a la señorita Barrett?

—Una mujer alta, pálida, de cabello rojo y ojos de ámbra, levantó la vista del *magazine* que estaba leyendo.

—¿Leonie? No la he visto esta mañana. ¿Por qué? —No parecía muy interesada—. ¡Oh, señor Queen! Aquel horrible juego me tuvo despierta media noche. ¿Cómo puede usted dormir tranquilo con toda esa gente asesinada rondando en torno suyo?

—Lo difícil para mí —dijo Ellery — no consiste en dormir demasniado poco, sino en dormir demasniado. ¿Pesadillas? Debe usted te-

ner algo en la conciencia.

—Pero era necesario tomar nuestras huellas dactilares, ¿no Queen? Quiero decir que un juego es un juego...

Ellery rio.

—Prometo destruir mi improvisado y pequeño "Bureau de Identificación" en la primera oportunidad que se me presente.

—Queen — dijo el teniente Fiske desde el umbral de la puerta —, ¿quiere molestarse un momento?

Nublábase en él cierta turbación, y su tez tostada hallábase cubierta de gruesas gotas de sudor. No obstante, conservaba la misma rigidez militar de siempre.

—¿Qué hay, teniente? — preguntó Harkness.

—¿Le ha sucedido algo a Leonie? — interrumpió la señora Nixon.

—¿Mal? No..., en absoluto.

El joven oficial sonrió, y tomando a Ellery de un brazo lo llevó hacia las escaleras. Ahora ya no sonreía.

—Algo muy enojoso ha sucedido, Queen. Nosotros no sabemos qué hacer. Menos mal que usted está aquí y podrá averiguar...

—Bueno, bueno — dijo Ellery con calma —, ¿qué ha pasado?

—¿Recuerda usted aquel collar de perlas que llevaba anoche Leonie?

—¡Ajá! — asintió Ellery.

—Era mi regalo de compromiso. Pertenecía a mi madre... Se mordió los labios al decir esto — ¿cómo podía ella obsequiar a Leonie algo caro y, por otra parte, dado que un tercio del ejército de los Estados Unidos no está en condiciones de comprarlas con el sueldo que gana... Ya sé que fué una locura. De todas maneras, también conservaba las perlas por razones sentimentales y...

—Usted está tratando de decirme—expresó Ellery— que alguien llegó a las escaleras— que las perlas han desaparecido.

—¡Así es!

—¿Cuál es su valor?

—Veinticinco mil dólares. Mi padre fue rico... una vez.

Ellery suspiró. Estaba visto que no podía nunca hacer su santa voluntad. Encendió un cigarrillo y siguió al oficial hacia el dormitorio de Leonie Barrett.

—¿Por qué había sido de marcial en el aspecto del mayor-general Barrett ahora era simplemente un hombre gordo, de hombros caídos. En cuanto a Leonie, había llorado y Ellery pensó que había empleado el borde de su *peignoir* para secar las lágrimas. Sin embargo, tenía la cabeza erguida y brillante los ojos. Al ver a Ellery salió corriendo hacia éste, en forma tan apresurada que Queen levantó un brazo como para defenderse.

—Alguien ha robado mi collar — dijo resueltamente — y usted debe recuperarlo, ¿me oye?

—Leonie, querida... — empezó a decir el general, con voz débil.

—No, papá; no me importa que pueda ser el perdidísimo. Ese collar significaba mucho para Dick y para mí de manera que no me voy a quedar tan tranquila después que un ladrón me lo ha quitado en mis propias narices.

—Pero, querida — dijo el teniente —, no te olvides que todos son invitados...

—Que se vayan al diablo mis invitados y los tuyos! — dijo la joven sacudiendo la cabeza —. No creo que el libro de la señorita Post diga que un ladrón queda exento de toda culpa, simplemente porque está en calidad de invitado.

—Pero es más razonable sospechar que uno de los sirvientes...

La cabeza del general se alzó como un cohete.

—Mi querido Richard — resopló —, ¿quitate esa idea de la cabeza. No hay un hombre que por lo menos no haya estado veinte años a mi servicio. Confiaría a cualquiera de ellos todo

cuanto posco. He tenido ocasión de probar su honradez y lealtad más de cien veces.

—Ya que soy tan viejo de invitado — dijo Ellery, jocosamente —, creo que estoy capacitado para dar mi opinión. Teniente, su novia tiene razón. ¿Cuándo descubrió el robo, señorita Barrett?

—Hace una media hora, cuando me levanté.

—Leonie señaló el tocador junto a la cama — Ya antes de despertarme de lo todo vi que las perlas habían desaparecido. Porque, como usted ve, la tapa de mi joyero estaba levantada...

—¿Y la caja estaba cerrada cuando usted se recogió anoche?

—Más que eso, me desperté a las seis de la mañana con sed. Salté de la cama, fui en busca de un vaso de agua y recordo perfectamente que entonces la puerta hallábase cerrada. Después de esto me volví a acostar.

Ellery pasó mirando la caja. Al fin echó una bocanada de humo y dijo:

—Tenemos suerte. Son un poco más de las ocho. Usted descubrió entonces el robo a las ocho menos cuatro, más o menos. Por consiguiente, las perlas fueron robadas entre las seis y las ocho menos cuatro. ¿No oyó usted algo sospechoso, señorita Barrett?

Leonie sonrió con tristeza.

—Para mi desgracia, duermo profundamente. Tarde o temprano te tenías que enterar, Dick. Además, hace años que sospecho que ronco, aunque nunca nadie...

El teniente se levantó, y el general exclamó: —¿Qué cosa, favor...?

—Esta hora es una calma, comencé a llorar de nuevo, está vez sobre el hombro del teniente.

—¿Qué diantres hacemos? — preguntó el ondulante. — No podemos registrar a todo el mundo, así como así. ¡Qué asunto enojoso! Si las perlas no fueran tan valiosas diría que dejáramos correr la cosa...

—No es necesario un registro general — dijo Ellery — Ningún ladrón sería tan estúpido como para llevar el botín encima. Esperaría que llamaran a la policía, y ésta es notoriamente insensible a los escrúpulos sociales.

—¡Policía! — dijo Leonie con voz abatida —, ¿No podríamos...?

—Creo — dijo Ellery — que podemos pasarnos sin ella por el momento. Por otra parte, un registro por las habitaciones... ¿Tienen ustedes inconveniente si hussmo por ahí?

—Por supuesto que no; puede usted mirar por donde quiera, señor Queen.

—Creo que lo haré. De paso, ¿quién, además de nosotros cuatro y el ladrón, sabe esto?

—Nadie más.

—Muy bien. Ahora, discreción es nuestro lema. Por favor, finjan que no ha pasado nada.

El ladrón habrá que estamos acusando, por el cual también se verá obligado a "actuar" y quizá... —Siguio fumando pensativo —. Bueno, ¿qué tal si se visten y se unen a los demás invitados que ya esperan abajo? Vamos, señorita Barrett, abandone ese gesto agrio y trate de sonreír.

—Sí, señor — asintió Leonie.

—Y ustedes, caballeros, cooperen también manteniendo a la gente de este piso mientras yo investigo por ahí. No se queden, por ejemplo, que la señora Nixon me sorprenda *in fraganti* revolviendo su ropa interior.

—¡Oh! — exclamó Leonie repentinamente, echándose a reír luego.

—¿Qué pasa? — preguntó el teniente, con ansiedad.

—¿Leonie, Dorothy Nixon anda bastante mal de fondos, y... No, pero no queda bien que yo diga esto! Dios mío, y yo aun sin vestir! Por favor, ahora váyanse.



—Nada — dijo Ellery en voz baja al teniente Fiske, después del desayuno —. No se halla en parte alguna de la casa.

—¿Qué mala suerte! ¿Está usted seguro?

—Absolutamente. He estado mirando por todas las habitaciones. Cocina. Solárium. Despensa. Sala de armas. Hasta he estado en la bodega del general.

Fiske murió su labio inferior. La voz de Leonie se hizo oír alegre.

—Dorothy, el señor Harkness y yo vamos a la pileta a hacer una zambullida. ¿Vienes, Dick?

—Vaya, se lo ruego — le apremió Ellery en voz baja —. Así, mientras se zambulle, puede registrar esa pileta.

Fiske miró asombrado a Queen. Luego asintió v, con gesto ceñudo, siguió a los demás.

—¿No es el general, desafiante —. Ya lo vi hablando con Richard.

—Todavía no... Ellery abarcó con la mirada la casa, donde habían ido a ponerse sus trajes de baño... Vámos a dar una vuelta por la ribera, general; quiero hacerle unas preguntas a Braun.

Bajaron con precaución por los escalones de madera del acantilado hasta la playa. Encontraron al viejo pensionista placidamente entrecido en limpiar los bronceos de la lancha del general.

—Buenos días, señor — dijo Braun, prestando atención.

—Braun, este caballero desea hacerte unas preguntas — dijo el general en tono tranquilizador.

—Muy sencillas, por cierto — añadió Ellery sonriendo —. Lu vi esta mañana pescando a eso de las ocho. ¿Cuánto tiempo estuvo sentado en la escollera?

—Pues, señor — replicó el viejo, rascándose la mano izquierda —, desde las cinco y media. Empiezan a mordrer temprano. Hice una buena pesca.

—Tuvo a su vista todo el rato las escaleras? — Seguro, señor.

—¿La bajado alguien esta mañana?

Braun movió en tono negativo su cabeza gris.

—Se ha aproximado alguien por el río?

—Nadie, señor.

—Dijó usted o tiró alguien algún objeto aquí o al agua desde allá arriba?

—Si lo hubiera hecho, yo habría oído el ruido, señor, y nada vi.

—Muchas gracias. ¡Ah!... de paso, Braun: usted está aquí todo el día, ¿no?

—Hasta no muy entrada la tarde, mientras no haya alguien empleando la lancha.

—Entonces, oja avizor. El general Barrett está ansioso por saber si alguien baja por aquí esta tarde. Si ve a alguien vigilelo bien y luego nos informa.

—Son órdenes del general, señor? — preguntó Braun con una mirada maliciosa.

—Así es, Braun — suspiró el general —. Poes des refreite.

—Ahora — dijo Ellery mientras trepaban por el acantilado —. Vamos a ver qué tiene que contarnos nuestro amigo Magruder.

Magruder era un gigante irlandés de mejillas curtid y ojos suspicaces. Ocupaba una casita junto a la única entrada a la propiedad.

—No, señor — dijo enfáticamente —; no ha venido ni un alma por aquí en toda la mañana. ¿Pero cómo puede estar usted seguro, Magruder?

El irlandés se irguió.

—Porque desde las seis menos cuarto hasta las siete y media estuve sentado allí, y ante mi vista tenía el portón de entrada. Primero estuve limpiando algunas escupetas del general y luego podando las alheñas.

—Lo que diga Magruder, Ellery, puede creerlo como si fuera el Evangelio — aseguró el general.

—Lo he oído, lo creo — afirmó Ellery. — ¿Esta es la única salida de la propiedad?

—Ya lo ve usted...

—Sí, sí. Y la del acantilado... Solamente un lagarto podría escalar esas paredes de roca. Muy interesante. Gracias, Magruder.

—Bueno, y ahora, ¿qué hacemos? — preguntó el general, mientras caminaban de regreso a la casa.

Ellery frunció el ceño.

—La base de cualquier investigación, general, depende de cuantas posibilidades pueda uno eliminar. Esta pequeña búsqueda resulta ideal en lo que se refiere a esta eliminación. Dijo usted que confiaba ciegamente en sus sirvientes, ¿no?

—Así es.

—Entonces reuna todos los que pueda y hágales pasar rastros por cada pulgada de terreno. Afortunadamente, su propiedad no es muy extensa y el trabajo no resultará muy largo.

—Hum!... — Las fosas nasales del general se dilataron —. Vaya, esa es una buena idea. Comprendo, comprendo, señor Queen. Puede confiar en mis muchachos. Son viejos soldados y les encantarán hacer esto...; pero, ¿y los árboles?

—¿Cómo?

—Los árboles, hombre, los árboles! Hay una gran cantidad de ellos y cada uno puede ser un excelente escondijo.

—¡Oh! — dijo Ellery gravemente —, los árboles. De todas maneras niren a ver si encuentran algo.

—Déjelo por mi cuenta — expresó el general al tiempo que se iba con paso rápido.

Ellery echó una mirada a la pileta y sentóse en un banco para observar cómo nadaban sus amigos. La señora Nixon agitó un brazo bien formado, al tiempo que se sumergía perseguida por un gigante bronceado que resultó ser Harkness con sus cabellos rizados chorreando agua. Una ágil y delgada figura apareció repentinamente, casi a los pies de Ellery, y trepó por el borde de la pileta.

—Lo hice — murmuró Leonie, sonriendo cautivamente como para despertar la admiración de Ellery.

—¿Qué ha hecho? — refunfuñó Ellery, retrocediendo.

—Los registré.

—¿Registrar? No entiendo...

—¡Oh!, son todos los hombres estúpidos — exclamó Leonie mientras se sacaba el gorro de baño para dejar al descubierto su hermosa cabellera —. ¿Por qué cree usted que supe la piletta? Para que todo el mundo tuviera que quitarse la ropa! Lo único que tuve que hacer fue deslizarme dentro de un durmiente o dos antes de bajar. Registré en todas las prendas. También podría ser posible que el ladrón hubiera metido las perlas en algún bolsillo de alguien no sospechoso; pues bien... nada.

Ellery se quedó mirándola un rato.

—Eximada señorita: me dejó usted atónito. Posee mucha perspicacia...; pero los trajes de baño...

Leonie sonrióse, pero dijo firmemente:

—El collar era largo y de seis vueltas. Si usted cree que Dorothy Nixon lo guarda ahora en ese traje de baño...

Ellery miró a la señora Nixon.

—No me atrevo a decir — declaró sonriendo — que alguna de ustedes, en sus actuales vestimentas, puedan esconder algún objeto más grande que un ala de mosca. ¡Ah, ahí tenemos al teniente! ¿Cómo está el agua?

—No está buena — dijo Fiske apoyando su barba en el borde de la pileta.

—Pero Dick! — exclamó Leonie —. Yo creí que te gustaba...

—No novio — murmuró Ellery — acaba de informarme que las perlas no se encuentran en parte alguna de la pileta, señorita Barrett.

La señora Nixon le dio una bofetada a Harkness, sacó su pierna desnuda y puso su rosado talón en el amplio mentón del atleta, al tiempo que lo empujaba hacia abajo. Este río a carcajadas y se sumergió.

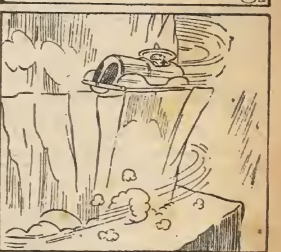
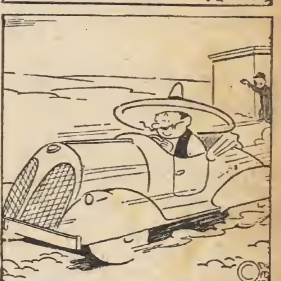
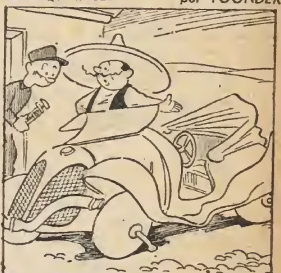
—Tonto — dijo la señora Nixon, satisfecha, mientras salía de la pileta.

—Tú tienes la culpa — reprendióla Leonie —.

PANCHO SOMBRERO

IGUAL QUE ANTES

por TOONDER





Te dije que no te pusieras ese traje de baño.
—Miren quién habla — dijo el teniente, con amargura.

—Si ustedes invitan a Tarzán para pasar el week-end — comenzó la señora Nixon; pero calló —. ¿Qué diablos hace aquella gente trepando por allí? ¡Porque están trepando!

Todo el mundo miró. Ellery suspiró.

—Creo que el general está cansado de nuestra compañía y está dirigiendo alguna especie de juego guerrero con sus veteranos. ¡Lácese esto a menudo, señorita Barrett?

—Maniobras de infantería — precisó el teniente con rapidez.

—Es un juego tonto — aseguró la señora Nixon, sacándose alegremente su gorro de baño —. ¿Qué pensáis hacer esta tarde, Leonie? ¡Hagamos algo emocionante!

—Creo — dijo Harkness de mal humor, sacudiendo de la pileta como un simio — que me gustaría jugar a algo emocionante, siempre que usted, señora Nixon, tome parte.

El sol hacía relucir su torso mojado.

—Estrúpido — dijo la señora Nixon —. ¿A qué jugamos? Sugiera algo, señor Queen.

—Caramba, no sé. ¿Caza del tesoro? Está un poco pasado de moda, pero tiene la ventaja de que hay que poner algo de cerebro.

—Creo que es una buena idea — dijo Leonie —. Usted, Queen, encárguese de arreglar todo.

—¿Caza del tesoro? — la señora Nixon se quedó pensativa —. ¡Hum!... Suena bien. Haga que el tesoro sea algo que valga la pena, por favor.

Ellery hizo una pausa mientras encendía un cigarrillo. Tiró el fósforo y preguntó:

—Si yo soy el elegido... ¿Cuándo comenzamos? ¿Después de comer? Entonces empezaremos a preparar las claves y todo lo demás. Quédense en la casa todos, y nada de espiar. ¿De acuerdo?

—Estamos en sus manos — dijo la señora Nixon risueñamente.

—Hombre afortunado! — suspiró Harkness.

—Entonces, hágalo.

Ellery se fue caminando en dirección al río. Aun podía oír la clara voz de Leonie exhortando a sus huéspedes a que se dieran prisa para vestirse, pues ya era la hora de almorzar.

El mayor-general Barrett lo encontró junto al parapeto mirando fijamente la orilla opuesta a una distancia de media milla. Las mejillas del general estaban rojas y su rostro bañado en sudor. Además, parecía irritado y cansado.

—¡Malditos sean todos los ladrones! — explotó, sacudiendo su cabeza calva. Después agregó apesadumbrado: — Empezó a creer que lo que ha pasado es que Leonie lo perdió.

—¿No lo encontraron?

—Ni trazas de él.

—Entonces en dónde lo perdí?

—¡Ravos y trucos, creo que tiene usted razón! Estoy ya harto de este condenado asunto. Pensar que un huésped, bajo mi propio techo...

—¿Quién dijo — interrumpió Ellery — algo acerca de un huésped, general?

El anciano se sobresaltó.

—¿Hé? ¿Qué es eso? ¿Qué quiere decir?

—Nada en absoluto. Usted no sabe. Yo no sé. Nadie sabe nada, excepto el ladrón. No debemos hacer conclusiones. Ahora dígame. ¿Ha terminado la búsqueda?

El mayor-general Barrett gruñó.

—¿Estuvo en la casa de Magruder también?

—Desde luego.

—¿En los establos?

—Pero, mi querido amigo...

—¿Miró los árboles?

—También los árboles — dijo resueltamente el general —. Hasta el último rincón.

—¿Bueno!

—¿Qué tiene ello de bueno?

Ellery lo miró sorprendido y dijo:

—¡Estimado general, es magnífico! Estoy preparado. En realidad me anticipé a todo esto. Porque estamos tratando con una persona muy hábil.

—Entonces usted sabe... — suspiró el general.

—Concretamente, muy poco. Pero veo un destello. ¿Ahora quiere tener usted la bondad de volver a casa y refrescarse un poco? Está usted cansado y necesita energías para esta tarde. Vamos a jugar a algo muy interesante.

—¿Dios mío! — exclamó el general, mientras se iba hacia la casa, moviendo la cabeza contrariado. Ellery lo siguió con la vista hasta que desapareció.

Entonces se sentó en el parapeto, entregándose a la meditación.

—Ahora, señoras y señores — comenzó Ellery una vez que se hubieron reunido todos en la galería a las dos —, he pasado estas dos últimas horas trabajando en serio: un sacrificio personal que me he impuesto como contribución a la felicidad de las naciones y en cuyo pago sólo pediré a ustedes su esforzada cooperación.

—Oiga — dijo el general, ligeramente.

—Vamos, vamos, general, no sea antiosicial. Desde luego, todos ustedes conocen el juego. — Ellery encendió un cigarrillo y prosiguió: — Tengo escondido el tesoro en algún sitio. He dejado una pista a cada paso, que consiste en un indicio en clave que, interpretado correctamente, conduce al próximo, y así sucesivamente hasta el lugar en donde el tesoro se halla oculto.

to. La carrera, naturalmente, depende de la ligereza mental de cada uno. Este juego pone un galardón en los cerebros.

—Esto — dijo la señora Nixon tristemente — no va conmigo.

Estaba vestida con un sweater ajustado y unos pantalones. El caballo lo tenía recogido con una cinta azul.

—Pobre Dick — murmuró Leonie —. Estoy segura de que tendrá que hacer pareja con él. El solo no llegará ni a la primera etapa.

Fiske frunció el ceño y Harkness batió los brazos.

—Ya que estamos dividiéndonos, elijo a la señora Nixon. Me parece que usted, general, tendrá que ir solo.

—Quizá — dijo el general, esperanzado — a ustedes, la gente joven, les gustaría jugar solos.

—De paso — dijo Ellery —, todas las claves están en forma de citas.

—¿Ah, sí? — dijo la señora Nixon —. ¿Usted quiere decir algo así como: primero en guerra, primero en paz?

—Sí. Y no se preocupen acerca de la procedencia; lo que realmente importa es el significado de las palabras. ¿Listos?

—Espere un minuto — dijo Harkness —.

—¿Cuál es el tesoro?

Ellery tiró su cigarrillo en el cenicero.

—No debo decirlo. ¡Prepárense ahora! Déjenme decirles la primera clave. Es de la pluma de nuestro viejo amigo el bardo Dean Swift; pero ello no importa. La cita es... — hizo una pausa mientras los participantes escuchaban ansiosamente... —, primero (un pez); nadaría en el mar.

El general dijo:

—¿Qué tontería! — y se sentó en su silla. Pero los ojos de ámbos de la señora Nixon brillaron al tiempo que daba un salto.

—¿Es eso todo? — exclamó —. ¡Dios mío, no es ni pizca difícil, señor Queen! Vamos, Tarzán — y se lanzó corriendo por sobre el césped, seguida por Harkness, que protestaba. Se dirigieron al parapeto.

—Pobre Dorothy — suspiró Leonie —. Tiene buena voluntad, pero ciertamente no está dotada de un cerebro muy brillante. Por supuesto ha tomado una pista errónea.

—¿Supongo que usted podría guiarla? — murmuró Ellery.

—Señor Queen! Indudablemente, usted no querría decir que había que registrar todo el río Hudson. En consecuencia, la porción de agua que usted tenía en su mente era algo más pequeña. Saltó de la galería.

—¡La pileta! — gritó el teniente Fiske, corriendo tras de ella.

—Mujer notable, su hija, señor — dijo Ellery, siguiendo a la pareja con la vista —. Empezó a

comprender que Dick Fiske es un hombre extraordinariamente afortunado.

—¡Aquí está de la madre...! dijo el general, sonriendo repentinamente.—¡Caramba, me estoy interesando!—Dicho esto se levantó y se fué.

Encontraron a Leonie desinflando, complacida, un gran pez de goma, aun mojado por la inmersión en la piletta.

—¡Ahora es, dijo—. ¡Vamos, Dick, presta atención. ¡Ahora no, tonto! El señor Queen está mirando. ¿Qué es esto? Entonces nadaría en manteca. Manteca, manteca... ¡Ya está...! la densa!— y salió de nuevo corriendo hacia la casa, seguida por el teniente.

Ellery reemplazó la nota en el pez de goma, lo infló, tapó el agujero y lo tiró de nuevo a la piletta.

—¡Pronto tendremos a los otros, ¡Aquí está! Creo que ya lo han hallado. Vanos, general. Leonie estaba de rodillas en la densa, ante la gran *frigidaire*, sacando un pedazo de papel de una pastilla de manteca.

—Caramba— dijo frunciendo el ceño.—¿Tenía que emplear manteca? Léelo, Dick, que yo necesito las manos.

El teniente Fiske declaró:

—Y por último, picaro, nadaría en buen clarete.

—¡Señor Queen! Estoy avergonzada de usted. Esto es demasiado fácil.

—Se está poniendo más difícil cada vez— dijo Ellery, mordaz. Observó cómo la joven paría nerviosamente, saltando en dirección al sótano y luego volvían a poner la nota en el tubo. Al tiempo que él y el general cercaban la puerta de la bodega, oyeron los pasos de la señora Nixon en la densa.

—¿Que me cuelguen si Leonie no ha olvidado el robo del collar!— murmuró el general.—¿Tenía que ser muer!

—¡Que me que se haya olvidado— opinó Ellery.

—¡Eureka!— gritó Leonie.— ¡Aquí está...!

—¿Qué es esto, señor Queen?... ¡Shakespeare!—

Había encontrado una nota entre dos botellas llenas de polvo en la bodega y estaba observándola detenidamente.

—¿Qué dice, Leonie?— preguntó el teniente Fiske.

—Bajo el árbol de verde ramaje... ¿Árbol de verde ramaje?— Volvía a poner la nota en su lugar.— Caramba, se está poniendo difícil esto. Todo lo que sé es que pertenece a cierto pasaje de "Como gustéis", de Shakespeare, y que éste es el mismo título de una novela de Thomas Hardy. Pero...

—¡Vamos, Tarzán!— se oyó a la señora Nixon en el piso de arriba.—. Todavía están aquí. Salgan del paso, hombres.

Leonie se fue. La señora Nixon bajaba rápidamente por las escaleras del sótano, seguida por Harkness, malhumorado. Sacaron la nota del estante. Ella miró la nota y exclamó desalentada:

—Para mí, igual que si estuviera escrito en chino.

—Déjeme ver— Harkness examinó la nota y lanzó una carcajada.— ¡Buen muchacho este Quilum-Chilotespium-arguismum! Hay que saber algo de botánica de jungla. ¡He visto este árbol varias veces en este lugar!— Hizo un gesto de entendimiento a Ellery y al mayor-general Barrett, desapareciendo luego escaleras arriba.

—¿Qué lástima!— dijo Leonie, y se lanzó a la carga tras de Harkness.

Encontró al hombre apoyado contra el tronco de un viejo y enorme árbol frondoso, leyendo un pedazo de papel al tiempo que se rascaba la barbilla. El tronco poroso del árbol era de un verde muy vivo.

—¡Verde!— exclamó la señora Nixon.— ¡Fue usted muy perspicaz, señor Queen.

Leonie se acerca baido. Dijo:

—Un hombre va a ser el vencedor. La verdad es que no se me ocurrió pensar en usted

por un momento, señor Harkness. ¿Qué dice la nota?

—Harkness leyó en voz alta: "Y... busca lo que anteriormente tiró..."

—¿Lo que anteriormente tiró?— repitió el teniente en tono quejumbroso.—Esto me parece ambiguo.

—Indudablemente— dijo Harkness.—, el pronombre no se puede referir al que encuentre la nota. Queen no sabía quién la iba a hallar. Por consiguiente... ¡Claro está!— Y salió corriendo en dirección a la casa.

—No me gusta cómo se está poniendo esto— dijo Leonie.— ¿Por qué no haces algo, Dick? Ahora tenemos que seguirlo de nuevo. Es usted muy picaro, señor Queen.

Todos iban tras Harkness y la señora Nixon, quienes marchaban en vanguardia con su cabellera roja flotando al aire.

Ellery llegó a la galería con el general resoplando a su lado. Encontraron a Harkness, que tenía algo en la mano en alto fuera del alcance de la señora Nixon, que intentaba alcanzarlo.

—No; quiero seguir solo hasta la victoria.

—¿Pero cómo advirtió?— preguntó Leonie.

—Harkness bajó su brazo; entre sus dedos tenía un cigarrillo medio consumido.

—Estaba bien claro. La cita tenía que referirse forzosamente a Queen. Y la única cosa que le vi tirar últimamente fue el cigarrillo, justo antes de que comenzásemos el juego. De entre el tabaco extraí un papel retorcido. Lo abrió y leyó el mensaje en el escrito. Luego volvió a leerlo, pero esta vez más despacio.

—¿Por favor, Tarzán, no sea egoísta! Si no lo entiende, dénos una oportunidad a nosotros — Le arrancó el papel de las manos y leyó: "Buscando... aún en la boca del cañón."

—¿Boca del cañón?— repitió el general.— Pero...

—Esto es pan comido!— exclamó la pelirroja, y salió corriendo.

La hallaron saltando a horcajadas en el cañón de ceremonias.

—Esto sí que está bueno— se quejó.— ¡Boca del cañón! ¿Cómo diablos puede una mirar por la boca del cañón si ésta se encuentra situada a setenta y cinco pies sobre el río Hudson? ¡Eche este armatoste un poco para atrás, teniente!

Leonie se estaba riendo estruendosamente.

—¿Qué tonta! ¿Como crees que Magruder carga este cañón por la boca? Detrás hay una cámara.

El teniente Fiske hizo algo al mecanismo, con seguridad de experto, en la parte trasera del cañón, y en un abrir y cerrar de ojos dejó al descubierto un orificio redondo en la culata. Metió la mano y lanzó una exclamación de asombro:

—¡Es el tesoro! Caramba, Dorothy, has ganado!

La señora Nixon saltó del cañón, emocionada como una chiquilla. Apartó rudemente al teniente, introdujo la mano y sacó luego un tacho de algodón acético.

—¿Qué es eso?— preguntó Leonie metiendo la cabeza.

—¡Leonie, querida!— gritó agitada.— ¡Sálva que era demasiado bueno para ser cierto, ¡Ya lo creo que es un "tesoro"!—

—¡Mis perlas!— clamó Leonie. Arrancó el collar de blancas gemas de las manos de la señora Nixon, apretándolas contra su pecho. Luego se volvió hacia Ellery con una mirada interrogante.

—Esto sí que no lo entiendo— dijo el general, con voz débil.— ¿Las tomó usted, Queen?

—Yo precisamente, no— contestó Ellery.— Por favor, cálmense todos. Tenemos a la señora Nixon y al señor Harkness en deventana. Ven ustedes, las perlas de la señorita Barrett fueron robadas esta mañana.

—¿Robadas?— preguntó Harkness, arqueando las cejas.

PANCHO SOMBRERO

EL TABACO ERA MALO

por TOONDER



—¡¡¡Rohalad!—dijo la señora Nixon, estupefacta.—Entonces por eso...

—Sí—dijo Ellery—. Ahora, oigan. Algún hurta un valioso collar. Problema: sacarlo de la casa. Se hallaba el collar todavía en algún lugar dentro de la propiedad? Forzosamente tenía que estar. Sólamente hay dos medios para salir: por la carretera acantilada, a cuya entrada está situada la casa de Magruder; y abajo por el río. Por todos los demás lados hay acantilados perpendiculares, imposibles de trepar. Y sus crechas son tan altas que sería casi imposible para un cómplice, por ejemplo, deslizar una cuerda desde arriba y llevarse el precioso botín... Hay que tener en cuenta, además, que antes de las seis Magruder tenía vigilada la salida por tierra y Braun la salida por el río. Ninguno de los dos quiere un alarido, y Braun asegura que no había visto que tiraran nada por el parapeto a la playa o al agua, ya que hubiera oído el ruido del objeto al caer. En consecuencia, si el ladrón no intentó escapar con las perlas por las dos únicas posibles formas, las perlas se encontraban dentro de la propiedad.

—Entonces seguía con ansiedad las explicaciones de Ellery. En su rostro pálido se reflejaba la emoción que en aquel momento la embargaba. En cuanto al general, parecía todavía desorientado y confuso.

—Pero el ladrón—siguió diciendo Ellery—debía tener fijado un plan para burlar todas nuestras oposiciones. No dudando que el robo se haría en la noche, en la oscuridad, esperaba la llegada de la policía para obrar de acuerdo a su plan; una persona a la que le han robado un collar de veinticinco mil dólares no se queda así como así sin luchar por recuperarlo. Si esperaba a la policía, esperaba también un registro; y si esperaba un registro, no pensaría esconder el botín en un lugar tan conspicuo como en su persona, en su equipaje, o en la casa. Desde luego, podría haber pensado en hacer un hoyo en algún sitio y enterrar las perlas; pero no admiti esa posibilidad ya que en ese caso igualmente no podría disponer de las perlas con la propiedad vigilada.

En vista de ello, me entregué a su busca por cada pulgada de la casa; y los sirvientes del general registraron cada palmo de terreno, así como las dependencias vecinas... para más seguridad. No llamamos a la policía, pero nosotros mismos actuamos como tales. Y las perlas no fueron halladas.

—Pero...—comenzó a decir el teniente Fiske, confundido.

—Por favor, teniente. Estaba claro, por consiguiente, que el ladrón, cualquiera fuese su plan, había descartado hacer uso de la ruta por tierra o por agua. Como medio de sacar las perlas de la propiedad, ¿habría intentado llevarlas él mismo o enviarlas a un cómplice? Difícilmente, si se anticipaba a una investigación policial y a una vigilancia. Además, recuerden que deliberadamente planeó y complotó su robo sabiendo que había un detective en la casa. Y aunque no pretendo otorgar méritos a un ladrón, deben ustedes admitir que se necesitaba audacia y habilidad para concertar y llevar a cabo un robo en tales circunstancias. Creo estar justificado al decir que cualquier fuese su plan, era atrevido y sagaz; no estúpido ni ordinario.

—Pero, si había descartado los medios "normales" de que disponía, indudablemente había forjado un plan, aun haciendo uso de una de las dos posibles rutas. Entonces recordé que había un medio, inocente en apariencia, pero con muchas posibilidades de éxito: y la ruta del río entraba también en cuenta. Era posible realizarlo así bajo la vigilancia de todo un regimiento de infantería. Y supe entonces que ésta tenía que ser la respuesta.

—El cañón —dijo Leonie en voz baja.

—Exactamente, señorita Barrett; el cañón. Haciendo un paquete con las perlas adentro, abriendo la cámara trasera de éste, y metiendo el paquete en el interior, disponía de un medio muy simple para solucionar el fastidioso problema de hacer desaparecer el collar. Cualquier persona con conocimientos de artillería y balística sabe que esta arma, como todas las que sólo se usan en las ceremonias, está cargada con pólvora solamente; es decir, que no llevan balas, sencillamente una carga de pólvora, que se estufa con un estruendo y una nube de humo.

"Ahora bien; aunque esta pólvora solamente hace ruido, tiene cierto poder propulsor, no mucho, pero lo suficiente para cumplir los propósitos del ladrón. En consecuencia, Magruder tendría hoy a la puerta del sol, deslizaría la carga en la cámara, tiraría de la cuerda, y... ¡buen!, allí irían las perlas envueltas en un nube de humo, lanzadas a una distancia de veinte pies más o menos, pero lo suficiente para alcanzar la playa e ir a caer al agua."

—¿Pero cómo?—estalló el general, rojo como una cereza.

—Sin duda alguna, el envase tendría que flotar. Aluminio, probablemente, o alguna cosa por el estilo, fuerte, pero al mismo tiempo liviano. Entonces es cuando aparecería el cómplice: alguien que pasaría en su barca por el río Hudson al atardecer, tomaría el paquete tranquilo y una vez fuera del río, que le pisen se alegraría navegando... A esa hora, Braun no está de servicio, como me dijo él mismo; pero aunque esquivara, dudo mucho que hubiese notado algo con el ruido y el humo de la descarga.

—Un cómplice, ¿eh?—masculó el general.—¿Ladrón por teléfono a...?

—Ellery suspiró.

—Ya lo hice, general. Telefoné a la policía a la una, para que estuvieran atentos. Nuestro hombre esperará a la puesta del sol, y si usted no altera su costumbre de saludar a la bandera —a esa hora, lo agarrarán *in fraganti*.

—¿Pero en dónde está el envase o la caja que contiene el collar?

—¡Oh, escondida en un lugar muy seguro!—contestó Ellery con seguridad.—Muy seguro.

—¿Usted la escondió? ¿Pero, por qué?

Ellery fumó en silencio un rato.

—No sé si ustedes saben que hay un pequeño dios barrigón que no abandona a personas como yo, por ejemplo. La otra noche, cuando juntos a los "chinos", para hacerlo más real, como las huellas digitales de cada uno de ustedes, con la ayuda de los indispensables útiles de mi oficio, y con los cuales siempre juego. De más está decir que con todo esto que ha pasado olvidé por completo destruir esas impresiones digitales. Esta tarde, antes de comenzar nuestra "caza", encontré el envase aquí, en el cañón... naturalmente, lo examiné bien. Y qué es lo que creen que encontré?

—¿Huellas digitales!

Ellery hizo un gesto afirmativo y continuó su exposición:

—Inconcebible, ¿no es cierto? Pero entonces nuestro hábil ladrón estaba tan seguro de sí mismo que nunca soñó que alguien pudiera descubrirlo al escondido antes de que se disparase el cañón. Fue un atolondrado. Lo demás, claro está, fué juego de niños. Comparar las huellas del juego de anoche con éstas.

Aquí interrumpió su relato.

—¿Y bien?—dijo.

Hubo un silencio tan profundo, que parecía que todos contenían la respiración; y en medio de este silencio sólo se oía el flamear de la bandera, sobre sus cabezas.

Entonces, juntando las manos, Harkness dijo con voz apagada:

—Me atrapó, compañero.

—¡Ah!—comentó Ellery.—Muy amable de su parte, señor Harkness.

✓ Todos se hallaban juntos al cañón en la puesta de sol. El viejo Magruder tiró de la cuerda y, en medio del estruendo de la descarga, la bandera fué arriada, mientras el mayor-general Barrett y el teniente Fiske estaban en posición de disparar.

—¡Atren a nuestro hombre!—murmuró la señora Nixon un momento después, inclinándose sobre el parapeto y mirando abajo.—Parece un ratón asustado.

Los demás miraron en silencio. El Hudson semejaba un espejo de acero reflejando los débiles rayos cobrizos del sol. Excepcionalmente una pequeña lancha a motor, el río se hallaba libre de embarcaciones. Harkness estaba empujando la lancha y escudriñando la superficie del río ansiosamente. De repente miró hacia arriba advirtiéndole que lo estaban observando; puso rápidamente el motor en marcha, navegando hacia la orilla opuesta.

—¿Todavía no comprendo?—se quejó la señora Nixon—por qué no lo entregado a la policía esa persona. ¿Es un ladrón, ¿no es así?

Ellery suspiró:

—Sílo en propósito. Y además, fué idea de la señorita Barrett, y no mía. No puedo decir que lo siento, pues aunque no hay atenuantes para ella, yo, como él, me alegro que la señorita Barrett no sea vengativa. Harkness echó a perder a causa de la vida que llevaba; realmente no es toda culpa suya. Cuando se pasa la mitad de la vida en selvas, es fácil olvidar la moral. Necesita dinero y tomó las perlas.

—¿Ya está bastante castigado—dijo Leonie con indulgencia.—Tanto como si en lugar de dejarlo con su equipaje, lo hubiese entregado a la policía. Total, ya tengo mis perlas.

—Interesante problema—dijo Ellery risueñamente.—Supongo que todos ustedes comprendieron el significado de la "caza del tesoro".

El teniente Fiske hizo con la cabeza un gesto negativo.

—¿Cómo que soy un poco torpe.

—Cuando sugete este juego, no tenía motivos ulteriores—prosiguió Ellery.—Pero, cuando deduje que las perlas se hallaban dentro del cañón, vi un medio seguro de atrapar al ladrón —sonrió a Leonie amistosamente—. La señorita Barrett fué mi cómplice. Le rogué que se lanzara brillantemente para no despertar sospechas; pero, luego, fué quedándose rezagada. El mero uso del cañón me había hecho sospechar de Harkness, que sabe de armas, y quería ponerlo a prueba.

"Harkness entró en escena. Mientras la señorita Barrett se demoraba, él adelantábase, desplegando toda su habilidad, como en el caso del "Chloro-cospium aeruginosum" y en el del "cigarrillo". ¿Qué le pasó, ¿no es fácil, en el juego. ¿Luego, en el más fácil, se muestra desorientado! ¿No sabía lo que quería decir "la boca del cañón"? Aun la señora Nixon —y usted perdone —avergüenza a esa vez el significado. ¿Por qué Harkness se mostraba reacio a dirigirse hacia el cañón? Sólo una respuesta: sabía... porque sabía de sobra lo que había escondido dentro."

—Pero todo esto me parece inútil, puesto que usted —objetó el teniente—tenía las huellas digitales y, por consiguiente, el caso ya resuelto. ¿Para qué tomarse tanto trabajo?

Ellery lanzó su cigarrillo por encima del parapeto.

—¿Señor mío—dijo—¿ha jugado usted alguna vez al póker?

—Claro que he jugado.

Leonie intervino exclamando:

—¡Bandido! No me diga que...

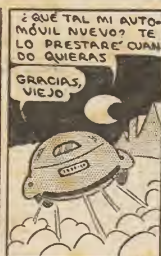
—Bluff—dijo Ellery con amargura.—Puro bluff. No había tales huellas...

Fin de "LA CAZA DEL TESORO"

ILAS AVIEINTURAS DE CHU MAN FU



Por **J. Christie**
(ESPECIAL PARA LEOPLAN)



Sección
de
MAGIA
DE
CHU
MAN FU

AL SUMELGIL ESTE TLOZO DE JABON EN EL CENTRO DEL JALO CON AGUA, LOS FOSFOROS SE ILAN HACIA LOS BOLDES



PELO AHOLA, AL SUMELGIL ESTE TELON DE AZÚCAR, LOS FOSFOROS SE DILIGILAN HACIA EL



¡OMÉNSE OCHO FOSFOROS; UNA JARRA DE AGUA, UN TROZO DE JABON TERMINADO EN PUNTA Y UN PANCILO DE AZÚCAR. COLOQUENSE LOS FOSFOROS EN EL AGUA, CON LAS CAECITAS HACIA EL CENTRO. SUMÉRJASE EL JABON EN EL CENTRO, Y LOS FOSFOROS SE MOVERÁN HACIA LOS BORDES. SUMÉRJASE, EN SEGUIDA, EL PANCILO DE AZÚCAR, Y LOS FOSFOROS SE DIRIGIRÁN HACIA ÉL.



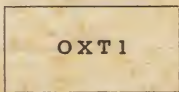
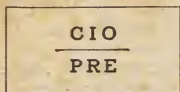
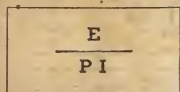
CHARADAS

Ayer tarde dijo Andrés:
—Todo, cuatro tres—primera
tercia primera—dos—tres.

—¿Queréis estudiar el todo?
preguntó un buen capellán
a Antonio, Juan y Perico,
tres mozos de su lugar.
Respondió primero Antonio,
segunda y tercera Juan,
y Perico la segunda,
siendo cosa de notar
que en tres respuestas distintas
todos dijeron igual.

(Las soluciones en el próximo número)

JEROGLIFICOS COMPRIMIDOS

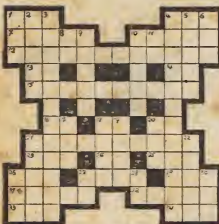


(Las soluciones en el próximo número)

PROBLEMA DE PALABRAS CRUZADAS

HORIZONTALES

- Oxido del calco que forma la base del yeso, la tiza, etc.
- Blacer don.
- Palma usada para tejer sombreros.
- Padrenuestro, oración dominical.
- Moneda que trata de los demonios.
- Río de Francia, afluente del Charente, que nace en el macizo de Liberman y desagua en el Merpius.
- Nota de la escala diatónica.
- Vender algo en almoneda.
- Nota musical.
- Nombre de una cononante.
- Terminación de verbo.
- Encinar o monte donde padece el ganado de cerda (plural).
- Altar donde se ofician sacrificios.
- Una de las virtudes teológicas.
- Planta americana de la familia de las oxalidas.
- Hijo de Noé.
- Mamífero carnívoro del género gato.
- Río de Alsacia que baña Mulhouse, Estrasburgo, y des-



agua en el Rin.

- Madriguera del oso.
- Extraje sedo el líquido que hay en un sitio.
- Preposición inseparable que disminuye la significación de ciertas voces simples.
- Pronombre personal en primera persona, plural, en dativo y acusativo.

VERTICALES

- (El): tragedia de Cornel-

- Ille, obra maestra de la literatura francesa.
- Polvo que proviene de la desagregación de las vocas.
- Que tienen forma de lámina.
- Combustión activa.
- Establecer día.
- Rafa, parte de la quilla.
- Antigua ciudad de Egipto, edificada en la margen izquierda del Nilo. Corresponde a la actual Sammalhut.
- (Jorge). Almirante inglés (1597-1762).
- Dicese de ciertas cosas no preparadas.
- Nombre del sol entre los egipcios.
- (Santa). Esposa de san Joaquín y madre de la Santísima Virgen.
- Semilla del cañete.
- Rey de Calidón, padre de Deyanira.
- Circulo de metal, madera, etc.
- Antiguamente, maestro.
- Departamento del Uruguay.
- Hermana religiosa.
- Nota de la escala diatónica.
- Simbolo químico.
- Acusativo del pronombre personal, femenino, plural, de tercera persona.

(La solución en el próximo número)

PROBLEMA:
VEINTITRES CUADROS PERFECTOS

Con estas figuras —y adviértase que solamente hay dos cuadrados y dos grupos de cuatro rectas que no llegan a unirse— deben construirse veintitres cuadrados perfectos. ¿Sabe usted a hacerlo?



(La solución en el próximo número)

SOLUCIONES DEL NUMERO ANTERIOR

De los "JEROGLIFICOS"

ENTREABIERTO

SOMBRESALTAR

ENTRECANO

De los "CHARADAS"

LEONARDO

ACROSTICO

DEL PROBLEMA "QUINIENTOS"

Esta es la forma de solucionar:

4 4 4

4 4

4 4

4 4

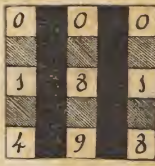
4 4

5 0 0

DEL PROBLEMA:

"UNA FECHA Y UN CUADRO"

El grabado muestra cómo deben colocarse las tiras que aparecen en el negro o sombreadas. En esta forma las cifras que quedan forman el número 000181498. Como los días de la izquierda no significan nada, quedará 1-8-1498, que es la fecha en que Colón pasó por primera vez la tierra de América del Sur, que el calendario con unos días.



ROSaura FERNANDEZ, Villa Avel. —1º: La obra "Rosbiba", que usted cita, no pertenece al escritor Hugo West. 2º: Dirijase directamente a la Editorial Sopena Argentina, S. R. L., Esmeralda 116, Buenos Aires.

HENRÍAS ZAMBARRA DE LA FUENTE, Bolivia; E. V. GONZÁLEZ AREVALO, Capital. —Tomamos nota de sus pedidos, que procuraremos complacer cuando lo permita nuestro plan de publicaciones.

GRAN LECTOR, Corrientes. —1º: Escriba al Departamento Nacional del Trabajo, Victoria 618, Buenos Aires, donde evacuarán su consulta. 2º: Lamentamos no poder contestarle en su pedido. 3º: No hemos editado, hasta el presente, ningún folleto con los originales de la sección

En esta sección contestamos todos los preguntas de carácter general que nos formulan nuestros lectores. No se devuelven los originales de colaboraciones espontáneas si se mantiene correspondencia sobre ellas. La correspondencia debe dirigirse siempre a Esmeralda 116, Buenos Aires.

"Para matar el tiempo". 4º: Para conseguir números de la extinguida revista "Caras y Caretas" le sugerimos, como medio práctico, la publicación de un aviso en algún diario de esta capital.

ARTURO, Capital. —Las manchas de pinturas de aceite se quitan frotando el género con una esponja mojada en esencia de trementina. Luego se coloca sobre la mancha un papel de filtro y se plancha. Por último se lava la tela con agua caliente.

Neve la prenda en una casa que se especialice en esos trabajos.

UN FLORESTA, Avellaneda. —1º: Creemos que ha equivocado usted la pregunta. Vuelva a escribirnos rectificándola. 2º: Dirijase directamente a la Editorial Sopena Argentina, S. R. L., Esmeralda 116.

JOSE ANTONIO NÚÑEZ, Urien. —Reclámosle su colaboración espontánea que no publicamos debido al excesivo número de originales de esa índole con que contamos.

¡Aquí le contestamos!